

S . F . T A L E

TÚ, YO Y

las cláusulas de tu amor



**TÚ, YO Y LAS
CLÁUSULAS DE TU AMOR**
S. F. TALE



Tú, yo y las cláusulas de tu amor

ISBN: 9788419941169

ISBN ebook: 9788419941732

Derechos reservados © 2024, por:

© del texto: S. F. TALE

© de esta edición: Colección Mil Amores.

Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.

41001. Sevilla

info@lantia.com

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi familia, por aguantar mis prolongadas ausencias. A todos los corazones solitarios:
los caminos del amor son inescrutables.*

Prólogo

Luna entró en el despacho de Noel con una actitud firme para ocultar que por dentro estaba rota de dolor y la acompañaba una sensación que no quería describirla, así no se exponía más de lo que había hecho. El dolor que soportaba desde esa mañana era más de lo que podía soportar, de ahí, la decisión drástica que había tomado sin contar con nadie, ni con Roy. No quería que la convenciesen de lo contrario, quería hacer todo por sí misma y no había vuelta atrás.

Todo tenía un comienzo y un final.

El final había llegado.

Una vez dentro, se fijó en que su silla estaba vacía, aunque no tardó en dar con él que estaba en la terraza con Sebas. Lo que la sorprendió fue que, desde esa distancia, parecía un hombre cansado de sostener el peso del mundo sobre sus hombros.

—Tío, ¿qué pasa? —le preguntó Sebas.

—Si te lo cuento me mandarás a cagar. —Noel estaba apoyado en la baranda de cristal con la cabeza hundida entre los hombros. Nunca lo había visto tan derrotado.

—Prueba. —Vio cómo Noel giró el rostro hacia su amigo—. No sabes si te mandaré a la mierda si no hablas.

—Está bien.

—Adelante.

—Todo lo referente a Luna es un juego —le confesó Noel.

El mundo de Luna se rajó más de lo que ya lo había hecho y, por fin, ahí tenía la respuesta a sus preguntas, había decidido lo correcto a pesar de que su corazón, al escucharle decir eso, se terminase por romper en mil añicos imposibles de pegar. Tragó con fuerza y la saliva desprendió un sabor ácido, el del dolor. Cerró los ojos inconsciente de lo que hacía para controlar las lágrimas que amenazaban con ahogarla, aunque ya lo estaba por culpa de Noel.

No, la culpa no había sido de él, sino de ella, por haber sido la ingenua.

Arrastrando los pies dejó el sobre que sostenía en la mano derecha y se fue sin hacer ruido.

Para siempre.

Casi dos meses antes.

A veces el tiempo podía apuntarle a una persona con una pistola en la cabeza y los nervios eran sus sicarios.

—¡Mierdola, mierdola, mierdola, joder! Llego tarde —exclamó Luna que miraba con ojos entornados el reloj de su Ford Ka a la vez que intentaba sacarse el tenis blanco de plataforma que se había aferrado a su pie.

Tiró con tanto brío que, sin querer, tocó el claxon y el sonido recorrió todo el aparcamiento, alterando la tranquilidad mañanera. Después de tirarlo de cualquier modo en el asiento del copiloto, sin pensar en nada, sin importarle que iba descalza con el bolso enganchado en el hombro y sus zapatos de tacón, que complementaban el uniforme, en una mano, salió del coche a la carrera en dirección al ascensor con las puertas abiertas.

Dentro, con el corazón a punto de escupirlo por la boca, la respiración acelerada por la carrera, apoyó el hombro en el reluciente acero que la rodeaba y pulsó el cero, la planta donde estaba la recepción de *Ham & Co*, una compañía de diseños de interiores y decoración en la que trabajaba desde hacía algo más de un año. Mientras procuraba relajarse, solo a ella se le ocurrió mirar el reloj de pulsera que adornaba su muñeca izquierda, lo cual empeoraba la situación: faltaban unos segundos para las ocho de la mañana.

—Vamos, bonito —le regaló los oídos al ascensor como si pudiera escucharla—, apura, apura. —Para colmo de males, como si Murphy, ese que se había inventado una ley que estaba dispuesta a quemarla en una hoguera, el ascensor se paró en el menos uno—. Ahora me pregunto yo, ¿por qué cojones te paras? —le recriminó al aparato que le había llevado la contraria.

En cuanto la campana sonó, se enderezó y bajó la cabeza, así algunos mechones de su melena castaña le tapaban la cara, además, de su identidad. De esa guisa, vio las puertas abrirse para mostrar las puntas de unos relucientes... ¡ZAPATOS DE CHAROL!

—Buenos días —la saludó una preciosa voz masculina.

—Ho...hola —le devolvió el saludo sin saber que él lo había hecho, ya que toda su atención recaía en los zapatos que, para su horror, entraron en el ascensor.

«¿Desde cuándo los hombres utilizan zapatos de charol?», le gritó su voz interior.

Él se puso a su lado, lo que provocó que Luna ladease imperceptiblemente la cabeza, pues estaba realizando un análisis científico de la situación:

«¡Ajá!, no tiene los dedos de los pies montados unos encima de otros, ya puedes dar gracias, sino vería al charol cantando con los subtítulos de un karaoke», se expuso a sí misma lo que todo el mundo sabía sobre ese conocido material.

Pero su estudio no quedó ahí: subió la vista de los zapatos al pantalón de corte clásico, elegante, con la chaqueta haciendo juego, por debajo de la cual había una camisa blanca sin ninguna arruga, y el conjunto terminaba en una corbata fina del mismo color del traje, negro. Estaba claro que ese tipo no era un trabajador más. Su curiosidad, más fina que la de un gato, no pudo contenerse en mirarle la mano izquierda, en la que sujetaba unos dosieres doblados, y en la que no asomaba ninguna alianza. No era prueba de nada, aunque podía ser señal de soltería, por eso, continuó hacia arriba con cierto disimulo —cuando no era precisamente la reina— lo miró y se tropezó con un bello perfil que formaba una preciosa media luna de la que sobresalía una nariz de puente recto con la punta más ancha. El corazón le palpitó en el centro del pecho, porque hacía tiempo que un hombre no le resultaba tan atractivo como aquel desconocido.

«La madre del cordero, ¡qué cañonazo de tío! Cuéntale a Luna: ¿dónde has estado escondido todo este tiempo, guapetón?» suspiró su mente calenturienta y percibió como las yemas de los dedos le hormigueaban ansiosas por recorrerle las líneas sinuosas de la cara que quedaban ocultas por una barba de dos días bien cuidada. ¡Estaba cañón! Jamás le había sucedido que, cuanto más lo miraba más le gustaba, algo en él había despertado la atracción y en el segundo que cobró un poco de cordura, se fijó en que él, con una sonrisa sesgada, miraba hacia abajo, no a sus relucientes zapatos de charol, sino a los suyos.

«¿Es fetiche de los tacones?», se preguntó. Dirigió la vista en la misma dirección y para su vergüenza comprobó que ¡¡¡IBA DESCALZA!!! Eso no terminaba ahí, ojalá, sino que mostraba sus uñas de unicornio, pues las había pintado con colores pastel tales como el rosa, el lila, el turquesa o el amarillo. En cuestión de segundos el ascensor se hizo muy pequeño, complicando mucho la situación.

Al tiempo que Luna quería calzarse, el susodicho desconocido quiso pulsar el botón correspondiente de su planta, lo que ocasionó que chocasen.

—Lo siento. —Él se disculpó.

Si su voz ya era una telaraña peligrosa, la mezcla con su perfume era una bomba atómica que le entraba por la nariz. Era muy embriagador, demasiado para el estado en el que estaba, le sobreestimuló la mente, le despertó ciertos instintos que habían permanecido hibernando como los osos grizzly, por un momento, deseó que la estrechara entre sus brazos. Deseo cumplido.

—Cálzate tranquila, te sujeto —le dijo él muy atento, cuando casi se dejó los piños en las puertas por el tirón que pegó el ascensor al subir.

Su aliento le recorrió la mejilla a Luna que, a su paso, le erizó la piel.

—Gracias. —La voz le temblaba, como nunca lo había hecho, debido a que la calidez que desprendían sus manos se filtraba por la ropa, le electrificó la piel y, de seguido, el corazón le paró en seco, como el cuerpo en general. De repente, todo su ser le perteneció a él.

Antes de poder enderezarse y gritar, «tierra trágame», el ascensor llegó a la planta cero. Nada más las puertas quedaron abiertas de par en par, vio a su amiga Patricia petrificada

—Gracias —repitió sin mirarlo a la cara.

—Hasta luego —él se despidió dejándose oír a lo lejos y Luna estuvo a punto de ahogarse en su preciosa melodía, en la cortesía y un tono chispeante que se le clavó en el bajo vientre, aunque

al terminar de decirlo hubo un cierto temblor que la desmontó.

Aquello no era una despedida.

Aquello era una promesa oscura, sensual y atrevida.

Luna salió a paso acelerado, se alejó de él, de su voz, de allí, para poder recobrar el sentido que había perdido en ese cubículo metalizado. Tenía la mente nublada, por lo que no podía pensar con claridad, ya que ese tío la había desmontado desde el segundo cero y debía recuperar la compostura, así tomar conciencia de la realidad: estaba en su puesto de trabajo, con los tacones de Patricia, su compañera en la recepción además de amiga, pisándole los talones. Una vez detrás del enorme mostrador lleno de teléfonos y dos iMac, uno para cada una, abrió la boca para tomar una bocanada de aire con la intención de formular una pregunta, sin embargo, se le adelantó Pat.

—¿Sabes con quién estabas en el ascensor? —Le agarró un poco de tela de la chaqueta para que la mirase.

—¿He llegado muy tarde? —Esa era la única preocupación de Luna, el resto, se la soplaban.

—No, cuando llegué te encendí el ordenador. —Era el pacto que habían acordado, la primera era la encargada de encender los equipos.

—Gracias. —Relajó los hombros para soltar el agobio.

—Luna —la llamó Patricia desde su asiento, que se sentó a la vez que ella.

—¿Qué?

—No me oíste —afirmó Patricia que dejó caer la cabeza hacia delante.

—¿Qué pasa? —Luna no sabía qué le sucedía.

—¿Sabes con quién has subido en el ascensor?

—¡Ay, lo que te tengo que contar! —Su mente se había acordado del gran detalle del ascensor.

—Respóndeme...

—No, no, lo mío es más importante —la interrumpió, luego miró por encima de la mesa para saber si alguien se dirigía a la recepción, al ver que no había moros en la costa, agachó la cabeza para esconderse de todos—. El tío que subió conmigo en el ascensor, ¿lo viste?

—Ese tío, como lo llamas, a nadie le pasaría desapercibido, créeme.

—Y no me extraña, porque llevaba zapatos de charol —se llevó las manos a la cabeza al tiempo que abría la boca.

—Él con zapatos de charol —musitó Patricia que estaba anonadada.

—No pongas esa cara, que ya la puse yo, esos zapatos son una antigualla.

—Creo que es piel.

—¿Me estás negando lo que vi? Te digo que eran de charol y es más, ¡hay mucho horterismo en esta empresa! Ni que hubiese un concurso por ser el hortero del día.

—Luna. —Patricia utilizó un tono más de riña que de comprensión.

—No justifiques a los altos cargos, si fuese mujer, la estaríamos despellejando, y si yo fuese la esposa de ese tipejo le tiraría esos zapatos por la ventana.

—¿Sabes con quién has compartido el ascensor?

—Con un hortero —afirmó Luna con total convicción—. Pero, ahora que lo preguntas no estoy segura de querer saberlo.

—¡El jefe! —recalcó Patricia en voz baja.

Luna sin mover un pelo de la cabeza, ni un solo músculo, parpadeó tres veces seguidas en dirección a su amiga, cuyo rostro de líneas alargadas se mantenía serio y, aun así, aparentaba menos edad, cuando las dos tenían la misma.

—Ya... vete a coñear a otra —le respondió.

—Es el jefe.

—¡Ay, tía!, no estoy para bromas, después de quedar traumatizada por el charol.

Agitó la cabeza, Patricia debía estar confundida o lo miró mal.

—Llevo más tiempo que tú en la empresa y lo conozco —le recordó ella.

—¡¿Qué aire te ha dado?!—

—Ninguno, te digo que subiste con el señor Hammond.

La insistencia de Patricia logró que Luna sopesase esa posibilidad. Pat llevaba trabajando muchos años en la empresa, casi tantos como llevaba abierta, era de suponer que en alguna ocasión coincidiera con él, aunque teniendo en cuenta que nunca se mezclaba con las clases bajas de sus empleados, anótese, las recepcionistas, lo veía un tanto peliculero por parte de su amiga señalar a ese tipo como el jefe supremo, al cual, la propia Luna solo había visto una vez, en la fiesta de Navidad. No obstante, la firmeza de Patricia, la hizo caer de la burra.

—¡No me jodas! —gritó en voz baja—¡Qué fuerte!

—Sí, te confundiste de ascensor, cogiste el suyo.

—Tenemos un jefe acharolado —Luna iba a lo suyo—. Y hortero. —Con esa última palabra quería esconder la impresión que le producía haber estado con él a solas, lo atractivo que le resultó y su nariz, de repente, tuvo una reminiscencia de aquel aroma que la había marcado, por el cual le permitiría que la empotrarse en el ascensor, esos habitáculos del pecado.

—Ese mismo y te cuento...

—¿El qué? —Luna no estaba segura en querer oír nada. Tragó apretando las muelas, su jefe la había visto descalza y el recuerdo de él, mirándole los pies... «Por favor, ¿qué hice mal en otra vida que lo tenga que pagar en esta?», pidió explicaciones a algún ente superior que se vengaba de ella.

—Tiene treinta y ocho años, como ya sabes hace casi seis meses que rompió con Deborah. —Al oír ese nombre a Luna le dio un escalofrío, se trataba de la relaciones públicas y/o publicista de la empresa.

—Sí, lo sé, aunque debo decir que tiene el gusto en el culo en cuanto a mujeres se refiere.

—Lo sé, pero no es de ella de quien hablamos, por lo tanto, —le dio unos golpecitos con el dedo índice en el brazo—, con lo que te debes quedar es que está soltero, y nació en Inglaterra.

—Con ese apellido ya me hacía la idea que era extranjero —apuntilló Luna—. Y me interesa la ficha del señor Hammond, ¿por qué...? —Dejó la pregunta sin terminar.

—Para que lo sepas.

—No me importa, mucho menos sus logros amorosos, solo el ámbito laboral, si a él le va bien, a nosotras también. —Era más práctica que todo lo que Pat le había contado, aunque su parte cotilla estaba sedienta de más información.

—Te miraba mucho y te sonrió cuando saliste, pero claro, no miraste atrás —le reprochó.

—A eso se le llama educación, y ¡qué cayetano! —Se calló el nuevo comentario sobre sus zapatos.

—Es rico y viste bien —lo defendió Pat.

—Un cayetano de toda la vida.

—Dicen que en el trabajo impone...

—Seguro que no por los zapatos —no pudo reprimirse.

—Y me dijo Marisa que desde que rompió con Deborah, no ha estado con nadie.

—Pobrecito, hay que avisar a la Marisa, que escriba a First Dates para que le busquen novia.

—Se rio de su propia broma.

—Calla, viene Deborah. —Pat, nada más nombrarla, fingió que trabajaba.

Se mantuvieron en silencio y al oír sus estridentes tacones, cantaron al unísono:

—Devórame otra vez, Devórame otra vez, Ven, castígame con tus deseos más, Que el vigor lo guardé para ti, ay, ven... —Hicieron que trabajaban cuando pasó por su lado, luego se rieron.

El día transcurrió sin más sobresaltos por parte del jefe Hammond, lo que Luna agradeció a las altas esferas, no obstante, no todo eran fuegos artificiales, más que nada que ese hombre continuó bailando en su mente y la vocecita de su parte traviesa no paraba de repetir: «qué guapo es», «quién fuese traje para tocarlo enterito», Luna se había quedado con las ganas. Para distraerse, procuró pensar mucho más en el trabajo, lo cual era centrarse en los clientes que pasaban por la recepción, cada uno más espécimen que el otro. Ella había trabajado para una empresa importante de decoración y se enfrentó a muchas clases de personas, pero en *Ham & Co* se reunían los más pesados que con sus impertinencias o sus insistencias, le sacaban esa parte choni que tenía, de ahí que terminase siempre gritándoles, como le sucedió esa misma tarde:

—¡Qué se siente, hombre ya!, ¿es que me expreso mal o qué? —Luna se levantó—. Ve ese sofá, ponga ahí sus cachas.

Eso era lo más suave que les podía decir.

En ese año y algo que llevaba trabajando para Hammond, había practicado un nuevo ritual: nada más llegar a casa, se duchaba para que el agua arrastrase todo lo vivido y poder estar tranquila en el refugio que le proporcionaba su hogar, que era sagrado. Pero, para fastidiarlo todo un poquito más, esa noche su jefe, cuya sombra se alargaba más que la de Drácula, la había acompañado y no se podía deshacer de él, razón por la cual, en esos instantes en los que estaba sentada en su cama como un indio y con Roy, su mejor amigo desde que se había trasladado a Madrid siendo una niña, estirado boca arriba le iba a contar lo sucedido, ¿cómo contar lo del ascensor sin avergonzarse de sí misma?

—¿Quieres hablar de una vez? Una es vieja para los misterios —exageró Roy al regañarla. Ella todavía no se creía lo que había sucedido, había sido demasiado surrealista, pero era verdad: su jefe le había visto los pies en el ascensor. ¡Nunca había hecho nada similar! Y en el tiempo que estaba trabajando jamás se había equivocado de ascensor, fue lo primero que le habían enseñado, ese ascensor era exclusivo del jefe como de los socios mayoritarios, solo la Deborah y su amigota, la Melisa, podían acceder a él también—. Tutankamon tiene mucho más que contar que tú, que estás callada como una tumba y me tienes esperando, chica, que a este paso me salen más canas de las que tengo —volvió al ataque Roy.

—¡Qué fuerte, Roy!

—Ni te digo, tengo una amiga que es más difícil que la piedra Roseta.

—Es que es muy fuerte lo que ha pasado. —Luna se echó hacia delante para quedar más cerca de su amigo, quien estaba a los pies de la cama.

—¡Cueeenta! —La orden de Roy se le atragantó un poco.

—Hoy he subido a la recepción con el señor Hammond —ante esa confesión Roy quedó sin palabras cuando siempre tenía un comentario en la boca. Luna hacía una hora que había llegado a casa y tras una larga ducha en la que pretendía deshacerse de la imagen de su jefe, lo cual fue imposible porque se le clavó con chinchetas en la memoria, sintió la necesidad de hablarlo con Roy, pero no sabía que iba a ser tan difícil—. Espabila Roy —chasqueó los dedos delante de sus ojos y Roy bizqueó.

—No veo la gravedad, es normal coincidir con el jefe alguna vez, trabajáis en el mismo lugar.

—Hay más.

—¡Ah!, entonces, ¿por qué no lo cuentas todo? Pareces un texto maya que nadie sabe descifrar, no me jodas, ni que te hubiese empotrado contra el ascensor. —Roy repasó en pocos minutos algunas civilizaciones perdidas que proyectan en su amiga. Se irguió y apoyó el cuerpo sobre un codo con la cabeza en la mano—. ¡Te ha empotrado! —De un salto se sentó en la cama.

—No.

—Vaya, mi gozo en un pozo.

—Me vio los pies y las uñas. —Roy se petrificó cual estatua de sal y poco a poco fue abriendo la boca—. ¿A qué es fuerte? Te lo dije.

—Vamos a ver, Luna, ¿cómo es que tu jefe te ha visto las uñas de los pies?, ¿es que las tienes tan largas que sobrepasan la piel de los zapatos?

—Cogí el ascensor descalza.

—¡¡Perdona, Maricarmen!!

—Ya sabes que conduzco en tenis, pues al llegar tarde no me calcé y cogí el ascensor...

—Descalza —terminó Roy por ella. Luna asintió

—¡Y me vio las uñas!

—Sé lo que significa estar descalzo y lo que conlleva, pero al menos llevarías la pedicura hecha, imagino. —Luna se sacó un calcetín y le mostró sus uñas multicolor—. Mira tú qué monas. Ahora, en serio, Lunita, tienes que dejar de ver las películas de la sobremesa de los fines de semana porque te dan ideas ridículas. —Roy sabía que lo de conducir con tenis lo había copiado de una de esas pelis.

—¡Qué vergüenza, Roy! Nunca me había pasado eso y es más, subí en su ascensor.

—¿Es que tiene un ascensor para él solo?

—Solo lo pueden utilizar él y sus socios, vamos, el resto de los jefazos.

—No vaya a ser que el populacho le contagie el sarampión. —Echó la lengua en gesto de asco—. Y raro es cuando no te empotró y pulsó el botón de stop.

—Tiene más pinta de caliente bragas que de empotrador —se despachó a gusto Luna, porque había una verdad universal que nadie podía refutar: Los tíos cuanto más guapos, más cabrones.

—Eso se lo tiene que hacer mirar, —Roy puso la mano derecha cerca de la boca como si fuese a cotillear y bajó la voz—: Seguro que a Devórame otra vez, la tenía a dos velas.

—Ella me da igual, Roy, ¡me vio los pies!

—Piensa esto: ibas arreglada. —Su actitud dejó a Luna plantada como una seta, Roy era positivo hasta en ese caso y no dudó en cantar «antes muerta que sencilla». Ella lo siguió,

acabando a carcajadas.

La puerta se abrió y apareció la abuela de Luna, Pepa, ataviada con su inseparable delantal que contrastaba con su peinado de peluquería, el mismo cardado de toda la vida.

—Dejad el cante y venid a cenar —les avisó con una sonrisa—. Estáis en los treinta y parece que seguís en los diez.

—Somos jóvenes, Pepa —le respondió Roy con total confianza.

—Vamos. —Luna le dio un suave empujón a su amigo. Fueron hacia la sala de estar que hacía de comedor, donde Pepa había puesto la mesa, lo que molestó un poco a Luna—. Abuela, me podrías haber avisado y te ayudaba.

—Eso mismo pienso yo —Roy defendió la postura de su amiga.

—Ya trabajas muchas horas, niña, por poner una mesa no me voy a herniar. —Cortó la tortilla para servirla.

—¡Ay, Pepita! —Roy se puso la servilleta sobre las piernas—. Tu nieta es más aventurera que Dora la exploradora.

—¿Y eso? —Les sirvió un trozo de tortilla a cada uno.

—Roy, ¿no nos acompaña tu madre? —Luna cambió de tema al tiempo que le pisó un pie a su amigo asesinándolo con la mirada y le advirtió moviendo los labios—. No lo hagas.

—Hoy la mama tiene que llevarle la comida a mi padre al trabajo, al estar de guardia. —Su padre era policía y no le gustaba nada la comida que les daban en la cantina.

—¿Quién es esa tal Dora? —preguntó Pepa a la vez que partían pedazo de pan—. ¿Es una nueva compañera?

—No, abuela, no es nadie. —Trinchó un pedazo de tortilla que olía rico no, lo siguiente y se le deshizo en cuanto lo metió en la boca. Gimió de gusto.

Ante esa respuesta observó cómo su abuela sufrió un cambio: masticó más lentamente mientras giraba el rostro hacia su nieta para escrutarla con detenimiento. A Luna se le hizo una bola la tortilla en la boca. En cuanto tragó, no se calló:

—¿Qué has hecho? —La mandíbula de Luna se desplomó hasta el centro de la Tierra.

—Nada.

—Yo te pongo al día Pepa. —Luna se quedó en blanco, alucinando en pepinillos. Cuando quiso protestar, no pudo, Roy ya estaba contándolo todo.

«Ten amigos para esto», protestó para sus adentros.

En cuanto Roy terminó, le lanzó una sonrisa irónica, y la respuesta de su abuela no se hizo esperar.

—No vas a durar ni dos telediarios.

—Gracias por tu apoyo y comprensión abuela, contigo no hace falta que me machaque más, te tengo a ti para triturarme. —Cogió el vaso de agua para correr el mal sabor de boca de todo ese día que su abuela había rematado como un novillero—. De momento mantengo el trabajo, por si te interesa.

—Niña, no puedes ir por ahí enseñando los pies a cualquiera.

—A cualquiera no, a su jefe —matizó Roy comiendo tan tranquilo. Le propinó otro pisotón—.

¡Agresiva!

—Aprende a callar —le dijo a Roy trinchando un pedazo de tortilla como si se tratase del cuello de su amigo.

—Más a mi favor, no puedes enseñarle los pies a tu jefe, ¡no es serio! —señaló su abuela—. Y no te calles, Roy, gracias a ti sé esto, porque estoy segura de que no me diría nada mi nieta.

—Pues claro que no —contestó Luna intentando tragar la bola de tortilla que tenía en la boca, pues entre los dos le estaban sacando las ganas de cenar.

—Pepi —Roy le colocó una mano en la muñeca—, no te preocupes, ese hombre parece ser que tiene cara de Nenuco, lo repito, se lo tiene que hacer mirar, y te aseguro que se ha impresionado con los pies nuestra Luna.

—Por la mierda que recogieron en el suelo. —Su abuela no podía estar más chinchona.

—Por las uñas, abuela. —Luna soltó el tenedor que hizo un gran estruendo contra el plato. Se cruzó de brazos, aquello ya era indignante.

—Negras —su abuela no se daba por vencida.

—Pintadas a colorines. —Luna le incrustó a Roy la punta de la zapatilla en la pierna al oírlo soltar una risilla—. Esto es por tu culpa.

—Deja de ser una niña pequeña —la regañó su abuela antes de beber—. No lo vuelvas a hacer, ese hombre tiene que ver que eres una mujer educada, por favor.

—No voy a coincidir con él.

—Es tu jefe —Pepa no decía nada que no fuese cierto.

—Resulta que él utiliza un ascensor especial —le explicó Roy a Pepa.

—Además, la única vez que lo vi fue en la pasada fiesta de Navidad, no se mezcla con el resto de los trabajadores, es más, nunca pasa por la puerta principal —les contó Luna.

—El cara nenuco no se mezcla, eso hay que estudiarlo. —Roy se tiró del párpado inferior hacia abajo.

—No sale del despacho, más o menos —añadió Luna—. Llama a quien quiere ver y yo al ser recepcionista, para él soy la última mona de la empresa.

—No te insultes, niña, vales mucho. —Al fin su abuela tenía buenas palabras, aunque no le regalaba los oídos, siempre lo había pensado de su nieta.

—Pero su currículum no vale en esa empresa de *pijinolis* —censuró Roy el trabajo de Luna. Él había estudiado ingeniería informática y desde hacía un par de meses estaba en paro, porque su empresa había hecho un ere. Por eso estaba bastante susceptible con el tema trabajo-empresas—. Creo que me he vuelto una criticaona, esto de salir a hacer la compra y cotillear no es bueno para salud. Tengo que buscar un hobby.

—Puedes apuntarte a un gimnasio —le sugirió Luna.

«Toma venganza», le encasquetó a su amigo, quien parecía que se había olvidado de la tortilla.

—Ya sabes lo que pienso de esos lugares, lo mejor que tienen son los vestuarios, por lo tanto, no pienso pagar una cuota para convertirme en un mirón, ¿me entiendes? —La respuesta de Roy fue contundente, como siempre que salía el tema del gimnasio—. Querida amiga, lo que puedes hacer por tu amigo es dar más salseos de tu jefe.

—¡Eh! —Pepa, nada más oír eso, se estiró como una vela. Luna sabía que había cosas que su abuela no toleraba—. Nada de estar con el jefe que luego van murmurando por ahí y mirando mal.

—Sí, la ex. —Roy volvió a atacar la tortilla.

—¿La ex trabaja con él? —preguntó Pepa que no tenía idea de eso. Luna asintió en silencio con la cabeza—. Aléjate de los líos de faldas, vas a salir como gato escaldado —le aconsejó su abuela.

—Eso no va a pasar. —Luna intentó cenar algo.

«¿Quién querrá estar con un cayetano?», pensó para sí misma.

En los tres días siguientes al encuentro más surrealista de su vida no se había tropezado de nuevo con el jefe. Cada vez que cogía un ascensor, aunque no fuera el de él, su cuerpo comenzaba el baile san Vito, debido a que sus piernas se movían a causa de los nervios, las rodillas le temblaban chocando entre sí, los nervios se le clavaban en las costillas cuales lanzas en un torneo medieval y la respiración se le agitaba. Los síntomas no quedaban ahí, su cerebro celebraba no verlo, en cambio, su corazón, cada vez que el marcador reflejaba el menos uno, se le retorció en el pecho por un pinchazo de tristeza. Quería verlo por una sencilla razón, no lo había mirado a los ojos, ¿podría hacerlo si le apareciese otra vez? No quería responder a esa pregunta, o duda, porque nunca un hombre la había hecho sentirse insegura como él aunque fuese mediante el recuerdo. Durante las noches, al meterse en la cama, tenía el gusanillo de abrir el chrome para googlear su nombre y leer lo que se había publicado sobre él, pero hacía un gran esfuerzo de contención para no cotillear por una sencilla razón: un nombre como él jamás se fijaría en una mujer como ella, que si tenía que ir descalza al trabajo, lo haría sin ningún problema.

La mañana del cuarto día, viernes, amaneció despejada, aunque la helada que había caído en la noche todavía se dejaba sentir, y pese a llevar medias tupidas la pelusilla de las piernas se le erizó y no digamos el aparcamiento, ¡aquello era un congelador industrial!

—Putra novela turca, ¿por qué me habré enganchado? —Culpó a aquella serie que la mantenía enganchada hasta altas horas por culpa de su abuela y de Roy, que la sumergieron en una extensa explicación de la comedia turca, incluyendo los dramones en los que se veían envueltos los personajes.

Pulsó el botón cero, esa vez con los zapatos bien encajados en los pies. Aquel recuerdo la hizo sonreír pese al momento «vergüenza máxima», sin embargo, había tenido la curiosidad en cómo se habría tomado el jefe verla descalza en su ascensor. A saber. Lo bueno de todo era que no la habían puesto de patitas en la calle, así que no le había supuesto un trauma. De pronto, como si viviese un *déjà vu*, el ascensor se paró. Luna miró el número.

—No me jodas, tío, el menos uno, ¿en serio? —le protestó al ascensor.

Tomando conciencia de todo, en esa ocasión se preparó para encarar al inteligente que había llamado al ascensor con ella dentro: se puso firme y cuadró los hombros como si un general fuese a pasar lista. Tras las puertas apareció el señor Hammond enfundado en un traje azul, no marino, que combinó con una bonita camisa celeste a rayas (de color indeterminado) que hacían resaltar los ojos verdes que la observaban chispeantes, como si se hubiese llevado una alegría al verla. Luna fue la primera en apartar la mirada, si continuaba sosteniéndosela, había muchas

posibilidades que le calase el alma y no iba permitir que, un hombre como él, que pisaba la cabeza de la gente, hurgase donde no debía.

—Buenos días —la saludó contento, entrando y poniéndose a su lado.

—Hola. —Luna en esa simple palabra soltó el aire que se había quedado atrapado en sus pulmones tras la conmoción de verlo y con la mayor indiferencia que pudo.

—¡Cuánto tiempo! —soltó como aquel que la conocía de toda la vida.

—¿Qué? —Luna estaba inmóvil, pero fue capaz de mover los ojos de un lado a otro sin comprender.

—Hacía tiempo que no coincidíamos en el ascensor.

—Sí, mucho, podía ser otro tanto, no tendría problema. —«Mientes como una bellaca, te estás derritiendo», la acusó su otro yo. Y no se equivocaba.

—Eres muy simpática.

—Muy atrevido por su parte decir tal cosa, cuando la realidad es que no nos conocemos. —Puso la voz de la información de un supermercado. ¡No sabía cómo le había salido!

—Me son suficientes las respuestas.

—Sí, se lo puede preguntar a cualquiera y se lo dirán, mi simpatía me precede. —«Puesta a mentir, hagámoslo a lo grande, ¡vámonos!», se animó—. Soy la...

En ese instante, él se inclinó muy pegado a ella para pulsar el botón del último piso y Luna se perdió en su aroma elegante, atrevido, un tanto afrutado con notas amaderadas, muy masculino, que le despertó una sensualidad desenfadada solo con olerlo. Su interior se revolvía debido a un hecho único: nunca un hombre había ejercido sobre ella esa descomunal atracción solo por el perfume. Sin embargo, ahí estaba en un ascensor con su jefe a punto de saltarle al cuello y colgarse de él como Chita hacía con Tarzán. Jamás había experimentado tales sensaciones que la licuaban, jamás un hombre la había penetrado solo por su aroma. ¡Era su jefe, en qué pensaba!

—Eres la... —repitió él.

Luna abrió poco a poco los ojos, no supo cuándo los había cerrado, y se giró para encararlo, pero con lo que se encontró fue con un rostro anguloso, cuyo mentón y mejillas quedaban cubiertas por una barba de varios días bien arreglada. La sensación de hormigueo en las yemas de los dedos, se despertó de nuevo con mayor fuerza, ya que las ansias por acariciarlo, la golpearon más fuerte y, en cuanto sus ojos chocaron con aquellos otros que brillaban como dos esmeraldas, su alma se perdió en él sin remisión. En ese momento, le pidiese lo que le pidiese, lo haría, ¡le dominaba la voluntad!

—Eres la...

—¿Qué? —dijo con un tono más alto del normal.

—No terminaste la frase —le apuntó él, estirado a su lado sin mirarla.

Luna agitó la cabeza para salir del embrujo de aquel hombre que la había lanzado a un abismo ¡Toma la erótica del poder, claro que sí! Después de tanto tiempo leyendo novelas en las que se hablaba de eso, ella había sucumbido al momento «ascensor con el jefe».

—Soy la alegría de la huerta —terminó la frase lo más rápido que pudo volviendo en sí—. Se lo puedes preguntar a cualquiera. —«Todos te dirán que tengo cara de culo, esa es la verdad»,

contó lo que todo el mundo pensaba de ella.

Él se volvió para mirarla con una sonrisa de esas que carbonizaban las bragas y el corazón de Luna saltó varios latidos para luego percibirlo en la boca, ¡cómo le gustaría dar marcha atrás para revivirlo todo de nuevo! Se quedó parada un segundo para meditar aquello: La olla exprés que tenía por cabeza perdía vapor por todos lados.

—Hoy no vas descalza. —Aquella afirmación por parte de él la sacó de sus pensamientos.

—¿Disculpa? —¿Había escuchado lo que creía que había escuchado?

—No vas descalza —reiteró sus palabras.

Luna no perdió un segundo y por su boca salió la idea que le había surgido la primera vez.

—¿Eres un fetichista de los pies o de los tacones? —Le importó un huevo y parte del otro quedar como una maleducada entrometida.

—Ninguna de las dos, tus uñas me parecieron originales y divertidas —contestó con lo que parecía franqueza.

—Y me lo tengo que creer.

—¿Es que un hombre no le puede decir a una mujer lo que le gusta de ella? —Le formuló la pregunta sin apartar esos ojos verdes suyos de ella, que se fijó en cómo le recorrían las líneas de la cara como si la estuviera grabando.

—No.

—¿Por?

—Pues mira, que no eres un hombre normal.

—¡¿Ah, no?!

—No.

—Nunca una mujer me había llamado anormal a la cara.

—¡Y me ha tocado a mí el premio!

—Puedes estar contenta de ser la primera.

—Lo de anormal lo has dicho tú no yo —se exculpó de aquella acusación—. Pero que tu jefe elogie las uñas de los pies, es raro de narices.

—¿Qué tiene que ver? —Él parecía no entenderlo y tiró de las comisuras de los labios hacia abajo.

—No suena sexy, sino guarro guión pervertido.

—No soy ninguna de las dos cosas.

—Permítame que te diga que eso lo debe decir alguna novia o amante, no tú, y te gustan mis uñas de los pies —bufó, negando con la cabeza—. Y luego no eres fetichista.

—Es que no lo soy —se defendió.

—Lo dudo.

—Aunque sea tu jefe, ¿no te puedo decir que eran divertidas?

—No, suena muy mal que lo digas tú.

—Vale, —se giró hacia la puerta recto como si le metiesen por el trasero el palo de la escoba —, la verdad, no eran para nada originales.

Luna abrió la boca ojiplática.

—¿Me estás dando la razón? —Jamás se había tropezado con un tipo más raro.

—Sí, como a los locos —Su gruñido se convirtió en un amenazador ronroneo, que le dio un aspecto más peligroso, ya que parecía una advertencia de que no continuase por esos derroteros. A eso se le sumaba que debía de estar hirviendo por dentro, porque los pómulos se le colorearon.

Ese hombre la estaba volviendo loca y a Luna esa discusión surrealista le prendía la sangre en puro fuego que la convertía en lava, ya solo por eso, su lengua se soltó:

—Fíjate más en tus zapatos de charol y déjame en paz.

—No son zapatos de charol.

A la vez, los dos muy sincronizados, giraron el rostro y sus miradas los dejaron suspendido en la línea espacio-tiempo, donde todo desapareció salvo ellos mismos, que comenzaron a girar en un torbellino de emociones que Luna no sabía de dónde salían, cuando de repente, el pulso acelerado le taponó los oídos y esos ojos verdes se abrieron ante ella como dos páramos que anheló descubrir. Jamás un pijo le había arrebatado el aliento como hacía Hammond.

Él, quizás bajo el mismo influjo de atracción que ella, bajó la cabeza.

—No utilizo charol. —Entornó con los ojos hacia ella—. Son de piel.

—Lo que tú digas. —Luna respiró por la boca y el perfume de él se le coló garganta abajo como si lo tragase. Lo tenía ya tan dentro que notaba que le fluía por la sangre—. Sé reconocerlo y la suerte te acompaña por no tener los dedos montados.

—Son de piel y de marca.

—Liu Visón. —Ella dio a conocer una de las marcas que veía en los mercadillos.

—¿Quién? —Él estaba extrañado.

—La marca que todo el mundo quiere en sus maletas —chasqueó la lengua negando con la cabeza.

—No la conozco —esa respuesta dejó planchada a Luna—. Pero, a lo que voy, es que por muy nerviosa que te ponga, me gustó lo que vi el otro día. —Ella lo miró con el ceño fruncido asombrada por lo que él acaba de reconocer y en las líneas relajadas de su rostro vio la firmeza y, más pronto que tarde, una sonrisa sesgada asomó en sus labios, en el segundo exacto que él volvía a mirarla.

«¡Pedazo de sonrisa moja bragas!», gritó su mente. Se removió, aquel hombre la hacía desear aquello que era inalcanzable.

—¡Deborah, me encanta! —La voz de Melisa, la mejor amiga de Deborah, les llegó del pasillo, por lo que supieron que habían llegado a la planta cero.

—Abrazame —le ordenó el señor Hammond.

—¡¿Qué?! —Comenzó a hacer un reconocimiento del techo metálico del ascensor—. ¿Dónde está la cámara oculta?

—Abrazame —insistió él.

—Creo que me están pitando los oídos. —Dio un paso para alejarse, pero, dicho y hecho. Él se echó encima de ella rodeándole la cintura con los brazos, lo que produjo que ella lo abrazase también por el interior de la chaqueta, al sonar la campana. Si había creído que el surrealismo se había olvidado de ella, ¡¡TOMA DOBLE RACIÓN!! Abrazada a su jefe, tuvo que contenerse

para no licuarse con el candor de ese pedazo cuerpo que atravesaba travieso su barriga y se imaginó lo que sería levantarse cada mañana con él envolviéndola. Le dio miedo lo fácil que le resultaría acostumbrarse.

—No te muevas ni digas nada —le pidió él.

—Es muy fácil decirlo, pero...

A medida que las puertas del ascensor se abrieron, Luna oteó por encima de las costuras de la chaqueta para examinar a Deborah y su inseparable Melisa, que se quedaron de una pieza al ver la escena. Una fuerza maligna se apoderó de ella, sobre todo, cuando los ojos de Devórame Otra Vez la taladraron y, no lo dudó, se aferró más a él.

—Así, así, mejor —le susurró.

«Será memo», protestó para sus adentros, aunque le dio ánimos para cerrar más los brazos a su alrededor. A través de la ropa fue descubriendo un cuerpo delgado, fibroso y fuerte que, pese a ser más grande y alto que ella, se acoplaba al suyo a las mil maravillas.

—No tiembles —le habló con los labios pegados a su mejilla, lo cual le produjo una corriente eléctrica que no solo le erizó hasta los pelos del sobaquillo, sino que la dejó sin aliento.

—¡Noel! —exclamó estridente Deborah.

Él poco a poco se fue separando de ella y Luna no fue impasible a la aspereza de su barba que le rascaba la piel de la mejilla, «Ay... Suavemente me mata», se dijo a sí misma, al notar un escalofrío de placer que azuzó todas sus terminaciones nerviosas y vibró a causa de que esas manos de dedos largos le recorrieron la zona lumbar mientras que los pulgares terminaron debajo del ombligo. ¡Nunca un hombre la había excitado hasta perder la conciencia de todo! Tampoco la habían acariciado el cuerpo con esa cadencia del que quería que aquello durase una eternidad.

—Nos vemos después —le dijo con voz enronquecida y ojos brillantes de deseo como si hubieran hecho el amor en esos segundos que habían estado unidos.

Por si eso no era suficiente, sin que nadie se lo hubiese indicado, él le regaló un casto beso en la mejilla que no solo la puso colorada como una ciruela pocha, sino que al percibir la punta caliente de su lengua sobre la piel los efectos no se hicieron esperar: su estado de excitación se acrecentó hasta niveles tan altos que remolinos de placer reactivaron su cuerpo preparándolo para su liberación, así, la vibración anterior al orgasmo la recorrió de pies a cabeza y fue directa a su sexo, humedeciendo sus pliegues íntimos, además de no poder evitar soltar un leve gemido que salió sin permiso de su garganta. Para rematar la jugada, antes de separar su amplio torso de los pechos de ella, que le pesaban en el interior del sujetador, notó los latidos de su corazón en la espalda.

—Va... —Las palabras se le atragantaban—. Vale. —Hammond se separó y para sorpresa de Luna, Deborah y Melisa no estaban solas, sino acompañadas por Sebastián y Patricia que los miraban boquiabiertos. La vergüenza volvió a golpearla con todas sus fuerzas—. Paso. —A toda prisa salió de allí haciéndose un hueco entre ellos y notando todos los ojos clavados en la espalda como puñales.

Se había coronado.

Noel Hammond siguió con la vista a aquella chica singular hasta que se perdió, momento en el que las puertas del ascensor se cerraron alejándolo de Sebas, Deborah y de todos lo que vieron la escena. En esa soledad metalizada echó la cabeza hacia atrás para soltar una sonora carcajada de victoria, al final, había logrado lo que quería durante los últimos tres días, un secreto inconfesable que solo compartía con su alma y su corazón, ese al que jamás había escuchado.

Durante ese tiempo había buscado a esa chica, no lo suficiente como para levantar las sospechas de Sebas, su mejor amigo y socio en la empresa, o de Marisa, su secretaria, tampoco buscó su currículum, no tenía ningún dato personal, pero había estado lo suficientemente ocupado como para mantenerla a raya hasta que se quedaba solo. Lo que sí había hecho era coger el ascensor y la chica no se volvió a equivocar para su frustración, que le generaba una enorme impaciencia que, en más de una ocasión, lo puso a un click de ella, debido más que nada a que lo único seguro era el uniforme de recepcionista. Por eso mismo, cuando regresó a la oficina de comer con el señor Urriaga-Sandemetrio y Sebas, quiso entrar por la puerta principal de la empresa, algo muy inusual en él, y allí, detrás de la enorme mesa, la vio. En segundos el pulso se aceleró tanto que lo ocultó con esa máscara impasible que lo caracterizaba siempre que algo llamaba su atención. Se comportó así, básicamente para que su amigo, que lo conocía mejor que él mismo, no procediera a un tercer grado. Desgraciadamente, ella no levantó la vista de lo que estaba haciendo, ¡no se enteró de su presencia!

Pero, ¿el destino? Para él ni eso ni la suerte existían, así que fue una gran casualidad que la volviera a encontrar de nuevo y lo fascinó más por su forma de bromearlo, descubrió una lengua larga, rápida, con respuesta para todo que le inyectaba adrenalina a su cuerpo y sin ella ser consciente de nada, le había alegrado el día.

¡Sí! —Alzó el brazo derecho y pegó un codazo al aire al alegrarse por ese abrazo.

Noel esbozó una sonrisa deslumbrante, que mostraba la fila de dientes perfectos. La ensanchó a conciencia dado que había sido la primera vez en su vida que se había dejado arrastrar por sus instintos, porque esa chica le despertaba los sentidos y lo empujaba a sucumbir, le esclavizaba el alma por una sencilla razón: le removía sensaciones o sentimientos, como ninguna mujer lo había hecho, ni Deborah. Tampoco ayudaba su aroma, lo cautivaba con las irresistibles notas florales que desprendía. La suma de esos pequeños detalles fue lo que provocó cogerla por sorpresa y abrazarla a la vez que su corazón, ese órgano raro de su cuerpo que solo se encabritaba cuando hacía un gran logro en los negocios, se le dio por palpar en cuanto percibió sus pequeños pechos a través de la ropa pegados a su torso.

También quiso mostrar a la gente que lo rodeaba que su vida era suya y haría lo que le diese la gana, ya que ese abrazo fue como un terremoto de magnitud doce en la escala de Richter y las

réplicas estarían a punto de producirse. Lo que no entendía era por qué su vida personal despertaba tanto interés, incluso en Deborah cuando estaba prometida con otro.

La campana lo avisó que había llegado a la octava planta y lo arrancó de sus pensamientos. Salió al pasillo de baldosas blancas y se adentró en su particular almacén cristalizado —tras haber remodelado todo el edificio en el que había construido su imperio, que tantas alegrías le había dado y con un futuro en el que podría expandirse al mercado internacional—, con la vista puesta al fondo, en el escritorio de Marisa, quien alzó la cabeza y al verlo de inmediato se levantó como impulsada por un resorte. Tenía que deshacerse de ella como fuese.

—Señor...

—Marisa, vete a tomar un café —le ordenó. La mujer alzó tanto las cejas que casi se le pegaron al pelo. Noel haciendo caso omiso a la cara de sorpresa de su secretaria, lo volvió a repetir—: Ve a tomar un café. —No lo hacía por nada, sino porque sabía que tenía muy buena relación con una de las recepcionistas, Patricia. Prefería que se enterase por ella de lo sucedido que por la procesión de personas que iban a hacer cola en la puerta del despacho.

«¡Fue un abrazo sin importancia, por favor! No es un incendio medioambiental», se dijo a sí mismo.

—Marisa, vete no te preocupes.

—Hay que repasar la agenda del día.

—Me la sé de memoria, en serio, ve —Noel no se movió de allí hasta que no vio irse a Marisa.

Al entrar en su despacho, sin sentarse ni encender el ordenador, abrió la cristalera que daba a la terraza, desde donde veía el tránsito enloquecido de los coches o los transeúntes: el movimiento de la vida moderna. Respiró hondo y al final de su tabique nasal todavía percibía el aroma de aquella mujer. Irremediablemente le gustaba aquella desconocida, lo atraía como la luz a la polilla, pero si de algo estaba seguro era que, primero que no iba a frenar esas nuevas sensaciones, segundo, lo viviría en silencio.

—¿Qué ha sido eso?! —La estridente voz de Deborah sonó a su espalda. Dejó caer la cabeza hacia los lados, le producía pitidos en los oídos.

—¿El qué? —Se giró sobre sus pies para encararla con los brazos cruzados y apretó las muelas hasta que las sienes y la mandíbula le dolieron.

—No te hagas el tonto Noel. —El rostro cuadrado de Deborah se encogió de tal modo que su nariz larga era similar a la de los puercos espín.

Noel bajó el mentón, frunciendo los labios. No Sabía que iba a reaccionar de ese modo, lo cual le sorprendió bastante, la observó con el traje chaqueta blanco que llevaba.

—No sé de qué me hablas. —No respondería a sus preguntas ni daría explicaciones, nunca lo hizo y había cosas en la vida que no iban a cambiar.

—Ese abrazo delante de todo el personal —le espetó ella furiosa.

—Creo recordar que no estaba toda la empresa mirando. —Se rascó una mejilla en actitud despreocupada para joderla un poco más.

—Será vox populi en cuestión de menos de una hora y nunca te ha gustado estar en boca de todos. —Le recordó ella picajosa la excusa que siempre le ponía él para no tener ningún gesto de

cariño delante de los empleados.

—No veo el inconveniente de un abrazo inocente.

—No te hagas el esquivo conmigo.

—Ahora que lo recuerdo, —Noel dio un paso adelante metiendo las manos en los bolsillos cerradas en puños bien apretados—, no te debo ninguna explicación, no eres mi madre, es más, a ella tampoco le tengo que contar mi vida.

Entró en el despacho pasando por su lado y en la nariz le picó el perfume empalagoso de Deborah. Oyó los tacones de Deborah que hacían un ruido como si arrastrara los pies.

—¿Qué pasó en ese ascensor?

—No es asunto tuyo, mi vida me pertenece como la tuya ya no es asunto mío —le respondió frío.

—Lo que hagas sí es asunto mío.

—Deborah, no te debo nada, asúmelo, te vas a casar con otro.

—¿Qué pasó?

Noel apoyó las manos en el respaldo de la silla con la cabeza un poco inclinada hacia abajo.

—Te estás poniendo en ridículo, Deborah. —Ella abrió mucho los ojos, no contaba con esa respuesta—. Estás prometida con otro y, a Eduardo, creo que no le gustaría que me hicieses este interrogatorio que solo muestra los celos que tienes.

—¿Qué pasó en el ascensor?! —Su voz se había convertido en un pitido y solo reaccionaba a sí cuando la había cogido en un renuncio.

—¿En cuestión de qué me lo preguntas? —La dejó hierática como una estatua—. Si es como la publicista y relaciones públicas de la empresa, puede y solo puede que haya una mínima posibilidad de que te responda, si es por algo más personal...

—No vas a responder —dedujo ella que al fin se daba por vencida.

—Chica lista. —Noel se sentó y encendió el ordenador.

—Fueron cuatro años a tu lado.

—Nunca te pedí que estuvieras tanto conmigo, te dio la gana a ti, yo por mí hubiese roto todo eso mucho antes.

—Lo último que quiero es que te hagan daño.

—Deborah, es mi vida y con ella hago lo que me da la gana, es más, tú a los dos meses de romper ya estabas con Edu, así que mucha pena no te dio que nuestra relación se terminase.

—Estás jodido porque te dejé.

—Y tú celosa porque otra me abraza —le encasquetó consciente que la heriría.

—Eso es un golpe bajo.

—No mientas, lo estás. —Hurgó más en la herida que Deborah le mostraba que tenía.

—Estás rabioso porque te dejé y no soportas que lo hiciera.

—La verdad que no, me hiciste un favor, no tuve que gastar más saliva ni tiempo en decirte nada. —Su frialdad hacia ella no tenía límites—. Y si ahora me disculpas quiero estar solo.

—Piensa lo que has hecho.

—No he hecho nada, ni he cometido ningún error, es más, puedo abrazar a quien me salga de

dentro, soy libre por mucho que te cueste admitirlo, además, te vas a casar, —se encogió de hombros con una indiferencia pasmosa que era lo que despertaba Deborah en él—, ¿a qué viene este interrogatorio? —Apretó los labios de tal modo que el labio superior parecía dibujar una eme, para no reírse de ella al verla colorada.

Nada más se marchó Deborah, Noel tuvo una mala sensación, aquel abrazo no podía suponer nada malo para la chica, pero estando Deborah por medio y al verla tan ofendida, ya no lo tenía tan claro. Debía atar en corto a su ex. Sabía lo cabrona que podía ser.

—Estaré pendiente de ella, Deborah no tendrá nada que hacer —se prometió a sí mismo.

Luna se había dejado arrastrar por Patricia hasta el Starbucks que se abría en la esquina de la misma calle en donde estaba la empresa. Ni los colores verde y beige tan característicos o la madera de la decoración o el entramado de vigas, tubos y otros aparatos de hierro, así como las columnas de hormigón armado, que en otra ocasión estudiaría atentamente, no captaron su atención esa mañana. Tampoco lo hizo el rico aroma de su Mocha Blanco que le había puesto delante Patricia. Nada lograba que se olvidara de lo sucedido en el ascensor, ya que cada vez que esa imagen regresaba a su mente su cuerpo temblaba cómo una hoja y la vergüenza le pegaba bofetadas de realidad: abrazada a su jefe delante de tanto público, lo cual, la había dejado helada, además de haber roto una de sus premisas fundamentales en el trabajo: en el trabajo nada de escándalos. Eso mismo era lo que la despojaba de sí misma, le mantenía la mente bloqueada y no le permitía salir de esa espiral de arrepentimiento.

«Si le hubiese pegado una patada en la huevera nada de esto sucedería. Bueno, no te vengas arriba, te hubiese despedido que es peor», se expuso a sí misma y un escalofrío de pánico la recorrió. De pronto, un frío polar se le desprendió de los huesos por una cuestión: ¿qué le había pasado a ese cayetano que tenía por jefe? A esas alturas no estaba segura de querer saberlo. Sin embargo su mente, más puñetera, se acordó de que al poco de entrar a trabajar no se hablaba de otro tema que no fuera el despido de una empleada, la razón la desconocida, pero había sido Deborah la que la había echado, por el poder que le daba tener algunas acciones de la empresa y salir con el jefe.

«Voy a correr la misma suerte por culpa del tontonlavo de Hammond», meditó con cierto rencor, pues ella no había sido quién se había tirado encima de él.

«No vas a durar ni dos telediaros», oyó la voz de su abuela en el fondo del oído. Otro escalofrío la recorrió, ¡la mujer era vidente! Lo que le faltaba para rematar la mañana. Se llevó las manos a la cabeza y las pasó por la frente sin darse cuenta de la frialdad que desprendían sus dedos, no solo eso, sino que, no notaba como Patricia la abrazaba para tranquilizarla.

—¿Qué hacéis aquí? —A lo lejos escuchó la voz de Marisa.

—Lo mismo podemos preguntarte —Pat estaba asombrada por su aparición.

—Me han echado —soltó Luna sin meditarlo antes.

—¿Por qué?! —A Marisa aquella noticia la cogió de nuevas.

O una de dos: o no sabía lo que había pasado o se hacía muy bien la tonta. No había vuelta de hoja.

—No le hagas caso, aquí nadie ha dado el finiquito y dudo mucho que lo hagan. —la corrigió Pat.

—Nadie sabe lo que va a pasar. —Luna seguía en sus trece.

—¿Alguien me quiere poner al tanto? —Pidió Marisa que alternaba la vista entre una y otra.

—¿Es que no te has enterado? —Le devolvió la pregunta Pat.

—No o eso creo, ya me hacéis dudar. —Marisa agitó la cabeza.

—El jefe y Luna aparecieron abrazados en el ascensor. —Con ese resumen tan bien hecho de Pat, las mejillas de Luna se prendieron como dos hogueras de San Juan.

—¡Ah! —exclamó Marisa que se tapó la boca ojiplática. Luna y Pat esperaron en silencio a que Marisa se explicase—: Ahora entiendo por qué la gente estaba cuchicheando.

—Toda la empresa sabe de mi existencia —dijo con la voz amortiguada al taparse la cara con la sensación de querer desaparecer.

—Luna, por favor, ya te conocen por el modo en el que tratas a algunos clientes. —Ahí estaba Patricia para llevarle la contraria, ¡claro que sí, qué bueno era tener amigas!

—Esto es peor Patricia. —Entre los dedos, le echó una mirada asesina.

—De ahí que Noel me animase a venir a tomar un café —pensó en alto Marisa, asintiendo.

—¡¿Cómo?! —exclamaron al unísono Patricia y Luna, que separó las manos de la cara y apoyó los brazos en la mesa.

—Nada más llegar, el jefe me animó a venir, y puso mucho empeño, cuando todas las mañanas tenemos la misma rutina: repasamos la agenda del día por si hay que algún cambio de última hora —les explicó—, porque hay veces que va a supervisar las obras de determinados proyectos y lo quiere tener todo bajo control.

—Vamos que es un obseso del orden y de los horarios —Luna torció la boca en un gesto de desagrado. No le gustaban ese tipo de personas.

—Gracias. —Marisa sonrió al camarero al dejarle el café—. No es así, pero, cuéntame, ¿por qué te abrazo? —Ahí estaba la gran pregunta del millón.

Luna hundió la mejilla en la palma de una mano.

—Se abalanzó sobre mí —comenzó a revolver el Mocha.

—Madre mía, Luna, eso suena a acosador —Patricia apenas tenía color en la cara.

—No he dicho eso —se defendió de aquella palabra, que le tensó la espalda.

—No lo es, doy fe —intervino Marisa, que sostenía la taza con las dos manos—, pero suena.

Luna comenzó a temblar de nuevo, era mejor que no dijera nada, por si sus palabras se tergiversaban, eso era lo peor que le podía ocurrir, pues por muchas preguntas que ellas tuviesen solo uno en toda esa historia conocía las respuestas y ese era Hammond, lo cual la ponía en una situación de completa indefensión.

—A ver, tranquila, eso lo primero —Patricia la volvió a abrazar—. Cuéntanos qué pasó en el ascensor. —Le frotó la espalda con cariño.

Sabía que ellas no la juzgarían, pero el temor de que no la creyesen revoloteaba entre el espacio que había entre la barriga y la mente. Respiró hondo, se agarró al borde de la mesa de madera y activó su modo profesional:

—Llegaba tarde una vez más y cogí el primer ascensor que vi accesible, el de él, cuando entró, nos pusimos...

—¿De qué? —Patricia tenía el interés por las nubes, como una periodista del corazón.

Luna giró poco a poco el cuello para mirarla con una ceja enarcada.

—Eso da igual para el caso que estamos tratando —le dijo Marisa.

—Gracias Marisa. —Luna no apartaba la mirada de Patricia, cuyo rostro redondo estaba relajado, aunque esa mañana se había maquillado bastante, como si tuviese una cita romántica.

—Quiero saber de qué se habla con el jefe aparte de trabajo. —Se encogió de hombros escondiéndose en esa patética excusa.

—De la isla de las tentaciones. —Luna no pudo evitarle contestarle del modo más irónico que le salió.

—¿El jefe ve la isla de las tentaciones? —Patricia estaba boquiabierta ante aquella exclusiva.

—Está enganchadísimo. —La información de Luna provocó que a Marisa le saliese el café por la nariz y se atragantase.

—Lo siento. —Se limpió con varias servilletas, mientras tosía y agitó una mano en dirección de Luna para que continuase.

—No hablamos de nada en concreto, de esto y aquello y tampoco entramos en el ámbito personal, antes de que te vengas arriba. —Con eso evitaba más preguntas de Patricia.

—Vaya qué pena —suspiró Pat antes de beber un sorbo de café express.

—El caso y lo que os interesa, es que cuando estábamos llegando a la planta de recepción, de repente, oímos las voces de Melisa hablando con Deborah y así se lanzó a mí —concluyó la historia señalando el quid de la cuestión.

—¡Hala, la leche! Le quiso dar celos a la Deborah —dedujo Pat a lo cual Luna no pudo quitarle la razón, era una posibilidad muy factible y nada descabellada. Aunque la ponía en una tesitura mala: la había utilizado.

—No —sentenció Marisa a lo que sus amigas le dirigieron la misma mirada confundida.

—Marisa, no es ninguna locura, porque si te lo pones a pensar, fue escucharlas a ellas y se lanzó a mis brazos —argumentó Luna dándole la razón a Pat.

—Creedme que no —insistió.

—Eres su secretaria, algo escondes y lo sabes. —A Luna ya le empezaba a picar el gusanillo para hacer hablar a Marisa.

—Esto no puede salir de aquí. —Luna y Pat asintieron a la vez. Luna se acomodó para escuchar mejor—. Cuando le dije que sentía mucho su ruptura con Deborah, él me dijo que había sido una liberación, —aquella confesión cogió a Luna por sorpresa, jamás se hubiese imaginado nada igual por parte de él, aunque Deborah le cayese como el culo.

—Hay algo que no entiendo, si no la quería, ¿qué hacía con ella? —Razonó Luna. Ella no podría estar con una persona por la que no tuviera sentimientos—. Suena a que es un cabronazo.

—No, no es eso —Marisa negó con la cabeza para luego apoyarse en la mesa—. Sus padres se conocen de siempre y ellos desde niños, entonces la lógica los empujó a tener algo que nunca fraguó. Pero, es cierto que hoy lo noté distinto.

—Por el brillo de los zapatos acharolados —Luna lo dijo como lo sentía.

—No es charol aunque lo parezca, es piel. —Marisa también creía esa patraña, no podía hacer nada.

—¡Te lo dije! —exclamó más alto de lo normal Pat que aplaudió—. Pero atiende, ¿no le habrás dicho nada de sus zapatos? —Su rostro pasó de la alegría a la inseguridad.

—Sí y me dijo lo mismo que Marisa, así que te tiene comprada —acusó a su otra amiga, que ese día, Luna se fijó que llevaba su pelo rizo muy tupido recogido por un pinza.

—¡No!, siempre utiliza los de una misma marca inglesa, porque a veces he tenido que hacer el encargo para que se lo lleven a su domicilio —les contó aquel secreto del jefe.

—Vale, después de este inciso de complementos de ropa, ¿en qué lo viste distinto? —Pat retomó el tema antes de que Luna, buscara otra disculpa para no oír nada más del jefe.

Lo que ninguna sabía era qué tenía las entrañas apretadas a causa de los nervios que los percibía clavados en el pecho.

—Estaba contento, sus ojos brillaban más que nunca, estaba... ¿cómo decirlo? —Marisa buscaba las palabras correctas.

—No lo digas —aprovechó Luna.

—Más relajado, sí, más contento —finalizó Marisa que, aun así, no parecía muy conforme con la descripción—. Lo que me sorprende es que actuara de un modo tan impulsivo contigo, es un hombre que no muestra fácilmente sus sentimientos.

—Tenemos un jefe como la inteligencia artificial, que hace los ojos uno mirando para Portugal y el otro para Mallorca. —El chiste de Luna era muy malo.

—No seas exagerada, lo he visto contento, enfadado y en situación normal es muy afable y buena gente.

«Es muy susceptible, más que una cerilla y picajoso también», incluyó, mentalmente, a lo dicho por Marisa.

—¡Ay qué le gustas! —La voz de Pat recorrió toda la cafetería de esquina a esquina. La oyeron todos.

—Gracias a Dios que no eres la voz de mi conciencia, me dejarías sorda —la regañó Luna, que chasqueó la lengua—. Pat, piensa, ¿cómo narices voy a gustarle si no me conoce?

—Te has puesto colorada. —Pat tenía cierta incontinencia verbal esa mañana.

«Recuento de la situación: pies fríos, manos congeladas como si las sacara de Siberia, cara ardiendo desde hace un buen rato», bufó enfadada consigo misma, Pat tenía razón.

—Hace calor —contestó Luna cruzando los brazos con la mejor excusa posible.

—A lo mejor es él quien te produce ese efecto. —Nunca había oído hablar así a Marisa que se unía de ese modo al complot de Pat.

—A lo mejor nuestra Lunita —Luna frunció el morro nada más oír ese diminutivo que no le gustaba un carajo—, le tocó el corazoncito al jefe.

Un agujero se le abrió en el pecho originado por el desconcierto que él le había producido y la impotencia de lo que había vivido, le cayeron encima como un muro de hormigón que la aplastó como a una cucaracha. Se sentía mal consigo misma, en otra situación no hubiese permitido ese abrazo, pero en cambio, la cogió tan de sorpresa que no pudo reaccionar de otra forma que aferrarse a él. Sí, le gustaba, aunque jamás por sí misma llegaría a ese extremo, lo viviría en silencio, como las hemorroides (no las padecía a Dios gracias). No era tonta, sabía que toda

causa tenía su efecto y a saber lo que el futuro más inmediato le tenía preparado, quizás ni el destino lo supiera. Miedo, esa emoción tan imparible como irrefrenable, le azotaba el alma, le agarrotaba el cuerpo al lanzarla a un mundo tan extremo que estaba congelado. Para empujar el torbellino de emociones que la estaban desbordando, tomó un gran sorbo de su Mocha. Su calidez templada le calentó un poco el cuerpo y cuando ellas no la miraban, se llevó la mano al cuello, buscando algún rastro de él.

Noel cerró el dossier que había firmado para que comenzasen las obras de remodelación de una casa y que le llevaría a la empresa unos tres meses hacerlo, era una gran mansión cuyos dueños deseaban tirar tabiques a doquier para hacerla más habitable y sostenible. Luego, abrió el otro documento que también firmó a toda prisa, mientras su mente no se olvidaba del momento en el que aferró ese cuerpo estrecho que encajaba a la perfección con el suyo. ¡Todavía lo percibía entre sus brazos!

—Joder, lo volvería a hacer. —Se asombró tanto consigo mismo que se reclinó en la silla y se frotó el pecho en un burdo intento por calmar su corazón que no había parado de latir desbocado. Era imposible, pues ese mismo órgano que solo quería de él que funcionase bien para seguir viviendo, palpitaba por alguien. Quien lo conociera no se lo creería, no era una persona que se dejase llevar por los impulsos o por los sentimientos ni chorradas de esas, siempre se había controlado, ni permitía que nada estuviera en manos del azar, pero aquella chica era como un torbellino para él cada vez que se encontraban. Jamás había hecho nada igual y no se arrepentía, lo volvería a hacer una y mil veces más—. Sí que te ha dado fuerte.

—Ya te digo, tío, no sabía que mi mejor amigo tenía un rosario de mujeres colgado del cuello —habló Sebastián.

—¡Hostia, Sebas!, ¿por qué eres tan silencioso? —bufó por el susto. Noel alzó la cabeza y se lo encontró apostado entre las dos sillas que había frente al escritorio con las manos en los bolsillos. Lo escrutaba con detenimiento con la cabeza un poco ladeada como si intentase entrar en ella para descubrir lo que pensaba. Se conocían muy bien y desde hacía muchos años.—. Eres un puto tigre de Bengala.

—Lo hago sin querer.

—Hay algo que se llama avisar. —Noel señaló a la puerta con la mano.

—La puerta estaba abierta y entré. —Estaba visto, Sebas lo quería joder a lo grande.

—Avisa al entrar, antes de que tu presencia me mate.

—Dudo que yo haga eso, se lo dejo a tus mujeres —le contestó con una sonrisa burlona en los labios.

Noel parpadeó varias veces.

—¿De qué cojones hablas?!

—Has dicho que jamás entenderás a las mujeres.

—¡Qué cotilla!

—No soy cotilla, simplemente lo oí.

—Ya. —A veces su amigo, el cual tomó asiento en una silla, era una causa imposible—. ¿Tengo algo que firmar?

—No llevo nada en las manos. —Sebas las levantó para que viese que estaban libres.

—Entonces, ¿a qué vienes? —Noel estaba hasta las narices de tanta visita.

—Te refrescaré la memoria: tú, el ascensor con una chiiicaaa... —canturreó la última palabra.

—¿Tú también quieres hablar de ella? —Que tuviese que dar tantas explicaciones ya pasaba a castaño oscuro.

—¿Quién se me adelantó? —preguntó ofendido.

—Deborah.

—¿Por qué? —Chasqueó la lengua—. Sabía que era rara, pero tanto.

—Hay algo que se llama celos, ¡yo que sé! Fue un simple abrazo —Estaba harto de tener que explicarse.

«¡Qué bien se está solo! La soledad no te traiciona ni quiere saber nada, solo permanece a mi lado en silencio», pensó deseando que todo el mundo enmudeciese.

—Has dejado a todos boquiabiertos, va a ser la noticia del año en la empresa.

—¡Panda de cotillas!

—Nunca has dado de qué hablar.

—¡Arg! No hay nada que contar.

—Porque tú lo digas.

Noel clavó los codos en la mesa y entrelazó los dedos, la paciencia comenzó a desaparecerle del cuerpo.

—Es la verdad, no hay nada importante que comunicarle a los trabajadores. Y añadido: mi vida es mi vida.

—Ya puedes soltar la lengua con el Sebas y antes de que digas nada, no me pienso mover de aquí. —Sebas se encogió de hombros para mostrarle que ya podía caer un meteorito que él estaría ahí.

—No hay nada que entender ni que decir, ¿es que ahora no puedo abrazar a nadie? —El mundo se había vuelto loco, estaba claro.

Sebas entrecerró los ojos, lo observó hasta que a Noel no le quedó más remedio que separar los ojos de su amigo, que tras un rato en silencio decidió hablar:

—La estabas consolando —dijo Sebas.

—¿Qué?

—¡Muy buen samaritano por tu parte!, no conocía esa faceta tuya. —Noel parpadeó ante la tontuna de su amigo—. Resulta que tu nuevo trabajo es consolar a las mujeres en un ascensor.

—Solo nos dimos un abrazo, no es tan difícil de entender. —Todos habían perdido la cabeza.

—Pues has tenido una mano fenomenal.

—¿Qué quieres decir? —Sebas lo había dejado de piedra y lo peor era que no estaba dispuesto a soltar prenda, bufó—. ¡Joder, habla!

—Has escogido una buena pieza. —Por ese comentario, Noel enarcó una ceja

—A lo mejor ella me escogió a mí. —Quiso desviar la atención de ella hacia sí mismo.

—Noel no permites que nadie se te acerque. —Sebas se inclinó hacia delante—. Recuerda con quién estás hablando, te conozco hace muchos años y no me engañas.

—¡Joder!, ya coincidí con ella otra vez y desde aquella fui incapaz de sacármela de cabeza.

—Normal, es guapa con muy buen tipo.

—Y la tuve que abrazar, no sé por qué. —Alzó una mano para callar a Sebas, su curiosidad se había despertado—. ¿Qué pasa con ella?

—Es una recepcionista.

—No me cuentas nada nuevo, conozco los uniformes.

—Los dos os caracterizáis por tener menos paciencia que un caracol, aunque ella te gana por goleada. —Sebas ya no bromeaba, aunque Noel percibió que el corazón le golpeó en el centro del pecho.

—¿Y?

—Es conocida por todos, hasta por los clientes.

—Si está en la recepción es normal. —Noel sabía que Sebas estaba dando muchos rodeos y le seguía el juego, así disimulaba sus ganas por arrancarle las palabras.

—Cuando algún cliente se impacienta, le monta un pollo que por miedo se sientan —le contó.

«¡Cómo me gustaría verla en acción!», se dijo a sí mismo.

—Entonces, le voy a proponer otro puesto, jefa de seguridad, ¿qué te parece? —Noel se tomó aquello de coña.

—No es broma, Noel, es capaz de atar a los clientes al sofá que hay en la entrada para que no se muevan.

—Los hay muy pesados, debes reconocerlo y muchos, aunque les digas equis, quieren efe.

—No se corta a la hora de hablarles, algunos la evitan y van directamente a Patricia —Sebas hizo referencia a la otra recepcionista.

«Ese carácter lo he vivido hará una hora», se acordó de su conversación en el ascensor.

—¡Adjudicado! —exclamó como si fuese un subastador—. Será la nueva guarda de seguridad.

—No es broma.

—Me estás diciendo que no es educada —afirmó Noel para que Sebas hablase claro.

—Sí, lo es, pero Luna pierde la paciencia muy fácil, como tú, y según parece tiene una vena choni cuando se enfada que no es muy agradable, has escogido...

«Así que ya no es ninguna desconocida, se llama Luna, bonito nombre», no prestó más atención a su amigo y lo apuntó en su mente para no olvidarse de él, aunque eso iba a ser casi imposible. En ese instante, la mezcla de nervios e impaciencia lo hostigaron para hacer algo que debería haber hecho días atrás.

—Bueno a trabajar —despachó a Sebas.

—Ya me presentarás a tu nueva novia. —Sebas se levantó.

—¿Qué novia? —Noel quedó perplejo por aquella etiqueta que había puesto Sebas—. Espera, espera, ¿has dicho que somos novios?

—Sí, se os nota —le contestó Sebas con una ligereza pasmosa—. Espero ser el primero a la que se la presentas.

—¿A Luna?

—¡No hay más en la empresa! —Sebas se llevó las manos a la cabeza—. Oye, no te

despenderles tanto, deja un poco para lo demás, ¿vale?

—Lo que digas —mostró resignación y no el desconcierto que las palabras de Sebas le originaron. En cuanto Sebas se marchó cerrando la puerta, gritó en voz baja—: ¡¡¡Mieeerda!!!— Se llevó las manos a la cabeza, la había cagado . Si Sebas lo había dicho, cabía la posibilidad de que la gente también pusiera voz a esa misma palabra—. Todo el mundo piensa que es mi novia, joder.

Tras unos segundos de tremenda confusión, de la cual le fue imposible salir por el lío en el que se había metido, al que había arrastrado a Luna y, si eso no era suficiente, le había congelado la sangre, fue capaz de ver las consecuencias en las que no había pensado, además de la comedia de absurdos en la que había caído, ¡todos pensaban que tenía novia! Recolocándose en la silla, con un hormigueo extraño en la barriga que lo ponía nervioso, carraspeó y movió el ratón inalámbrico del iMac para acceder al fichero digital del personal de la empresa al que tenía acceso. En el buscador puso su nombre y ¡VUALÁ! Apareció una carpeta con su nombre que abrió con mucha curiosidad, enseguida, picó en «Currículum» dispuesto a estudiarlo de cabo a rabo.

—Luna Placer Redondo —leyó en voz alta anonadado—, ¿se apellida Placer Redondo?, ¿quién puede apellidarse así? Ella —razonó—. Menudos apellidos, son los típicos que uno no se olvida con facilidad, eso desde luego. —Retomó los siguientes datos—. Calle Te falta un tornillo, ¡¿qué?! —exclamó dejando la boca abierta y miró hacia las esquinas del despacho y básicamente a todo lo que le rodeaba—. ¡¿En serio existe esa calle?! —Sin dudarlo y creyendo que ella le había tomado el pelo, googleó ese nombre y sí, para su estupefacción Google Maps la localizó. Pinchó en la aplicación vista previa para volver al pdf—. Vale, calle Te falta un tornillo, 28, segundo derecha. —Regresó a Google y esta vez entró introdujo todos los datos, en cuestión de segundos tenía delante de sus ojos un portal negro con el tirador en dorado—. Así que vives aquí. —Alejó la imagen y se encontró con un barrio residencial, el típico de clase media—. Seguro que esas casas huelen a fritanga. —Con click siguió leyendo—: Correo, placerredondo@gmail.com, joder, menudo email. —Se frotó la cara con las manos, no estaba alucinando, lo siguiente—. Ya no estoy seguro de querer saber más. —La curiosidad fue más fuerte, así que fue directo a la formación y alzó las cejas asombrado, aquella chica no era una cualquiera—. Historia del arte por la universidad de Santiago de Compostela, y máster de decoración por la Escuela madrileña de Decoración terminado con excelencia y trabajó con ellos cinco años... —Se perdió en sus años laborales, como en los proyectos que realizó y dirigió—. ¿Qué hace este perfil en la recepción?

Noel se reclinó en la silla, clavó el codo derecho en el estrecho reposabrazos y se pasó el dedo índice por encima del labio superior. Debía hacer algo, había hecho que todo el mundo la llamase «su novia», por no saber calcular las consecuencias. Debía solucionarlo...

—Un pequeño error puede favorecer a un bien mayor, —se dijo a sí mismo meditando en voz alta en la soledad que lo rodeaba. Giró la silla para quedar frente a la terraza y se perdió en el horizonte de rascacielos y otro tipo de edificios que dibujaban el skyline donde sin verlo, el sol proyectaba sus rayos. Su maquiavélica mente comenzó a funcionar como hombre de negocios

que era para sopesar todas las posibilidades y hallar la mejor salida para ambos sin producir ningún daño. No le era muy complicado, siempre había conseguido lo que se proponía, sin embargo, en esa ocasión no se trataba de negocios. Mirando la hoja en la pantalla del ordenador, se apretó los labios con el pulgar y el índice de la mano derecha con la mente en blanco, hasta que, de pronto, delante de sus ojos estaba la respuesta. Cogió el teléfono y pulsó el uno para comunicarse con su secretaria.

—Marisa, avisa a la señorita Luna Placer que venga a mi despacho —le ordenó y colgó—. ¡El juego está a punto de comenzar!

—Señorita Placer, la he llamado para comunicarle que hoy a las ocho la espero aquí —le ordenó él.

—¿Qué?

—Hoy a las ocho tendremos una reunión...

—¿Por qué?

—Tenemos que hablar de lo sucedido —le fue sincero, aunque escueto.

—La culpa es suya. —Le recordó que el resultado de todo era lo que él había hecho.

Él se frotó las sienes.

—Lo sé, por eso tenemos que hablar, hoy a las ocho de la tarde.

De esa guisa y sin más explicaciones le había comunicado el señor Hammond su encuentro, que le había estropeado la tarde del viernes, ¿ese tío no vagoneaba tumbado en el sofá?! Ella sí y él no tuvo reparo alguno en estropearlo, cabreándola por manejar su tiempo libre, algo que no le gustaba. Estaba excesivamente nerviosa, tanto que le sudaba el sobaquillo, signo inconfundible de que no iba a poder filtrar lo que saliera por su boca, lo cual era un serio problema si largaba todo lo primero que se le pasaba por la cabeza. Sabía las nefastas consecuencias que podía causarle. En ese estado condujo hasta la empresa con una asfixiante sensación de ahogo, no podía respirar de modo normal, le faltaba la vida y para que el aire le llegase a los pulmones debía respirar por la boca. Jamás había estado así, salvo en los exámenes finales, aquellos que le permitieron licenciarse. Se agarraba fuerte al volante, como si se tratase de su tabla salvavidas, ya que el amasijo de nervios, que se le desprendían de la barriga, se le clavaban en los costados, provocando un dolor insoportable, y le revolvían las entrañas. Lo peor de todo, era lo inquieta que iba en el asiento, ¡ni qué tuviese chinchetas en el culo!

—Debiste haber pedido un taxi o coger el metro —se aconsejó tarde, mal y arrastro.

Durante el trayecto no se fijó en cómo las luces comenzaban a encenderse a esas horas en las que la noche cubría la ciudad de Madrid. Le pasaron desapercibidas, cuando siempre se había maravillado de lo bonita que era bajo el manto oscuro de la bóveda celeste. No, Luna no apreció nada, iba muy pendiente del camino, así, giró hacia la derecha para meterse en el aparcamiento de la empresa y tras una vuelta de caracol, aparcó en su sitio. Iba tan volada que parecía una autómatas cogiendo el ascensor que la llevaría a la última planta.

Fría como un témpano, enfundada con un vestido lencero fucsia y con una cazadora del mismo color que las bailarinas, rojas, las cuales resonaron muy poquito en el pasillo de aquella planta en la que había estado, como mucho, una vez, caminó hacia el despacho que había al fondo. Para aflojar la ansiedad, se fijó en la escasa decoración formada por alguna que otra escultura o algún

cuadro que pendía de la pared. Vio la mesa de Marisa vacía y bien ordenada cerca de la puerta negra con manilla de acero, que estaba abierta, invitándola a pasar sin tener que llamar. Asomó la cabeza y las luces le dirigieron los ojos a la terraza donde lo vio de espaldas en mangas de camisa.

Entró con cuidado sin poder reprimirse en reparar en ese interior, mitad de cristal, mitad de pared que daba una imagen ligera, moderna y minimalista. No era el típico despacho ostentoso, sino que era más abierto, de líneas sencillas, evitando así los ornamentos innecesarios, los pocos que había eran de madera, al igual que el suelo, pero, en ese despacho transmitían elegancia y profesionalidad, lo que el jefe quería comunicar a quien entrase. La verdad, la había sorprendido.

—Hola, —lo saludó con voz queda desde la entrada de la terraza.

Él miró el reloj de pulsera, luego, se giró hacia ella, sin ningún disimulo, la recorrió de arriba abajo no una, sino varias veces. A cada parpadeo, se le erizaba el vello, esos ojos verdes se convirtieron en miles de manos que le palpaban cada palmo del cuerpo y sentía la piel prendida en llamas. ¿Cómo era posible que la hiciese suya sin tocarla? No podía describir lo que ese hombre podía hacer con ella, lo único que supo fue que algo similar a un escalofrío de placer la cubrió de pies a cabeza y desembocó en su bajo vientre, donde notó una presión que bajaba a su sexo.

—Puntual, me sorprendes —habló con la voz enronquecida.

¿Podría ser que ella le afectase de la misma manera? No, no estaban hechos el uno para el otro. Se humedeció los labios, ella lo miró fijamente con el pecho agitado y los sentidos zumbando.

—Igualita que un reloj inglés —le dijo para que supiera que sabía su nacionalidad—. Y porque una vez haya tenido un pequeño desliz, no hay que juzgar a nadie —le recriminó en un intento por salir de su aura.

—Te estaba elogiando. ¿Quieres una copa? —Le ofreció, entrando al interior del despacho.

—No, gracias —la rechazó—, a lo mejor me sienta como una patada en el estómago y vomito, paso de tener que limpiarte el suelo —dijo esto último por lo bajo.

Él se acercó a la licorera y le sirvió una copa de algo amarronado que le tendió y ella cogió el vaso sin más remedio.

—He dicho que no quiero beber.

—Te lo aconsejo. —Él se rellenó la copa.

—No entiendes un «no» por respuesta.

—Bebe, te lo aconsejo, para los dos esto es nuevo —la animó a la vez que él pega un sorbo.

Luna miró el contenido del vaso, donde la luz bailaba traviesa sobre la superficie del líquido que por el olor pudo conocer el whisky mientras meditaba lo que había escuchado y perpleja por el significado que encerraban sus palabras, alzó las cejas a la vez que abrió la boca perpleja. ¿Qué estaba diciendo ese guarro? Decidida a pararle los pies, tomó la mejor decisión de su vida: No callarse.

—¡Eh, oye!, si te quieres beneficiar de mí, vete olvidando, busca una página web de contactos y contrata...

—¿Qué dices? —frunció el ceño molesto por lo que oía.

—Has dicho que es nuevo para los dos, no creo que sea la primera vez que quedas con una mujer en tu *despachicadero*. —Inventó la palabra uniendo despacho más picadero.

—No es lo que estás pensando.

—Y tengo que fiarme de ti porque eres mi jefe.

—Sí.

—Búscate a otra. —Dejó el vaso encima de su escritorio que chocó contra la madera, ella era quien tenía el control, así que no iba a ceder a sus reclamos —. ¡Vete al cuerno!, no soy una cualquiera como esas mujeres que te rodean, seguro que hay muchas dispuestas a abrirse de piernas.

Más ofendida que una mona, —jamás ningún hombre con el que estuvo la había hecho sentirse tan sucia como lo había conseguido él en menos de cinco minutos—, se dispuso a marcharse y dejarlo allí plantado como un champiñón, pero antes de que pudiera dar un paso más, él cerró la mano alrededor de la parte superior de su brazo, la calidez de sus dedos traspasó la cazadora y se extendió como miles de tentáculos a través de los poros de su piel, que se tornó sensible a su agarre. El corazón le saltó varios latidos y, al volver a palpar, lo hizo tan desbocado que lo notó en la boca. Poco a poco, su cuerpo reaccionó como una coctelera donde se mezclaba la excitación que le hormigueaba en el bajo vientre, con el nerviosismo de la situación y una pizca de miedo hacia ese hombre al que no conocía, tampoco sus intenciones reales.

Al subir la vista hacia él vio que tenía mandíbula apretada, con los labios comprimidos en una fina línea, pero eran sus ojos verdes entrecerrados lo que le profería un aspecto mucho más peligroso. «Madre mía, qué bueno estás y lo sabes, cabronazo», soltó su mente de repente. Lo que le sorprendió fue la expresión de su cara, no era amenaza (su atractivo lo era), había algo más, sin embargo, no podía discernir qué era, eso produjo que el pulso se le acelerase y corazón martillera contra las costillas.

—Para empezar, no quiero que haya ningún malentendido, aquí nadie se va a beneficiar de nadie, no te llamé para acostarnos, que quede bien claro. —La soltó para luego, con la mano puesta en la zona de los riñones la empujó con mucha suavidad para que se acercase a una mesa redonda de madera. Luna tomó asiento en una de las sillas.

—¿Qué hago aquí? —preguntó sin haberse enterado de nada. ¡Estaba en una comedia hollywoodinse!

—Eso quiero explicarte —le respondió manteniendo la compostura y cierta tranquilidad.

—Miedo me das. —Él le volvió a poner el vaso y Luna tragó el licor como si se tratara de un chupito de tequila.

—No es para tanto. —Si él quería tranquilizarla, estaba consiguiendo que su mente se hiciera popó.

—Me supongo que es por el abrazo. —Luna hasta ahí estaba segura.

—Sí. —Él se sentó en la otra punta de la mesa, frente a ella.

—Lo vuelvo a repetir fuiste...

—Fui yo, es cierto y asumo mi responsabilidad, así como todo lo que ha pasado. —Luna agitó la cabeza con desconcierto—. Más de uno piensa que estamos juntos. —Él empujó aquella frase

tragando con fuerza y la nuez se le movió de arriba abajo.

—¿¿PER.DO.NA?! —exclamó fuera de sí.

—Sin perdón, hoy fuimos la comidilla de la empresa. —Algo le había dicho Patricia, pero como siempre había pasado de ella—. Todo el mundo cree que tenemos algo.

—Ya sé lo que es «estar juntos», gracias, no necesito el diccionario de la Real Academia —Luna se hundió en la silla.

—Debemos hacer algo.

—¿Debemos? —Ante ese plural, Luna se consternó, su amiga no le había mentado, estaba en boca de todos y él se atrevía a hablar en plural—. Debes —lo señaló con el dedo apuntador.

—Míralo como quieras.

—Solo hay un modo, tú te lanzaste a mi regazo como un bebé y ahora soy la culpable que tiene que solucionarlo —expuso lo sucedido, con la sangre hirviendo del engaño. Estaba a punto de explotar como una olla exprés que se queda sin agua.

—No te estoy culpando, si me dejas hablar, te contaré lo que he pensado.

—Pero, ¿piensas? —le dedicó una sonrisa irónica.

—Muy a tu pesar, sí. —Se la devolvió. Alrededor de su boca se profundizaron las líneas de expresión que le salían de la nariz—. Mira, solo podemos salir de esta juntos, siempre y cuando tú estés de acuerdo.

—¡Uy!, —se sentó mejor en la silla. Clavó los codos en la mesa—. Esto no me va a gustar.

—No te dije de que se trata —repuso, llevado por la irritación.

—Vamos a ver, cabeza de chorlito, «siempre y cuando tú estés de acuerdo», esto solo pueden ser: primero, guarradas o, segundo, algún tipo de alianza para beneficiarte a ti. —La reacción de él no se hizo esperar, resopló molesto por que... ¡LO HABÍA PILLADO CON TODO EL EQUIPO!—. Vaya, este año debo coger un décimo de lotería de navidad, porque seguro que me toca el gordo.

—Nadie sale perdiendo nada.

—Vale, pues dilo —lo pinchó para que lo soltase de una vez.

—Sabes que Deborah se casa en tres meses.

—Sí, lo anunció a bombo y platillo por los pasillos, solo le faltó anunciarlo por la tele.

—Quiero que en los dos meses que faltan, nos hagamos pasar por novios.

Tras aquella proposición solo tenía una salida: «Mundo para que yo me bajo». El viernes se convirtió en míster surrealismo. Lo miraba sin parpadear como si se tratase de un fósil viviente que se exponía en el museo de historia natural, pero una pregunta le surgió en sus adentros: ¿de dónde había salido ese hombre? Quizás de una realidad paralela desconocida o de una novela turca. Aunque, a medida que aquella absurda idea se iba asentando en su interior se quedaba más y más boquiabierto por el atrevimiento de ese tipejo que se hacía llamar «jefe». Luna tomó una bocanada de aire, porque había dejado de respirar para intentar volver en sí, algo difícil, al estar delante de un hombre que no había por donde cogerlo. De repente, soltó lo que llevaba dentro:

—Estás peor que las maracas de Machín. —La expresión de su cara lo decía todo: estaba entre la sorpresa y el horror—. Si es una broma, por favor dilo.

—Hablo en serio.

Poco a poco, la parte izquierda del labio superior de Luna, cobrando vida propia, se estiró en una mueca de asquete.

—Creo que mi cara está soltando subtítulos.

Él que estaba sentado frente a ella, tomó una postura como si de negocios se tratase.

—Lo seremos delante de todos. Es decir, les seguiremos la corriente: les haremos pensar que sí, somos novios, además, Deborah está muy celosa de ti, a saber por qué, pero nunca la vi así.

—¡¡¡Estás loco!!! —Se levantó de un salto nerviosa y airada por el plan tan patético que se le había ocurrido—. Les daremos más carnaza.

—Es bueno para los dos, callaremos bocas y...

—¡¡¡TENDRÁS JETA!!! —Alzó la voz más todavía por la cabezonería de él, caminado por el despacho, seguía un camino imaginario—. Tú lo que no quieres es ir solo a esa boda y lo peor de todo es que me utilizas para darle celos a tu ex, ¡eres un gilipollas de narices!

—Pues mira, lo has adivinado, no quería ir a esa boda, no pinto nada en ella, ahora, contigo a mi lado, sí. Y lo repito: quiero solucionar el lío en que te metí, no quiero que nadie hable mal de ti.

—Cabronazo —le escupió furibunda por todo lo que estaba escuchando.

—No eres la primera que me lo llama, pero escucha, —él también se levantó, pero pegó el culo al borde de la mesa—: tú no saldrás perjudicada, ni yo tampoco, es todo una pantomima, que solo tú y yo sabremos.

—No lo veo claro. —Se rascó la cabeza nerviosa. Introdujo las uñas entre los mechones apretados de su pelo que estaba recogido en una cola alta.

—Te libraré de malos comentarios si todos piensan que eres mi novia, no podrán decir nada, te tendrán que respetar sí o sí, es la mejor opción, estaremos en esto juntos, para lo bueno y para lo

malo.

Al oír aquel voto matrimonial le dio un parraque que no pudo contener:

—¡Esto es de locos, búscate a una amiguita que lo haga! —Cogió de nuevo el bolso que había dejado en la silla de al lado para marcharse.

Esa vez, él se interpuso en su camino y en cuanto sus miradas se encontraron y se engancharon todo comenzó a darle vueltas en la cabeza a Luna, pues aquellos ojos verdes eran tan atrevidos que podían leerle el alma, no solo eso, sino que a pesar de estar atrapada en su embrujo, pudo notar como la atracción fluía entre sus cuerpos.

—Por favor, déjame explicarte.

Luna resopló.

—Digo no a tu absurda idea.

—Lo dejaremos todo por escrito —le dijo como si estuviera todo planeado.

—¿Cómo? —Estaba ojiplática y con el corazón a punto de salir del pecho corriendo la maratón de San Silvestre.

—Por un contrato.

—Espera, espera. —Se separó de él, si estaba cerca su nariz captaría su perfume y flaquearía y le diría a todo amén, algo a lo que no estaba dispuesta, mientras que se daba cuenta que la gilipollez masculina no tenía límites—. ¿Esto va a quedar escrito en un contrato?

—Así es —asintió él, con los brazos cruzados.

—Será legal, me imagino, porque no quiero que sea más falso que el top manta.

—Todo es legal, te doy mi palabra. —Luna lo miró y descubrió que no había mentira en esos preciosos ojos verdes que brillaban bajo la luz de los leds—. Por favor, sentémonos.

Él se dirigió hacia su escritorio, de donde cogió un folio.

—Aquí he puesto las cláusulas que he pensado más normales.

—En esta empresa la gente normal está en serio peligro de extinción —le encasquetó sin apartar los ojos de la peligrosa hoja en blanco.

—Siéntate —le ordenó.

—Estoy bien de pie, muchas gracias. —Él le separó la silla muy cortés y Luna al final le obedeció, él se sentó frente a ella.

—¿Cómo te llamas? —Aquella pregunta lo había pillado desprevenido—. No me mires con esa cara de besugo, si nos vamos a hacer pasar por novios debo conocer tu nombre de pila.

—¿No lo sabes? —Enarcó una ceja extrañado.

Marisa y Deborah lo habían dicho, pero quería que él lo dijese.

—Te conozco como el señor Hammond.

—Noel.

Con la boca abierta de par en par y las manos en las mejillas, la venganza era suya.

—¡Haaala! como Papá Noel —exclamó asombrada por su nombre de pila.

—¿Qué? —Él parecía cortado por ese comentario.

—Te llamas como Papá Noel, Noel Hammond, —a propósito Luna pronunció su apellido pronunciando la hache como si fuera la jota española—. ¡Claro!, Papá Noel me trae un jamón. —

Cerró la mano derecha salvo el dedo índice y el pulgar, que al girar la mano hacía el gesto de enroscar y desenroscar algo—. Noel Hamond —repitió para que cogiese la broma, a él se le resistía.

—Ya. —Se pellizcó el puente de la nariz.

—Pensabas que te iba a decir que te llamas como Noel Gallagher, eso es muy normal para ti.

—Dame paciencia, Señor, qué mujer. —Le señaló el folio—. Lee, por favor. —Noel respiró hondo, estaba claro que la seriedad y la naturaleza firme eran rasgos característicos de su personalidad.

Luna tragó antes de leer en voz alta:

—*Durante dos meses las partes fingirán ser novios o prometido; Las partes en ese tiempo no hablarán de temas privados, ni se meterán en la vida del otro ni la cuestionarán.* Me parece fetén, hasta ahora. Sigo: *Prohibido enamorarse*, —alzó los ojos para mirarlo, debía de ser el tío más atractivo en el que había posado la vista jamás. Era alto, era fuerte y los trajes le quedaban de muerte—: Ni de puta coña, ¿quién se va a enamorar de ti?

—Eso mismo pensaba yo.

—¡Anda! Estamos de acuerdo en algo. —La impaciencia también era habitual en él.

—Lo pensaba de ti —le encasquetó con esos deslumbrantes ojos verdes que irradiaban chiribitas a los cuatro vientos. Se le antojó aún más perfecto si cabe que en su espantoso primer encuentro—. Aunque en mi caso habría muchas mujeres encantadas por estar en tu lugar. —Estirado como un pavo real, se colocó bien la corbata.

—Pues tráelas, me harían un favor, así no vería tu cara iguana con gorrito de Navidad.

—¡Quién fue a hablar! —Soltó una carcajada echando la cabeza hacia atrás en la silla, aquel sonido le hizo eco en el corazón, que comenzó a latir a un ritmo distinto—. La que se apellida Placer Redondo.

Ofendida no se calló:

—Lo dicho, tienes menos gracia que un perezoso, y normal que estés soltero, es imposible enamorarse de ti.

—Ya tengo a ti de pareja, no necesito a más mujeres.

—No me he encontrado nada igual, investigando a tus conquistas, normal, debes ser el único hombre que estudia donde la mete, antes de que se le caiga a trocitos.

Él dibujó una sonrisa sesgada, que le arrebató el aire de los pulmones, de seguido le humedeció las braguitas, o al menos eso creí ella, dado que no era inmune a ese gesto que le resultaba tan sensual y sexual a la vez.

—Sé dónde la meto. —A Luna le estaba costando recuperar el aliento, no se creía esa respuesta de él—. ¡Oh!, te he dejado sin palabras, ¡esto es una proeza!

—A chuletas sin denominación de origen no respondo. —Al final, Noel se mostró su verdadero semblante: le echó una mirada impaciente con la que la escudriñó y la obligó a concentrarse en el contrato de nuevo—. *En este tiempo ninguno de los dos mantendrá relaciones con el sexo opuesto*, estoy de acuerdo y yo añadiría «para mantener la pantomima, por si se le olvida alguno de los dos».

—Lo haremos.

—*Luna siempre estará disponible para Noel cada vez que él así lo requiera, de día, de noche y lo acompañará a todos los eventos sociales.* —Abrió la boca fastidiada por ese punto—. ¡¡¡Esto sí que no!!! —El licor se le hizo bola en el estómago—. Necesito mi vida, ¡tengo una vida!

—Somos pareja, donde yo vaya, tú vendrás.

—Con que con esas tenemos —él asintió—, muy bien, donde vaya yo, tú también estarás. —Noel bufó—. ¡Eh!, nada de rechistar o me piro vampiro, cayetano.

—No me llamo cayetano —le respondió, seco.

—Es tu segundo nombre y te informo: o es igual para los dos, —se echó hacia delante apoyando un brazo en el borde del escritorio— o esta que está aquí, esta *motomami*, se va.

—¿Eres madre?

—O una de dos, o te han abducido los extraterrestres y te han secado tu masa cerebral si la tienes, o eres un melón con orejas —Chasqueó la lengua—. Sé que me has investigado y ya sabes que no tengo hijos.

—No te he investigado.

—Lo que tú digas. —No se creía nada de él—. O es igual para los dos o no hay trato.

—Está bien.

—Así, me gusta, niño bueno. —Le guiñó un ojo y siguió leyendo—. *Las partes no se mirarán fijamente a los ojos ni se observarán, pero, ¿qué ridiculez es esta?* —Ella estaba asombrada de la tontería de los ricos.

—Es de mala educación mirar a alguien a los ojos —le contestó uniendo las yemas de los índices sobre los labios.

—Lo que tú digas. —No se podía luchar contra el pijerío—. *Si se rompe cualquier cláusula o se hace público lo aquí establecido, el contrato quedará roto de inmediato.* —Ella levantó la cabeza con rapidez—. ¿Esto significa que no se lo puedo decir a nadie?

—Así es, solo lo sabremos tú y yo.

—Oye, que se lo tengo que contar a mi abuela y a Roy.

—¿Quién es Roy?

—No sé para qué preguntas si ya debes tener mi ficha policial y la talla de sujetador que utilizo, y no me vengas con que no me has investigado. —Él a eso dio una callada por respuesta—. ¡Sabía que me has investigado!

—Todavía no.

—Roy es mi mejor amigo, ¿sabes de eso que se llama amistad? —Lo quiso chingar.

—Sí, Sebastián es el mío, pero no deben saber nada o dejará de ser un secreto, y es más, corremos el riesgo que se vaya extendiendo por ahí —razonó.

—Hay que contarles que somos pareja, ¿a ti te ha picado una velutina o qué? —A Luna nunca le gustaron los secretismos ni las mentiras y estaba cayendo en un juego que debería fingir lo más grande.

—¡Qué mujer por Dios! —Noel se tapó la cara con las manos antes de mirar al techo.

—No has visto nada —le advirtió a modo de amenaza.

—Vamos a ver, claro qué les diremos qué somos pareja, pero el contrato debe quedar entre tú y yo.

—Dame tu palabra.

—La tienes desde el momento que has entrado a este despacho —contestó con expresión comprensiva al mismo tiempo firme.

—Espero que juguemos en el mismo campo de juego o te vas a arrepentir, señorito «jamón». Además, ahora me toca a mí poner mis cláusulas.

—No acabaste de leer las mías —le recordó.

—Las aceptó, porque no me queda más cojones, y si digo que no me las harías firmar casi a la fuerza, ¿o me equivoco?

Él se levantó en silencio, y se puso a su lado. Ella sin querer, giró el cuello con la mala suerte que sus ojos tropezaron con las caderas de él y no solo vio la reluciente hebilla del cinturón, sino algo más.

«¡Ay la madre del cordero!, este cayetano está plano», le advirtió su voz interior.

¡El pantalón del traje, el cual era el mismo que el de por la mañana, no marcaba nada! NADA, estaba completamente plano.

—Toma —le tendió un boli—, escribe lo que quieras y lo firmaremos.

Al quitarle la tapa de diseño, pues se notaba que era caro, descubrió una pluma estilográfica.

—¡Ay, mira, una pluma!

—No aprietes mucho, que se puede verter toda la tinta —la avisó.

—Hay otras cosas que no perderían ni una gota. —Miro de reojo a su entrepierna.

—¿Decías algo?

—No, nada. —Carraspeó antes de ponerse a escribir todas las cláusulas que quiso sin comentarlas con él, como él había hecho con ella, iba a tomar de su propia medicina. Por último, lo firmó—. ¡Venga, ya está!

—¡¿Qué es esto?! —exclamó él con los ojos desorbitados y pálido como el folio al repasar rápido las cláusulas que ella había añadido.

—Lo mismo que tú has hecho conmigo, ¿creías que ibas a salir ganando? —Luna hizo varios clics palatales—. No, guapito de cara, tengo el mismo derecho que tú en pedir ciertas cositas al ser mi novio.

—Está bien, lo veo justo —aceptó él sin meditarlo. Lo firmó con la mandíbula apretada, eso conseguía que las líneas de su bello rostro se tornasen más cuadradas de lo que eran. El alma de Luna suspiró a la vez que el espacio que había entre el corazón y la cabeza se llenaba de una emoción extraña a la que no le daba la gana de ponerle nombre. Se centró en lo feliz que estaba por haber aprendido una nueva lección: Cómo fastidiar a tu jefe sin que te pueda echar—. Un placer.

—No tanto.

Contrato vinculante entre Noel Hammon y Luna Placer

- 1 Durante dos meses fingirán ser novios.
- 2 Las partes en ese tiempo no hablarán de temas privados, ni se meterán en la vida del otro ni la cuestionarán.
- 3 PROHIBIDO ENAMORARSE.
- 4 En este tiempo ninguno de los dos mantendrá relaciones con el sexo opuesto (para mantener la pantomima. Luna *dixit*)
- 5 Luna siempre estará disponible para Noel cada vez que él así lo requiera, de día, de noche y lo acompañará a todos los eventos sociales.
- 6 Las dos partes no se tocarán a no ser que la situación así lo requiera, máximos marcados por Noel: cogerse de la mano, rodear los hombros o de la cintura.
- 7 Las partes no se mirarán fijamente a los ojos ni se observarán.
- 8 Luna debe conocer a la familia de Noel. Luna una vez a la semana cenará con ellos.
- 9 Las partes se interesarán por las aficiones y otros aspectos que muestren qué se conocen.

PARTE IMPUESTA POR LUNA:

- 10 Luna los domingos los tendrá libres para desintoxicarse de Noel.
- 11 No habrá besos en la boca.
- 12 Noel debe conocer a la abuela de Luna y a su mejor amigo. Una vez a la semana cenará con ellos.
- 13 Noel llevará al trabajo a Luna y la llevará a casa.
- 14 Luna no coge el móvil a partir de las 22:00h, aunque Noel esté peligro de muerte.
- 15 Noel no se meterá con forma de vestirse de Luna
- 16 Noel jamás dañará a Luna física ni verbalmente.
- 17 Luna por ningún motivo perderá el trabajo en la empresa.
- 18 Si se rompe cualquier cláusula o se hace público lo aquí establecido, el contrato quedará roto de inmediato.

—¿Dónde te has metido, Luna? —Con el codo apoyado en la rodilla, hundió la frente en la palma de la mano.

Hacía más de una hora que Luna había regresado a casa y se encerró en la habitación, necesitaba estar sola y sopesar todo aquello que Noel le había propuesto y que habían firmado. ¿Cómo había sido tan tonta de haber aceptado aquel juego?, ¿cómo había caído en sus redes? No obtuvo respuesta de sí misma, sin embargo, con la mente fría y bajo la seguridad de su

habitación vio que en otra situación no lo hubiese hecho, por una sencilla razón, en ese juego él saldría ganando, primero, era el jefe, segundo siempre miraría por sí mismo, de ahí había nacido el contrato y buscaría los vericuetos para salir indemne de todo aquello. Le estaba permitiendo a un desconocido que jugase con ella.

¿Qué le había pasado? Verse entre la espada y la pared, con los oídos llenos de «no quiero que hablen mal de ti» se dejó convencer, pero realmente no le había dicho por qué hizo aquel contrato y no le colaba que era por darle celos a Deborah, más que nada por la conversación con Marisa. Empujándose con el culo, se tumbó para que la almohada le ayudase a pensar o lo que fuese. Lo que sí hizo fue ponerle delante de las narices su propio final: se podía enfrentar a algo más grande y el punto de no perder el trabajo era una mera ilusión, lo sabía, había escuchado que mucha gente a causa de ciertas presiones internas debía dejar el puesto en el que estaban y comenzar de cero. Si eso le sucediera, su futuro estaba en un avión rumbo a San Francisco, ciudad donde sus padres vivían hacía años. Siempre la animaban a ir, según ellos, la esperaba un mundo lleno de posibilidades, sin embargo, Luna dilataba todo lo que podía aquella decisión.

Al ojear de nuevo aquel folio que la obligaba a mentirle a los suyos le produjo un escalofrío que la puso al borde de las lágrimas, tanto fue así, que el nudo invisible que le atenazaba la garganta amenazaba con ahorcarla. Miró a la puerta como si se tratase de su abuela, esa mujer de ideas claras que le enseñó muchas cosas de la vida y a la que conocía muy bien y cuando supiera que Noel era su jefe, no le iba a gustar. Pensar en su posible rechazo la entristeció más, no solo eso, sino que una bola le subía y le bajaba en el estómago, provocándole la sensación de arcadas.

Noel jamás dañará a Luna física ni verbalmente. Para ella era lo más importante de todo, pues ya había sufrido bastante en el pasado, cuando un dolor más grande del que podía soportar le puso la vida patas arriba, además de ponerle todo muy difícil. Con el dolor desbordado por momentos, había llorado, gritado, el mundo había perdido importancia, era tan lacerante que en más de una ocasión creyó que iba a morir, y había vagabundeado por los antros más oscuros de la tristeza, por eso no quería que nada referente a Noel pudiera dañarla. Oyó una voz del pasado: «No desperdicies tu tiempo en preocuparte antes de tiempo, muéstrate tal cual eres, pero aprende a protegerte, esa es la manera en la que mi Luna no se diluirá», rompió a llorar. Debía conseguir que se terminase antes de tiempo.

No podía adelantarse a los acontecimientos, por mucho que una parte de ella quisiera saber que le deparaba ese futuro incierto en el que se adentraba a ciegas. Afrontaría todo de la mejor manera posible.

Solo pudo aceptarlo; de mala gana, pero lo aceptó.

Te estoy esperando abajo.

Leyó Luna el mensaje de Noel en el WhatsApp. Abrió la boca y una masilla color claro asomó cubriéndole los dientes como todos los espacios. No quedó ahí, la parte mojada de la galleta se suicidó dentro de la taza, que al estar media vacía no salpicó hacia fuera, hecho que la hizo reaccionar. ¡Eso sí que era empezar bien un lunes, olé!

Por qué estás abajo?

Vengo a buscarte.

Luna miró el reloj y no eran ni las siete y cuarto.

Es un poco temprano para verte el careto.

Baja.

Qué mandón nos hemos levantado.

Es mi segundo nombre.

—¡Quién te diera! —exclamó en voz baja, molesta—. Piensa bien lo que haces, Noel, es lunes, día muy peligroso.

Luna había dado gracias que hubiese un fin de semana de por medio antes de regresar a la empresa, ya que esa primera noche tras el contrato apenas había dormido, ¡jamás había comido tanto techo! Se sentaba en la cama, hundía la cara en la almohada en varios intentos infructuosos por asfixiarse a sí misma y el contrato sobrevolaba su mente, al igual que las cláusulas, que eran como gaviotas enloquecidas a punto de atacar. A medida que pasaban las horas volvía a ser ella, aunque el domingo por la noche ya notaba los nervios, aun así le permitieron coger el sueño.

En la ducha, ese lugar con poderes mágicos, que le estimulaba la mente y la convertía en una persona más creativa, había concluido que sus días serían iguales, porque en realidad no vería al jefe versus novio en todo el día. Él tenía su puesto, ella el suyo, así que estarían cada uno por su lado. Apuró el desayuno, se lavó los dientes, se despidió de su abuela antes de salir de casa y bajó las escaleras al trote, musitando entre dientes:

—Va a ser el peor lunes de mi vida, qué digo, van a ser los meses más insoportables y ¡tendrá morro! Leyó mi currículum. Qué pena no haber cometido un asesinato en el ascensor aquel día o ser una loca de cañete y haber cometido un escándalo público. —Ya en el portal miró a través de la ventana, Noel estaba en la acera de enfrente, trasteaba en el móvil muy entretenido con el culo apoyado en el BMW azul marino—. ¡Ay, mi madre, cada día que pasa tiene más pinta de cayetano y está más plano! —Se tapó la boca con cuatro dedos al fijarse que el pantalón no le marcaba la entrepierna.

Haciendo de tripas corazón, salió y el frío de la mañana la recibió con un golpe que la aterió de tal forma que la recorrió un escalofrío. Marzo había traído con él unas semanas de sol que anunciaban la llegada de la primavera, pero a esas horas, el frío era supino, ¡las fosas nasales le quedaban congeladas!

—Buenos días —la saludó sin mucho ánimo.

—Hola. —Noel para sorpresa de ella le abrió la puerta—. ¡Ajá! Un caballero a la antigua usanza. —Sonrió por ese gesto que ninguno de los hombres con los que había estado había hecho.

—Es cortesía.

—Hacia tu nueva conquista —le dijo en cuanto la cerró y de inmediato se abrochó el cinturón—. Tampoco hace falta que lo compares con nadie, chica —se advirtió.

—No eres una de mis conquistas —soltó nada más colocarse en su asiento.

—Tienes buen oído. —A eso él asintió en silencio para salir a la carretera.

Sin querer, él había cumplido su sueño desde niña: subirse a un coche como ese, elegante de líneas deportivas y que tuviese pinta de fórmula uno. Su corazón pegó un brinco de alegría, al menos, debía quedarse con lo bueno. Pero el regalo envenenado con el que venía no era otro que su perfume. Se introducía dentro de ella como un conjuro que le dominaba el alma, el ambiente entre los dos, de pronto, se vició como si se estuviera gestando sobre sus cabezas ese momento de sexo loco en el que no existían más que sus cuerpos, además de la loca pasión.

Empujada por esa nube adictiva lo miró de refilón, sin querer lo estudió: rostro anguloso, un tanto cuadrado, de frente ancha, pómulos muy marcados, la barbilla sobresalía, lo que resaltaba la angulosidad, asimismo la mandíbula marcada desprendía virilidad por los cuatro costados. La forma en la que cogió la palanca de marchas y la movió con suavidad era lo más sensual que Luna vio en tiempo, casi era la propia de un buen amante, en cuestión de segundos, con la vista clavada en sus manos de dedos largos, deseó que recorriese cada palmo de su cuerpo, quería sentirlo por todas partes. La atracción fluyó entre ellos en exceso y el corazón de Luna se encabritó tanto que le cortó la respiración. ¡Eso no era bueno por la mañana temprano! Le había tocado un seudonovio demasiado atractivo para ser cierto, era más, si fuera guardia civil le pondría un multazo por ir matando a las mujeres a suspiro limpio

De repente, como si notase su mirada puesta en él, giró un poco el rostro y Luna, más veloz que una ardilla, separó la vista a tiempo, para centrarse en el exterior, así salir del mundo Noel Hammond. Comprobó que la ciudad ya se había despertado hacía varias horas, aunque no había transeúntes por las aceras todavía, se veía a los servicios de limpieza haciendo su trabajo, mientras las persianas de locales y comercios estaban bajas, dando la sensación de que todo estaba durmiendo.

Cuando quiso darse cuenta, estaban en una urbanización cerca de Puerta de Hierro de edificios todos iguales.

—¿Vives aquí? —le preguntó observando todo con curiosidad. Había oído hablar de esa construcción, pero no le había prestado mucha atención a lo que se publicó de ella en su momento.

—Sí

—No sé para qué pregunto —musitó.

—Es un lugar muy tranquilo.

—Y pijo también, ¿sabes? —dijo eso último poniendo voz nasal para imitar el modo de hablar pijo. Le sorprendió oírlo reír por la nariz, al mirarlo, sonreía.

Luna no le dijo nada, pero la empresa en la que había trabajado antes se había hecho cargo de la decoración de algunos de sus pisos, ella se había quedado con las ganas de decorar alguno, porque los encargos llegaron al mismo tiempo que ella se vio obligada a dejar su puesto. Él le había puesto a tiro que se fijara en los detalles del amplio portal de mármol claro, con ambos espejos a los lados, que proyectaban más claridad no tenía decoración, salvo unos angelotes en las cornisa del techo; el ascensor de última generación, los subió al piso de Noel, un dúplex con el que llegó a otra verdad: todos los guapos tenían mal gusto.

—¿Alquilas tu casa para hacer exclusivas? —Lo miraba todo atónita: los techos altos, blancos como las paredes, lo hacían más grande de lo que era, gracias en parte a los ventanales. Todo era muy minimalista, no había nada fuera de sitio, hasta los libros que había en las estanterías asimétricas, como en la mesita delante del sofá de cuero, estaban en su lugar y la decoración se componía por un cuadro abstracto que no entendía.

—No.

—Deberías, te sacarías un sobresueldo. —A esa casa le faltaba el alma de todo hogar—. Si la empresa va al tacho, ya sabes lo que hacer.

—¿Criticas mi casa? —El tono era escalofriante de tan intimidante.

—Nooo.... —Ella se giró sobre sus pies—. Solo digo que es reflejo del dueño.

—¿Y qué ves? —Noel cobró una actitud chulesca.

—No quieras saberlo —su respuesta lo desarmó y le molestó al mismo tiempo, lo supo porque él apretó la mandíbula echando hacia delante el mentón.

—Acompáñame —Le ordenó, lo que era normal en él, no sabía pedir.

Lo siguió y para su sorpresa la cocina estaba en una estancia cerrada, no era las modernas de estilo americano. Estaba muy bien equipada con una isla central y los muebles de madera. Allí, había una mujer bajita de pelo rubio teñido, de aspecto afable, que les sonreía amigable. Noel la presentó como Yolanda mientras que a ella como su novia, lo que se le atragantó.

—¡Oh, qué sorpresa! —exclamó alegre la mujer.

—¿Verdad que sí? Yo tampoco salgo de mi asombro. —Yolanda se rio de esas palabras de Luna.

—Buena elección —le dio unos golpecitos en la espalda, lo que puso colorado a Noel, a Luna casi le dio un infarto, ¿dónde quedaba el empresario implacable?—. Hay café recién hecho —salió de la cocina.

—¿Para qué leches me traes a tu casa? —Lo encaró en cuanto Yolanda desapareció por el pasillo.

—Nos tenemos que conocer —respondió sirviéndole un café que olía riquísimo.

—En tu casa —repitió y le añadió al café con leche dos cucharillas de azúcar.

—Tienes que saber dónde vivo.

—¿Por qué?

—Si nos hacemos pasar por pareja debemos saber dónde vive el otro y algunos detalles de la vida privada, sino esto no será creíble, ¿no te parece? —Noel estaba en lo cierto.

—Mierda. —Luna se sentó en un taburete de la isla, en vez que en la mesa cuadrada y de madera maciza—. Ya lo sabes todo de mí, apareciste en mi calle sin darte la dirección.

—Eso fue por el currículum —confirmó él—. Por ejemplo, ¿tienes hermanos?

—No, soy hija única, vivo con mi abuela, se llama Pepa, quédate con su nombre. —Bebió un sorbo de café, ni el de Starbucks estaba tan bueno, «seguro que es de marca», pensó.

—¿Por qué vives con tu abuela?

—Mi padre trabaja para IBM, nos trasladamos cuando era una niña desde Galicia, ahora mis padres viven en San Francisco y de vez en cuando voy hasta allí —le contó antes de tomar otro sorbo al café—. Está muy bueno. —No se pudo callar.

—Está recién molido, como me gusta. —Él dejó el pocillo sobre la isla de mármol blanco con una gran línea gris.

—Salió *fisno* el niño. —Soltó una risilla nerviosa—. ¿Y qué me cuentas de ti?

—No hay mucho que contar —Se encogió de hombros, restando importancia a su vida.

—Estamos en el mismo barco —le recordó—. Si yo hablo, tú también.

—Soy hijo único, mi padre es médico, cirujano plástico, tiene varias clínicas, y mi madre es decoradora, pero nunca ejerció.

—Vaya, y tu interiorista.

—Sí, aunque la familia siempre esperó de mí un médico. Mi abuelo era médico también en Londres, mi familia paterna es inglesa —le explicó aquello que ya sabía—. Mi madre es española y viven en La Moraleja.

—¿Dónde la Pantoja! —Luna no pudo evitar decirlo, aunque tampoco le sorprendió.

—¿Hay alguien en tu vida? Tipo novio. —Tiró de las comisuras de los labios hacia abajo sin mirarla.

—El tío con más cerebro de mosquito me ha tocado a mí, —se agarró a la taza para no saltarle a la yugular y arrancarle la cabeza—. Vamos a ver, ¿tú crees que estaría sentada en tu cocina, tomando un café contigo, después de haber firmado un mierdi-contrato que me ata a ti como tu supuesta novia, si tuviese pareja?, ¿en serio?

—No sé.

—¿No, tontolaba! —ese hombre le revolucionaba hasta el tuétano, a veces pecaba de no ser muy listo. «Guapo, cachondo y corto, esto no es el tres por uno de Carrefour», le respondió su mente. Bufó, al acordarse que estarían así durante dos meses. «Dame paciencia señor o cometo un asesinato el primer día»—. No me interesa tu vida amorosa —le encasquetó cuando lo vio con intenciones de hablar—. Sé que has estado con Deborah y que cortasteis.

—¿Cómo lo sabes? —Estaba sorprendido, no contaba con que ella estuviera al tanto.

—La noticia corrió como la espuma por la empresa.

—¿Es que cotilleáis de mí?

—Llamas bastante la atención, no sales de tu cápsula del último piso. Además, no hace falta ser muy listo, ella está prometida con otro, blanco y en botella, ¿me entiendes?

—Puedo tener algo por ahí —su actitud chulesca regresó.

—¡Ojalá!, así no te hubieses fijado en mí. —Ante ese apunte de Luna, él sonrió, lo había cazado, aunque a la vez la desarmó. ¡Tenía una sonrisa muy bonita! Demasiado para su gusto, era de esas quemabragas.

Sería imposible no fijarse en ti —confesó Noel con una franqueza que Luna no esperaba.

—Lo dices por las uñas... —Luna no podía dejarse impresionar.

—No, en general.

—¿Vives en esta casa o estás de paso? —Cambió de tema, debía mantener la mente fría.

—Sí, vivo aquí. Sebas y yo vemos algún que otro partido.

—¿Te gusta el fútbol? —Tenía la apariencia del típico pijo que jugaba al cricket.

—Solo veo los partidos más importantes, pero ¿a qué viene tu pregunta?

—Es que cada esquina grita mírame pero no me toques —Ella recorrió la cocina con ojos rápidos, estaba segura de que era la parte más diáfana de toda la casa—, pero claro, quien te vea a ti... se nota que estáis en la misma honda. Está hecha a tu imagen y semejanza, ¡eh! —Levantó una mano negando con la cabeza—, no me vengas como un chulito diciendo, «soy Dios», no te creo, porque él se olvidó de ti cuando te engendraron.

—Qué simpatía desprendes a estas horas de la mañana —le respondió con ironía.

—Y no has visto nada.

—Tengo que coger unos dosieres en el despacho. —Terminó el café y miró el reloj—. Recorre la casa si quieres, míralo todo lo que quieras.

Sin terminar el suyo, lo acompañó a un cuarto apartado de la parte baja y subió las escaleras que se abrían en el salón. Todo el dúplex se componía de enormes espacios en los que se combinaba la madera de los muebles con los suelos de mármol y uno se podía perder, para Luna aquello era demasiado grande para una persona sola. En el piso superior, una puerta corredera le llamó la atención. Detrás de ella, estaba el dormitorio principal que estudió bien para quedarse con los detalles más importantes: una cristalera que iba del techo al suelo se abrió frente a la cama de tamaño King y con el cabecero de terciopelo gris, color predominante junto al negro de las mesitas de noche o las puertas del vestidor. En el techo había luces leds. Paseó junto a la cama y tocó las suaves sábanas, aunque la decepcionaron, se esperaba seda.

—Vaya, todo muy Christian Grey —musitó.

—¿Te gusta el tacto? —Luna se giró del susto. Noel la observaba con las manos metidas en los bolsillos y el hombro arrimado al quicio de la puerta.

—No está mal. —Ella se mantenía en sus trece, le faltaba alma.

—En invierno utilizo las sábanas de coralina.

—¿Qué es eso? —¿Es que sabía de telas también?

—El hermano mayor de la franela.

—¡Las polares! Eres el primer hombre que dice que aguanta esa textura y gracias a Dios que hemos firmado nada de sexo, porque te juro que no me acuesto en esta cama, las bragas se me

meten *pa'dentro*.

Noel prorrumpió en risas. Para su asombro su risa era franca, bonita, una melodía contagiosa. Una parte de Luna estaba dispuesta a conocerlo más. Quizás, no fuera tan malo.

—Cúdamela, Patricia —le pidió Noel con una amabilidad extrema.

Luna a consecuencia de una grave crisis nerviosa, con palabrotas incluidas hacia todos, no oyó a Noel, pues su mente, su corazón, su alma estaban más preocupados por otro asunto: «¿qué les he hecho a los de arriba para que me hagan esto?», no paraba de lanzar esa pregunta para que quien fuese se la respondiese, porque su espíritu había quedado atrapado en el momento en el que Noel le regaló una caricia, hacía tiempo que un hombre no la trataba de ese modo tan romántico que la convirtieron en un minúsculo pedazo de gelatina en medio de un enorme plato llano. «Estoy convencida que esto es por tener meses de sequía y despertares miserables que me fusilaron los sesos», buscó la razón de todo ello en su falta de sexo. Respirar tampoco la tranquilizó, pero igualmente no pudo deshacerse de la ansiedad que le apretaba el pecho, debido al pánico que le había entrado ya en el coche minutos antes de entrar a la empresa.

—Tengo miedo —soltó de repente temblando como una hoja, a medida que el coche de Noel se acercaba a la puerta principal de la empresa.

—¿Tú? —No disimuló su asombro.

—Y si se me escapa lo del contrato, a lo mejor no puedo controlar la lengua —expuso el amasijo de dudas que la asaltaban.

—Luna.

—No sé disimular, nunca fui capaz, mis caras me delatan, claro, tú no te mueves de tu cúpula de cristal, pero yo hablo con Patricia y me conoce, a lo mejor tú estás más acostumbrado a fingir o a mentir, yo no puedo, ¿vale? —A causa de los nervios ni se enteraba de que no respiraba.

Noel aparcó unos metros antes de llegar a la empresa, se desabrochó el cinturón de seguridad para volverse hacia ella. Él le rodeó el rostro con las manos y esa calidez que desprendían fue el antídoto que poco a poco le fue calando para que se calmase.

—Luna, a los dos nos afecta, porque yo también tengo que hacerle creer a Sebas que estamos juntos.

—Y a Deborah.

—Ella me importa un carajo, pero lo que sí te pediría es que me dijese si te pasa algo o alguien se mete contigo, que no debería pasar. —Ella asintió, aunque no entendió por qué se lo pedía y no se le preguntó, no estaba para eso, ya tenía bastantes preocupaciones encima—. Por favor, tranquilízate. Ahora vamos a entrar por la puerta principal —la informó sin soltarla.

—¡Eso se avisa antes! —Jamás había estado tan asustada.

—Atiende, si queremos que nos crean, debemos hacer una entrada pública.

—Lo que quieres es entrar por la puerta grande como un torero —protestó ella. Noel no ayudaba—. Te recuerdo que me obligaste a esto.

—Y tú aceptaste —también le refrescó la memoria. Se acercó a su oído y le susurró travieso—: Ahora vamos a salir ahí fuera para reírnos de las caras que van a poner. —Aquella malicia la hizo sonreír y le aflojó un poco los miedos.

Noel aparcó delante de la puerta de entrada para que toda la empresa supiera que tenía una relación con Luna. Se bajaron y él la cogió de la mano. Luna se fijó en que encajaban a la perfección y, de inmediato, nada más entrar en contacto, un rayo le electrificó su piel para ir directo a su corazón, haciéndolo vibrar. Alzó la vista al tiempo que Noel la bajaba y, con las miradas prendidas, en medio de la calle, el ruido de los coches, los transeúntes que pasaban por delante de ellos desaparecieron, a causa de aquella corriente que produjo que sus almas creasen una burbuja que los alejaba de la realidad, del mundo, para quedarse solos y cobrasen conciencia del otro de un modo que antes no conseguían. Algo había cambiado entre ellos, ninguno supo qué. Los minutos transcurrieron lentos, hasta que el sonido de una alarma los devolvió a la realidad. Dentro, habían causado una gran expectación, todos los ojos se posaron en la nueva pareja que entraba con paso firme sin esconderse.

—Cuando termine te aviso. —Noel le acarició la mejilla con los nudillos y aquel roce delicado como los pétalos aterciopelados de una rosa, le revoloteó por el corazón como una mariposa y le despertó otras tantas en la barriga.

Ella lo miró desde las profundidades de la silla lo que marcaba mucho más la diferencia de estatura, desde las alturas, Noel le sonrió y Luna comprendió que tenía un grave problema: aquello no iba a ayudarla en absoluto a superar la irritante atracción que sentía por él. ¡No era inmune a sus malditos encantos!

—Luna —Patricia se pegó a ella con la silla—, ¿tienes algo que contarme?

Luna parpadeó varias veces para fijar en su mente la pregunta de su amiga.

—No.

—Has entrado cogida de la mano del jefe, y no me digas que lo he soñado, ¡estáis juntos! —exclamó Patricia boquiabierta.

En esos instantes Luna pasó por varios estados anímicos: de un bajonazo impresionante a un subidón histérico para instalarse de nuevo en el ataque de nervios que la enfriaba.

—Eso parece. —Se puso a jugar con el boli en un intento de controlarse.

—A mí no me hablas así, tan escueta, —el interés de Patricia le provocó un escalofrío—, muy callado te lo tenías.

—Ya te digo, ni yo misma lo sabía —le contestó con total sinceridad para que sospechara que había algo raro.

—¿O me lo cuentas ahora o no te dejaré en paz en todo el día? —Entrecerró los párpados y clavó los ojos en Luna, quien buscó la salida a toda prisa.

La hora de mentir como una perraca había llegado:

—Pues mira, ya sabes que coincidimos en el ascensor, esa tarde, no sé cómo, cosas inexplicables que suceden en la vida, nos encontramos en el aparcamientos y nos pusimos a hablar, me hice la tonta como si no supiera que era el jefe, ¿me entiendes? Una cosa llevó a otra y, no sé cómo se le ocurrió —clavó el dedo índice en la mesa para enfatizar—, a él no a mí, que fuésemos a tomar algo.

—¿Fuisteis a tomar algo? —Patricia se puso colorada como si hubiese dado con la noticia del año.

—Me invitó sí, es todo un caballero a lo míster Darcy. —«¡Quién le diera!», exclamó para sus adentros—. Lo seguí con el coche y una cosa llevó a otra... —No quería seguir, por eso no concluyó la frase.

—¿Os acostasteis?

—¡Ni de coña! —Luna chasqueó la lengua—. Ya le gustaría a él, pero eso no va a pasar.

—Es lo normal en una pareja.

—¿Quién te dijo que somos normales? —Aquella pregunta dejó a Patricia sin palabras por lo extraña que sonaba—. Todas las parejas tienen sus tiempos, es a lo que voy.

—Pero un poco precipitado eso de salir tras dos o tres encuentros, ¿no?

—Sí, somos como el Correcaminos. No te creas, lo hablamos y concluimos que somos dos personas libres, ¿por qué esperar más tiempo si nos gustamos? Es el día a día de la vida moderna.

—¿Cómo es en la intimidad? —Luna abrió la boca y no salió ningún sonido de ella—. Te lo digo, porque alguna vez oí a Melisa decir que era un poco maleducado con Deborah.

—Esa parte está bajo control, está amenazado de muerte, a parte, soy yo y sabes que no me callo ni debajo del agua. —Hizo un aspaviento con la mano tras la broma.

—No sé cuál de los dos me da más pena, si tú o él, porque creo que no sabe con quién se ha liado —meditó en voz alta Patricia.

«¡Uf!, liarse con él, jamás permitiré ese intercambio de saliva», le dijo a su amiga para sus adentros.

—Estamos en la fase de conocernos, dejamos que las cosas fluyan.

—¿Qué os pasa? —Deborah estaba apoyada en el mostrador con su cara normal de amargada, pero lo que llamaba su atención era el enorme cuello de su blusa dorada.

«Ni que fuera una burbuja de champán», Luna bajó la mirada para no reírse.

—Nada —le respondió Pat que se colocó en su lado de la mesa.

—Pues a trabajar, esta empresa es seria.

—Sí, mucho —murmuró Luna al acordarse del contrato que tenía con Noel.

—¿Qué dices? —Los pelos de la cabeza de Deborah se erizaron por algún tipo de electricidad estática.

—Nos hemos excedido —se encogió de hombros—, lo sentimos, no volverá a pasar, —casi parafraseó las palabras del emérito.

—Os estaré vigilando.

Al marcharse, Pat dijo:

—Quiero estar presente cuando se entere de lo vuestro.

Mientras que Patricia lo deseaba, Luna no quería que ese día llegase.

En el ascensor, Noel pasaba por los dedos de la mano derecha la yema del pulgar, allí donde todavía percibía el tacto aterciopelado de Luna, que le había dejado un cosquilleo ¿real o imaginario? No sabía que apellido ponerle, lo único seguro era que esa chica le producía sensaciones que nunca había experimentado.

Todo era raro cuando estaba con Luna.

Con ella a su lado se sentía un extraño dentro de sí mismo.

«Tengo miedo», le había dicho en el coche. ¿Cómo era posible que una mujer como ella que no se amilanaba ante nada ni nadie pudiera decir eso? Pero ver lo asustada que estaba, ver cómo esa emoción la envolvía y se reflejaba en sus bonitos ojos marrones lo obligó a consolarla, a decirle palabras que jamás hubiese dicho, porque en situación normal le diría: «tú solo calla y hazlo», esa sería su reacción normal, pero con Luna... Sintió la necesidad de protegerla de su error, el abrazo. Con ella no podía contenerse y su lado más frío, ese bajo el cual se escondía, ya no le servía de nada, debido a que un sentimiento salido de lo más hondo de su alma, le dominaba el corazón y mente.

Recordó unas palabras de su abuelo: «A veces hay que mirarlo todo desde la distancia». Inclino la cabeza hacia abajo y comprobó que ella había sido sincera, nunca le había mentado a nadie y dio en el clavo, a él no le costaba. Pero hubo una diferencia que la soledad metálica del ascensor le mostró: la caricia que le había dado no era una farsa. Con el corazón aporreando el centro de su pecho, en cuanto las puertas se abrieron, salió al pasillo y una idea peregrina le sobrevoló la mente, solo duró unos pocos segundos, aunque la cogió al vuelo.

—Marisa, más tarde miraremos la agenda —le dijo a su secretaria que se había levantado nada más verlo—, por favor llama a Sebas. —Le pidió pasando por delante de ella. Con el pomo de la puerta en la mano volvió a hablarle—: Por cierto, la señorita Placer y yo estamos saliendo. —Pudo comprobar como Marisa se quedó de piedra, lo que le hizo gracia—. Recupérate, Marisa. —No pudo reprimir ese comentario.

Lo que más le sorprendió, una vez que se metió en su despacho, el lugar, junto a su casa, donde podía ser él mismo, siempre y cuando no hubiese nadie con él, fue haberlo comunicado con esa facilidad tan pasmosa, no se trataba de una mentira convencional, era algo serio que cambiaría la percepción de todos por estar saliendo con una empleada, sin embargo, lo había dicho con tal tono de franqueza, que hasta él mismo se lo creía. Se sentó en la silla del escritorio y movió el ratón, la pantalla se iluminó y apareció el currículum de Luna, que observó sin verlo. Unos golpecitos en la puerta lo sacaron de sus disertaciones mentales.

—¿Se puede? —Sebas abrió la puerta.

—Pasa, pasa. —Clavó los codos en la mesa y se tapó la boca con los puños.

—¿Querías verme? —Sebas se acercó con paso lento al escritorio.

—Luna y yo estamos saliendo juntos —soltó sin ningún tipo de dificultad. Sebas lo sabía todo de él, guardaba su amistad por encima de todo y confirmó que no le dejaba ningún resabio amargo el contar aquella mentira. Su amigo quedó petrificado—. No me mires con esa cara, después de lo del ascensor, decidimos no seguir ocultándolo por más tiempo. —El silencio de Sebas le llamó la atención, lo miraba parpadeando con cierta rapidez sin moverse—. Puedes decir algo, está permitido.

—Estáis... —Se le cortaron las palabras—. ¿Juntos?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—¿Y eso importa? —Le devolvió la pregunta.

—No lo sé. —Sebas movió los ojos de un lado a otro sopesando aquello—. De ahí el abrazo.

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Bueno, no sabía cómo iba a funcionar, —enredó más la mentira—, tú me lo dijiste, es una mujer imprevisible, sus reacciones son inesperadas y, bueno, no me la puedo quitar de la cabeza. —Eso último sí era cierto, Luna se había clavado en su cerebro con una caja entera de chinchetas.

—A ver, es guapa.

—Cuando se lo propuse ella aceptó —finalizó, haciendo referencia al contrato.

—Lo que me preocupa es que con el carácter que os gastáis los dos, vuestras discusiones deben ser como la erupción de un supervolcán.

—De momento no hemos discutido.

—¿Y va a seguir en la recepción?

—Quiero que veas esto. —Le hizo una seña para que se acercara y mirase el ordenador.

Noel se apartó, de esa forma le daba espacio suficiente para que leyese. El semblante serio de su amigo, de repente, se convirtió en el reflejo de la sorpresa.

—¿Qué hace en su puesto actual? —Era la misma pregunta que él se había formulado.

—Eso me gustaría saber —Se rascó la barbilla—. No le pregunté, no quiero quedar como un cotilla y sospeche que he mirado su currículum. —Noel se encogió de hombros, era cierto que no le había preguntado por una sencilla razón: Luna sabía que le había mirado el currículum.

—Vamos a ver, Noel, reacciona, ¿vale? —Giró el rostro hacia él—. Es tu novia, por lo tanto, la persona en la que más confías.

—Tú también estás en esa categoría —matizó.

—Excluyéndome a mí, —señaló a la pantalla—, con este currículum que tengo delante debería estar aquí, a tu lado.

—Es lo que estoy pensando, —dijo una verdad como una catedral, porque lo había meditado toda la noche—. Quiero que sea mi ayudante, pero quería tener tu visto bueno.

—Lo tienes. —Sebas revisó de nuevo aquella información antes de erguirse—. Nos puede sacar adelante muchos de los contratos que tenemos. Es más, tiene mejor currículum que Melisa.

Noel no esperó un minuto más y descolgó el teléfono para llamar a la recepción, si la suerte lo acompañaba, sería ella quien lo cogiese.

—¿Sí? —Ahí estaba su voz, más suave de lo normal, que le acarició el oído para terminar en su corazón.

—Luna, soy yo —se dio a conocer.

—¿Por qué llamas? —Su tono se tornó más agudo, como si le desagradase.

—Sube a mi despacho —le ordenó.

—¿Por qué?

—Tenemos un asunto que tratar.

—Yo contigo no.

—Es tu novio, no seas tan brusca. —Noel escuchó la regañina de Patricia, lo siguiente fue un bufido de Luna—. Subo ahora, no me queda más remedio —le colgó.

—Gracias.

—Ya viene. —Dejó el teléfono en su sitio.

—Tío —Sebas le puso una mano en el hombro—, me alegro de que hayas encontrado a una chica tan especial, porque te preocupas y eso solo puede significar que te ha llegado al corazón. Sabía que no todo estaba perdido contigo en el amor. —Su amigo le guiñó un ojo cómplice y a Noelle dio un escalofrío en la columna vertebral.

«¡AMOR!», gritó su cerebro. ¿Qué decía el tarado de su amigo? Alzó las cejas en señal de incompreensión. «Amor, ¡venga ya!».

Si en esos momentos Luna tuviera que escoger un cuadro que definiera su situación sería, Saturno devorando a sus hijos del maestro Goya, porque se sentía un pollo sin cabeza, un mero títere en manos de un jefe aburrido que se lo pasaba en grande molestando a todos y no permitiéndoles hacer su trabajo. Así estaba desde que Noel la había metido en su vida, en su absurdo follón que no le permitía respirar. ¡Hasta su propia existencia se estaba convirtiendo en un desastre! Luna nunca había sido de juzgar a nadie, su lema era que cada uno hiciera lo que quisiera, mientras no molestase al de al lado, y nunca le había fallado. Pero lo de Noel fue aparecer como un mega tsunami que no dejaba nada a su paso, solo un mundo que había que recomponer de arriba abajo. ¿Por qué le tuvo que tocar a ella? Estaba claro que les había hecho algo a los de arriba que se estaban vengando de lo lindo.

Se cruzó de brazos y comenzó a golpetear el suelo del ascensor con el zapato agobiada, estuvo así hasta que llegó a la última planta, donde la esperaba Marisa.

—Muy callado lo teníais. —Su amiga enhebró su brazo al de ella.

—Sí, calladito, calladito —disimuló cierta alegría, aunque ella misma notaba que era más falsa que una moneda de cinco euros—. ¿En esta empresa hay un periódico interno o algo así? —Pensó en voz alta. Este comentario hizo reír a Marisa.

—Me tienes que contar muchas cosas, genia. —Al escuchar ese adjetivo que le regaló, Luna no pudo evitar mover los labios en una mueca de asco—. Cuando me lo dijo no pudo evitar sonreír. —Luna abrió la boca atónita y soltó un gemido ahogado, ¿le hacía gracia a Noel ir contándolo? —. Nunca te vi tan tímida.

—No sé por qué será.

—Ya me contarás qué quiere, a lo mejor, no puede vivir sin ti.

—Va a ser eso, pues yo sin él estaría mejor.

—No disimules conmigo, mujer. —Llegaron a esa puerta negra que era acceso a una angosta cueva que jamás había explorado y le podía salir un dinosaurio—. Me dijo que pasaras sin llamar.

Pese a la advertencia de Marisa, Luna dio dos golpecitos en la puerta.

—Adelante —oyó su voz al otro lado, que fue un disparo para su pobre corazón, pues dejó de latir o así lo percibió ella.

Cogió el frío pomo y empujó hacia dentro para entrar. Noel estaba de pie con una mano en un bolsillo, pero eso no era lo peor, sino que estaba acompañado por Sebas. Si su vida fuera una serie, sería de suspense con el poli bueno y el poli malo en la sala de interrogaciones.

—Hola —saludó a Sebas, él le asintió.

Los nervios a esas alturas ya le pinchaban las costillas y la sensación de que aquello parecía una encerrona se acrecentaba más.

—Quiero hablar contigo. —La actitud de Noel era demasiado amigable.

—Rapidito —le contestó sin poder contenerse. Su cuerpo era un crisol de emociones irradiaba de la barriga hasta el pecho y los costados le dolían horrores.

—Tienes que dejar la recepción —le comunicó, sentándose en la silla de su escritorio.

Luna se quedó planchada, con la mente bloqueada y perdía temperatura como si un gusano temporal la hubiese escupido en la era glacial. Esa frase, que su mente no paraba de repetir, la lanzaba a una espiral cerrada que la atrapaba sin salida a la vez que las paredes de la oficina comprimían el espacio con el fin de aplastarla. Poco a poco, los nervios con los que había subido se transformaron en la ira más pura que le pudo fluir en la sangre, le calcinó las venas y le coloreó las mejillas. La actitud suplicante, sumisa y llorosa que se esperaba de ella no reflejaba su realidad, ya que cerró las manos en puños e inclinó el cuerpo un poco hacia delante.

—Sebas, ¿me puedes dejar a solas con mi querido novio? —le pidió más dulce que la miel.

—Claro, nos vemos. —Alzó una mano y salió de allí.

En cuanto la cerradura hizo el chasquido, se abalanzó sobre Noel y de un golpe, que resonó por todo el despacho, apoyó las manos abiertas en la mesa.

—El contrato queda roto ahora mismo —lo atacó.

—De eso nada. —Él se tensó, apretó la mandíbula y abrió las aletas de la nariz que se le pusieron blancas como si acusara el golpe.

—¡Qué morro!, si lo acabas de hacer, ¿en serio te acuerdas de lo que firmaste?

—Me sé de memoria cada una de tus cláusulas, créeme.

—Pues no lo debes saber cuándo me echas de mi puesto de trabajo.

—No te estoy despidiendo. —Alzó las cejas y puso los ojos en blanco.

—No voy a permitir que tú o trescientos como tú me dejen como una idiota. —Él abrió la boca—. Y te callas porque lo digo yo. En las pocas horas que apareciste en mi vida, me llevas jodiendo, solucionas tu vida, a lo mejor, debajo de la alfombra tienes mucha mierda.

—¡Dios, dame paciencia! No te estoy despidiendo.

—Eres el empresario con un melón entre los hombros, pero, te aseguro una cosa, —le importó un bledo el amenazarlo, le iba a hacer entender por las malas que no sabía contra quien se enfrentaba—, cuando salga por esa puerta te voy a meter un puro por despido improcedente que te vas a cagar.

Noel se puso en pie como un resorte saliendo de detrás de su mesa, todo el cuerpo le destilaba tensión y un gran cabreo brillaba en sus ojos verdes, los cuales Luna esquivó.

—¿Me vas a escuchar? —le preguntó entre dientes.

—Ya no tengo que escuchar ninguna pantomima que venga de ti, porque me has liberado de tu grandilocuente presencia, soy libre porque sin mover un dedo en menos de veinticuatro horas, tú —lo señaló con el dedo apuntador— has conseguido lo que llevo deseando desde que firme ese maldito folio.

Él de una zancada acortó la distancia que se interponía entre los y la sujetó por un brazo

zarandeándola un poco. Se sostuvieron la mirada, lo que fue una imprudencia por parte de Luna, que volvió a notar cómo la burbuja que creaban estando solos, se forjó de nuevo cargando el ambiente que los rodeaba hasta hacerlo irrespirable. Sin previo aviso, la atracción estalló de tal modo que la absorbió a la fuerza como si se tratase de un torbellino, tirando de ella hasta que su cuerpo se fundiera con el de él. Luna descubrió que era mutua, lo que la dejó con el aire atrapado en los pulmones y en sus esmeraldas no supo leer si estaba enfadado o, por el contrario, iba a besarla hasta que les doliera la boca. Un vendaval vibrante la recorrió, Luna entreabrió los labios para poder respirar.

—A partir de hoy serás mi ayudante —dijo él con la voz enronquecida y con los ojos clavados en su boca. Quizás de modo inconsciente, él se humedeció los labios como si la estuviera saboreando.

Fue demasiado erótico para Luna que agitando la cabeza salió de su embrujo.

—¡No, qué va!, has cambiado de idea sobre la marcha.

—Te he ascendido por tu currículum —le explicó escuetamente.

—Vamos que has estado cotilleando.

—Soy el jefe de esta empresa y tengo acceso a todo —le refrescó la memoria, dándole unos golpecitos en la sien.

Ella se soltó al darse cuenta de lo que iba a hacer Noel.

—¿Vas a despedir a Marisa? —No entendía qué pretendía Noel—. Oye no puedes jugar...

—Marisa es mi secretaria, tú trabajarás aquí conmigo como mi ayudante. —Terminaron por separarse. Noel inclinó la cabeza hacia abajo con las sienes cogidas con dos dedos—. Sebas está de acuerdo.

—¡Ah! —exclamó—. Así que a él le debo mi ascenso —afirmó. Se cruzó de brazos apoyando la mano donde él la había cogido, como si él residiera en ese palmo de piel.

—Lo tenía pensado hacer, pero lo debía consultar con él.

—¿También le consultas con quien vas a la cama? —Arremetió contra él con todas sus fuerzas, disfrutando de lo lindo como lo crispaba.

—Piensa lo que quieras, a partir de ahora mismo, este también será tu despacho.

—Espera, espera, no te enrolles Charles Boyer, ¿te voy a tener que aguantar todos los días a todas horas y verte el careto que tienes en ese melón que Dios te ha dado por cabeza?

—Sí, así me ayudarás en muchos contratos.

—¿Y Sebas?

—En su despacho —Noel se encogió de hombros.

—Vaya, mi gozo en un pozo, creía que trabajaría con él.

Noel soltó el aire por la nariz con una fuerza inusitada que hasta hizo ruido. A Luna le dio la sensación de que le había despertado los celos, ¿por qué?

—Sé que eres un valor que debo tener en cuenta y quiero que tengas voz.

—¿Por mi currículum? —Quiso confirmarlo.

—Por tu valía —esa respuesta no la esperaba como tampoco el modo de mirarla que le decía: «eres la única mujer en el mundo a la que quiero mirar en estos instantes». Luna se perdía con

mucha facilidad en las profundidades de sus ojos, él hizo ademán de acercarse—. El contrato, por lo tanto, no está roto.

—Mira tú que bien. —Le sonrió irónica.

—¿Aceptas tu nuevo ascenso?

—¡Puf! Si no lo hago impondrás tu voluntad, no queda otra. —Se pasó los dedos por el pelo al tiempo que intentaba recuperar la compostura.

Noel con una sonrisa lobuna dejó entrever que estaba contento con su decisión.

En esa semana el cambio fue sustancial no sólo en Luna, quien se vio obligada a dejar a Pat en la recepción, sino que el despacho de Noel, un claro ejemplo de modernidad, —un espacio abierto y luminoso de líneas sencillas, sin ornamentos innecesario—, le proporcionó a Luna su propia zona de trabajo, convirtiéndola en la reina Artura con su mesa redonda pero sin caballeros, a no ser que fuese Noel.

Durante esos días en los que tuvo que poner todos sus sentidos para ponerse al día con todo lo que conllevaba ser la ayudante del jefe, descubrió en Nole Hammond a un hombre paciente que no le importaba dejar lo que estaba haciendo para ayudarla con lo que fuese o explicarle aquello que no le quedaba claro. Para su asombro puso a su disposición aquellos contratos firmados en los que se iba a trabajar, o los proyectos que la empresa ya había comenzado, algunos no quedaron a su alcance, debido a que le pertenecían a Melisa. Su memoria era prodigiosa, le permitía hablar sin tener ningún tipo de información en las manos. Era un hombre exhaustivo y ordenado con una imperiosa facilidad de concentración, cuando eso sucedía, las sinuosas líneas de su rostro, como se fijó Luna, se relajaban y mostraban a ese hombre joven que disfrutaba con lo que hacía, dispuesto a hacer alguna broma fácil que relajaba el ambiente y a la propia Luna. Aunque algo era indudable: lo tenía todo bajo control; todo estaba bajo su férrea supervisión; todo estaba archivado en su mente, sin espacio para nada más. Eso lo había conducido al éxito.

En más de una ocasión se descubrieron mirándose, compartiendo una cercanía que a ninguno les molestaba, en más de una ocasión, Noel dejó su escritorio para trabajar en la mesa cerca de ella. Se buscaban de un modo inconsciente que asombraba a quien entrase por la puerta, fuese Marisa o Sebastián. A veces, Luna debía salir a la terraza para tomar aire, ya que por momentos era débil, como ese instante en el que se volvió patosa y el boli salió disparo al suelo y los dos a un tiempo se agacharon para cogerlo, así se rozaron con la punta de la nariz, ninguno de los dos se movió, anhelaban detener los minutos mientras se sentían. Ella sería débil por derretirse por sus huesos, pero a él debían ponerle unas cuantas multas por ser demasiado atractivo. Su vía de escape, centrarse en el trabajo, mantener la mente ocupada, al igual que su vista, lo que le llevaba a robarle horas a la noche para adelantar y estar a la altura de lo que se esperaba de ella.

Ese viernes salieron antes, pero Luna continuó con la conversación:

—¿Por qué no puedo ver el proyecto de habitación infantil?

—Es de Melisa y trabaja con mucho celo —le respondió Noel metiéndose en el tráfico—. La semana que viene tenemos una reunión, allí veremos lo que ha ideado.

—¿No te enseña nada? —Frunció el ceño.

—Confío en ella. —A causa de esa respuesta, Luna echó la lengua en una expresión de asco. Ella no se fiaría de nadie relacionado con Deborah, no se podía meter ni decirlo, era decisión de

Noel y la respetaba.

—Vale. —Un pinchazo de desilusión le cruzó el corazón, porque gracias a él había recuperado la tableta gráfica.

—Si fuese mío no me importaría dártelo. Te daré otros.

—Será la decoración de una cuadra de caballos, seguro.

—No exageres.

—Cuando lo vea me lo creeré. Pero, una pregunta, ¿por qué te interesa que esté en las reuniones? —Aquella duda le había surgido el día que se lo comunicó y no encontró el momento de preguntarle, cambiaban de tema casi constantemente.

—Quiero que vivas de primera mano nuestra dinámica, que aprendas cómo trabajamos con el cliente. —Noel volvió a mirar por el retrovisor. Luna aprovechó para perderse en el silencio en el que cayeron para ver por la ventanilla el tráfico, o los grupos de gente que se iban a cenar o a tomar algo. ¿Cuánto tiempo hacía que no se iba de cañas?—. Sé que lo harás —dijo él con frialdad—. Para ese día te aconsejo que no des ningún tipo de idea, ni hables, es cosa de Melisa.

—Me lo grabaré a fuego. —Luna volvió la vista hacia él que estaba más pendiente del reflejo del retrovisor—. Oye Noel, debo confesarte que mis sentimientos por ti han cambiado en estos días.

—Perfecto —le contestó. Sus sospechas eran ciertas, ¡pasaba de ella! Abrió la boca con indignación y cuando se lo iba a reprochar, él soltó—: Un coche nos sigue y creo que es la prensa.

—¿Disculpa?! —Luna se giró en el asiento para mirar hacia atrás.

—No, quieta —él le puso la mano en la pierna para intentar tranquilizarla—. Que no sospechen que los hemos descubierto. —Ese aviso fue suficiente para que Luna bajase la ventanilla, sacase el brazo y les hiciera una peineta—. ¡¿Qué haces?! —Le dio un pequeño tirón en la blusa.

—Una peineta y no te pongas histérico que yo estoy temblando.

—¡Joder, Luna! —Dio un golpe en el volante—, ¿no te dije que te mantuvieras quieta?

—¡Cabeza de chorlito!

—No grites.

—Has empezado tú y ahora, con todo tu papo gordo, me dices que no lo haga —Apretó los muslos con las manos en un ejercicio de contención—. ¿Cuándo tenías pensado decirme que te persigue la prensa?

—Tras el comunicado de la boda de Deborah, me siguieron y como no consiguieron nada, pararon, no sabía que continuaba la vigilancia —le habló con sinceridad.

—¡Oh, Dios mío, voy a salir en la tele con un cayetano! —Se dio cuenta de ese detalle.

—No es para tanto.

—Habló el Supermán que tiene todo bajo control y le falla la memoria más que una escopeta de feria. ¡Estás hablando de un paparazzi! Su trabajo es conseguir imágenes.

—Tienen tu peineta. —Estiró los labios en una mueca—. Esta noche te invito a cenar.

—¿Por qué? —Agitó la cabeza desconcertada—. No me apetece cenar contigo

—¿Hay que explicarlo? —Le devolvió la pregunta, pisando el acelerador para meterse entre

otros coches.

—Estaría bien que por una vez en tu vida me cuentes algo.

—Si te llevo a tu casa sabrán donde vives.

—¡Mi abuela! —A Luna se le desprendió la mandíbula al asfalto, convirtiendo el coche de Noel en el de los Picapiedra. No dudó y sacó el móvil del bolso.

—¿Qué haces? —Él le pedía explicaciones.

—¿Dígame? —Se oyó la voz de una mujer entrada en edad, aunque jovial.

—Abuela, no me esperes para cenar, voy a cenar con un compi de trabajo.

—No llegues tarde, cariño —le pidió.

—Un beso.

—Otro. —Colgó y lo guardó de nuevo en el bolso—. Creo que ya tienes tu respuesta.

—¿No le dijiste lo nuestro? —Noel tenía los ojos ligeramente entrecerrados y su rostro estaba serio, parecía que le había molestado.

—Para empezar, entre tú y yo no hay nada, solo tu *mierdicontrato* que me causa más problemas que otra cosa, y como tampoco le puedo decir que estoy metida en una absurda pantomima...

—¿Y a tu amigo? —La interrumpió.

—Tampoco. —Noel gruñó—. Oye, ¿tú se lo dijiste a tus padres?

—No.

—Pues estamos empatados.

Tras eso, Noel se centró en despistar al coche de los paparazzi, esquivando a otros hasta se metió en una rotonda y al tomar una desviación se relajó al volante, mucho más cuando se metió en el Parking Atocha, donde tenía una plaza para él.

—Ahora, ¿qué haces? —le preguntó Noel al ver cómo sacaba algo del bolso.

—Vas a ver cómo una mariposa se transforma en mujer. —Abrió la bolsa de congelados donde guardaba un par de medias más monas.

—Pero, ¿qué...? —Noel fue incapaz de decir nada más, al ver cómo levantaba el trasero y se sacaba las que tenía puestas para ponerse unas que solo le llegaban a mitad del muslo. Se deshizo la cola que le sujetaba el pelo y con una pequeño cepillo su melena quedó lisa. Luna lo miró y le sonrió, él solo parpadeaba impresionado—. ¿Todo eso te coge en el bolso? —Lo señaló como si se tratase de un objeto extraño.

—Aprende esto: los bolsos, como los caminos del señor, son inescrutables. Ya está, nos podemos ir.

Antes de salir del parking, Noel entrelazó una mano con la de Luna, así fueron caminando durante un rato hasta llegar a la Ferretería, un restaurante de moda, que hasta fue visitado por los reyes y al que Luna en más de una vez suspiró por ir. No se lo había propuesto a Roy, porque al estar en paro no quería hacerlo desembolsar un buen puñado de billetes, además, sabía que era muy aficionado a la tecnología, había pagado varios cursos para mantenerse actualizado y Luna era comprensiva, como él lo era con ella. Pero, ahí estaba con su novio más postizo que una dentadura, entrando en el local. Un amable camarero al ver a Noel, se acercó rápido y les ofreció una mesa que había en la esquina de una sala que se ubicaba en una de las antiguas carbonerías del siglo XVI. Luna estaba encantada, miraba con ojos de niña pequeña como los muebles del antiguo establecimiento casaban a la perfección con los propios de la hostelería sin chirriar, consiguiendo que la antigüedad se uniera a la modernidad de un modo espectacular. A eso se le sumaba que ningún color desentonaba, pues se habían agregado a la madera como al rojo del ladrillo, colores claros como el beige de la tapicería de las sillas. Para ella, una licenciada en Historia del Arte, era estar dentro de la fragua de Hefesto.

—Luna, ¿por qué todavía te vistes con el uniforme de recepcionista? —Luna no se tomó a mal esa pregunta, era lógica y el uniforme más que evidente, aunque se hubiera bajado un poco la falda o se desabrochara algunos botones y levantase el cuello.

—Tiene que ver con que a nadie le hablé de ti ni de mi ascenso. No quiero que sospechen.

—¿Por qué?

—Lo mismo pregunto —afirmó cuando el camarero les sirvió la botella de agua que habían pedido.

—No vivo con mis padres, solo nos vemos en ocasiones importantes, no voy mucho por su casa, —se encogió de hombros—. Cada uno va un poco a lo suyo.

—¿No tenéis vida familiar? —Aquello cogió de sorpresa a Luna, nunca se lo hubiera imaginado.

—Siempre fuimos bastante a lo nuestro, pero en estos últimos meses, básicamente es por mi madre, no me perdona lo de Deborah, pero no creo que tu abuela sea así.

—A ver, hay un problema, —se echó hacia delante y bajó la voz para que el resto de los comensales no se enterasen—, eres mi jefe y eso no le va a gustar. Es una mujer a la que no le gustan determinadas compañías para que favorezcan a alguien, quiere que lo que consiga lo haga por mis propios méritos y no por un hombre o por acostarme con uno. Tampoco se montará ningún drama, ¿sabes? No me va a quitar el saludo y a ti te aceptará bien.

—¿Cómo a tus otros novios?

—Vaya, vaya, tienes activado el «modo cotilla» —soltó una risilla nerviosa y él escondió la sonrisa en la copa de agua—. Nunca le presenté a nadie —respondió muy seca, para no declarar que él tendría el puesto número dos. Él asintió—. Mi vida amorosa desde hace muchas décadas —exagero el tiempo—, es más aburrida que una ameba. La verdad, espero tardar en llevarte a mi casa, ¿para qué decirles que estoy con un hombre, que es mi novio, con el que no tengo nada, ni sentimientos, para luego cortar? —razonó ella—. Cada uno tenemos nuestros motivos para no hablar del otro. También te digo, nunca oculté algo durante tanto tiempo.

—Por mi culpa —asintió Noel cabizbajo jugueteando con el tenedor.

—No, —Noel alzó los ojos a ella—, por la tontería de tu contrato. Pero ahora lo hecho, hecho está, lo único que podemos hacer es conocernos.

—Muy bien, —aceptó contento.

—Qué abierto te muestras hoy, otras veces, pareces una ostra. —Luna alucinaba con Noel, a veces le permitía hablar de temas que no eran el trabajo, podía hacer bromas, otras, por el contrario, era tan cortante que se le quitaban las ganas de abrir la boca. Tenía un humor bastante cambiante.

—Me cuesta confiar en la gente, no porque me sienta alguien importante, hay personas más importantes que yo, pero la información da poder, vale dinero. Por el resto, soy muy normal.

—Lo dudo.

—Cuando llega el fin de semana puedo bajar al gimnasio comunitario y luego trabajo o veo documentales o series.

—Eres de los que llevan el trabajo a casa —apuntó Luna más para sí misma que para él.

—A veces no queda más remedio.

—Y te gustan los documentales.

—Sobre todo los de medio ambiente, siempre intento contribuir en casas y proyectos más sostenibles.

—Como ese hotel del que me enseñaste la maqueta.

—Sí, es mi mayor ambición —dijo con orgullo que brilló en sus ojos.

En ese instante la conversación se paró al aparecer el camarero con varios platos para compartir, lo que confirmó Luna con la aparición de otro camarero, en la mesa había overbooking.

—Señor, como siempre, invita la casa.

—Gracias.

Luna se quedó de piedra en la silla a pesar de que su estómago rugía más que un león marcando su territorio, lo cual debería darle vergüenza por sí oídos ajenos lo escuchaban, pero lo que acababa de escuchar la había cogido tan desprevenida que nada le interesaba. Miró hacia los lados con la cabeza un tanto inclinada hacia abajo y movió los ojos de un lado a otro para dar forma a la pregunta que tenía entre la garganta y la punta de la lengua.

—¿Cómo que invita la casa? —Miró al camarero que se marchó con una sonrisa, luego, a Noel—. No entiendo qué pasa aquí.

—¿No lo entiendes o no quieres entenderlo? —Ladeó la cabeza para mirar las paredes del

restaurante y una afirmación se asentó en ella.

—Tú diseñaste los espacios —afirmó sin apenas aire en los pulmones.

—Y lo decoramos.

—¡Hala! —Noel se mostró ante ella como un tipo encantador y misterioso, también impredecible, pero no se daba ínfulas de importancia—. Debo ser sincera, has cumplido uno de mis sueños, venir aquí.

—¿Es tu primera vez?

—Sí, no tenía con quien venir y te doy mi enhorabuena, ha quedado genial. —Tras un repaso rápido a la carbonería, le dedicó una sonrisa—. Me gusta.

—Ahora te puedo confesar un secreto.

—¡Uy! Esto se pone interesante. —Luna se sirvió de un plato un poco de pollo, ya no podía aguantarse más, cuando el hambre apretaba y apremiaba, todo lo demás perdía un poco de importancia.

—Vamos a sacar nuestra línea de productos de decoración —le confesó, tras lo cual se sirvió en su plato.

—Interesante evolución —le respondió después de tragar.

—Eres la tercera persona que lo sabe, te pido discreción.

—Por eso mismo, no deberías confiar en una desconocida como yo, puedo ir por ahí aireando.

—Sé que no lo harás —afirmó él rotundo acompañado por una mirada tan intensa que a Luna se le revolucionaron todas las terminaciones nerviosas y, al ver cómo masticaba con lentitud sintió que era a ella a quien comía, lo que provocó que una presión cargada de deseo sexual, de repente, se asentara en su bajo vientre y apretó los muslos.

—¿Cómo estás tan seguro? —No supo cómo fue capaz de hablar.

—Ya no eres una extraña. —Esa declaración consiguió que el tenedor se quedase a medio camino de la boca de Luna mientras las voces del restaurante se iban apagando sin ella darse cuenta. Dejándolo en el plato, agitó la cabeza, debía salir de su influjo. Aferrándose a todas sus fuerzas, se debía mostrar impasible, por eso hizo el gesto de la cremallera sobre los labios—. Soy una tumba, pero, ¿quién me quitó el puesto dos?

—Sebas.

—No me extraña, y dime, «jamón», —Noel puso los ojos en blanco—, ¿por qué tengo el honor de estar en el podio?

—Estos días te he observado.

—Has roto el contrato. —Luna no se cortó un pelo en recordarlo.

—No —negó él que lo había pillado con el equipaje.

—Una de tus cláusulas era que no podíamos observarnos, ¿te refresca eso la memoria?

—He observado el modo en que trabajas —quiso salir del paso—, las ideas que has propuesto para mejorar algunos proyectos son muy buenas, a eso me refería.

—¿Me estás pidiendo ayuda? —Aquello sí era una sorpresa.

—Si se te ocurre algo, no dudes en decírmelo. —Sin decirlo, Luna leyó entre líneas que contaba con ella.

Ella disimuló.

—Mierda, no has roto el contrato, ¡puf! —Hundió las comisuras de los labios. Volvió a centrarse en el pollo—. ¡Dios, qué bueno estás!

—Gracias.

Luna poco a poco fue subiendo la vista hacia el creído que tenía delante.

—Se lo decía al pollo —señaló el plato con el tenedor—. Al pollo —repitió para que le quedase claro—. Y bueno, después de este impás laboral, ¿qué más puedo saber de Noel Hammond? —En esa ocasión pronunció su apellido correctamente.

—A lo que te dije antes, puedo añadir que me gusta leer, pasear. —Se encogió de hombros—. Soy muy normal aunque no lo creas.

—A mí también me gusta pasear, realmente, puedo decir que solo hay dos lugares donde el tiempo se ralentiza para mí, aquí en Madrid, es el Museo del Prado, pero donde más disfruto, es recorriendo la naturaleza en Galicia.

—Es cierto, dijiste que tu familia era gallega. —A Luna le sorprendió que se acordara.

—Sí, nos encontramos allí en verano, cuando vienen mis padres de San Francisco. —Pudo regresar a la comida, sirviéndose otros platos—. Están intentando que me vaya, porque allí hay muchas oportunidades de trabajo, pero solo iría si mi abuela viniera conmigo.

—No quieres dejarla sola.

—No, ella tampoco me abandonó cuando lo pasé mal. —Tragó con fuerza para evitar que los recuerdos inundasen su mente, durante unos instantes, le fue imposible salir de aquella espiral que le formaba círculos en su visión periférica, pero era consciente que Noel la observaba, debía volver en sí para que no preguntase. Volvió a tragar, en esa ocasión con la boca seca y bebió antes de hablar—: Me gusta pasear por sus frondosos montes, sus playas donde el mar te muestra que no eres dueño de nada y esas olas que sueltan salitre al golpear los acantilados.

—Nunca estuve en Galicia. —Gracias al cielo él continuaba con la conversación.

—¿No?! —exclamó apartando el plato.

—No, la verdad que no, casi siempre viajo al extranjero —reconoció, tirando de las comisuras de los labios hacia abajo y alzando las cejas.

—Eso tiene solución, te llevaré —le contestó de un modo tan espontáneo que hasta ella misma se sorprendió—. Bueno, eh... —Intentó regular, aunque las palabras no le salían.

—Aceptó la invitación.

«Mierda, ahora tengo incontinencia verbal», se regañó a sí misma.

—¿En serio? —Tuvo que contener una mueca de horror, ¡había metido la pata!

—Sí, creo que no hay nada cómo viajar con alguien para descubrir los secretos de un lugar, sobre todo, cuando esa persona le pone tanto amor y admiración como tú.

A Luna se le escapó una sonrisa avergonzada. Ya le costaba seguir el ritmo de aquella cena que se estaba convirtiendo en el Dragón Khan, además, esos comentarios de Noel no sabía dónde enmarcarlos, ¿en la zona de amistad o eran su modo de coquetear? No pudo hablar ni pensar con claridad, ¿a qué estaba jugando Noel? No siguió escuchando y mientras revolvía la comida con el tenedor, reparó que a la entrada de la sala había un grupo de chicas jovencitas que

cuchicheaban sobre ellos. Noel era ajeno a lo que sucedía. «No sabía que tenía carpeteras», apuntó, sin embargo sus disertaciones mentales desaparecieron en cuanto una de las chicas se acercó a ellos.

—¡Hola!, ¿qué tal? —La chica, de unos veinte años, no saludó a Noel, sino a ella.

—Eh... ¿te conozco? —Luna sonó un poco brusca.

—Sí, te vi en Kapital —le dijo, dándole el nombre de una famosa discoteca.

—Creo que te estás confundiendo. —Luna quería volver a su plato—. No la conozco —le repitió a Noel, que frunció el ceño.

—Sí, eres tú, siempre me quedo con una cara —insistió la chiquilla.

—Nunca estuve en Kapital, no me muevo por esos locales tan pijos.

—Estabas rodeada de tíos guapos y la verdad, te admiro.

Luna chasqueó la lengua.

—No soy famosa como para vivir un momento *It's raining men*.

—Sé quién eres, la nueva chica del anuncio del lubricante de Durex, pero todos los famosos sois iguales, porque renegáis de los comunes mortales. —La chica se fue.

—¡¡¡Perdona!!! —Luna se sofocó de la vergüenza, sobre todo, al ver cómo Noel escondía la cara en la servilleta y el pecho le convulsionaba por la risa.

Luna apuró la cena para sacar a Noel a toda prisa del restaurante, se moría de la vergüenza y era incapaz de hablar, algo que Noel respetó. Al llegar al parking, Luna se acucilló delante del coche.

—¡Madre mía!, siempre me tiene que pasar algo así, tú, el ascensor y ahora esto.

—¿Por qué no me contaste lo de Durex? —Noel parecía intrigado.

Luna desde los confines del suelo, alzó la vista, cuando creía que él lo estaba pasando pipa, Noel le devolvía una mirada comprensiva, chispeante por la situación.

—¡No es cierto! —Su voz hizo eco en todo el aparcamiento.

—El broche de oro a esta noche surrealista sería un beso.

«El broche de oro a esta noche surrealista sería un beso», esa frase acompañó a Luna no solo de regreso a casa, sino que el sábado también le rondaba la cabeza. Ese tío estaba fatal de lo suyo y tenía un humor malo no, lo siguiente. ¿Ella intercambiando saliva con él? ¡No qué va! Estaba segura de que la suya se cotizaba al alza por ser quien era, aun así, en más de una ocasión se sorprendió a sí misma imaginándose lo que sería besar a Noel y cierto calorcito se le desprendía del centro de su ser, al reparar, casi por primera vez, en su boca. La había visto de cerca, sus labios parecían suaves a simple vista, ni muy finos ni muy gruesos, y cuando los tenía cerrados, se apreciaba lo bien perfilados que estaban, era más, ¡estaban esculpidos por el cincel de Miguel Ángel! En general su rostro.

Pero si algo la preocupaba de verdad eran los paparazzi, ¿habría fotos? No tenía ni idea de lo que habían conseguido, así que durante todo el sábado intentó hablar con su abuela, al ver lo difícil que le resultaba, probó con Roy.

—¿Has visto la tele ayer por la noche? —Luna tragó con fuerza su último sorbo de gin-tonic que Roy había preparado. Era un gran barman.

—¡Ay! Sabía que te tenía que contar algo.

—¿El qué?

—Verás, estaba viendo el programa de anoche con mi madre y salió en exclusiva tu jefe. —Pegó un sorbito a su ron con cola. Luna no dijo nada—. Los fotógrafos lo siguieron en una conducción que ni los del CSI, pero atiende, me quedé muerta en la bañera, cuando veo que alguien hace una peineta en plena persecución. ¿A quién se le ocurre?

—A mí.

—¿Qué?

—Fui yo quien hizo la peineta.

—Venga, no te tires faroles.

—No lo hago Roy.

—Te tiras flores y te pones medallistas.

—Ayer, te recuerdo que no vine a cenar.

—Le dijiste a tu abuela que ibas...

—Con un compañero del trabajo —finalizó por él.

—Venga... —Su voz se fue apagando a medida que Luna asentía y poco a poco Roy fue abriendo la boca, miró de un lado a otro antes soltar—: Eres un cuadro de comedor, pero te has convertido en mi ídola, claro que sí, ahí con dos huevos bien puestos.

—Roy —Luna de repente se asustó—, me ha visto toda España.

—Sí, tu peineta apareció en el prime time.

—¡Oh, Dios! —Se tapó la cara con las manos.

—A ver, en el fondo lo has hecho cojonudo, solo se te ha visto el brazo, chica, ni que crecieras con los periodistas en tus talones, a otras las pillan haciendo cositas en el coche. Y ¡mamarracha muy calladito te lo tenías!

—¿El qué?

—Que te estabas beneficiando al jefe —le explicó lo que era obvio para él.

—No te vengas arriba, no hay nada de lo que piensas. —Estiró el brazo para darle un golpecito en la pierna.

—Piensa mal y acertarás —dijo Roy una de sus verdades universales.

—En este caso no es cierto.

—Que me aclare un poco. —Dejó el vaso de ron cola en el suelo para cruzar las piernas—. ¿Estás con él?

—Sí, empezamos esta semana. —Cuanto más escueta fuera, menos mentiría.

—Es decir, Pat y Marisa lo supieron antes que yo, ¡te parecerá bonito!, luego, mucho Roy *pa'quí*, Roy *pa'llí* y para lo importante...

—Eres la primera persona a la que realmente se lo digo, ellas lo dedujeron. —Luna comenzó a cavilar otro tema para terminar ese.

—Y cuéntale a Roy, ¿después de la persecución ahí con los nervios revoloteando, solos en el coche...? —Cuando hablaba de forma casi telegráfica, era porque quería detalles.

Luna le iba a cortar el rollo.

—Fuimos a cenar.

—Y debajo de la mesa...

—Nada de nada. —Negó con la cabeza.

—¿No me lo quieres decir?

—Te lo estoy contando, no pasó nada guarrindongo.

—Menudo par de sosos —bufó, recuperó el vaso del suelo y bebió—. Después de esta decepción, ¿cómo empezasteis?

—La segunda vez que nos vimos en el ascensor, me invitó a tomar un café y, la verdad, surgió, no sé cómo. Ninguno de los dos lo esperábamos.

—¡Ya lo sabía yo! Si has encontrado el amor en el ascensor, yo lo haré en la cola de la compra. —Estiró los brazos a modo de vitoria—. Cupido os tiró las flechas.

—Sí, y nos dejó como un puto colador.

—¿Y cómo es?

—¿Quién?, ¿Cupido? Un subnormal, que esperas de un angelito ciego —le contó la iconografía del dios del amor.

Roy parpadeó varias veces estupefacto.

—Luna, céntrate.

—Lo estoy.

—Vale, me alegro, porque quiero saber cómo es tu rollito de primavera.

—¡Ah!, me saltó un anuncio en Insta de apadrinar a un jefe y salía su cara.

—¿Me estás coñeando?

—No pretendía.

—Habla, no es tan difícil.

—Lo es —farfulló, llenando los pulmones de aire, de pronto necesitó de otro gin-tonic por haberse metido en ese lío, nunca se imaginó que tendría que describirlo y de un modo romántico. Se tomó su tiempo para lograr algo convincente, sin embargo, todo lo que se le ocurría no era muy bueno. Abrió varias veces la boca sin conseguir nada—. No sabría decirte, es...

—Déjalo, el gin-tonic en vez de soltarte la lengua te secó la cabeza, y hay algo más rápido que tú. —Roy sacó del bolsillo trasero del vaquero el móvil y trasteó unos segundos—. ¡Qué guapo! Rostro así muy simétrico, frente ancha, pómulos muy marcados, y la barbilla no sobresale, lo que resalta la angulosidad y la mandíbula marcada. Un rostro casi cuadrado, por cierto, se dice que es el rostro masculino más atractivo, —apuntó—. Un morenazo de ojos verdes, esta combinación se cotiza al alza, sí, señor. —Le regaló una sonrisa a Luna—. Es el hombre más guapo que has tenido.

—¿Cómo lo puedes describir de ese modo? —A Luna le sorprendió.

—He aprendido por la inteligencia artificial, en algunos programas cuantos más datos des, mejor saldrá la imagen, si no, te aseguro que no haría esta radiografía.

Aunque ese comentario le produjo un pinchazo en el corazón, Luna gateó hasta su amigo. En la foto que había escogido Roy, se veían Noel con traje, sin corbata, con los dos primeros botones desabrochados lo que le daba un aspecto más juvenil. ¡Estaba guapísimo! El corazón le saltó varios latidos y al volver a palpitar, lo hizo tan desbocado que la vena del cuello le tembló.

—¡Hala, con tu jefe! Tiene una página en Wikipedia. —Roy giró el rostro para mirarla por encima del hombro—. Si alguien sale en Mamá Wiki es muy importante. Vamos a cotillear. —La página tardaba en cargarse—. *Mecawentodoloquesemenea*, cuando quieres rapidez, la tecnología se vuelve lenta. ¡Al fin, Pedrín, era hora! —A partir de ahí Roy puso voz a lo que Luna también leía—: Noel Hammond, 13 de diciembre de mil novecientos ochenta y cinco, ¡mira ellos que monos, naciendo el mismo mes!

—Una coincidencia estupenda.

—Del destino, querida —le contestó para regresar a la Wiki—. Nació en Londres y tiene la doble nacionalidad. Su padre es Henry Hammond, mira aparece en azul. —Roy pulsó en el nombre—. Cirujano plástico, ¡hala! De esos que ponen tetas y culo, tienes un suegro muy entretenido. —Se rio su amigo, lo cual no le agradó a Luna por eso le dio un suave empujón mientras Roy volvía a la página de Noel—. Estudió en la universidad de artes de Londres, Interior y diseño espacial. No es tonto el niño.

—No pone nada más, ¿no?

—No hay ninguna entrada de su vida personal. Siempre se la podemos hacer.

—Déjalo, no es necesario —Luna se negó y volvió a su sitio. Verlo, aunque fuese en foto, consiguió que una parte de ella lo añorase, o por lo menos, se entristeció por no saber nada de él.

—Se puede editar con algo así: Su vida amorosa no está a *Two Candles*, es decir, a dos velas. Tras una larga relación con Deborah, quien lo abandonó por otro empresario, se lo ha visto

haciendo carreras automovilísticas por Madrid acompañado de una misteriosa mujer a la que le pone hacer peinetas a doquier y que la sitúa en esa fina línea entre choni y pija: chonija.

—¿Qué?! ¿Qué dices? —exclamó ofendida—. Soy tu amiga.

—¿Es una broma tontina!, ¿cómo voy a hablar así de ti? En todo caso escribiría: Mantuvo una larga relación con Deborah, marquesa de Pitiminí, quien lo sustituyó por otro empresario, cuyo nombre científico es burrocardo, porque no sabe dónde se mete. —Los dos se echaron a reír—. Me lo tienes que presentar.

«Cuanto más tarde, mejor», pensó para sus adentros.

—Oye, Roy, nada de contarle esto a mi abuela —le exigió.

—Esto se lo debes contar tú, no yo —razonó su amigo lo que era lógico.

—Sí, cierto, pero la boca cerrada, cuando se entere que salgo con el jefe no le va a gustar.

—Tranquila, aunque me torture cual Torquemada, por mi boca no saldrá nada.



El domingo Luna estuvo bastante inquieta, ya que no podía tardar mucho tiempo en contárselo a su abuela, pero le tiraba para atrás la reacción que Pepa pudiera tener, aunque sabía a la perfección que no le diría nada sobre el puesto que ocupaba Noel en la cúpula de la empresa. Lo que más la sorprendió fue como podía obviar tan fácilmente el contrato que había firmado con Noel, su miedo del principio de poder soltarlo sin querer, se le había esfumado. Aprovechó que Roy bajó a ver con ellas las pelis de la sobre mesa para intentar sacar el tema, ¡no veía el momento! Pero se había olvidado de que su abuela era la gran reina del Zapping y en uno de los programas del corazón del fin de semana, salió la peineta. Verse así, a Luna le produjo una gran consternación, no solo eso, sino que la sangre se le acumuló en las mejillas.

—¿Qué payasa la mujer! —criticó Pepa la peineta—. Eso no se le hace a los periodistas.

—Abuela, hablando de parejas... —intervino Luna.

—Haces eso y te pongo a tender —la amenazó su abuela, lo que dejó planchada a Luna y cual estatua de sal en el sofá donde estaba sentada como un indio.

—No abuela, no hago esas cosas —negó con la cabeza y el ceño fruncido.

—Pepa. —Roy le puso una mano en la pierna.

—Dime hijo. —Ella no separaba la vista de la tele.

—Nuestra Luna tiene una exclusiva que darnos —ese comentario consiguió que Pepa despegara los ojos de la caja tonta.

—¿Qué? —le preguntó a su nieta—. No me lo digas, te echaron del trabajo por ir descalza.

—No abuela, tengo novio —confesó Luna.

La reacción de su abuela no se hizo esperar.

—¡Bendito sea al cielo! —Alzó los ojos y los brazos al techo—. Ya puedo morir tranquila.

—Abuela, no quiero que te mueras, debes durar muchos años.

—Ya no te quedas sola, niña.

—Tengo a mis padres.

—Al otro lado del planeta —le encasquetó Pepa muy seria—. Y cuéntanos, ¿quién es?

—El compañero con el que fui a cenar.

—¿No será el que te vio los pies? —Su abuela tenía una memoria prodigiosa.

—Es otro. —Con esa se ganó un pequeño codazo de Roy que supo de su mentira.

—Me dejas más tranquila —suspiró y clavó una dulce mirada en su nieta—. ¿Este me lo vas a presentar?

Aquella pregunta le produjo pena a Luna, además que otra espina más naciera en su corazón. Su abuela solo había conocido a un hombre, ese por el cual Luna un día suspiró; vivía al verse reflejada en sus ojos; ese cuya sonrisa era gemela de la suya; ese que era el sol de todos sus días, por muy encapotados estuvieran. Solo lo conoció a él, luego, Luna no volvió a presentarle a nadie, porque tuvo líos que no pasaron de un par de arrumacos o besos sin sentido ni sentimientos, pues, un día a lo Escarlata O`Hara, se prometió no volverse a enamorar.

—Puede que algún día venga a comer o a cenar —les informó a ambos.

—¡Ay, Pepa, lo vamos a ver en vivo y en directo! —Roy estaba muy entusiasmado.

—¡Qué buena noticia! Pero avisa antes, así le cocino algo especial.

—No hace falta que te esfuerces abuela, si no le gusta, que vaya al Burger King —dijo Luna sin pensar que lo decía en voz alta.

—Sí que lo quieres mucho —apreció su abuela por el comentario.

—Estoy muy enamorada. —¡Toma, pedazo de mentira!

—¿Tú lo conoces? —Su abuela cuando quería era mejor que cualquier periodista del corazón.

—Por foto. —Roy sacó el móvil para enseñarle una foto de Noel.

—¡Ay, mira qué chico más guapo! —Alternó los ojos entre la foto y Luna para añadir—: Se nota que es un hombre que se viste por los pies.

—Seguro. —Luna no pudo evitar el tono irónico.

—Esas cosas se notan, Luna.

—¿Estás rompiendo el contrato a propósito? —De esa forma la saludó Noel nada más descolgar.

Luna había esperado a que las agujas del despertador marcaran las diez para llamarlo, así joderlo, aunque claro, esa era la disculpa, la realidad era peor: echaba de menos hablar con él.

—Donde queda eso de: ¿qué tal, Luna?, ¿cómo fue tu finde? No hay que ser desagradable un domingo por la noche —le regañó.

—Voy a poner una cláusula más a nuestro contrato: «prohibido llamar el fin de semana».

—¡De eso nada, guapito de cara! Entonces pondré unas cuantas más, créeme.

—Pusiste que no podíamos llamarnos a partir de las diez de la noche —le reprochó él.

—No, no, no te confundas y aprende a leer un poco mejor, ¡anda! Lo que puse fue que tú no me puedes llamar a mí, yo a ti sí, porque no lo estipulé —le explicó ese punto para que le quedase clarito.

—¡Miiierda! —exclamó entre dientes.

—Efectivamente, yo puedo joderte cuando y como quiera, a lo mejor ni te dejo dormir. —Se mordió la punta de la lengua para no echarse a reír.

—Eres muy cariñosa.

—Lo soy, pero esa parte de mí no te la voy a enseñar.

—¡Vaya, qué pena!

—Muy grande.

—¿Escondiste bien el contrato? —preguntó él de repente.

—Sí, en el cajón de las bragas —le contó el escondite que era real como la vida misma.

Noel tardó en responder.

—En el cajón de las bragas —afirmó sin dar crédito.

—Claro, en el fondo es el cajón que más me recuerda a ti.

—No quiero saber la razón.

—Tienes pinta de empotrador desintegrabragas, pero te quedas en muñeco diabólico, que telita si se enfada el niño.

—¡Jodeer! —suspiró.

—Oye, hay un sitio mejor: lo puedo plastificar y meterlo dentro de la cisterna del váter, ahí seguro que nadie lo encuentra.

—Y yo tengo el placer de que me llame la chica Durex. —Se la devolvió Noel a lo grande, al recordar lo vivido en la cena. ¡El muy cabronazo no se había olvidado! Luna se quedó planchada y las mejillas se le colorearon—. No me lo digas, no puedes vivir sin mí.

—Viviría mejor sin ti, créeme.

—¿Seguro?

—Has puesto mi vida patas arriba para mal —le echó en cara—. Este fin de semana les he tenido que hablar a mi abuela y Roy de ti.

—¡Ah!, ya lo has contado. —Su tono era de orgullo.

—Sí, mi abuela cuenta contigo para cenar un día de estos.

—Dile que estoy ocupado.

Luna abrió la boca.

—Ahora ¿quién rompe el contrato? Solo nos acordamos de lo que nos interesa, te recuerdo, que tú estipulaste de tener que cenar con tu familia y yo estipulé lo mismo.

—Lo tengo que repasar.

—Creo que sí —tosió varias veces, lo que producía una sensación de dolor en el pecho.

—No me gusta esa tos —dijo muy serio Noel.

—Tú tampoco me gustas y más te tengo que tragar a lo garganta profunda.

—Toma miel con limón rebajado con un poco de agua —le aconsejó.

—No sabía de tu vena boticaria, puedes poner un consultorio si la empresa cae.

—Tengo muchas venas que no conoces

—Ni quiero.

—¿Por qué me llamas?, ¿es que tanto me quieres?

—Sí, me has descubierto, te quiero mucho como la trucha al trucho —se rio.

«Tontolaba, es por escuchar tu voz», pensó y volvió a toser.

—Oye, cuida esa tos y ahora hablo en serio —le pidió con una tono preocupado.

—Sí, sí, lo que digas. A ver, ¿mañana me vienes a buscar o ya puedo ir con mi coche?

—Te voy a buscar como indicaste en el contrato. Yo cumplo mi parte.

—¡Uy!, en tu jubilación debe haber un apéndice que diga: cumplidor senior.

—Muy graciosa. —La línea se quedó en silencio—. Si tienes que ir al médico...

—No tengo que ir a ningún lado y basta para que lo digas tú y no te haga ni puto caso.

—Menuda lengua.

—No has visto ni oído nada. Hasta mañana, señor Hammond. —Colgó y durante un rato miró la pantalla oscura del móvil. Sí, lo echaba de menos, era la realidad.

Era inevitable.

Luna estaba en el portal con los brazos cruzados y el peso del cuerpo sobre la pierna derecha, lo que veían sus ojos era un hecho insólito, Noel había cruzado de acera, ¡había cruzado! ¿Aquello significaba que el fin del mundo estaba cerca? Vestía un traje oscuro, tenía las manos en los bolsillos con la espalda apoyada en la puerta, en una actitud bastante despreocupada y en su boca asomó una sonrisa maliciosa: agarró el pomo, tiró de la puerta hacia dentro y Noel perdió el equilibrio, así, cual dama antigua, cayó en sus brazos.

—¡Buenos días, mi damisela! —Desde aquella distancia tan corta, los labios le cosquillearon por besarlo hasta que doliera la mandíbula y el frescor de su aroma había regresado a ella más fuerte que días atrás. En el fondo, estaba para comerlo—. Pesas más que un quintal, chico.

Noel se irguió lo más rápido que pudo, recomponiéndose y colocándose mejor la corbata.

—Eres una bruta —se quejó molesto, aunque se acercaba peligrosamente al enfado.

—No te pongas así un lunes por la mañana, hombre, que haces que sea más lunes —no se calló—. ¿Está bien su majestad o debo llevarle al compostor?

—No estoy para bromas, Luna —la amenazó. Era cierto, notó que sobre su cabeza revoloteaba la tensión.

—Vaya humor... —suspiro. Salió del portal en dirección del coche, que era distinto al de las veces anteriores, era un Mercedes blanco, aun así, no se calló—. Y no es por nada, al fin te decides por cruzar la acera.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Nada, solo digo que es un hecho insólito, los días pasados nunca lo hiciste, es un paso importante para la humanidad de Noel Hammond. —Cerró la puerta del coche—. ¿Cuántos coches tienes?

—Uno.

—¿Este lo has alquilado?

—Es el de mi padre —gruñó.

—No está para bromas el niño —bisbiseó para que no la escuchara y lo logró, sin embargo, el mutismo incómodo, tenso, que marcaba Noel, como la manera de agarrar el volante, lo estaba estrangulando, eran una muestra de que algo no iba bien. De buena fe, actuó—: Noel, háblame, ¿qué pasa?

—Nada que tengas que saber.

—Si pasó algo me lo puedes decir, no saldrá de aquí, pero, ¿es algo que nos afecta a los dos?

—No —soltó el aire que tenía atrapado.

Aquello ya fue el colmo de la patata.

—Oye, a mí no me hablas así.

—Entonces, calla.

—Tú a mí no me ordenas nada, porque soy libre de hacer y decir lo que me dé la real gana, ¿quién te crees que eres? No eres nadie para mandarme, si quiero me bajo ahora mismo del coche aunque esté rodando por el asfalto, fíjate lo que te digo, y si lo hago, por favor, date de hostias a ti mismo, porque te mereces una buena tunda.

—¡Déjalo ya, Luna!

—Pretendía ayudarte, ¿vale? Mostrarte que en esto estamos juntos, pero está claro que contigo solo funcionan los gritos o los silencios, no se puede hablar contigo de modo natural ni normal, dudo que entiendas lo que significa eso —bufó y clavó los ojos en la carretera.

—Sé solucionar lo mío, no te preocupes por mí cuando en este poco tiempo no lo has hecho —le reprochó.

Luna se giró en el asiento y tiró del cinturón para una mayor movilidad.

—¿Te hice algo? —Él no respondió lo que la enervó más—. Ojalá no entrase a trabajar en tu empresa, así no aparecerías en mi vida.

—La mía era muy tranquila antes de ti.

—Siempre podemos romper el contrato. —Le dio la solución final, esa que los liberaría, pero se enfrentó de nuevo al silencio de Noel.

Esa mañana entraron en la empresa por el aparcamiento y subieron en el ascensor. Noel salió primero, no como los días anteriores que la esperaba y caminaban, casi al unísono, eso había quedado en los albores de la historia, ¡esa mañana le habían metido un cohete en el culo!

—¡Ey!, buenos días parejita —los saludó Sebas de muy buen humor, que estaba hablando con Marisa.

Noel pasó de él y se metió en el despacho.

—Hola —Se acercó a ellos Luna—, ¿sabéis qué le pasa?

—¿Es que no te enteraste? —le preguntó Marisa con desconcierto.

—¿De qué? —Luna se había perdido más que un pulpo en un garaje.

—Sois noticia —la informó Sebas que ladeó la cabeza mirándola sin ningún prejuicio en los ojos.

—¿Cómo? —Le picaba todo el cuerpo—. No entiendo nada.

Sebas sacó el móvil del bolsillo del pantalón y luego de escribir algo, le enseñó las fotos del viernes saliendo del restaurante. Luna abrió la boca sorprendida y asustada al mismo tiempo, de pronto, un frío helador que se desprendió de sus huesos la cubrió de pies a cabeza, ¡no sabía dónde meterse!, estaba en casi todos los portales web de las revistas del corazón, las piernas comenzaron a trastabillarle y se sintió como un pedazo de gelatina en medio de un inmenso plato vacío. No obstante, saboreó un regusto amargo al tragar saliva y caer en la cuenta de un detalle.

—Me ha mentido —aseguró con firmeza. Poco a poco, fue levantando los ojos del móvil hacia el despacho, dejó el móvil encima de la mesa de Marisa y movida por la ira hacia aquel hombre que no le había dicho, cabreada por la mentira de Noel, entró echa una furia—. ¿Cuándo tenías pensado decirme que se habían publicado esas fotos? —Él se calló—. No me lo ibas a decir.

—Lo hecho, hecho está, ahora, debo pensar como frenar esto —fue la respuesta de él.

—Por eso trajiste otro coche, para despistar. —Luna se llevó las manos a la cabeza—. Vamos a ver, cerebro de mosquito, ¿te das cuenta de que no estás solo en esto?! —le gritó para hacerle comprender que ella estaba en esas fotos, que los perjudicados eran los dos.

—No me lo dejas de repetir.

—Si me lo permitís —intervino Sebas y Luna se giró sobre sus pies, con los brazos en jarras. Se apretó la carne de la cintura con todas sus fuerzas—. Luna a ti te llaman la mujer misteriosa, de momento, no saben quién eres, el que sale peor parado es Noel, se le ve bien.

Luna no oyó nada, cogió el móvil para navegar por la red, las fotos casi se habían hecho virales, tanto que algunos programas matinales y de la tarde ya anunciaban que hablarían de ellos. Se sentó en la mesa donde trabajaba, abrió el WhatsApp y escribió a Roy con urgencia.

Hola, hazme un favor: consigue que la abuela no mire la tele,

ni tu madre, por favor. No quiero que me vean.

Si lo dices por las fotos, tranquila,

haré todo lo que pueda.

Luna le respondió con el emoticono del beso.

—Me lo tendrías que haber comunicado —le repitió Luna que estaba tan enfadada que parecía que su alma en cualquier momento abandonaría el cuerpo, era lo que quería, aparte de salir corriendo.

—¿Es que no se lo dijiste? —Para Sebas era una información nueva—. ¡Pero, tío...! —le protestó, por lo cual Noel ni se inmutó, él seguía mirando unos papeles.

—No, —contestó Luna cruzándose de brazos—, tu amigo cuando quiere es más hermético que una ostra perlera.

—¿Sebas, puedes irte? —le pidió Noel, que desde la distancia que los separaba, Luna comprobó que se pasaba los dedos por la frente.

—Claro, pero no os enfadéis por esto, pasará como todas las noticias —les aconsejó.

En cuanto se marchó, Luna se levantó.

—Eres un puto egoísta, solo piensas en ti y sí, es verdad, hay que modificar el contrato, porque se están rebasando ciertos límites.

—No, —la encaró al fin, girando sobre sus pies. Sus ojos irradiaban odio—. Tú fuiste la primera en negarte, ahora soy yo. Además, puedo lidiar con esta crisis.

—Claro, en silencio, porque este asunto te incumbe a ti solito, pobre nené.

—Sí.

—Estás más ciego que un topo o me quieres hacer tonta, —levantó el móvil—, en esas fotos salgo yo también, estos periodistas no se van a quedar en la espuma del mar, no van a parar hasta dar conmigo. Aparte, si no tengo razón ¿por qué cambiaste de coche? —Él permaneció inmutable, su único cambio fue abrir las alas de la nariz tan fuerte que se le tensaron—. No sé porque gasto mi tiempo contigo, es como hablarle a una pared.

—Se me ve más a mí.

—Tontolaba, ¿la mujer que te acompaña es tu prima la de Cuenca? ¡Soy yo! —le gritó desesperada—, estoy contigo, ¿me entiendes? Hoy, mi abuela o cualquier persona de mi barrio

ve mi melena por la tele y pueden deducir que soy yo, pero no, tú eres el único damnificado.

—Excusas, —le dio la espalda—. Si tienes algún plan para solucionarlo...

—Tú a mí no me das la espalda. —Lo cogió por el brazo obligándolo a mirarla a la cara—. No te voy a permitir que te escondas como un puto cobarde. No lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, lo que entiendo es que sabiendo que era mi ascensor, te subiste igual. —Aquello hizo que Luna le pegase un empujón.

—¿Ahora la culpa es mía? Crees que siendo borde...

—Igual que tú —se la devolvió como un niño pequeño.

—Siendo borde conmigo no vas a solucionar el problema de las fotos, —Noel no dijo nada, solo bajó la cabeza—. Maldigo el día que subí a ese ascensor, te maldigo a ti. —Una idea en caliente se le ocurrió y la escupió tal y como la pensó—: Rompo el contrato ahora mismo, lo dejo todo, trabajo y, por supuesto, a ti.

Ella con la decisión tomada en firme, se propuso salir de allí para no volver jamás, aquel no era su lugar, y en el fondo de su corazón un peso se sentó en él, nunca tuvo que haber aceptado el juego de Noel. Pero, una mano se aferró en torno a su brazo. Tiró por ella, y sus cuerpos se pegaron más que nunca. Se sostuvieron la mirada, era una guerra verde contra marrón, que produjo que por muy enfadados que estuvieran, la atracción se concentrara entre sus cuerpos. Luna la percibió como una flecha que le traspasó el pecho, que subía y bajaba por la respiración errática, lo que la obligó a entreabrir los labios. Sin embargo, no contó con lo que pasó: Noel clavó los ojos en su boca y con cada parpadeo sus largas pestañas, que hasta ese momento no se había fijado en ellas, le dejaban un reguero de dulces besos silenciosos, esos que ardían por darse. Tras unos segundos en los que solo existieron ellos dos, Noel nervioso y empujado por su propio autocontrol, se separó de ella.

—Me preocupa que pierdas el anonimato por mi culpa. Te puede cambiar la vida y no quiero —habló con sinceridad, mostrando aquello que guardaba para él solo.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—No quería discutir.

—Lo has hecho fatal. —Luna fue a sentarse, sino lo hacía, enroscaría sus brazos alrededor de su cuello, debido a que lo último que se le había pasado por la cabeza era que estuviera así por ella. ¿Qué le pasaba? Aquello le había calentado el corazón.

—¿Qué es esto?! —Deborah entró como un basilisco con el móvil en la mano.

—La que faltaba para la fiesta —murmuró Luna tapándose con las manos la nariz y la boca, sin mover un pelo para que Deborah no reparase en ella.

—Unas fotos. —La frialdad con la que Noel la trataba descendió la temperatura del despacho y eso que fuera hacía calor por el anticiclón que había sobre la península.

—No me vengas con esas Noel, ¿sabes cuántas llamadas he recibido por estas fotos?

—Es mi vida privada, no entiendo por qué te llaman a ti si tú y yo no tenemos nada —razonó Noel, que apoyó la espalda sobre uno de los cristales con un talón cruzado sobre el otro y las manos en los bolsillos.

—Nos puede afectar. —Deborah iba alzando la voz cada vez más.

—Que se meta monje —solucionó el problema Luna sin hacer ruido ni mover los labios.

—Mi vida es mía, Deborah, es ajena a ti.

—¡Afecta a la empresa! —Se abalanzó sobre el escritorio.

—¿O a ti? —Ladeó la cabeza con orgullo—. Mentalízate, no te voy a responder nada.

—¿Quién es ella? —la pregunta del millón al fin salió a la luz.

—¡Hola, guapi! —Luna la saludó desde su silla. En un primer momento Deborah no reaccionó, luego, abrió la boca y sus ojos echaron chispas—. ¿Qué tal, chati? Sorprendida, ¿verdad? Yo también de estar con él.

—¡¡¡Con una recepcionista!!! —Se volvió hacia él—. ¿Esto es una broma, Noel?

—¡Ojalá! —exclamó Luna—. Pero no, estamos juntos.

—Con una cualquiera, te atreves a estar con una recepcionista. —Deborah no salía de su asombro.

—¿Y qué problema hay? —Noel se cruzó de brazos. La estaba estudiando.

—Ya sé que ha pasado aquí. —Asintió con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos—. Fue ella quien llamó a la prensa, te vas a arrepentir, Noel, su baja estofa te manchará.

Luna con un dominio de sí misma que hasta a ella la sorprendió, se levantó con una tranquilidad pasmosa y se colocó al lado de su novio. Cuando Noel le iba a responder, ella se le adelantó.

—Mira, Deborah, para que veas no soy un problema entre vosotros, ¿qué te parece si un día quedamos tu novio y nosotros tres para cenar? Tú escoges el lugar, no tengo problema, ¿vale, guapi?

—No soy guapi.

—Lo sé —le dedicó la sonrisa más falsa de toda su vida—. Acepta, así verás que lo podemos compartir, hazlo por tu propio bien, dejarás de *deborenvenenarte*. —Inventó la palabra solo para ella. Deborah abrió los ojos.

—Me siento como un trofeo —dijo Noel con el ceño ligeramente fruncido.

—Lo eres, cariño. —Luna le dio un beso en la mejilla, a lo que él respondió entrelazando su mano a la de ella—. Eres un tocinillo de cielo. —Luna volvió los ojos a Deborah que ardía en celos—. Acepta, que lo estás deseando. ¡Ale!, ya tenemos una cita, «*Vamo'* a ser feliz, *vamo'* a ser feliz, felices los cuatro, Yo te acepto el trato», —canturreo una famosa canción.

Con aquello, Deborah se marchó más enfadada.

—No ha dicho nada.

—Hombre de poca fe. —Luna se soló del agarre de Noel—. Si estoy en lo cierto, lo hará y esa noche me tendrá vigilada.

—Estás muy segura.

—Conozco a las mujeres mejor de lo que lo hacéis los hombres. —Luna retomó el tema importante—. Lo tendrías que haber compartido conmigo, y te lo advierto, Noel, cómo vuelvas a ocultarme algo, me voy.

—¿Me amenazas? —El móvil de Noel sonó—. Hola, mamá —respondió en tono neutro. Tras un rato en silencio, contestó—: Mamá te estás metiendo en mi vida y no lo tolero, lo sabes.

Venga, hasta otra. —Le colgó sin temblarle el pulso—. ¿Cómo sabe que eres recepcionista? —Noel estaba desconcertado.

Luna, consternada por esa información, meditó durante unos instantes: era cierto que llevaba puesto el uniforme, pero había algo que le chirriaba en todo aquello a la vez que se le escapaba. Volvió a revisar las fotos y descubrió un detalle que a nadie se le pasaría por alto y, quizás, la llevaba por el camino de la verdad.

—Noel, mira la foto. —Agrandó la imagen antes de pasarle el smartphone.

—¿Qué tengo que ver?

—Fíjate en la foto, hombre.

—Lo hago, pero no sé lo que quieres que vea.

Luna le arrancó el aparato de las manos y lo puso encima del escritorio.

—Mira, solo se ve la blusa, no la falda por la que se puede reconocer el uniforme —lo empujó a verla más de cerca—. El coche me tapa la falda y los zapatos, solo se ve una blusa blanca, la típica que toda mujer tiene en su fondo de armario

—Es cierto, aunque te informo de que mi madre fue la encargada de escoger los uniformes.

—No, es la blusa básica que todas o casi todas tenemos en el armario, puede cambiar el largo, que sea o no entallada, que tenga el cuello más alto, normal o más grande, pero es un básico fundamental. Tú le enseñas esta blusa a Marisa y no diría que es la de una recepcionista.

—¿Qué quieres decir? —Noel había entrado por el aro. Las comisuras de sus labios se fueron bajando a medida que negaba con la cabeza.

—Está claro que tienes ceguera testicular, solo ves lo que te sale de los huevos.

—Alguien avisó a mi madre. —Al final leía entre líneas.

—Y no una persona cualquiera. —Señaló la puerta con un dedo para que se diera cuenta.

—¡Deborah! —Después del grito, Luna oyó un gruñido en la parte de atrás de su garganta.

Noel la empujó para encararse con su ex, pero ella se interpuso en su camino.

—No.

—No puede ir con esos cuentos a mi madre. —Noel estaba más enfadado que antes.

—Ya se lo dirás, no es el momento. Debes centrarte en la reunión. Ahora que lo sabemos, debemos hacer lo siguiente: actuar como si no hubiese fotos, y cuando tengas la oportunidad, hablas con Deborah o con tu madre o con las dos, porque si lo ha hecho, lo volverá a hacer.

Por una vez, Noel aceptó su idea sin rechistar.

La reunión la tenían con el joven matrimonio Expósito que no podían disimular la ilusión y la emoción con la que afrontaban su próxima paternidad. Luna nunca había visto a una pareja tan enamorada y feliz, sus caras eran una muestra de ello, como tal, había creído que Melisa habría hecho un diseño que acompañara a ese momento feliz. Para su susto no era así, al contrario, se había encargado de romper las ilusiones a la futura madre, que pasó de reírse a estar callada, mientras que nadie, ninguno de los otros tres, incluido su marido, se daban cuenta. No era de extrañar, la propuesta de Melisa era más para un adolescente carpetero que para un recién nacido, ¡no tenía ningún toque infantil! Era sencillo, casi frío y no había nada que lo hiciera diferente, a eso se le sumaba que no era funcional para un recién nacido, no había creado ese espacio en el que madre e hijo pudieran compartir sus momentos de intimidad y de conexión, o donde el bebé pudiera jugar por primera vez. ¡Era horrible! Al entornar los ojos hacia Noel, descubrió que él mantenía el tipo como podía y que las pocas que veces que sonrió, era muy forzado. Si fuera listo, sabría que Melisa no hizo bien su trabajo, cuando en el espacio que proporcionaba esa habitación se podían hacer verdaderas virguerías. En cambio, Melisa lo había puesto a estudiar en un enorme escritorio, que iba de lado a lado, sin haber nacido.

Luna miró la tableta gráfica en la que había hecho un boceto para un mural que se podía pintar en una de las paredes y sacando su parte profesional, no dudó e intervino, no se podía quedar impasible ante la decepción de una madre.

—¿Qué están esperando? —le preguntó con educación e interrumpió la conversación y la madre volvió a tener interés, un poco, no mucho.

—Eres la primera persona que me lo pregunta. —Luna se mantuvo en silencio—. Es una niña.

—Felicidades —le sonrió con cariño.

—Gracias, ya estoy deseando verle la carita.

—Me imagino, y a que niña no le gustaría despertarse en un bosque encantado —metió con cuidado la idea que ella tenía del cuarto.

—Menuda tontería. —Oyó a Melisa, que soltaba una risa sarcástica.

—Me gusta —le llevó la contraria la madre con una mirada incisiva, antes de dirigirse a Luna —: Sigue por favor.

Luna aprovechó que la tuteó para hacerlo mismo.

—A ver, a lo mejor no os gusta, —Luna puso la tableta encima de la mesa—. En una de las paredes se puede hacer un mural que represente un bosque encantado con sus mariposas, hadas, crear un lugar mágico, tranquilo que compartiréis las dos y cuando la niña crezca siempre se puede pasar por encima una mano de pintura, sin más. En una de las esquinas, se podría poner la una mecedora o un sillón donde os podréis sentar con ella en brazos. —Poco a poco Luna se

metió en el bolsillo no solo a los padres, sino que logró que su idea la visualizaran sin tener un folio delante. Sin darse cuenta se había hecho con la sala de reuniones.

—Noel para esto —escuchó por lo bajo a Melisa y el corazón se le paró esperando su respuesta.

—No —sentenció él con frialdad.

—Al principio la habitación debe ser funcional para la comodidad de la niña y, sobre todo de ti, se dejará este espacio para la cuna, en la que luego podéis poner la cama, frente al bosque, cuando crezca no pasará directamente a ser estudiante de universidad —lo dijo a propósito por Melisa—, será una niña feliz que irá la cole y durante la infancia su habitación será el lugar donde divertirse con colores cálidos, unos pastel quizás.

—¡Me encanta, lo quiero! —Miró la mujer a su marido con ilusiones renovadas—. ¿Te gusta?

—Sí, —asintió el hombre.

—¿Cuándo puedes empezar? —Soltó de pronto la madre, dejando a Luna de piedra.

Miró a Noel, que se encogió de hombros para darle la opción de escoger a ella. Sus miradas quedaron enganchadas, ninguno la quería separar, ella sin hablar, esperaba que él le echara una mano, pues no contaba con todo lo que estaba pasando.

—Sois pareja —afirmó la mujer que se acariciaba la barriga.

—¿Qué? —dijeron al unísono, regresando a la realidad.

—Sí, lo son —respondió Melisa.

—Se nota, hay amor entre vosotros.

Luna alternaba los ojos entre la madre y Noel mientras le pedía que la sacara de aquel embrollo, la respuesta que obtuvo de él fue que separó el cuello de la camisa en un intento por aflojarlo y la nuez subió y bajó estirando la piel.

—Sí, somos pareja, pero a él ni caso, es como la inteligencia artificial, le preguntas una cosa y te responde otra. —Hizo un aspaviento en el aire.

—Mi novia es muy dulce, una hemorragia de emociones —añadió Noel con una sonrisa forzada.

—Y tú una cascada de amor inagotable, —le contestó en respuesta a su comentario fuera de lugar, luego, volvió su atención a la mujer para asegurarse de que había oído bien—. Entonces, quieres que me encargue yo —aseveró con mucha cautela para no meter la pata.

—Sí, tu idea me gusta mucho.

—Asunto de mujeres, mejor no meterse. —El futuro padre bromeó a Noel, que solo movió la cabeza.

—Pues si me das unos días, podré tener algo listo y si me lo permites, me gustaría ver la habitación in situ así, también, podemos hablar más tranquilamente, sobre lo que quieres.

—Todos los jueves los tengo libres —le comunicó la madre.

Tras cinco minutos más, Noel dio por terminada la reunión y Luna acompañó al joven matrimonio al ascensor. Al regresar los gritos de Noel se oían incluso con la puerta cerrada. Marisa que estaba de pie, puso un dedo sobre los labios para que no hablase.

—Quiero revisar todos tus proyectos —le ordenó a Melisa.

—¿Todo esto por un fallo? —Melisa parecía que estaba asombrada por el comportamiento de Noel.

—Melisa, llevo un día movidito.

—No es mi problema —se defendió ella.

—Has cometido un fallo que casi nos lleva a perder a unos clientes —le recordó para bajarle los humos.

—¡Es una maldita habitación infantil!

—Con la que decepcionaste al cliente, ¿es que no viste la cara de la madre?

—¿Eso me obliga a fallar en todo?

—¡Quiero revisarlos ahora! —le ordenó con una voz antinatural, que a Luna le puso los pelos de punta.

—Le has dado mi trabajo a una cualquiera, a esa que te beneficias que para colmo es recepcionista.

—Es decoradora —apoyó a Luna, lo cual no esperaba.

—Porque tú lo digas.

—Melisa, no eres quien para meterte en mi vida, no rebases esos límites de confianza o tomaré otras medidas que aplicaré sin que me tiemble el pulso, creo que no me tengo que explicar. Así que, te aconsejo encarecidamente ver todos tus proyectos.

Los tacones de Melisa la precedieron, pero Luna fue más rápida y se escondió detrás del escritorio de Marisa, que se sentó en la silla fingiendo que trabajaba y que era ajena a todo.

Aquel método de ocultamiento lo había aprendido en la serie de Miss Marple a la que su abuela se había enganchado, además de ser su personaje favorito de la reina del crimen. Lo había visto en un capítulo de la serie y lo había aplicado en alguna ocasión, aunque nunca en el trabajo. Cuando el ruido de los zapatos se apagó en el pasillo, soltó el aire que había retenido.

—Luna, ¿qué haces ahí? —Oyó la voz de Noel a sus espaldas.

Dejó caer la cabeza hacia delante.

—Nada, —con suma rapidez buscó en su mente una disculpa adecuada—, la estaba ayudando a buscar una cosa.

—No mientas —fue rotundo.

—No lo hago —siguió mintiendo.

—Al despacho. —Alzó la vista hacia Marisa con una mirada suplicante, pero su amiga, estiró la boca con una mueca que decía: «no puedo ayudarte».

Se irguió con cierto dolor de rodillas, estaba claro que debía hacer más deporte, y entró cerrando la puerta. La tensión todavía se palpaba tanto que hacía el aire irrespirable.

—Ese proyecto es tuyo a partir de ahora —Noel estaba a un lado de su escritorio donde tenía las manos apoyadas.

—Vale.

—¿Qué coño haces? —Soltó de repente.

—¿Perdona? —La cogió tan desprevenida que no supo reaccionar.

—Que sea la última vez que intervienes en algo que no te incumbe —le advirtió con una

oscuridad peligrosa en el rostro que Luna no había visto antes.

Ofendida sacó toda la artillería que llevaba dentro.

—Aun encima que os he salvado el culo, ¿me tratas como si fuera la culpable? —Abrió la boca indignada.

—Lo eres —le reprochó—. Te dije bien claro que no hablaras.

—Si no lo hiciese los perderíais. —Dio un paso la frente.

—Estás equivocada, siempre pensando en solucionar la vida a la gente y creyéndote que eres más lista.

—No, no me considero lista, pero sí lo bastante observadora como para ver a una madre decepcionada y ante eso reacciono, no como tú que eres frío como un témpano.

Ante esa acusación, Noel se estiró cual alto era. La lucha de voluntades había comenzado.

—Desde que apareciste solo me traes problemas —la abroncó con furia.

—Lo podemos solucionar ahora mismo, rompe el contrato o lo hago yo. —Lo puso entre la espada y la pared— ¡Ah! —alzó las cejas en falsa sorpresa, pues ella ya intuía que había algo por lo cual no le interesaba hacerlo—, no te conviene, y mira por dónde, tu falta de reacción y tus ojos saltones como los de un sapo me lo confirman.

—¿Por qué me besaste? —Le soltó de pronto con el beso que le había dado delante de Deborah.

—Muy sencillo, aunque no entiendo su actitud tú estabas siendo demasiado frío con ella, cuando ella tampoco es la culpable, como yo no lo soy de lo que ha pasado en la sala de reuniones. Y ahora, ¿Por qué me cogiste de la mano? —Él no respondió, lo que no la frenó—. Los dos hemos roto esa cláusula del contrato que tú marcaste.

En dos zancadas Noel se puso frente a ella.

—No te vuelvas a inmiscuir en un trabajo que no incumbe —alzó el dedo índice.

—¿Dónde está eso de que tengo que aprender? —arremetió contra él con sus propias palabras.

—Puedes marcharte. —La quiso despachar con cajas destempladas.

—¿A dónde?, ¿a este despacho que también es mío por decisión tuya? o ¿es que me vas a hacer uno especial para esos momentos en los que no me quieres ver ni en pintura? —Él le devolvió una mirada inyectada en odio—. ¿Sabes qué creo?

—¡Cállate! —Le ordenó con las muelas apretadas y la mandíbula tensa.

—Creo que estoy pagando los platos rotos de otros, que no supieron o no quisieron hacer el trabajo, porque claro, una habitación infantil es una minucia, cuando es igual de importante que remodelar cualquier edificio. A eso añadido que no estás acostumbrado a que te salve el culo una «don nadie», porque eso es lo que crees tú y todos tus amiguitos, en los pones una confianza ciega y te fallan más que una escopeta de feria, excepto Sebas.

—Te dije que no hablaras, ¡y siempre haces lo que te da la gana!

Luna mantuvo la compostura aunque alzó también la voz.

—No has perdido unos clientes, ¿es que no te das cuenta? —Estiró los brazos hacia delante—. Lo sabes, pero eres tan cabezón que no lo quieres reconocer, pero te advierto que ni tú y ni cien como tú me vais a pisar la cabeza, porque trato a todos por igual y les concedo la importancia

que tienen y sabes muy bien que Melisa no hizo un buen trabajo, pero vamos en contra de Luna que es más fácil. —De pronto, los nervios la superaron—. ¡Rompe el maldito contrato!

—Tú mantén el contrato intacto y no habrá problemas —le dijo con tanta frialdad que fue la primera vez que lo sintió lejos de ella.

—¿Qué pasa aquí? —Sebas entró como un vendaval y se situó entre ellos.

—¡Ahí te quedas tú y todo lo tuyo! —Fue derecha a la mesa y recogió sus cosas—. Me encargaré de ese proyecto, no te preocupes. —Delante de la puerta se giró una última vez—. Por cierto, mañana no vengas a buscarme, trabajaré desde casa, ya tengo las credenciales para hacerlo y antes de que se me olvide, mañana vienes a cenar a casa, a las nueve, recuérdalo, no vengas vestido en traje, pero si no apareces, me haces un favor.

Nerviosa, con todo el cuerpo temblando y con unas ganas de llorar enormes, se marchó de allí con la única compañía de la rabia y la impotencia. Aunque su mente y su corazón por una vez se pusieron de acuerdo:

«Nada de esto hubiese ocurrido si no te hubieses marchado», volvió a soltar aquella frase que en el pasado no paraba de repetirse.

Dicho y hecho. Luna cumplió su amenaza.

Al llegar tan temprano a casa tuvo que explicarle a su abuela que le habían dado la realización de un proyecto por la falta de personal, casi todo enfermo, y que durante unos días teletrabajaría, añadiendo que su novio vendría a cenar al día siguiente. La rabia y el rencor fluyeron por su sangre, hecho que no le permitió dormir al recordar esa última discusión lo que provocó que cayera en una cuestión: ¿por qué no quería romper el contrato? No estaba firmado ante notario, con tan solo romper el folio ya estaba. Sin embargo, Luna comprendió en mitad de esa neblina mental que Noel escondía algo.

Estoy abajo.

Ese mensaje apareció reflejado en la pantalla del móvil y aunque ardía por escribirle en mayúsculas, «VETE A LA MIERDA», contuvo las ganas y no abrió el WhatsApp para darle una lección a ese creído que tenía por jefe, ¿qué pensaba ese filete de pollo?, ¿qué iba a ir corriendo a su lado? La llevaba clara, no sabía con quién trataba, si él era cabezón, ella lo era el doble; si era frío, ella sería el triple, porque a lo largo de su vida había generado una versión de sí misma que daba miedo y muy pocas veces, salvo cuando veía que su corazón o su orgullo estaban en juego o podía salir perdiendo, como lo sucedido el otro día, había muchas papeletas de que saliera a la luz. A lo largo del día ya lo había decidido: no le iba a pasar otra.

Trabajó toda la mañana y la tarde en el proyecto, incluso dibujó a mano todo lo que tenía pensado para esa niña, haciendo un espacio acogedor, que fuera no solo un cuarto, sino un lugar de juegos y descanso, donde pasarlo bien consiguiendo que su habitación fuese única en el mundo.

No saber nada de Noel le facilitó mucho la concentración y que en su imaginación generara tal torbellino de ideas que hasta apuntó en una pequeña lista aquello que Noel podía incluir en nueva línea de productos decorativos, ya que se suponía que tendría de todo. Al final, se hundió en el trabajo hasta la hora de comer, de ahí hasta la cena.

—¿Se puede? —Roy, que ayudaba a Pepa en la cocina, asomó la cabeza.

—Tú sí. —Luna se giró en la silla para recibirlo con una sonrisa.

—¿Qué tiene mi Lunita? —Se sentó a los pies de la cama con un trapo en las manos—. Te veo triste. —Ella se encogió de hombros. Su amigo siempre tuvo la facilidad de leer sus estados de ánimo, a veces, hasta le ponía nombre cuando ella no lo encontraba—. Es por la fecha que se acerca...

—Todavía no sé por qué tuvo que suceder eso. —Había hechos que eran inexplicables.

—Debes superarlo.

—Nunca lo haré. —Esa era una de sus realidades, esa que no le permitía tener pareja.

—Tenemos un problema, porque ese Noel no está haciendo bien su trabajo. —Razonó Roy

—¿Qué? —consiguió articular Luna y luego, de inmediato, comprendió que la frase no podía ser más estúpida. Sabía muy a lo que se refería Roy, sobre todo, al entornar los ojos y ver el calendario tachado con equis rojas los días que faltaban para estar a su lado.

—Te debería estar enamorando para que pudieras cerrar esa herida —le explicó Roy por si quedaba alguna duda.

—Quizás esa herida es la que me mantiene viva.

—No te equivoques, una herida jamás mantendrá a nadie con vida, se podrá infectar o se cerrará, pero las heridas nos muestran a donde hemos llegado y lo que hemos vivido, siempre nos acompañarán, pero no las podemos usar de escudo. —Le dio un beso en la mejilla—. ¿Te hizo algo Noel?

—No, —le mintió—. Estoy harta de algunos comportamientos —le contó de modo escueto.

—Cuanto más reñidos más queridos. —Se levantó poniendo el trapo en el hombro.

—Si fuese mi novio realmente, lo colgaría por las pelotas delante de una jauría de pitbulls para que se las comiesen.

—Ostras, tu amor es de los que matan. —Se rio sin sospechar nada, aunque Luna supo que metió la pata—. De parte de tu abuela que pongas la mesa.

«Ojalá no venga», suspiró para sus adentros.

Con un talante de completa indiferencia por la cena que iba a producirse, procedió a poner la mesa para cuatro, pues Roy estaba invitado también, con parsimonia, paso pausado, con la mente en blanco para alejarse de allí y de lo que iba a pasar. Colocó todo como su madre le había enseñado, aunque en esa ocasión no le dio la gana de poner ningún adorno para el señor «Jamón» y volvió a desear que no apareciese, si lo hacía le daría las gracias más que montarle una discusión de la grandes. Tampoco se cambió de ropa, estaba con su chándal favorito de color rosa chicle, muy a lo Barbie, y así recibiría al jefe, no iba a ponerse de tiros largos para mantener una farsa.

A la hora acordada, el timbre resonó por todo el salón, Luna pegó brinco no solo del susto, sino que debía fingir delante de su abuela y de Roy.

—Tranquila, todo va a ir bien nadie se va a enterar. —Se alisó la sudadera y fue abrir la puerta.

Ahí estaba con unos pantalones de pinzas azul marino y una camisa azul celeste con una chaqueta colgando despreocupada de un brazo, ¡le favorecía a muerte! Sin ser consciente que le pegó uno, dos y hasta tres repasos de arriba abajo, se mantuvo en silencio.

—¿Puedo pasar? —le preguntó él.

—Me lo estoy pensando. —Se apartó para permitirle entrar, aunque cierto amargor le cubrió la boca al tragar la saliva.

—¿Estamos solos? —Noel miraba con curiosidad todo a su alrededor.

—No, ya quisieras, Roy está ayudando a mi abuela en la cocina.

—¡Ah! —Levantó un poco el mentón y de seguido frunció levemente el ceño—. Huele un poco a fritanga.

—¡Jódete!, escogieras a otra para tus tonterías. —Tras eso su bombilla mental se encendió—.

Espero que comas y no le rechaces la cena a mi abuela, porque te aseguro que no sales por la puerta, sino que haces *puenting-ventana*, ¿estamos? —lo amenazó con ansias vivas que se reflejaban en su rostro.

—¡Hola! —Saludó una jovial Pepa que salía de la cocina ataviada con su delantal de estilo victoriano con grandes rosas—. Tú debes ser Noel.

—Sí —le sonrió con una amabilidad extraña para Luna. «Falso», le gritó para sus adentros.

—Me han hablado muy poco de ti. —Se acercó a él y le plantó dos besos en las mejillas—. Y no te doy un abrazo porque tengo las manos húmedas, pero limpias.

—No se preocupe.

—Tutéame, hijo. —Le pidió como si lo conociera de toda la vida.

—Ella es mi abuela, Pepa. —Luna carraspeó—: *Pepa, no me des tormento Pepa, no me hagas sufrir Pepa, yo vivo de tu aliento Pepa...* —Canturreó aquella canción para disimular su cabreo con Noel.

—¡Qué niña esta!, me tiene más frita que un bacalao —protestó la abuela.

—Pero, ¿qué haríamos sin ella?

Pepaladeó la cabeza y le regaló una mirada cariñosa a Noel.

—Nada, hijo, nada.

«¿Qué coño está pasando aquí?, ¿qué me he perdido?», se cuestionó Luna. Solo fue capaz de vislumbrar como Noel se metía en el bolsillo a su abuela.

—Hola, soy Roy. —Le tendió la mano a Noel.

—Noel.

—He oído hablar de ti. —Le guiñó un ojo cómplice a Luna.

—Muy bonito, a él sí, pero a mí no —protestó Pepa—. Siempre al margen.

—Me decepcionas Luna —le reprochó Noel muy serio.

—Mira qué bien. —Se encogió de hombro y se cruzó de brazos.

—No hablarle de mí a tu abuela.

—¡Ay, te he herido en el orgullo, cari, lo siento! —fingió pena—. No sabía que contarle.

—No te preocupes, Pepa, te cuento lo que quieras. —Luna se sorprendió con Noel—. Traje esto. —Levantó una bolsa de papel—. Es vino.

—*Pa' qué* trajiste nada, hombre —rechistó la abuela.

—Es un pequeño detalle, aunque no puedo acompañaros, tengo que conducir. —Le dio la bolsa a Pepa.

—Entonces se guarda para un momento mejor. ¡Qué juventud esta...! —chasqueó la lengua.

—En la que se incluirá —le dijo él.

—A mi edad, los noventa...

—¿Tiene noventa? —Noel, boquiabierto, quería una confirmación de parte de Luna, quien se calló—. No los aparenta —le dijo asombrado.

—Porque no los tengo —lo bromeó Pepa—, tengo setenta —se rio.

—Vale. —Noel había pillado la broma.

—Roy, vamos a terminar, Luna que deje la chaqueta en tu habitación —indicó su abuela dando

órdenes.

En cuanto desaparecieron, ella lo guió hasta su cuarto, un cuadrado perfecto con una cama de matrimonio, frente a la cual estaba el escritorio-tocador con un espejo que era más un corcho, y el armario frente a la ventana, mientras que el resto de la paredes blancas estaban cubiertas por dibujos y estanterías. Ella le arrancó la chaqueta.

—Pero bueno, ¿no te dije que vinieras vestido de andar por casa? —Se enfrentó a él.

—Esto es andar por casa —él se mantuvo impassible a sus palabras.

—Parece que vas a dar una conferencia.

—No, si eso fuese así llevaría chaleco —le contestó en actitud chulesca.

—Vamos a ver, ¿es que no conoces los vaqueros? Y no me refiero a los del antiguo oeste.

—Deberías decirme qué me vistiera sport. —Luna se quedó muerta en la bañera y con la mandíbula cerca del centro de la tierra.

—¿*Sport*?! —exclamó horrorizada—. Mírame a mí—. Bajó los brazos por la ropa que llevaba un chándal de color rosa chicle.

—Lo hago —le soltó una sonrisa sesgada—. Ese color te favorece. —¿Estaba coqueteando?

—¿Qué es el chándal para ti? —No iba a permitir que la entretuviese regalándole los oídos.

—Ropa de gimnasio. —Movió un poco la cabeza como si la retara, metió las manos en los bolsillos y en su rostro leyó: «responde a eso».

—Para qué pregunto. —Se tapó la cara con ambas manos y bajó un poco la cabeza, así aprovechó para mirarle los pies entre el hueco que dejaban los dedos.

«Al menos no trajo los zapatos de charol», pensó.

—Madre mía, me tocó el más cayetano de todos los hombre —musitó.

—¿Por qué te preocupa tanto mi ropa? —Quiso saber Noel.

—Se nota que eres un señorito criado en La Moraleja, ¿sabes? —le encasquetó con voz de pija—. Desentonas en esta casa y en todos lados.

—No lo veo así, a tu abuela le he gustado.

—Lo que tú digas, vamos, anda. —Cogió el pomo de la puerta—. La próxima vez, ven en vaqueros.

—Lo tendré en cuenta.

—Unos cinco minutos, luego, harás tu ley —añadió Luna que lo conocía muy bien.

—Lo haré, mujer, ya lo verás.

—No tendrás una próxima vez en esta casa.

—¿Por qué me tratas así? —Noel de una zancada rompió la distancia que los separaba y puso su mano encima de la de ella. A Luna se le paró el corazón con ese contacto que se filtró a través de su piel como tentáculos que la excitaron al instante y le despertaron los sentidos al oler la exquisita fragancia que lo identificaba y bajo sus efectos se sentía distinta, consciente de la inevitable atracción entre ambos. No, algo había cambiado: los dos eran conscientes de esa chispa que se prendía cuando estaban juntos o se tocaban.

El mundo y la vida en general giraron de otro modo.

Luna agitó la cabeza para salir de ese embriujo que la embriagaba y lo logró apenas que la

pregunta que fue formulada desde la incomprensión regresó a ella con una fuerza sobrenatural. ¿En serio le había preguntado eso? Sujetó el pomo con más fuerza, percibiendo los dedos fuertes de Noel sobre los de ella que no se atrevió a apartar, ¡ese tío era peor que Dori, la amiga de Nemo! Comprendió en cuestión de segundos que, mientras ella debía acordarse de todo lo de él, él pasaba de ella y la discusión había quedado relegada al cajón más oscuro de su mente.

—¿Me obligas a recordarlo para regodearte? —Puso los brazos en jarras por dos razones: la primera, para no pegarle, la segunda, alejarse de él para encararlo con frialdad.

—Yo... —titubeaba, paseando la yema de los dedos por la frente—. Luna, yo...

—Confirmas lo que sospecho.

—¿El qué?

—Solo te importas tú.

—No es cierto. —Giró la cabeza y se dio de bruces con el calendario—. ¿Tachas los días?

—Cuento el tiempo que me falta para dejar de verte el careto, sí.

—Entiendo. —Noel no disimuló su malestar, sus muelas rechinaban.

—¡La cena! —Aviso Pepa.

—Mira, solo te pido terminar con esta pantomima, así que, sal ahí y compórtate.

—No soy tan desagradecido como te piensas —se apuró en decir.

—Te lo advierto, no los trates mal. —Se giró hacia él con el dedo apuntador en alto.

—Puedes estar tranquila.

—No me fío de ti.

Luna salió disparada a la sala, quería que todo aquello acabase sin haber empezado, quería volver a la normalidad de su vida, sin Noel, sin ninguno de sus tentáculos adueñándose de su vida o de ella misma, pues tenerlo delante, era sentir sus ojos sobre ella, se adentraba en el chándal para acariciar cada palmo de su piel, notaba su parpadeo que le erizaba el vello acompañado de pequeños escalofríos de placer. Sin tocarla la excitaba y eso la cabreaba porque no quería que esas sensaciones, dormidas durante años, regresasen por culpa de él.

Todos se sentaron a la mesa y Luna entornó los ojos hacia él, miraba las croquetas y demás platos como si se tratasen del mismísimo Averno, cogió aire y notó un retumbar de flemas en pecho, sin importarle le arreó un golpe en el muslo.

—¿No te gustan? —preguntó Pepa que observaba impaciente a Noel.

—Es que no sé por dónde empezar, esa es la verdad. —declaró indeciso.

—Te aconsejo las croquetas —le dijo muy amigable Roy.

—Muchachito, ¿no serás el típico que come solo arroz y pollo? —Pepa no se fiaba y Luna la aplaudió.

—No, no, en ese caso me habrían salido alas —bromeó Noel.

—Para salir volando por la ventana —musitó Luna, que no pudo callarse el comentario.

—Niña, parece que no te alegras de tener a tu novio aquí —la regañó su abuela.

—Abuela, claro que sí, pero ahora que lo miro veo que es un pavo real en medio de gallinas. —

Con el tenedor clavó una croqueta con saña para dársela—. Come —le ordenó.

Noel la cortó con suma delicadeza con el cuchillo y todos esperaron su veredicto.

—¡Están muy buenas! —reconoció, asombrado—. Nunca he comido unas croquetas tan ricas.

—No disimules ni pelotees, gracias. —Luna se echó varias en el plato.

—Es verdad, Luna —arremetió contra ella.

—Venga, muchachito, no hagas caso a mi nieta y a comer. —Pepa le echó más en el plato.

—Cógelas con las manos, saben mejor. —le aconsejó Roy haciendo lo mismo.

Para sorpresa de Luna, le hizo caso, ¡lo que había que ver! Sabía coger con los dedos algo más que su pluma estilográfica.

—¿Te has enterado de que a Luna la han ascendido? —Su abuela no se perdía ni era tonta.

Luna tragó la bola de bechamel que tenía en la boca, sabía sus intenciones, pillarla en algún renuncio.

—Sí, lo sé, dio una solución muy buena para un proyecto. —Noel se limpió la boca con la servilleta—. Mi amigo Sebastián y yo hablábamos con Patricia y con ella, y Luna dio su opinión, por eso le han concedido ese proyecto de decoración. —La cogió de la mano, ella quería apartarla pero Noel se apretó más—. Es muy lista.

—No exageres —se rio de un modo falso.

—Es cierto, eres de gran ayuda y desde que trabajas en casa se te echa de menos. —Aquellas palabras le atraparon el aliento en los pulmones, no contaba con ellas, aunque sabía que eran falsas, de ahí que se soltara lo más rápido que pudo.

—Al fin, le dais su sitio —soltó Roy en defensa de Luna—. Vale mucho.

—Lo sé, —Noel le dedicó una mirada dulce que ella esquivó.

—Fue culpa mía, lo sabéis —Pepa dejó de comer para dar un sorbo de agua.

—¿Por qué? —Era la pregunta normal de parte de Noel.

—Abuela, no lo hagas —le rogó encarecidamente.

—Con la verdad se va a todos lados, Luna. —Pepa colocó los brazos a los lados del plato—. Verás, mi nieta se despidió a sí misma cuando enfermé un año antes de la pandemia y estuvo cuidando de mí, por eso terminó siendo recepcionista.

—No te culpes abuela.

—Luna tiene razón, Pepa, no tienes la culpa. —Noel de modo consciente volvió a buscar la mano de ella, lo que la dejó planchada.

Era como si él le estuviera dando el visto bueno y diciendo en silencio con la calidez de su piel que era lo correcto.

—Si no fuera por mí, mi nieta seguiría siendo una decoradora de éxito —asintió Pepa.

—Tampoco te vengas arriba, abuela —la quiso callar.

—Tu abuela tiene razón. —Roy entró en el redil—. Tenías una carrera muy próspera.

—Mi hijo y mi nuera vinieron menos de un mes, que fue lo que le concedieron a mi hijo, pero Luna estuvo aquí, dedicada a mí, como Roy y su familia —reconoció lo que todos habían hecho por ella.

—Y siempre lo haremos, sabes que te quiero como a una abuela —le dedicó Roy una sonrisa llena de cariño.

—Luna hizo lo correcto, es un acto de amor incondicional. —Noel tenía la voz estrangulada.

—Nunca sabrás lo que es —musitó Luna.

—Te equivocas. —Luna miró sus ojos verdes brillantes como esmeraldas observando algo que se parecía al amor—. Cada día a tu lado aprendo lo que es.

Sus miradas se engancharon y bailaron un vals lento delante de Pepa y Roy, que desaparecieron hasta quedar ellos solos. A Luna se le aceleró el corazón al no saber si sería capaz de soportar el peso de sus ojos y dio gracias de que la sudadera fuese holgada, así nadie vería como se le endurecieron los pezones. También apreció como él no estaba diciendo ninguna tontería, tenía la mandíbula firme y no iba a titubear ni añadir nada más que estropease ese momento de intimidad que marcaba la diferencia entre el contrato y lo que mostraban: ser una pareja de verdad. Su mirada pareció intensificarse aún más al no decir lo que pensaba. Luna con un ejercicio de fuerza, pudo al fin separar sus ojos de él, verse reflejada en los páramos que tenía por ojos, la impresionó, pues la había recogido como una mullida y suave nube.

—¡Qué bonitos sois, ay! —Roy había dejado de cenar y tenía una mejilla hundida en la palma de la mano, le gustaba lo que veía—. ¡Qué envidia!, yo también quiero algo así.

—No lo querrías, te lo aseguro —dijo Luna volviendo a la croqueta olvidada en el plato. Noel le dio un último apretón de mano que se le deslizó hacia el bajo vientre.

—Como tú ya lo tienes.

—Lo tendrás, Roy, ya lo verás, y espero que sea mejor —se corrigió a sí misma.

Tras eso dio comienzo una conversación amena en la que Pepa iba preguntando con disimulo alguna que otra cosilla que incomodaba a su nieta, Noel no paraba de comer, lo que produjo

cierto alivio en ella. Que la tratase mal, no significaba que no estuviese a gusto en su casa, de hecho, notó cómo el cuerpo de Noel se iba relajando con el movimiento de las agujas del reloj, incluso se reía con Roy, algo bastante inesperado.

—Abuela lo acabas de convertir en un cementerio de croquetas —soltó la broma Luna, mientras trinchaba la milanesa de pollo.

—Eso es que le ha gustado y me alegra. —Su abuela hablaba con satisfacción.

—Pepa, me has conquistado —se rio Noel—. Pero no puedo más.

—Normal, te vas a convertir en un Choco Bomb a este paso.

—Lunita, hay algo que se llama gimnasio —comentó Roy, al que obvió también.

—Voy poco —intervino Noel—, solo los fines de semana y si me apetece. No me considero de los que viven de su cuerpo o un obsesionado por el aspecto físico.

—Este es el tipo de hombre que necesitas, niña, un hombre normal con las ideas claras. —Su abuela y Roy, quien le dio la razón, estaban encantados con él.

Luna bufó y a partir de ahí la cena y la sobremesa se extendieron hasta que empezó la novela turca de la noche, momento en el que Noel se despidió para marcharse. Ella lo acompañó al portal.

—¿Bajas en zapatillas? —A Noel le sorprendió aquel detalle.

—Romparamos el contrato ya —le pidió con indolencia.

—¿A qué viene eso? —Noel se tensó, Luna lo percibió en cómo las costuras de la camisa se estiraron—. No lo entiendo Luna.

—Te da asquete todo lo que hago, así que...

—No pongas en mi boca algo que yo no dije, no es cierto.

—Bajo cómo me da la gana. —Se cruzó de brazos sin sostenerle la mirada.

—Mañana tenemos que ir a casa de mis padres —le comunicó él.

—¿A qué hora? —Parecía que él no se lo iba a decir.

—Pues mira, te dejo después del trabajo —empezó a hacer planes.

—Mañana no voy a pisar la oficina, trabajo mucho mejor aquí que en ese despacho viéndote la cara o tener que oír esas bonitas lindezas que sueltas por la boca. —Le dio al traste con todo lo que tenía planeado.

—Te paso a recoger a las ocho y media.

—Estaré lista. Ahora, largo. —Hizo un aspaviento para que se marchara.

Él abrió la puerta y se volvió hacia ella.

—Luna, oye.

—Vete Noel —le dijo en tono tan gélido que le dio un ataque de tos.

—No me gusta el estado en el que estás.

—Estoy bien.

—No es cierto, ¿has ido al médico?

—¿Es que ahora te importo o es porque no quieres que te contagie algo peligroso? —le devolvió la pregunta molesta por esa preocupación.

—Debes cuidarte...

—Lejos de ti —terminó la frase por él.

Lo vio alejarse en el coche y una parte de su corazón se resquebrajó, sin embargo, no le había perdonado su trato hacia ella, ni él se había disculpado. Se apoyó en la pared un momento, con los ojos cerrados y el corazón muy lejos. Deseó que por arte de magia un tornado la elevase de los pies del suelo para que la llevara directamente a orillas del mar gallego, a ese tiempo donde entre olas, con el olor del salitre la llenaban con besos de amor que se retorció en esa pasión controlada.

Había aprendido que escapar no servía de nada cuando el dolor era la compañía del alma, en cambio escapar era lo único que se podía hacer cuando no había otra elección.

Luna ya había escapado una vez.

Luna apenas durmió, cuando cerraba los ojos y Morfeo se hacía con ella la realidad de su vida se mezclaba con los recuerdos del pasado, mostrando así una realidad que nunca quiso, estar entre dos hombres, no obstante, por mucho que su mente enajenada quisiera volverla loca, ella siempre sabía con quien se quedaría. Aun así, durmió muy mal, cada cuarto de hora se despertaba como si de una pesadilla se tratara, pues le estaba costando llevar el falso presente junto con ese pasado que, si por ella fuera, resucitaría. Noel era lo que conseguía, que añorase esa parte de su vida, aquella historia que quedó sin contar.

Se sentía tan mal que trabajó desde cama toda la mañana para darle al cuerpo el descanso que no había tenido durante la noche, por mucho que luego le doliese la espalda o las lumbares, pero si quería ir un poco mejor a casa de los padres de Noel, era lo que debía hacer, así, volvió a sumergirse en su tabla de salvación, el trabajo. Era lo que hacía cuando todo lo demás perdía importancia, cuando una garra arañaba los pocos espacios sin espinas de su corazón. Ese aparato que no sabía cómo seguía latiendo, que apenas notaba, no tenía espíritu de supervivencia y que jamás volvería a saber lo que era amar. Se había quedado yermo. Nadie lo sabía, solo ella.

A la hora acordada Luna bajó desganada, con ganas de salir corriendo después de mandarlo a la mierda. Una parte de ella la empujaba a descubrir por qué Noel Hammond no quería romper el contrato, quizás fuese eso lo que la animó a seguir adelante. No había otro motivo.

Para esa velada se había vestido con un traje de lentejuelas con estampado de guepardo en un marroncito caoba muy clarito. Era el conjunto de la buena suerte y lo utilizó algún año por nochevieja para que su mundo se llenase de alegría y color, pero, a veces, la realidad era tan distinta que la ropa se quedaba en un mero envoltorio que ocultaba la tristeza. Fuera, la esperaba apoyado en el coche con cierta indolencia, ataviado con un pantalón vaquero negro y una camiseta del mismo color. Luna abrió la boca indignada por su desfachatez y no pudo controlar su mal humor.

—¡Hola! —la saludó contento por verla.

—Sí, sí, vamos. —Pasó de él.

—Guau, así es una maravilla terminar el día —protestó.

—Ahora eres poeta, que no se te suba a la cabeza, no eres Bécquer. —Se metieron dentro del coche a la vez.

—¿Se puede saber lo que te pasa?

—No insistas.

—Lo hago.

—¡¿Pero de qué vas?! —arremetió contra él.

—¿Qué hice ahora?

—¡¡¡Mírate!!! —le gritó, mientras él conducía—. Vienes a casa en pantalón de traje y camisa, a casa de tus papis en vaqueros, ¿de qué coño vas?

—Tú estás muy guapa —la piropeó con seguridad, lo que no amilanó a Luna.

—¿Por qué no viniste ayer así? —Le lanzó la pregunta molesta con él, con la vida en general.

—Quería impresionar a tu abuela...

—¡Venga, hombre! cuéntame otra.

—¿Qué te pasa conmigo, Luna?

—Tú, eres tú lo que me pasa, ¿vale? —Cerró las manos en puños y se clavó las uñas en la palma—. No hay quien te entienda, eres la contradicción personificada y me pones nerviosa.

—Al menos te suscito algún tipo de sentimiento —musitó.

—Me enervas, no quiero estar aquí, no quiero estar contigo, solo quiero estar en mi casa, tumbada en el sofá, comer palmeritas de chocolate y lamerme las heridas.

—¿Qué heridas? —Se interesó con la mandíbula apretada y en tensión como si lo que acabase de oír no les gustase.

—Déjalo, —se había expuesto demasiado y a él no le iba a contar nada—. Sé sincero y dime, ¿algo que tenga saber de tus papis? —Le formuló la pregunta imitando el tono pijo.

—Mi padre es médico...

—Sí el de los culos y las tetas, lo sé por la oficina —le mintió, así omitía que fue Roy el que encontró esa información.

—Vale, buen resumen, mi madre es decoradora, nunca ha ejercido y es de familia rica.

—Igual que tu padre.

—Te equivocas, los Hammond son una familia de clase media, la que puso el escalafón más alto fue mi madre. Procede de una familia muy importante en la zona de levante, estudió en un internado inglés y allí fue donde se conocieron —le contó sin ocultar nada.

—Vale, mami es la pija, perfecto, y el nené nació con una cucharita de oro bajo el brazo.

—Es insoportable, —aquel comentario dejó a Luna estupefacta—, te lo aseguro, no hagas caso a lo que diga, es lo único que te pido. Tiene la facilidad de sacar a cualquiera de sus casillas.

—De... de acuerdo.

El resto del camino hacia La Moraleja, la famosa urbanización residencial de lujo que contaba con sus propios colegios o clubes, lo hicieron en silencio. Lo que más atraía a Luna de esa zona era la historia que había detrás que se remontaba al siglo XVIII, ya que para un trabajo de facultad la utilizó, descubriendo que contaba con su propia seguridad y todo, normal, por las *celebrities* que viven en ella. Formaba parte, entonces, de los alrededores de El Pardo, lo cual propició que Carlos III lo incluyese entre sus cuarteles y en los años cuarenta, bajo el franquismo, se reconvirtiera en el conjunto residencial con una ciudad jardín. Para ella no dejaba de ser un lugar de pijos y cuando vio la casa de los padres de Noel no se sorprendió. Construcción unifamiliar pintada en blanco, aislada de dos alturas, tejado a dos aguas, con una entrada que tenía un gran porche con cuatro columnas que sostenían la balconada del piso superior.

En la puerta los esperaba un matrimonio: un hombre alto, de pelo casi cano, vestido de un

modo muy juvenil con un físico muy similar al de Noel, y una mujer rubia de bote, Luna no halló mejor descripción, su cara de rasgos demasiado finos no habían pasado por el bisturí. Lo único que compartía con Noel era el color de ojos. Los labios gruesos de la mujer se movieron en una mueca de asco en cuanto repasó a Luna de arriba a abajo, como si no se creyese cómo iba vestida, pero ella no iba mejor, con un mono blanco estampado con grandes hojas verdes.

—Papá, mamá, os presento a Luna, mi pareja —la presentó Noel.

—Encantado. —El padre muy cordial, le dio dos besos.

—Igualmente. —Miró a la señora—. Hola.

—Noel hijo, vamos a dentro que hace mucho que no vienes. —La madre lo cogió por el brazo, obviándola.

—Tranquila, señora, no contagio la peste bubónica —musitó.

—Muy buena esa contestación. —Se rio por la nariz el padre de Noel.

—Lo siento, señor. —Bajó un poco la cabeza, la había pillado.

—No pasa nada, y llámame Henry —le pidió muy amable. Tenía don de gentes.

—Me odia. —Henry volvió a reírse, lo que hizo que Noel mirase para atrás.

La casa era espaciosa, con una escalinata de piedra blanca en el vestíbulo, como el suelo y los muebles que la saludaron a su paso. Tras bajar tres escalones llegaron al salón comedor de líneas limpias, pero algo recargado para ella, lo único que se salvaba era la gran lámpara Swarovski.

—Que alegría tenerte, Noel. —Su madre le iba a dar una caricia y él le torció la cara.

Todos se sentaron en unos sofás.

—¿Qué tal papá? —Pasó de su madre.

—Bien, hoy fue un día tranquilo, hijo.

—Mi padre a veces debe solucionar los estragos que hacen otros cirujanos.

—¿En serio? —Luna estaba sorprendida, pues ese acto decía mucho de él como médico y persona.

—Sí, nadie sabe el daño que se le causa a la gente cuando la operación no queda bien. Intento ayudar a esa gente física y mentalmente, nadie se merece no poder mirarse al espejo y como médico es lo que debo hacer. —Se quitó importancia, pero estaba prestando su buen hacer.

—Mi marido es muy filántropo. —La madre de Noel no miró para ella.

—Isabel —dijo su nombre con resignación.

—Es cierto.

—¿Y tú a qué te dedicas Luna? —Se interesó por ella el padre.

—Es la recepcionista —contestó Isabel por Luna.

—Mamá, es decoradora —la corrigió Noel con frialdad.

—¡Ay, sí! Le has dado ese puesto. —Volvió al ataque Isabel.

Luna alucinando por pepinillos, observó al señor Hammond que miró extrañado a su mujer.

—¿Noel? —Volvió los ojos a su hijo para que le explicase qué pasaba.

—No hagas caso, papá, Luna tiene su propio currículum y actué en consecuencia.

—Eso es muy distinto a lo que dijiste —le dedicó esas palabras a su mujer.

—Aquí, ahora, es todo ocultar...

—Que no es lo que esperaba para su hijo, ¿no es así? —Luna no se mordió más la lengua—. Soy demasiado choni, seguro.

—¿Qué dice esta chica, Noel? —La hacía sentir como si no existiera.

—¡Mamá! —protestó Noel.

—Y tiene un bolso de Prada, ¿se lo compraste? —Quiso saber Isabel.

—Parda. —Con aquel nombre la madre la miró con las cejas alzadas.

—¿Dices? —Se dignó al fin en reparar en su persona.

—Es de Parda, una marca de moda nueva que no está a su altura. —Se dio ínfulas de importancia Luna—. Solo muy pocas lo tenemos, pero dará mucho de qué hablar.

—La cena está lista —dijo una criada.

—Vamos —Henry se levantó.

Luna quería marcharse de allí, jamás se había sentido tan incómoda en una casa. Era la segunda casa de un hombre a la que acudía, la primera era gente normal que la aceptaron desde el primer momento, gente que no miraba el envoltorio de presentación, en cambio, en ese cascarón de lujo, brillante, la superficialidad era lo que flotaba en el ambiente, más que el ambipur.

—Henry, por favor, esta chica es una bola de discoteca. —Oyó a Isabel quejarse.

—Prefiero ser una bola de discoteca que una pija amargada —le encasquetó Luna.

—¡Qué maleducada!

—Te lo has buscado, mamá, con tus buenos comentarios. —Noel la defendió.

—Es que has dejado el caviar de Deborah por...

—Por bocata de Nocilla, ¿o prefiere la Nutella? —terminó Luna la frase por ella.

Se sentaron en una mesa preparada para cuatro con amplios platos que parecían la rueda de un carro, estaban muy de moda, Luna no los veía viables ni utilizables, prefería la vajilla que tuviera una historia, como las de su casa. La cena se compuso de un único plato, besugo hervido con guarnición de verduras al dente.

—¿Y qué te gustó de mi hijo? Seguro que su dinero...

—No soy tan materialista, es guapo, aunque me ponen más los hombres en chándal.

—¿Te gusta el chándal? —La madre quedó anonadada—. ¿Te conformas con eso?

—Pues sí, soy así de sencilla, pero hay que tener estilo para llevarlo. —El padre de Noel se rio por lo bajo—. Estoy esperando a que se lo ponga.

—Nunca lo verán tus ojos —dijo roñosa Isabel.

—Tengo varios en casa —la contradijo Noel, molesto. Luna lo supo por su modo de masticar fuerte y la forma de sujetar los cubiertos.

—La primera vez que vi a su hijo pensé, «¡ay, madre, qué cayetano!» y de mi cara salían subtítulos —pinchó a propósito a Isabel.

—Hijo, le van los canis —aseguró Isabel, que dejó de comer.

—No, esos menos, tienen la neurona justa para abrir una nuez. —Ese comentario logró que Henry soltara una sonora carcajada, era muy fácil hacerlo reír.

—Te gusta lo contrario a mí, pero tampoco estás con ellos —meditó Noel.

—Claro, porque te tengo a ti y me conquistaste como lo hace un Ferrero Roché. —Le sonrió

irónica.

—Yo soy más de Mon Chéri —especificó Henry.

—También yo, papá, ¿qué ocurrencias tienes, cariño!

—¡Ay, qué la ha llamado cariño! —A Isabel le entraron todos los males.

—Salen juntos, es cómo tiene que hablarle. —Henry parecía encantado y no le dio la sensación a Luna de que fingiera—. Hijo, me alegro de que al fin hayas encontrado a una mujer que abandera la naturalidad —la elogió Henry.

—Mejor que te calles, querido —le pidió al ver que no le daba la razón.

—Señora, tranquila, espero que dentro de unos meses no nos veamos las caras.

Luna se dio cuenta de lo que había dicho cuando ya era demasiado tarde, cuando tenía tres pares de ojos encima de su persona esperando ciertas explicaciones, pero no se pudo contener ante la indiferencia de esa mujer que era lo opuesto a como su abuela había tratado a Noel. Ella ya contaba que no la aceptasen, pero la trataban como una analfabeta, una roba-hombres que solo veía la cartera en ellos, cuando había sido su querido hijo quién había montado aquella pantomima y la mal parada era ella. Isabel no le caía bien, era la típica mujer de clase alta, rica, a la que solo le importaba la gente por el apellido y las posesiones, así trataba a las personas, pero en algo le daba la razón, Noel y ella no estaban hechos el uno para el otro.

De pronto, notó que algo le apretaba en el muslo, al bajar los ojos vio la mano de Noel que recibió un manotazo.

—¡Ojalá, Dios te oiga! —suspiró Isabel.

—Le pondré todos los días unas velas a la Milagrosa y a San Judas Tadeo para que se cumpla —le sonrió afable.

—¿Qué es eso de unos meses? —Henry reaccionó yendo al asunto.

—Nada, papá, es una broma que tenemos entre nosotros, pero lo que no se da cuenta, o no quiere ver, es que no somos tan distintos —apuntó Noel salvando la situación.

—Lo sois hijo, no tenéis nada que ver —apostilló Isabel cortando con delicadeza el pescado—. Lo que pasa es que estás ciego y no ves lo que tienes delante.

—La que está ciega eres tú —le encasquetó a su madre y Henry condujo la conversación por otros derroteros.

En esos instantes, Luna se abstraigo en un recuerdo

«—Me encanta que os hayáis conocido, mi hijo está feliz a tu lado

—Ella es la luz de mi día, mamá».

Un nudo le atenazó la garganta al escuchar al fondo de su oído aquellas voces que hacía tanto tiempo que no escuchaba y sin darse cuenta separó el plato sin probar bocado. El estómago se le había cerrado cuando el olor de la empanada recién horneada en horno de leña le cubrió la nariz alejándola kilómetros de allí, viajando al pasado. Se mordió el labio inferior por dentro, cuando notó las lágrimas picándole en los ojos, quería volver allí, a aquella casa, con él, daría lo que fuera para que su vida hubiese sido otra, esa que planificaron con tanto amor y que a ella le daba una inyección de alegría, porque había hallado la felicidad suprema. Con la vista clavada en el limpio mantel, recordó las tardes de estudio, de besos en la biblioteca, de miradas en clase, rehuyendo del mundo pijo en el que estaba, mientras añoraba aquel otro que un día habitó con tanta alegría. Sabía perfectamente que nunca volvería a ser tan feliz, que no habría otro hombre que le llenase el espíritu, el alma y el cuerpo como lo había hecho él.

No había nadie como él.

Como una autómatas, solo estando en esa mesa físicamente, no siguió el ritmo de las conversaciones, las oía sin oír, mientras se retorció las manos debajo del mantel y su corazón latía rabioso por querer irse. Tanto fue así que pidió permiso para ir al servicio. En aquel mausoleo de mármol blanco, reluciente, con un par de muebles, un plato de ducha al lado del lavabo sobre el que había un enorme espejo cuadrado, se miró. Las líneas de su rostro ovalado languidecían por el malestar, la tristeza y toda esa acumulación de malas sensaciones, que le chupaban la energía, le enrojecían sus ojos castaños, muestra de que no estaba pasando por un buen momento, debido a lo que supuso aquel recuerdo que llegó a su cabeza para enseñarle las diferencias. Sus labios finos estaban ocultos en una raya que solo aparecía cuando tenía ganas de llorar y, desde hacía horas la estaba conteniendo. Cerró los ojos para desaparecer de sí misma y abrió el grifo para que el agua corriese, así su ruido podría calmarla, aunque había algo que permanecía: no quería estar allí con Noel.

Luna salió del baño y escuchó unas voces y no pudo más que pararse a escuchar.

—Noel vuelve con Deborah, —le pidió Isabel—. ¿Por qué has permitido que se fuera?

—No comprendes todavía que no la quiero. —Aquella respuesta de Noel no la esperaba.

—Eso lo dices ahora porque estás dolido con ella...

—¡Mamá, entiéndelo de la una puta vez!

—Hijo, esa chica solo te va a traer problemas y nos va a dejar en ridículo delante de nuestros amigos.

—¡Mamá!

—Puede que te haga perder contratos, ¿qué es eso de darle un puesto superior? Nunca hiciste nada así, no te reconozco, Noel.

—¿Alguna vez te interesó conocerme? —Le echó en cara él.

—Hijo, ¿no ves? No eres el mismo, jamás me habías hablado así.

—Si no lo hice fue porque Deborah me paraba los pies, pero ahora me he librado de ella.

—Ella es tu decisión más clara, es con quien debes casarte, siempre juntos desde niños, vuestros caminos están unidos, no con esa pordiosera. —¿Esa mujer no se hartaba de meterse con ella?

—¡Ya está bien! —bramó Noel fuera de sí—. Vas a respetar a Luna.

—No, ella no es la adecuada para ti, te va a hacer daño.

—¿Por boca de quién hablas? —La actitud de Noel era muy amenazante.

Ella se rio.

—¿Qué dices, Noel?

—Tus palabras me recuerdan a las que me dijo Deborah.

—Claro, porque me llamó. —Reconoció su madre.

«Hace falta ser tonta, ¡cállate!», le aconsejó Luna para sus adentros.

—No vas a volver a hablar con ella —le ordenó como si se tratara de un empleado, no de su madre.

—Su madre es mi amiga, como ella también lo es.

—¿O dejas de hablar con Deborah o no me vuelves a ver? —Ante aquel ultimátum a Luna le dio un escalofrío, Noel la estaba poniendo a ella misma en una tesitura muy mala con respecto a su madre, a lo que se le unía que jamás había oído a un hijo hablarle de un modo tan frío e impersonal a una madre. Se sintió tan mal con Isabel, tan mal consigo misma, que dio un paso hacia atrás y chocó con alguien.

—Lo siento, yo... —Se disculpó ante Henry.

—Calla. —Henry la cogió por los hombros de un modo muy paternal.

—¿Me has oído, mamá? Escoge, ¿o Deborah o yo? Es tu decisión, no la mía.

—Te escojo, hijo —Isabel sonó temblorosa.

—Pues vas a respetar a la persona que tengo al lado porque me da la gana, estoy con quien quiero estar, no con quién me digas, porque jamás te hice caso, y ahora no va a ser menos. Me niego a perder la vida con una persona a la que no amo y siempre los has sabido y siempre miraste para otro lado, sin importarte lo que me interesaba.

—Noel...

—Vamos, Luna. —Henry la arrastró hacia el salón y se sentaron en un sofá.

—Lo siento, no pretendía provocar este cisma, lo siento mucho. —No sabía cómo disculparse con el padre de Noel.

—No es culpa tuya, es de Isabel, todo lo que Noel le ha dicho es la verdad y ella lo sabe.

—Pero mi presencia lo ha complicado todo.

—Luna, no tomes como algo personal esta situación. Hace años que están así —le comentó Henry la realidad familiar.

—Entiendo.

—Contigo, aunque Isabel no lo intuya, veo a mi hijo feliz, vuelve a ser el Noel de antes, vuelve a estar relajado y no finge los sentimientos que le provocas. Créeme, lo he visto forzarse a hacer cosas que no quería, en cambio, contigo puede ser él mismo.

—¿Qué? —Luna alzó las cejas, no esperaba una confesión como aquella.

—Le das algo que había perdido —Henry habló manteniendo el misterio.

—¿El qué?

—Eso tendrás que descubrirlo o él decírtelo. —Parecía que no quería poner el carro antes que los bueyes.

—Luna nos vamos, —Noel entró como un vendaval—, y no protestes.

Ella se levantó como un resorte a la vez que cogió la cazadora de donde la había dejado.

—Nos vemos, papá —le dio un abrazo.

—Encantado de conocerte, Luna. —Henry la despidió con dos besos.

—Igualmente, señor Hammond.

—Llámame Henry. —Luna asintió.

—Hijo. —Llegó Isabel compungida.

Noel sin pararse a decirle nada ni a mirarla, cogió a Luna de la mano y tiró por ella para salir de allí.

—Adiós, señora Hammond. —Isabel asintió—. Noel me haces daño en la mano.

Noel aflojó su agarre, pero no la soltó hasta que no llegaron al coche.

Se marchó de allí incómoda, sentimiento que se mantuvo a lo largo del trayecto y se dejaba sentir también en el ambiente que habían creado en el coche. Noel, una vez llegó a la casa de Luna, la acompañó al portal.

—Lamento lo que has tenido que aguantar esta noche. —Estaba cabizbajo, como si escondiera la vergüenza.

—No pasa nada —le quitó hierro al asunto, ya que ella no se podía meter en su vida familiar, no era quien, por mucho rechazo que su persona hubiese causado.

—Sí qué pasa, Luna, jamás permitiré que nadie te hable como te habló mi madre.

—Es tu madre.

—Da igual.

Luna metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y no pudo más que hablarle con sinceridad.

—Noel, medita el contrato, porque creo que está originando problemas, algo que no quiero en mi vida.

Entró y lo dejó allí plantado como un champiñón sin permitirle responder, para que le comiera la oreja con estupideces, cuando estaba visto que entre ellos nunca habría nada similar al amor o a la amistad.

«—Luna, cariño, parece mentira que tengas treinta años y no hayas aprendido todavía que cuando el amor llega, no toca al timbre. Mentalízate, es la única fuerza que siempre nos pondrá en tesituras que no queremos.

—Entre Noel y yo amor, lo que se dice amor, no hay mucho.

—No fue lo que vi en la cena —replicó su abuela».

Luna hizo caso omiso a las palabras de su abuela, porque sí que aprendió algo en sus treinta años: *mucho amor mata*. Eso mismo lo había vivido ella en sus propias carnes, como Ícaro, y no quería cometer el mismo error, además, lo que Noel le pedía por activa y pasiva era cumplir el *mierdicontrato*. A ello se le sumaba que estaba en un punto de su vida en el que esa palabra de cuatro letras no tenía cabida, necesitaba tranquilidad, sin más, y Noel no se la proporcionaba. Jamás lo haría, ¡la sacaba de sus casillas!

«Le das algo que había perdido», se acordó de las palabras de Henry a lo largo de esa semana, pues era lo que había pasado desde la cena en casa de los Hammond, consiguiendo que Noel se desplegara ante ella como un enigma a resolver, por lo que otra cuestión se le planteó: ¿qué había detrás de él? Amor desde luego no, lo había dejado claro con sus cláusulas: 3) PROHIBIDO ENAMORARSE; 5) Luna siempre estará disponible para Noel cada vez que él así lo requiera, de día, de noche y lo acompañará a todos los eventos sociales; 6) Las dos partes no se tocarán a no ser que la situación así lo requiera, máximos marcados por Noel: cogerse de la mano, rodear los hombros o de la cintura.

Sí, recordaba de cada una de ellas sentada en el despacho que compartía con Noel a la espera de que le diese su veredicto sobre el diseño de decoración que había planificado en todo ese tiempo para la habitación infantil. Lo observó con detenimiento: estaba impertérrito, no sabía leer el gesto de su cara, no mostraba ningún sentimiento, la líneas sinuosas de su rostro permanecían tensas aunque no apretase la mandíbula y estaba recto como si le metieran el palo de la escoba por el culo. En otra situación diría que le incomodaba su presencia. Pero si había regresado era para hablar con él después de la reunión a la que tenían que acudir y comunicarle la decisión en firme que había tomado.

—Me gusta mucho, Luna —le lanzó una suave mirada oblicua—, es muy original.

Ella al fin pudo respirar tranquila y soltar el aire que había contenido.

—Gracias.

—Has superado las expectativas de la idea original que diste. —Asentía lentamente convencido de lo que decía y con unas notas de orgullo, apreció ella—. Concierta una primera visita con los padres.

—Lo haré. Me alegro de que te guste.

—Creo que los padres se van a maravillar, si no lo hacen —bajó la voz y se inclinó hacia ella — tienen muy mal gusto.

—La razón siempre la tiene el cliente y los hay horteros. —«Véase tú mismo con tus zapatos acharolados», apuntó para sus adentros.

—Se van a quedar satisfechos.

—Eso espero.

Unos golpes en la puerta los interrumpieron.

—¡Hola! —Sebas asomó la cabeza con su habitual buen humor—. Ya puede empezar la reunión.

—¿Ya está aquí? —Noel comprobó la hora.

—Sí.

—Vamos. —Echó la silla hacia atrás para levantarse.

Los tres se encontraron con un cliente, un hombre bajo, de unos cincuenta y pico años que los esperaba en la puerta de la sala de reuniones. Allí, entre Noel y Sebas le explicaron a Luna la remodelación que se pretendía hacer en la antigua masía para convertirla en una espaciosa casa rural, biosostenible, pero ninguno supo cómo solucionar la localización del huerto. Cada uno tenía una idea. Luna lo vio a la primera, se encogió de hombros de modo imperceptible para no llamar la atención de Noel, que oía atentamente las explicaciones del hombre:

—Queremos ese huerto para cocinar los productos de temporada

—Eso está muy de moda —apuntó Luna que no apartaba la vista de los planos.

—Sí, a los clientes también les gusta, porque tenemos otro negocio donde hacemos lo mismo —continuó el hombre.

—El terreno de la masía es cultivable. —Dio por hecho Luna.

—Así es —afirmó el cliente.

—Bueno, el huerto se podría hacer en esta parte baja de la finca. —Señaló con el boli el lugar exacto.

—¡Me gusta! —exclamó el cliente encantado con la decisión de Luna.

—Buena idea —le siguió Sebas, que lo veía tan claro como ella.

—Cariño, ¿alguna vez te dije lo increíble que eres? —Luna frunció el ceño ante esa cuestión. Se había perdido y más cuando Noel la cogió de la mano.

—Esos piropos se cotizan alto cuando salen de tu boca. —Retorcía la muñeca para soltarse, él apretaba más fuerte.

—Lo eres.

—Me alegro, tú también, por decir algo.

—Es mi novia —le indicó al cliente como si a él le importase.

—¡Anda! Yo también trabajo con mi señora —confesó el hombre con una sonrisa de oreja a oreja—. No hay nada como trabajar en pareja.

—No hay oro que lo pague —le dijo Luna ladeando la cabeza y sin poder deshacerse de Noel.

—¿Cómo es posible que no te pidiera consejo antes? —le preguntó entre dientes.

—Por lo de siempre, cariño, tienes ceguera testicular, solo ves lo que te sale de los huevos,

nunca más allá.

—Estamos en una reunión —tosió Sebas para que dejaran el numerito.

—Cada día me impresionas más y estoy encantado de haberte conocido —Noel pasó de Sebas.

—Vaya, que mal, lo que pretendo es que me odies.

—Imposible y más hoy, que estás arrebatadora. —Luna había dejado aparcado el uniforme en el armario y había acudido con unos vaqueros negros, una camiseta de *print* de leopardo y una cazadora dorada con brillos—. ¿Te puedo decir algo?

—Nunca te callas. —Logró deshacerse de él.

—Ve a mi despacho...

—Nuestro despacho —lo corrigió con una sonrisa forzada.

—Trae unos documentos que tengo encima del escritorio, ¿sí? Así los que entienden podemos hablar.

Luna cogió su cuaderno y se marchó en silencio, muy cabreada con esas últimas palabras de Noel. Por respeto a la reunión, no le soltó una fresca, aunque lo que sí hizo fue salir disparada, no aguantaba estar a su lado un minuto más, ¡era un insostenible! Como si Noel pudiera leerle los pensamientos la siguió hasta el despacho y Luna le pegó los papeles en el torso.

—¡Aquí tiene los putos documentos! Ahora, déjame en paz.

—No, Luna —le ordenó. Ella sin prestarle atención cogió sus pertenencias—. ¿A dónde vas?

—A ti que te importa.

—Dímelo.

—¡Lejos de ti! —le escupió con toda la rabia que le fluía por dentro.

—¡NO! —Alzó la voz fuera de sí.

—Porque tú lo digas. —Tiró para recuperar el brazo—. Suéltame.

—No, porque en cuanto lo haga te irás.

—Desde luego, no te aguento. —De un arrebato se soltó de su agarre y le clavó en la corbata el dedo índice—. No critiques a tu madre, porque sois iguales, tratáis a la gente como una mierda.

—Luna...

—Ni Luna ni mierda, si a Deborah la tratabas así, vete con ella, pero no te voy a permitir nada de esto.

—No estoy acostumbrado a que alguien me diga los errores —reconoció él bajando el nivel de tensión.

—Noel, vuelve a esa reunión.

Él negó con la cabeza.

—Escúchame.

—No, ve y termina la reunión de modo satisfactorio, ¿vale? Hablaremos cuando salgas. —Con el mentón le señaló la puerta—. Ve, no hagas esperar al cliente.

Refunfuñó algo entre dientes que Luna no alcanzó a escuchar y cuando vio que cerraba la puerta de la sala de reuniones, se marchó.

—Luna —Marisa la miraba con pena.

—No te diré a dónde voy para que no se lo digas.

—Tampoco lo quiero saber, pero escucha, Noel necesita a una mujer como tú para aprender a valorar los placeres simples de la vida.

—Creo que te equivocas, no necesita de nada ni de nadie.

—Nunca lo he visto así. Antes de ti llevaba sobre los hombros una pesada carga, desde que has aparecido está liberado.

—Porque se desahoga conmigo como si fuera un saco de boxeo y luego lo ves tranquilo.

—Sois el claro ejemplo de que polos opuestos se atraen.

Luna salió de allí lo más rápido que le dieron las piernas, además, de la rapidez del ascensor. En cuanto llegó a la recepción ni escuchó la llamada de Patricia, solo quería irse y que sus pies la llevaran a ese lugar por el que palpitaba su corazón. Al rato de llegar a la marquesina, se subió al bus número diecinueve.

—Señor Castell es un honor que confíe en nosotros. —Noel le estrechó la mano—. Sebastián lo acompañará a la salida.

—Y agradézcale a su novia la idea —le pidió el cliente con orgullo.

—Lo haré.

Noel fue corriendo hacia el despacho con el pulso a mil revoluciones por segundo, notaba que le dolía el pecho, ¿era como si el corazón quisiera salir para abandonar el cuerpo! Todas esas reacciones se debían a un pálpito que lo perseguía desde que había dejado a Luna sola de regreso a la reunión. No se consideraba un hombre intuitivo, sin embargo, sabía cuándo cometía un error y con Luna ya había cometido unos cuantos para saber que ella no toleraría ninguno más. No podía perderla, no podía dejarla ir. El pasillo a cada zancada se iba alargando un poco más, impidiéndole alcanzar su destino, casi mejor que no lo hiciera, al entrar no había nadie, solo estaban las cuatro paredes.

—Luna. —Salió a la terraza, nada, volvió al pasillo, tampoco—. Luna. —la llamó en el interior de despacho, pero no había rastro, se había marchado como le había dicho antes de tranquilizarlo con una mentira para que continuase con el trabajo.

Siempre trabajo.

Había sido su refugio desde siempre, era su recompensa tras años y años de soledad, de un padre dedicado a la medicina y una madre ausente y presente más parecida al Guadiana que a una madre de verdad. Después, su falsa relación con Deborah de la que quería salir por patas porque no le proporcionaba nada bueno, pero el trabajo, los diseños y la empresa eran su válvula de escape al igual que su amistad con Marisa o con Sebas, el único que le podía decir la verdad.

En cambio desde que Luna apareció en su vida, esta cambió, se llenó de color, de entusiasmo, de adrenalina, no sabía por dónde le iba a salir o qué le respondería o cuál era su nueva discusión, ella le daba emoción a su monótona existencia, así era su vida. Ella lo iluminaba, lo obligaba a vivir, a enfrentarse a sentimientos que hacía décadas tenía adormecidos, creyendo que jamás volvería a percibirlos. Desde que la había visto descalza supo en el fondo de su alma que quería a esa chica en su vida y resultó ser tan cierto como que era un huracán que le revolvía todo, sin permitirle ser impasible a cada paso que daba o cosa que hacía. Le hacía gracia que Luna no supiera por qué Deborah le tenía celos, era evidente, estaba dispuesto a todo, hasta ese instante había hecho cosas que jamás se le hubieran ocurrido, aunque era ajena a esos sentimientos, así debía ser, pero lo había echado a perder con una sola frase.

Con la decisión que Luna había tomado de teletrabajar se sentía más enfadado que nunca, no sabía cómo atraerla, no sabía qué hacer, pues lo único que sentía era su rechazo constante y los nervios, cuando ella dio con la solución del huerto, explotaron reaccionando de la peor manera:

la expulsó. ¡Lo jodió todo a lo grande! Le dio un patada a la silla, mientras caminaba por el despacho como un león enjaulado que lo que quería era correr por la Sabana para alcanzar su presa, así sentir la libertad, pues Luna había liberado su alma de las ataduras que otros le imponían, ya que en muchos aspectos estaba encorsetado por los deseos de los demás. Viendo sin ver como entraban los rayos del sol por su despacho —esa semana en la que España había entrado en una ola de calor primaveral—, comprendió algo que le había pasado desapercibido, Marisa era la última persona que la vio.

—Marisa. —Fue al encuentro de su secretaria—. Marisa, ¿viste a Luna? —Le preguntó con ansiedad golpeándole en el pecho y arrebatándole el aire.

—Sí, Noel, la vi. —Ella no se anduvo con rodeos.

—¿Dónde está?

—Espero que sea una pregunta retórica.

—Es directa.

—Se fue y antes de que preguntes, no sé a dónde.

—Lo sabes —insistió cegado por los nervios.

—No quiso decírmelo por esto mismo, sabía que me ibas a preguntar y no le insistí. —Aquella respuesta lo dejó de piedra, Luna lo conocía demasiado bien.

—¿Qué sucede? —Apareció de la nada Sebas—. Es por Luna, —descifró al ver a su amigo.

—¡Joder! —Dio otro puñetazo, esta vez a la mesa de Marisa.

—No puedes tratarla así —le reprochó Sebastián.

—Bien dicho —lo aplaudió Marisa.

—Es tu novia, Noel, ¡por Dios! No puedes decirle que no sabe nada cuándo nos ha ayudado, y delante de un cliente.

—Te has superado, jefe —apuntó Marisa, irónica.

—Gracias, Marisa. —Noel asintió en dirección a su secretaria.

—De nada, tonto.

—Rebaja el tono —le advirtió para que no se tomase tantas licencias.

—Se un hombre y trata a Luna como lo que es, una mujer a la que se supone que quieres. —Con ese reproche de Marisa, Noel hundió la cabeza entre los hombros.

—Tío es tu novia, en comparación con Deborah, se nota que Luna te despierta algo en esa piedra que tienes por corazón.

—Se lo dije —afirmó Marisa.

—¿Qué coño le dijiste? —Alzó la vista Noel hacia su secretaria.

—Te produce algo, estás más vivo, no te cuesta la vida, ahora pareces un hombre de treinta y ocho años, no viejoven. —Obtuvo la respuesta de inmediato, pues todos parecían querer echarle en cara lo que había hecho mal.

—¿Qué? —Frunció el ceño.

—Un viejo en un cuerpo de joven. —Marisa chasqueó la lengua—. Hay que explicarlo todo.

—No puedes comportarte con Luna como si fuese una empleada cuando has puesto su oficina dentro de tu despacho, sino la amas, ¿por qué la quieres cerca? —La pregunta de Sebas lo hizo

ensimismarse.

—Sí, la quiere, pero él no se ha dado cuenta todavía. —Marisa, cansada, se sentó.

Noel no se movió, había dejado de escucharlos, solo quería llegar a Luna como fuese. «Vamos, Luna, dime, ¿dónde estás? Sé que me lo has dicho, dímelo, preciosa», le pidió ayuda a esa alma cálida que siempre la acompañaba y que veía cada vez que la miraba a los ojos. Su mente, en cambio, sintonizó su canción favorita y tradujo la letra: «Hola, hola, estoy en un lugar llamado Vértigo, las luces se apagan y sé que me das algo, puedo sentir tu amor enseñándome como arrodillarse».

¿Por qué pensaba en el estribillo de Vertigo de U2? La cantaba sin ton ni son. Y sí, con Luna en su vida padecía vértigo, pero estaba dispuesto a llegar más allá con ella.

«Vamos, preciosa ¿dime dónde estás?», se lo había dicho, sí, durante la primera cena. Con una rapidez abismal repasó todo, como había hecho desde que había llegado a casa de aquella cena y, ahí estaba uno de sus lugares favoritos.

—Me tengo que ir —les dijo.

—¿Me has escuchado? —Sebas estaba molesto con su actitud.

—No, a ninguno, pero gracias por los consejos. —Se encogió de hombros.

—Aún tienes la capacidad de sorprenderme después de tanto tiempo, increíble. —Sebas se rascó la frente, en la que habían aparecido unos surcos por tener las cejas ligeramente alzadas desconcertado por su comportamiento

—Oye —Marisa se levantó— mueve ese culo inglés, pero tráela de vuelta.

—Lo haré, Marisa, lo haré. —Noel caminaba hacia atrás de camino al ascensor—. Sé dónde está.

—¿Cómo? —Sebas alucinaba—. ¿Qué ha fumado o esnifado? —La pregunta se la hizo a Marisa señalando a Noel con el dedo índice.

—Nada —contestó Noel—, pero ella me dijo dónde estaría. Por cierto, chicos, llamad a Roy Potosí Monteras.

—¿Quién? —Sebas parpadeó varias veces.

—El mejor amigo de Luna —esclareció Marisa—. Tengo su teléfono.

—Sebas contrátalo —le exigió Noel.

—¿De qué?, ¿para qué? —Sebas parecía nuevo en todo eso.

—Recepcionista y es informático, muy bueno, parece ser. —El ascensor llegó con el sonido de la campana—. Dile que llamas de mi parte, pero contrátalo.

—De recepcionista e informático —se cercioró Sebas.

—Así es.

Mientras bajaba, respiró hondo para aliviar el pulso, además de los nervios, que le producían cierto calor, y soltó una fuerte carcajada. La iba a recuperar, costase lo que le costase.

—*Retrato palaciego en el que Velazquez representa el pasado, en el palacio, el presente, en el reflejo de los reyes, y el futuro en la joven infanta, aunque hay un presente que me cautiva más que Las Meninas.*

—*Ese no está en el cuadro, céntrate, es tu favorito* —le sonrió Luna a lo que él la rodeó por detrás.

—*No tengo mejor presente que ese que se diluye en los albores de futuro, tú.*

Luna se limpió una lágrima peregrina que se deslizaba silenciosa por la mejilla y a su paso le dejaba una sensación de frío que la estremeció. Habían pasado muchos años desde aquella tarde en el museo del Prado y a lo largo de ese tiempo había aprendido lo difícil que era enfrentarse a un dolor más grande del que podía soportar: la pérdida. Su corazón tembló de tristeza y allí, delante de aquella obra tan icónica del barroco español, lo volvió a echar de menos, en cambio, esa vez no percibió la caricia que siempre notaba cuando estaba delante de aquel cuadro, que procedía de lejos, de un tiempo que todo el mundo le pedía que dejara atrás, sino que sintió esa presencia que al posar sus ojos verdes sobre ella el movimiento de sus pestañas al parpadear le acariciaban el cuerpo y el alma, acompañada de una respiración sobre su pelo.

Para saber si era real o había perdido por completo la cabeza y debían encerrarla, apoyó la espalda sobre un torso fuerte que permaneció impertérrito, como si no tuviese otro cometido que el de sostenerla cuando los recuerdos la anegaban, cuando el pasado y el presente se enfrentan en una lucha encarnizada con ella en medio para que escogiera entre un pasado vivido o un presente incierto que estaba en manos de otro, ese que la sostenía. Tras más de un minuto en la sala, delante del cuadro, quietos, solo sintiéndose el uno al otro y sin darse cuenta de que sus corazones palpitaban en un solo latido, Luna tragó en seco antes de hablar.

—Este cuadro me gusta por amor, algo que nunca sabrás lo que es.

—Ha sido un golpe bajo —dijo Noel con la voz enronquecida.

—Jódete —musitó Luna sin moverse.

—¿Quieres saber cuál es el mío? —le preguntó para despertar la curiosidad en ella, lo cual consiguió.

Luna se giró y ladeó la cabeza.

—¿Te gusta el arte?

—Sí. —Noel paseó entre las salas y la condujo delante del cuadro que menos se esperaba.

—La sagrada familia del pajarito. —Se trataba de una de las obras más icónicas de Murillo.

Noel asintió en silencio perdiéndose en la imagen. Ella se mantuvo a su lado, observando la imagen cotidiana de una familia humilde, que no casaba para nada con lo que ella pudiera

imaginarse que le gustaría a él, pero algo captó en medio de todo eso: el amor de la familia. Estuvo ensimismada, hasta que bajó la mirada para ver cómo sus manos se buscaban para entrelazarse. Regresó los ojos a él.

—Tenemos que hablar, Luna. —Le atrapó el dedo anular y se lo acarició con la yema del pulgar.

Luna respiró hondo para contener las emociones.

—Aquí no, no quiero añadir más recuerdos. —Se deshizo de su mano.

Salieron del museo y pasearon, callados, entre los árboles del paseo del Prado, donde el cantar de los pájaros se mitigaba con el tráfico, el sonido de los claxon o de los semáforos de peatones. Acompañados por los turistas que recibía constantemente la capital, perdiéndose entre los transeúntes que paseaban como ellos bajo la brisa de la arboleda tras un día caluroso, Luna se fijó en cómo los colores rosas y lilas coloreaban el cielo para dejarle espacio a la noche y con ella a la vida nocturna. Pero mientras eso llegaba, reparó en que el silencio entre ellos era cómodo, más de lo que pensaba, como si el acercamiento en el museo hubiese roto algún tipo de barrera entre ellos.

—¿Nos sentamos? —le ofreció Noel, señalándole con la mano un banco.

Luna así lo hizo y vio que en el de al lado había un matrimonio mayor cogido de la mano en silencio, aunque era diferente al de ellos, el típico que con una mirada bastaba para comunicarse, los envidió. Siempre había deseado eso mismo, cuando creía que lo había conseguido, lo perdió.

—¿Cómo me has encontrado? —Luna separó la vista de aquel matrimonio para centrarse en Noel.

Él cabizbajo le regaló una sonrisa sesgada.

—En la cena dijiste que el museo y Galicia eran tus lugares favoritos, el segundo supe que era inviable, pero el primero... —agitó la cabeza—. Simplemente vine.

—Te acuerdas —dijo sin aliento

—Sí.

—¿Cómo es posible? —Luna no necesitó nada más para que sus manos sudasen frío y el corazón le latiese enloquecido.

—Me resulta muy difícil olvidar algo de ti —confesó en bajito como si quiera que solo quedase entre ellos y los árboles que los rodeaban, mirando al frente, parecía que la evitaba.

—Me dices esto para luego gritarme —recordó ella lo sucedido.

—Lo siento, Luna. —Cerró los ojos para alejar algún tipo de imagen.

—¿Lo sientes? —Ella se sentó en el borde del banco para encararlo—. Me dejaste en ridículo, Sebas no sabía dónde meterse.

—Me propasé, ¿vale? Esta semana ha sido muy movidita —se exculpó.

—Solo tú eres el responsable de tus actos y deberías empezar a asumirlos, no a arrinconarlos como si no hubiesen sucedido, pero tu madre tiene algo de razón.

—¿Qué? —Aquel último apunte consiguió que esos ojos verdes, un tanto asustados se posasen en ella.

—No somos compatibles, nuestros mundos son diferentes, y si hoy fui a la empresa era para

decirte que debemos parar el contrato y que cada uno siga su vida ahora que podemos, antes de que nos hagamos daño de verdad.

—Olvida a mi madre.

—Tiene razón, Noel, quizás como amigos o simples compañeros de trabajo sería mejor para ambos, en tu locura estamos involucrando a nuestras familias. No vayamos más allá.

—¡Mi madre no sabe nada! —exclamó con un ronroneo entre nervioso y dolido—. Cree que lo sabe todo de mí y no tiene ni idea, no sabe lo que me gusta o lo que necesito, solo quiere que todo salga según sus cánones y te informo que no soy igual que ella.

—Pero tiene razón, lo de esta semana nos ha dejado claro que somos el agua y el aceite, no podemos mezclarnos...

—No sigas por ahí, Luna.

—¿O qué? —Se quedó a la espera de la amenaza—. ¿Me vas a prohibir entrar en este paseo?, ¿vas a llamar a la policía municipal? ¿Qué? —Jamás se hubiese imaginado que tras lo sucedido pudiese hablar con él tan tranquila. A lo mejor era que no sentía sobre su cabeza el maldito contrato.

—No digas chorradas, no quiero prohibirte nada, si por mí fuera... —se autocontroló.

—No son chorradas, Noel, lo de hoy sé que se va a repetir, algún día diré o haré algo que no te guste y volverá a pesar.

—He venido a pedirte perdón, una cualidad que mi querida madre no tiene, ¿vale? Sí, he venido a por ti, estoy aquí por ti, me siento sobrepasado, ¿sabes por qué? —Ella negó, Noel cogió carrerilla—: No pudo dejar de pensar ti, necesito verte, sentirte, a donde quiera que vaya estás presente en cada uno de mis pensamientos, estás dentro de mí y nunca me he sentido así, no soy dueño de mí mismo, pero si me cabré no fue contigo, fue porque vi tu privacidad e intimidad expuesta innecesariamente por culpa de las fotos y, luego, con tu brillante idea de teletrabajar me prohibiste disfrutar de tu presencia. —Luna quedó tan anonada que entreabrió la boca, Noel ya no hablaba desde el enfado, fue arrastrado por lo que contuvo todo ese tiempo. Él ajeno a lo planchada que estaba, pues no estaba acostumbrada a que ningún hombre expusiera así sus pensamientos o lo que vivió, no se fijó en lo que Noel cogió, ya que no tenía ojos para nada más que no fuese él—. Esto es para ti.

A Luna le costó un triunfo bajar la cabeza y comprobar qué le estaba haciendo un regalo. Noel sostenía un pequeño paquete de pastelería.

—¿Qué es? —la pregunta le salió sola, pues todo a su alrededor había perdido importancia, solo la tenía Noel.

—Ábrelo y lo sabrás.

—Me estás comprando. —Quiso bromearlo.

—¡Dios!, ¿por qué eres tan mal pensada? ¿No puedes pensar que es para pedirte perdón...? — Ella le puso los dedos sobre los labios y se sorprendió de lo suaves que eran al tacto. El aliento que salió de su boca fue una leve caricia que le rozó el alma, como nadie lo había hecho.

A sabiendas que él no hablaría más, separó la mano y con cierto temor lo cogió. Sin poder evitarlo, lo arrimó a la nariz y respiró un aroma dulce. Era una costumbre que había adquirido

desde niña que no podía frenar, era superior a sus fuerzas.

—Ábrelo, no te va a morder. —La azuzó a hacerlo, nervioso.

—No sé si fiarme.

—Hazlo, creo que te gustará. —En sus ojos verdes, aunque oscuros por la escasa luz que comenzaba a haber, vio un brillo tímido. Ella rompió el papel y descubrió una pequeña bandeja con palmeras de chocolate. Sonrió—. He acertado —dijo muy seguro.

—¿Cómo sabes que son mis favoritas?

—Cuando fuimos a casa de mis padres dijiste que te gustaba estar en casa con unas palmeritas.

—Pero, ¿cómo es posible que te acuerdes, Noel? Otro hombre no se pararía tanto en los detalles.

—No soy otro hombre, soy yo. —Le dio unos golpecitos en la frente—. Entérate, es difícil olvidarte.

—Pues no me lo puedo creer, porque ahora temo el siguiente grito. —Cogió una a la que le pegó un mordisco—. ¡Ay, Dios, qué buena!

—¿Te gustan? —Noel quería que lo confirmase.

—Son las mejores que he comido, —se tapó la boca—, y que hojaldre, ¡la leche! —Luna cayó en la cuenta al ver su sonrisa de satisfacción acompañada con una postura relajada, el brazo apoyado en el respaldo del banco, era una señal de que él disfrutaba con verla feliz—. Abre la boca.

—No.

Le dio un suave empujón.

—Abre. —Partió una palmera la mitad y le puso el trozo delante de la boca, Noel claudicó—. ¿A qué está buena?

Él asintió. Luna buscó el botellín en su bolso además de un paquete de pañuelos de papel que hicieron de servilletas.

—Toma, bebe. —Él la obedeció.

—Está muy rica —reconoció, tras un trago de agua.

—Come. —Le dio una entera.

—Las compré para ti.

—Y yo quiero compartirlas contigo, ¿no puedo?

—Son tuyas. —Se comió un trozo—. Las cogí en una pastelería cerca de aquí, es la que siempre he tenido a mano.

—Pues son las mejores que he comido. —Tragó y bebió un sorbo de agua—. Gracias. —Sin que ninguno de los dos lo esperase, una mano invisible la empujó hacia delante y le dio un beso en la mejilla, que por algún motivo, que Luna no sabría definir, lo alargó todo lo que pudo para recrearse en la suavidad de su piel, como en su olor que había añorado en ese tiempo y no supo verlo por lo enfadada que estaba con él.

—El mejor regalo de mi vida —musitó Noel. Luna sonrió sobre su piel, notando como en las mejillas se acumulaba una cantidad ingente de sangre—. Perdóname.

Ella se separó lo suficiente para que la punta de su nariz se pegase a la de él.

—Lo estás desde que apareciste en el museo. —Aunque cabía la gran posibilidad de que Noel le llenase los oídos, ella vislumbró que quizás él fuese el encargado de sacarle las espinas de su dolorido corazón.

A veces, había que tomar una pequeña bocanada de aire fresco para verlo todo desde la distancia.

El momento, bañado por un mar dorado que procedía de los cielos en el instante de que el sol se escondía, fue roto por las campanas del móvil de Noel. Él lo cogió.

—Es un mensaje de Deborah, dice que si queremos cenar con Edu y ella el sábado. —Lo guardó en el bolsillo del pantalón—. No iremos.

—Sí, vamos a ir, dalo por hecho, pero creo que tenemos que hacerlo bien.

—¿Él qué? —Noel agitó la cabeza sin comprenderla.

—Si es cierto que está celosa, no entiendo la razón, tampoco me interesa, yo debería pasar la noche en tu casa y no porque me agrade.

—¿Por?

—¿En serio lo preguntas?

—Sí, que no me importa que vengas, pero no lo entiendo.

—Sábado, sabadete, fiesta jolgorio y polvete —le encasquetó ella.

—Ya...

—No te vengas arriba que no me voy a abrir de piernas.

—Tampoco te lo pediría —afirmó él para que no hubiese dudas.

—Bueno, pues una mujer celosa como ella, intentará saber si paso o no la noche contigo.

—No creo que haga eso, no es ese tipo de mujer. —Noel cogió otra palmerita.

—Lo que tu digas, pero no me fío de una mujer cegada por los celos, ¿sabes si vive con Edu?

—Viven juntos por temporadas, es decir, pasan un tiempo en casa de Edu o de Deborah, luego, se van cada uno a su casa. Según sople el viento, así actúan —se rascó la nuca—, o eso me contó Sebas, no sé —se encogió de hombros—. Le podemos preguntar.

—Entonces quedamos como el culo, de verdad que...

—Lo sé, lo sé, era una broma. —Se limpió los dedos con un pañuelo de papel—. No creo que nos siga —repitió Noel.

—Por si las moscas, hagámoslo. Si estás de acuerdo. —No quería forzarlo a nada.

—Vale, daremos más veracidad a todo. —Cogió una palmera y se la puso delante a Luna que le pegó un mordisco, luego él se metió en la boca otro pedazo.

—Buenas noches —se despidió de ellos el matrimonio.

—Buenas noches —les respondió Noel que los siguió con la mirada, hasta que giró el rostro hacia Luna—. Acabo de ver el futuro que añoro pasar por delante de mí.

Al oírle decir lo que ella había pensado, comprendió por unos segundos que lo había estado buscando todo ese tiempo porque, a veces, por causa del destino o por casualidades de la vida, había personas que nos llamaban desde lejos y solo había que responderles para hallar ese trozo de alma que habíamos perdido.

Los días antes del sábado, Luna continuó trabajando desde casa con el beneplácito de Noel y bien que hizo, a partir de esa noche, comenzó a notar cómo le subían décimas de fiebre y los ataques de tos se iban haciendo más frecuentes. Para mitigarlo todo y poder asistir a la cena del sábado, tomó paracetamol creyendo que era un simple resfriado, aunque no era un saco de mocos.

Justo el día que conocería al prometido de Devórame otra vez, parecía que estaba bien, no había tenido ninguna décima de fiebre, coyuntura que aprovechó para elegir un conjunto adecuado para las noches cálidas que estaban azotando Madrid: eligió un short rojo, que no había estrenado, una camiseta de tirantes verde fosforito, una blazer naranja y zapatos de tacón negro, que hacían juego con el bolso. Bajó las escaleras al trote con su mochila de Chinel colgada del hombro, pero tuvo que hacer un gran esfuerzo por abrir la puerta del edificio, pues, de repente, se había metido en la película Greese y también para disimular el momento «éxtasis total» que estaba viviendo: apoyado en el coche, como si el mundo no fuera con él, Noel la esperaba enfundado en unos vaqueros negros, con una camiseta del mismo color y una chupa de cuero. Aquella visión, mejor que cualquiera de sus fantasías, provocó que una ola de calor húmedo se desprendiera de sus entrañas para acumularse en su bajo vientre.

«Tendría que haber una multa especial por estar tan bueno», meditó al empezar a hiperventilar y a sudar como una guarra.

Noel cuando la oyó llegar volvió la cabeza hacia ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, —dijo él carraspeando sin disimular un ápice la parada estratégica que sus ojos hicieron en las piernas largas de Luna.

«Mira, mira, porque a esta que está aquí no la vas a tocar ni con el palo de la escoba», se regodeó en ese hecho, así controlaba sus propias ganas de arrancarle la ropa allí mismo.

—Hola, ¿dónde pongo la mochila? —Noel no era capaz de separar sus ojos de ella—. La tierra llamando a Noel. —Movió la mano delante de sus ojos.

—No le hables así —la regañó su abuela desde la ventana.

—¡Ay, Pepi! Qué bonita pareja hacen —comentó Roy con aire soñador.

—Muy bonita, están hechos el uno para el otro —aseguró su abuela.

—Cotillas —los insultó Luna sin miramientos.

—Hola. —Levantó el brazo Noel a modo de saludo.

—Muchachito, no corras mucho y pasadlo bien. —Se despidió de ellos Pepa.

—Haremos lo que nos dejen —le contestó Noel, dejando a Luna planchada.

—¿De dónde has salido tú? —le recriminó con casi todo el cuerpo metido en el maletero del coche—. ¿Cómo le dices eso a mi abuela?

—Vaya, el envoltorio no cambia la lengua —murmuró él con la intención de cerrar el maletero.

—Eso nunca —le contestó molesta—. Adiós —se despidió de los cotillas.

—Buenas noches, tortolitos —dijo Roy.

Luna se montó en el coche a toda prisa, su amigo estaba peor de lo que creía. Se abrochó el cinturón con la mala leche palpitando en la vena del cuello. Noel se apoltronó en el asiento con una mano en el volante y la otra apoyada contra la ventanilla bajada.

—Noel, ¿no tienes nada que contarme? —le preguntó con cierto misterio.

—Estás muy guapa esta noche —soltó él a bocajarro.

Luna abrió la boca todo lo que le dio, ¿se quería quedar con ella o vivía en una realidad paralela? Aunque por una vez, le gustó el piropo.

—Tú también. —Luna ya no sabía cómo retomar el tema.

—Nunca me dijeron que estaba «guapa».

—Siempre hay una primera vez para todo, pero no me entretengas —le pidió.

—No lo hago.

—¿Estás seguro de que no tienes nada que comentarme?

—Sí. —Cogió la salida hacia las afueras de Madrid.

—No hay nada referente a Roy.

—¿Qué le pasa a Roy? —Noel estaba más pendiente de la carretera que de la conversación.

—No sé, a lo mejor tú sabes algo que no me contaste.

—¡Ah, eso! —Luna no quería cantar triunfo—. Es cierto, te va a sustituir en la recepción.

—Y me lo dices ahora cuando fue él quién me dio la noticia, ¿tendrás jeta?

—Oye, me había contado que está en paro, no es malo darle trabajo a nadie, y Patricia no puede sola con la recepción y también le voy a pagar por mantener los equipos informáticos saludables —le explicó Noel.

—Me lo pudiste consultar —afirmó molesta por el regalo envenenado que había hecho a Roy.

—Se me olvidó, porque estabas empeñada en teletrabajar.

—Disculpas, cuando lo contrataste fue el día del museo, pero claro, no nos vimos.

—Tú me importabas más que él —¡Toma confesión!

Estaba claro que debía acostumbrarse a oír frases como esas de su boca.

—Lo contrataste para que me quedase —contraatacó para que él no percibiese como le afectaba.

—Te has quedado igual —apuntó.

—Lo contrataste por si no daba el brazo a torcer, utilizarlo en mi contra y me forzarías a quedarme en la empresa.

—Siempre tienes que llevar las de ganar.

—Pues sí.

—No te voy a dar el gusto de discutir.

—Vaya, mi gozo en un pozo. —A propósito y siendo consciente que sus piernas llamaron mucho la atención de Noel las estiró y, pronto, notó ese cosquilleo que notaba cuando la miraba, pero no dijo nada ni hizo nada, solo disfrutó, de tener sus ojos sobre ella.

Luna se centró en el exterior, pues iban hacia Boadilla del Monte. Disfrutó de cómo el paisaje iba cambiando, pasando de grandes edificios, piedra y asfalto iban quedando atrás para darle espacio a los árboles y otra vegetación, pues en el área metropolitana de Madrid, sobre todo, en esa zona del Guadarrama se hallaban grandes pastizales, zonas de encinas o pinos. Luna siempre había deseado vivir cerca de la naturaleza, pues sin parecerse en nada, le recordaba a Galicia, el lugar donde se sentía libre, a pesar de que los recuerdos la azotasen. Allí podía ser ella misma.

Llegaron a La nueva Cañada, un restaurante donde se podía apreciar la verdadera cocina tradicional española.

—Creía que iba a ser más pijo.

—Lo escogió Edu —especificó Noel.

—Ya decía yo que no era chic para Deborah y para ti. —Luna tosió.

—No me gusta esa tos.

—A mí lo que no me gusta es que me lo digas. —Como si un dedo le hiciese cosquillas en la garganta, tosió más.

—Lo digo en serio, deberías ir a mirarte.

—Estoy fuerte y sana. —Saco del bolso unas toallitas desinfectantes para limpiarse las manos—. Tranquilo, no contagio. —Salió del coche, no le gustaba esa actitud casi paternalista de Noel.

—Hola —saludó Deborah a sus espaldas.

Luna se giró y las comisuras de sus labios se estiraron en una mueca rara al verla con un vestido sedoso azul pavo real con los zapatos a juego, que le resaltaban sus ojos. Se alegraría más viendo un documental de David Attenborough, que viendo el espectáculo particular de Deborah.

—Hola —los saludos con voz temblorosa. Contuvo el aliento no por tener a Devórame otra vez delante, sino por el picor de garganta.

—Luna a Deborah ya la conoces, él es Eduardo su pareja. —El susodicho novio, muy campechano, le dio dos besos en la mejilla y Luna soltó—: «Hola, soy Edu, feliz navidad».

Él soltó una sonora carcajada, era más natural que Noel, muy delgado, unos centímetros más bajo que Noel y con un rostro muy juvenil y dulce al mismo tiempo. De primeras, le cayó bien a Luna, aunque se sorprendió que Deborah pudiera estar con una persona que irradiaba tanta normalidad. La verdad era que se había imaginado un tipo Ken, un hombre plastificado sin seso en la cabeza.

—Eres muy divertida y la primera persona que se atreve a decírmelo. —Se volvió a reír.

—¿Vamos? —indicó Deborah, que la taladraba con la mirada.

—Mejor —dijo Noel, que cogió de la mano a Luna lo que aprovechó para preguntarle—: ¿Qué le has dicho?

Luna pegó la boca a su oreja.

—La propaganda de: «hola soy Edu, feliz navidad» —fue sincera.

—Sí, me acuerdo. —Sonrió de forma sesgada con la ternura bailando en sus labios—. Siempre tan ingeniosa.

Aquella respuesta tranquilizó a Luna y le atravesó el corazón en el mismo momento que

Deborah miró para ellos, sin embargo, Noel había centrado toda su atención en la figura de Luna y le guiñó un ojo cómplice, cuando pasaron por debajo de una farola y sus ojos verdes recogieron la luz. Cada día que pasaba lo encontraba más atractivo, lo que ganaba terreno a esa otra parte que la sacaba de quicio.

El restaurante tenía una decoración que a Luna le gustó mucho, mezclaba la modernidad de los biombos, los focos de la luz, con otros más tradicionales como era el techo vegetal con la mantelería o la tapicería de algunas sillas. Un camarero los llevó a una mesa de cuatro, donde Deborah y Edu se sentaron en un cómodo sofá, mientras Noel y ella lo hacían en unas sillas, lo que Luna agradeció fue que detrás de Deborah hubiese unos grandes ventanales para poder perderse en el exterior, así no mirarla a la cara, lo que carecía de importancia, porque realmente era Deborah la que no les quitaba ojo de encima. Estaba más pendiente de ellos, en cómo no interferían en el espacio personal del otro, quietos como estatuas sin interactuar, que de la enorme carta, donde Luna se perdía. Con Edu alucinó en colorines, con actitud de consejero oficial les recomendó varios platos, luego de elegir él los entrantes, sin contar con nadie, que iban a compartir, además del vino. Ella por descarte, escogió pulpo a la brasa. Luna no estaba acostumbrada a ese tipo de comportamiento, pues con Roy los dos elegían lo que querían. Noel pidió agua para ellos dos.

—Noel, ¿no compartes un vino? —Se interesó Edu sin ánimo de ofender—. Tengo entendido que te gusta la bodega de este restaurante.

—Tengo que conducir —Noel negaba con la cabeza a la vez que jugueteaba con el cuchillo.

—Puede llevar el coche Luna —le propuso.

—¡Oh, no! Tengo mi coche y no me manejo con el suyo, ¿verdad, cari? —Le puso una mano en la pierna.

—Así es.

—Suerte que tengo, me trajo Deborah. —Se rio—. ¿Y cómo os conocisteis?

—Luna es una de las recepcionistas, bueno, era, porque ahora trabaja con Noel —comentó Deborah con ánimo de joder.

—Soy decoradora, máster de decoración por la Escuela Madrileña de Decoración que terminé con excelencia y luego estuve en una empresa donde realicé varios proyectos importantes. — Nada más terminar con ese mini resumen de su propio currículum, miró a Deborah: «Ahora enrosca la lengua y métetela por el culo», Luna hundió las mejillas saboreando el triunfo. Deborah cero, ella, uno.

—No podía dejarla escapar. —Noel la cogió de la mano y entrelazaron los dedos.

—Pero aun así, no fue en la recepción donde nos conocimos, ¿te acuerdas? —Luna miró para él sonriente, aunque estiraba demasiado los labios.

—No puedo olvidar nada que venga de ti, siempre te lo digo, amor, —que él la llamase así fue impactante para Luna, sobre todo, para su corazón que dejó latir—. Fue en el aparcamiento, me embestiste a lo grande. —Noel la miró retándola a salir de ese embrollo.

El romanticismo se fue al carajo.

—No os asustéis —Luna alzó la mano para que no interviniesen—, no tuvimos ningún

accidente, ni nada por el estilo.

—Casi. —Noel enredaba todo más.

—Bueno, fue por mi zapato y Noel se convirtió en mi príncipe encantador. Veréis, un tacón se me enganchó y él fue mi salvador. Ahí empezó todo.

—Tras varios cafés...

—¿Tú en una cafetería? —Deborah disimulaba el malestar de lo que oía, pero estaba que se moría en su propio veneno.

—Después de varios cafés y unas cuantas copas —Noel fue más frío en la respuesta.

—Creía que no frecuentaba esos lugares —apuntilló picajosa.

—Hasta tenemos nuestro restaurante preferido —intervino Luna, que le acarició los nudillos al notar que Noel apretaba más su agarre. Él lo aflojó y buscó su mirada—. Nos lo pasamos muy bien juntos —añadió.

—Tanto fuera como dentro de casa, nos gusta pasar tiempo juntos —remató Noel la faena con un parpadeo lento, parecía que estuviese aprendiendo las líneas ovaladas de su rostro.

—¡Cómo me alegro por vosotros! —exclamó Edu cuando llegaron los entrantes.

—Gracias, nunca he estado tan feliz. Tengo la suerte de contar con ella para todo, fuera y dentro del trabajo, es mi mejor compañera —Luna tuvo que aguantarse las ganas de alzar las cejas, Noel estaba imparable y como si se lo creyese, atacó el jamón.

—Te voy a ser sincero, Noel, era muy reticente contigo por tu historia con mi Deb, pero ahora, ya no tengo nada que temer, hacéis una pareja muy bonita, ¿a qué sí? —Edu no se cortó en buscar el beneplácito de Deborah, que masticaba el jamón de jabugo a lo bestia.

Luna ladeó la cabeza con una sonrisa falsa.

—Sí, lo son. —Deborah los mataba con la mirada, aunque mantenía la compostura y leyó una pregunta en sus ojos de sapo: ¿por qué con ella sí y conmigo no?

Luna prefirió los palitos de pan y se sirvió una copa de vino, que no le agradaba mucho, prefería una buena cervecera, pero entre pijos se movía la cosa y necesitaba algo fuerte para correr las palabras de Noel, que por muy falsas que fueran le habían afectado demasiado, ya que las había pronunciado con una cadencia que hacían creer que entre ellos había algo más que un puto contrato. Paladeó el vino y se reconoció que estaba muy bueno, dulce, con cierta nota afrutada y al estar fresquito, se hacía adictivo, al igual que ese hombre que no le soltaba la mano, lo que la convertía en manca.

—Se os ve muy compenetrados. —Edu estaba feliz por ellos o porque Noel ya no era una interferencia con su Deb.

Luna tosió al quedarle una miguita pegada en la entrada de la garganta. Noel acercó su cabeza a ella.

—No me gusta esta tos —le frotó la espalda.

Luna no respondió, cogió la copa de agua y bebió.

—Tranquilo, no pasa nada. —Asintió en su dirección—. En serio —parpadeó coqueta hacia él y dulce como un caramelito.

—Lo que digo, más compenetrados imposibles. —Edu no paraba de elogiarlos.

—Pues, sí, tienes razón —afirmó Luna—. Estamos tanto que practicamos el misionero fluido.

—Cariño, esas intimidades no se cuentan. —Noel se rio para no apretar las muelas, pero sus verdes ojos le lanzaron una clara advertencia: no sigas por ahí.

—Estamos entre amigos, no se van a asustar, —Luna alternó los ojos entre ellos dos antes de preguntar—: ¿sois religiosos?

—No —contestó Edu.

—Nena...

—¿Nena? —Deborah interrumpió a Noel sin dar crédito a ese apelativo—. Vaya, sí que has cambiado desde que estás con Luna.

—Sí, la verdad que sí.

—Nunca te gustaron esas palabras —le recordó Deborah que había dejado de comer.

Noel iba a responderle, pero Luna se le adelantó:

—Es cuestión de amor: cuando das amor es lo que recibes de vuelta. —Se atrevió a darle una caricia en la piel del pómulo que quedaba libre de la sombra de la barba. Se recreó en la piel, más suave de lo que ella creía, y los dedos dejaron de picarle, ¡al fin, lo tocaba!—. Cuando le das amor, la piedra que tiene por corazón se funde para mostrar al verdadero Noel.

—¡No hay dos Noel! —protestó Deborah—. Lo conozco.

—Noel, me alegro de que hayas encontrado a Luna —intervino Edu—, se nota que estáis hechos el uno para el otro. Es tuya amigo.

—No soy de él —afirmó Luna con rotundidad, él le apretó la mano—. Noel va, viene, entra, sale cuando quiere, con total libertad, como él me lo permite a mí. No somos la pertenencia del otro, ahí radica algo tan fundamental como la confianza, lo más bonito que una pareja puede compartir y también conseguimos tener una relación sana.

—¡Vaya! —Edu parecía haber llegado a su eureka—. Yo tengo que hacerlo todo con ella.

—Cada relación es un mundo —Luna se encogió de hombros.

A lo largo de la cena, Deborah se encargó de mostrarle a Luna la buena relación que mantenía con Noel, la historia que compartían desde la infancia por la amistad que unía a sus padres, algo que ya sabía por la madre de Noel. Dejaba claro que su posición siempre sería superior a la de cualquier mujer con la que él pudiera estar, ya que ninguna la superaría. Aquello la hacía sentirse incómoda, debido a que cuando veía que Noel le iba a dedicar algún gesto cariñoso, lo entretenía con alguna anécdota, aun así, se jodió y no pudo evitar que apoyase el brazo en el respaldo de la silla de Luna, a escondidas, a ojos del resto de los comensales, le acariciaba con el pulgar la espalda. El movimiento ascendente y descendente del dedo se expandían por cada recodo de su cuerpo en oleadas que se abrían paso hacia su sexo, todas a la vez, así como si quisiera que fuera consciente de su presencia en todo momento. ¡Si ya lo era!

En más de una ocasión tuvo que apretar los muslos o le cogería la mano para colocarla en la entrepierna, jamás un hombre la había excitado en un lugar público como lo estaba haciendo Noel Hammond. De hecho, comenzó a estar tan mal, que se vio en la obligación de dejar de comer, no podía pensar en otra cosa que en estar solos y soltar por fin esa pasión que se había acumulado entre ellos desde que habían puesto en marcha esa pantomima. Contuvo el aliento para no gritar, pero, cuando pensaba que iba a llegar al clímax con la cabeza embotada por haber entrado en esa espiral de placer, con el cuerpo temblando al percibir ese huracán de sensaciones incontrolables, el cabronazo de Noel, paró y, como si supiera que sus bragas estaban chorreando por él, alejó el brazo y la dejó en ser como Quevedo. Se había confirmado, era un calienta bragas que no terminaba lo que empezaba.

Inclinó la cabeza mordiendo la punta de la lengua para no gritarle, y se fijó en cómo el plato de Deborah estaba lleno de sangre como si se hubiese hecho una matanza. Le dio tanto asco, que sintió la imperiosa necesidad de salir de allí.

—Si me disculpáis voy al baño. —Separó la silla.

—¿Estás bien? —Se interesó Noel.

—Que mono eres, claro, cari. —Le dio unos golpecitos en el brazo.

«Un consolador a pilas hace mejor el trabajo que tú», se dijo a sí misma, alejándose de él por el pasillo que llevaba a los servicios que, para su asombro, había dos de mujeres y dos de hombres. En esa tranquilidad, alejada de las conversaciones, pretendía deshacerse de las carantoñas que Noel le había regalado, no estaba tan acostumbrada a esa cercanía, su roce la hacía sentirse débil, aunque la dejaba con ganas de más, de que la estrechara entre sus brazos para que hiciese con ella lo que quisiera. No podía afectarla tanto, debía mantener a raya esa atracción que explotaba por cualquier cosa, no, debía ser más fuerte que todo eso. Se miró al espejo y vio a una mujer

ansiosa por el hombre al que acompañaba, deseosa de que la tocara para descubrir que había detrás de Noel Hammond. Se metió en uno de los cubículos abiertos por arriba y cerró la puerta.

—Por fin has llegado —le decía Deborah a alguien.

—No te iba a dejar sola. —¡Había respondido Melisa!

Luna, boquiabierta con lo que estaba escuchando, se tapó la boca con las manos y se quedó, cual estatua de sal. «¿Qué hace Melisa aquí? No la vi», hizo memoria por si se le hubiese escapado algo.

—Te arriesgaste al venir —ronroneó Deborah.

—¿Piensas que soy tonta? Sé cómo camuflarme entre la gente, además, cuando te vi venir no me pude resistir. —Hubo un momento de silencio en el que se percibía cierto sonido de lenguas enredadas en un beso. ¡¿Se estaban besando!?— Tu cuerpo se tensaba cada vez que te tocaba o te rozaba, necesitas relajarte.

«¡¡¡PERDONA!!!», gritó Luna para sus adentros. Atónita por lo que estaba viviendo, su parte cotilla se activó a lo loco. Cual detective Colombo, moviéndose a cámara lenta para no delatarse a sí misma, con los ojos muy cerrados, bajó la tapa del váter con cierto miedo de que las juntas chirriasen, por suerte, no fue así. Se subió en ella para mirar desde las alturas lo que hacían aquellas dos: Deborah tenía la cadera apoyada en el mármol del lavabo, con el bolso a un lado y Melisa estaba frente a ella.

—Te necesitaba, hay mucha testosterona que me enerva. —Estiró los brazos hacia ella.

Se abrazaron.

—¿Cuándo se lo vas a decir a tus padres? —le preguntó Melisa con los labios pegados a su cuello.

—Pronto.

—Tengo todo preparado para el divorcio, lo sabes.

—Sí. —Deborah se alejó de ella y le acarició los labios con el dedo pulgar y Melisa se lo mordió.

Luna abrió la boca asombrada por la escena que tenía delante, ¡ESTABAN JUNTAS!

—Hay que hacerlo rápido, no quieres a Edu y se nota. No aguantas su roce. —Las manos de Melisa rodaron por los brazos de Deborah, luego, le bajó los tirantes del vestido para dejar al aire uno de sus pechos de pezones endurecidos—. Te ocurre lo mismo que con Noel.

«¡¡¡Le ponía los cuernos a Noel!!!», volvió a gritar, pero luego, le surgió una pregunta. «¿Él sabe todo esto?».

—Solo quiero que tú me toques.

«¿Se lo van a montar aquí?», Luna no podía separar los ojos.

—¿Y sabes qué? Es sábado noche, y lo que pasa una noche de sábado, en el sábado se queda.

Melisa giró a Deborah para que su trasero quedase pegado al mármol, ella se subió el vestido para mostrar la ropa interior negra, que Melisa se encargó de quitar después de enganchar sus pulgares en la goma y arrastrarla por las piernas.

—¿Qué haces? —preguntó con curiosidad y asombro.

—Tú déjame a mí —aspiró su aroma. —Precioso.

—Melisa, puede venir alguien. —A ese aviso de Deborah, Luna se acuclilló quedando bien quieta para que Melisa, que lo estaba inspeccionando todo, no la pillase.

—No hay nadie, te quiero y te necesito ahora. —Luna volvió a mirar—. Sé cuándo estás apetecible para mí, porque si te meto un dedo te encontraré húmeda.

—Pruébalo —la retó Deborah.

Convertida en una voyerista de cuidado, ante sus ojos tuvo la producción de una peli porno: Deborah sentada en el lavabo con las piernas abiertas y Melisa, mientras la penetraba con un dedo, le comía el sexo con ganas. «¡¡¡VAMOS A COMER CHOCHAMEN!!!», exclamó para sus adentros y la bailaora del WhatsApp le zapateaba el cerebro. Deborah gemía lo más grande a la vez que se estimulaba los pechos. ¡Aquellas dos eran pareja a escondidas! De pronto, no solo sintió pena por Noel, sino por Edu, se notaba que estaba muy enamorado de Deborah, y ella, ¡hala, venga a darlo todo con fuegos artificiales incluidos! En un momento Deborah abrió el grifo para mojarse los pechos, de los cuales Melisa irguiéndose, bebió agua succionándolos al mismo tiempo para terminar con un sabroso beso en la boca que las calentó a las dos y en el que enredaron sus lenguas de víboras.

Luna no salía de su asombro, ¡era muy fuerte! Sin querer movió los pies y la taza del váter bailoteó, lo que interrumpió la escena de sexo.

—Preciosa, piel perlada, mejillas arreboladas, ojos brillantes de deseo. Tus pezones... No hay nada más sugerente que unos pezones endurecidos debajo de la tela de un vestido. Nunca me cansaré de comértelos. —Volvió a meterse uno en la boca y Deborah dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Acaba lo que has empezado —le ordenó.

—No, así vendrás a mí esta noche que estoy sola y sin marido. —Otro ruido de la taza del váter que parecía querer despegarse, las separó al fin, Deborah iba a secarse los pecho pero—: No te seques —dijo Melisa colocándole de nuevo el vestido—. El agua estimula tu piel, además de darle un toque brillante, como si fuese sudor y eso me pone más cachonda. —Melisa le cogió una mano para meterla entre sus piernas.

—Espérame en tu casa. —Desde su posición, Luna solo percibió cierto movimiento del brazo de Deborah—. Esto hay que terminarlo. —Melisa con un brazo le rodeó el cuello y comenzó a cimbrear las caderas y no paró hasta que su cuerpo vibró por los espasmos—. Salgamos de aquí.

Deborah solo se limpió el dedo con un trozo de papel, se puso bien el vestido y se marcharon.

—¿Qué cojones ha sido todo esto? Joder, joder, joder, que se benefician la una de la otra. —Luna no salía de su asombro. Se llevó las manos a la cabeza.

Sin bajarse de la taza, se inclinó para abrir la puerta que tenía la cerradura echada y con un gran estrépito la taza del váter tembló y de un modo muy violento se separó de la pared.

—¡ADIÓS VÁTER! —exclamó y se sujetó a la puerta del baño—. Sí, a Dios Váter pongo por testigo que nunca jamás me subiré a una taza.

Colgando como un chorizo de la puerta, oyó el estruendo de la caída final del baño que llevó la cisterna con él, lo que provocó que un chorro de agua saliera disparado de una tubería.

—¡Ay, Dios mío, tengo que salir de aquí! —Miraba cómo el agua lo llenaba todo y le mojaba

las piernas—. Qué pena no ser un X-Men, ¡joder!

Como pudo se columpió para soltarse de la puerta y cuando al fin sus pies tocaron el suelo contuvo un gemido, el agua se le metió en el interior de los zapatos, lo que le produjo un escalofrío que le erizó la piel, pero, para su consternación fue testigo de cómo las suelas rojas de sus Laputín en contacto con el agua se destiñeron, hasta quedar completamente negra, aunque a su alrededor se había formado un gran charco rojo como la sangre que la amenaza con inundarla. ¡Debía salir de esa piscina olímpica!

—Allá van mis zapatos de Christo Laputín. —Había estropeado la suela roja.

Antes de que nadie sospechara de ella y de que el agua se desbordaba, salió de allí buscando en el bolso un paquete de clínex, en el pasillo a salvo de la inundación, sin moros en la costa, se secó las piernas, después, limpió las suelas de los zapatos, ¡no podía ir dejando rastros que la inculpasen! Los guardó en la bolsita, de modo que escondía todas las pruebas que la incriminaban de haber atentado contra el mobiliario del local.

Respiró hondo para regresar a la mesa con esa Deborah que se reía con los dos hombres a los que engañaba con su queridísima Melisa. Al verla, sus ojos se convirtieron en canicas que resplandecían de miedo. Se sentó al lado de Noel, quien disimulando un beso le preguntó.

—¿Va todo bien?

—Hmmm —no podía hablar, esa era la verdad.

Apuró dos bocados de su postre, que estaba buenísimo, pero el problema radicaba en que eran natillas y cuando sus ojos choraron con el cuenco, se acordó de ciertos fluidos corporales.

—Tardaste mucho —apuntó Noel a lo que ella asintió en silencio.

Sin poder contenerse más dijo en voz demasiado alta:

—Tenemos que irnos —le dijo a Noel

—Apenas probaste el postre, con lo deseosa que estabas. —Le dedicó a Edu una sonrisa forzada.

—Verás, problemas de mujeres. —Ese comentario provocó la tos en Deborah. Por el rabillo del ojo, vio como el agua empezaba a asomar por el pasillo a gran velocidad, era más, el manchurrón rojo era el que iba a la cabeza—. Hay chica no te atragantes. —Se volvió hacia Noel—. Cariño, debemos marcharnos —insistió.

—¿Es necesario? —Noel no entendía nada, como siempre.

—Como te lo explico para no sonar soez.

—¿Tú soez? —Alzó las cejas con una clara pregunta: ¿qué pasaba?—. Imposible, eres la fresita más dulce.

—Y tú mi capullito de alelí, pero me está bajando la regla, —volvió la cabeza hacia la otra pareja—, siento sonar tan escatológica, no sé cómo explicarlo sin pronunciar la palabra menstruación...

—Ya lo has hecho —apuntó Noel que se frotaba la frente con las yemas de los dedos.

—Tengo... —A saber lo que iba a ofrecerle Deborah.

—No, no pasa nada, seguro que tus compresas de diseño exclusivo no son de mi talla, prefiero irme a casa porque ya tengo molestias de barriga. —Luna ladeó la cabeza con el ceño fruncido y

los labios ligeramente puestos en morritos.

—Lo sentimos, chicos. —Noel y ella se levantaron a la vez.

—Hay que repetirlo —les propuso Edu.

—Vale —aceptó Noel, cogiendo de la mano a Luna.

—¿Por qué me coges de la mano? —le preguntó Luna que no era consciente de nada.

—Tenemos que disimular, ¿te acuerdas? —Ella asintió mirando por encima del hombro y un destello de agua la asombró—. Deja de mirar para atrás y para quieta con la mano.

—Sí, sí. —Le hizo caso y una vez fuera no lo dudó—. Corre, Noel, corre, tenemos que irnos. —Tiró de él lo más fuerte que pudo para que apurase.

—¿Qué pasa?

—No quieras saberlo —le respondió Luna a su duda, sin dejar de tirar por él hasta que llegaron al coche y una vez dentro, Luna pudo respirar tranquila.

—¿Qué has hecho, Luna? —La pregunta era directa y ella abrió la boca por lo que significaba.

—¿Quién, yo? —Se señaló a sí misma—. Nada, ¿me estás acusando de algo? —Frunció el ceño, molesta con su insinuación.

—Hemos tenido que dejar la cena. —Noel no era tonto y no podía tratarlo como tal.

—Ya lo dije, la alerta roja de la mujer —le contestó agarrándose a la misma excusa.

—¿Me lo tengo que creer?

—Eso lo dejo a tu elección. —Luna no separaba la vista de la puerta del restaurante—. Oye, ¿te gustan las relaciones abiertas? —Aquella pregunta era muy obligada.

—Menudo cambio de tema, pero no voy a parar hasta que me cuentes qué pasa.

—¿Te gustan o no? Responde.

—¿A qué viene eso ahora? —le devolvió la pregunta—. ¡Oh, ya entiendo! Tienes un interés romántico por mí.

—No, antes me lo despierta una oruga con sus movimientos oscilantes. —Le regresó a la cabeza la imagen de Melisa y Deborah y no pudo evitar echar la lengua hacia fuera.

—Eres demasiado explícita, —se quejó Noel por su gesto—, sé que te doy asco.

—No me das asco, bueno, cuando te cabreas un poco.

—Me quieres decir, ¿por qué me preguntas eso?

—Respóndeme tú primero.

—No, soy tradicional para las relaciones de pareja. Respeto a todo el mundo, me dan igual los intercambios de pareja, con quién salga la gente, mientras sean felices, pero soy un hombre tradicional. —Se giró hacia ella—. Te toca.

—Curiosidad —contestó seca a la pregunta de él.

—Curiosidad —repetía asintiendo lentamente— ya.

«¡¡¡Hala, tienes la cornamenta más grande que la de Bambi!!!», exclamó para sí. «Te han puesto los cuernos con una mujer», continuó y en su mente sonó el pasodoble Suspiros de España.

De pronto, la histeria colectiva se salía del restaurante, la gente salía apiñada, otra riéndose, otros enfadados, en cuestión de segundos, también apareció un coche de bomberos.

—Luna, ¿qué has hecho? —Insistió Noel.

—Nada —se defendió.

—¿Por qué están los bomberos?

—Ve y pregunta, si tan interesado estás, pero, por qué tuve que ser yo la que hizo algo, hay más gente, no estábamos los cuatro solos. Pero no, la culpa es de Luna, como siempre.

Noel avanzó la mano derecha y se puso a contabilizar:

—Vas al baño, llegas sofocada a la mesa, no terminas el postre, tuvimos que irnos apurados... No sé, ¿te suena de algo?

—No, y te pido encarecidamente irnos a casa.

—¿No vas a hablar?

Ella lo miró taladrándolo con los ojos.

—No.

—Pues, nada, para casa, aunque te lo sonsacaré —la amenazó.

—Esta noche duermo en el sofá. —Noel y Luna estaban como dos pasmarotes delante del susodicho sofá, ¡ni que fuera un monstruo de siete cabezas! Pero ahí quedaban parados, como si tuviese la respuesta a todo.

—¿Y eso? —Luna no lo esperaba.

—Se me olvidó decirle a Yoli que preparase otra habitación.

—¿Se te olvidó o no querías que lo hiciera? —Luna no lo tenía claro, pero había que pensar mal para acertar.

—Sí que eres bien pensada.

—Contigo, sí.

—Se me olvidó, Luna, por Dios —resopló cansado.

—Me quedo yo con el sofá, vete a tu cama. —Asintió en su dirección—. Lo digo sin acritud.

—No me importa, en serio, ya me quedé dormido en más de una ocasión.

—A mí tampoco, así que no hay discusión, me afinco aquí y así quedas con tu colchón.

—¿Por qué lo dices?

—Estamos un poquito susceptibles.

—Simplemente pregunto.

—Tus sueños son de belleza, para levantarte fresco como una lechuga prieta y fresca y no voy a ser yo quien te lo impida.

Noel puso un gesto resignado, antes de girarse para ir a buscar unas sábanas, una manta además de una almohada.

Luna lo recordaba estirada y tapada hasta la nariz con la suave manta, tenía un frío horrible ¡no paraba de estremecerse! Lo bueno, el sofá era como se lo había imaginado: mejor que una cama. Blandito, mullido ¡aquello era gloria bendita! Ni su cama era tan cómoda, eso sí, la estaba acompañando un dolor de cuerpo horrible por estar colgada como un pedazo de matanza a la que ponían ahumar. Era el precio que pagar por ser una voyerista de cuidado y una parte de ella estaba deseando hablarlo con alguien, soltar todo lo que había visto. Era sabido que con Noel no, pero con Marisa, Roy o con Pat sí y, por una vez en su vida, estaba deseando que llegase el lunes. Se giró sobre la espalda, tosiendo, ¿qué le pasaba? Se movía un poco y venga tos, a la que se unía la imposibilidad de conciliar el sueño, porque cada vez que cerraba los ojos la película porno que presencié asaltaba su mente como si fuesen Billy el niño, ¿por qué tuvo que ver eso? Se tapó los ojos con un brazo al pensar que Deborah los tenía a todos engañados, iba de digna, machacaba la cabeza de los que estaban por debajo de ella y luego, no era que llevase una doble vida, no, peor, no era capaz de reconocer que amaba a una mujer. ¿Le daría vergüenza? No,

porque no había nada malo en amar a una persona, pero algo que no le cogía en la cabeza era que tuviera relaciones con hombres y escondiera a Melisa. Ella entendía el amor de una manera libre, que cada cual amase a quien le diese la gana, sin prejuicios.

Luna no concebía que en el siglo XXI una persona pudiera actuar de ese modo. «Si estuviera en su caso me pondría el mundo por montera y me iría con mi amor», meditó en el silencio de la noche, cuya oscuridad era rota por la tenue luz de los rayos de la luna que entraban como brazos delicados en el salón de Noel, creando unos claroscuros en los muebles, como adornos de Halloween, con esas sombras demasiado alargadas en el techo.

—¡Qué maravilla de vida tengo! —exclamó en bajito pensando lo complicada que era Deborah.

Pero si algo había decidido era no contárselo a Noel, no por nada, sino porque no sabía hasta qué punto le podía originar dolor y no quería eso. Marisa, cuando le dijo que soportaba una gran carga sobre los hombros, no mentía. Le quedó claro en su forma de tratar a su madre, ahí había algo que la separaba de ella, ¿quería saberlo? Desde luego, aunque iba a respetar que él no quisiera hablar de ese tema. Sin embargo, contarle algo que pudiera causarle algún tipo de dolor, eso jamás, no era tan malvada por mucho que él tuviese la capacidad abismal de enervarla.

Se volvió a girar sobre el brazo derecho y cerró los ojos, cuando sus orejas se echaron hacia atrás al oír una llave en la cerradura.

—¿Quién cojones está entrando? —Se irguió como un resorte y a cámara rápida tiró manta, almohada y sábanas detrás del sofá, le pateó la mochilla antes de salir pitando escaleras arriba para despertar a Noel.

¡ESTABA ENTRANDO UN LADRÓN!

Entró a su cuarto y por suerte ese hombre dormía con las persianas abiertas y con la poca luz que entraba de fuera, pudo ver el bulto en la cama. Se acercó con cuidado a él.

—Noel —lo movió por el hombro sin éxito—. ¡Noel! —exclamó sin alzar la voz para no asustar a los ladrones, por otro lado, estaba tratando de despertar al Bello Durmiente que decidió girarse para quedar boca arriba—. ¡Noel, joder, despierta! —Que no había modo y tomó la solución final, tipo Hitler, se puso a horcajadas sobre él, que ni se inmutó—. Este tío no duerme, se induce el coma. —Comenzó a moverlo en serio—. ¡Me cago en la leche, Noel despierta!

—¡¿Qué?!!, ¿qué pasa? —Movió la cabeza hacia los lados hasta que fijó la vista en ella—. ¿Luna?

—Al fin te despiertas, hijo, eres difícil hasta durmiendo —le protestó.

—¿Por qué estás encima de mí? —Luna enarcó una ceja.

—Te estaba cabalgando, pero te dejé más seco que una pasa y te desmayaste, cual damisela —le dijo de un modo irónico.

—¿Qué?!

Luna le rodeó el rostro con las manos inclinándose sobre él.

—Un ladrón está entrando en tu casa —le contó a bocajarro.

—¿Cómo?

—Comiendo, no te jode.

Noel encendió la lamparita de noche y miró el reloj de muñeca que no se había sacado.

—Luna, tienes una imaginación muy fructífera, pero son las dos de la mañana.

—No miento Noel, te digo...

La luz de abajo se encendió y unos zapatos chocaban contra la madera. Luna señaló la puerta.

—¿Ahora me crees?

—Aparta —Noel la cogió en volandas como si fuera un peso pluma y salió de la cama.

Tras unos segundos de silencio en los que Luna se sentó en la cama como un indio a la espera de oír algo, pues no tenía pensado ir a ningún sitio, entró en pánico.

—¡Oh, no! Voy a perder la vida en casa Papá Noel Jamón, ya verás tú. —Comenzó a morderse una uña a causa de los nervios.

—¿Deborah!? —Oyó gritar a Noel.

—¡Venga ya! —exclamó Luna dándole un puñetazo al pobre colchón—. ¿Es que el surrealismo se ha unido con la ley de Murphy y me persiguen? —No daba crédito—. Espérate, Pedrín. —Se puso de pie en la cama—. Vamos a joder a lo grande. —Luna, movida por un impulso, se sacó la camiseta y se tumbó boca abajo enredando las sábanas alrededor del culo disimulando el pantalón de pijama, aunque la visión desde fuera sería que Noel y ella habían tenido sexo del loco y del bueno—. Luna, no te vengas arriba, eso de bueno...

—Fuera de mi casa —le ordenó Noel.

—No, porque sé que ella está aquí. —Tras esa respuesta de Deborah los tacones subieron las escaleras y los latidos de su corazón se acompañaron a las pisadas.

—Está durmiendo, déjala en paz —le advirtió Noel.

—A mí nunca me permitiste quedarme a dormir. —Los tacones de pronto, los tenía encima—. Está en tu cama.

—Fuera —le ordenó de nuevo Noel.

—No.

—Cómo no lo hagas le contaré lo sucedido a Eduardo y como se te ocurre negarlo, te obligaré a hablar. —A Luna se le erizó la piel de miedo, aquello sí que era una amenaza.

—Me ha robado el sitio.

—Nadie ha hecho nada.

—¿Qué tiene ella que yo no? —La pregunta de Deborah mostraba más que celos.

—Muchas cualidades de las que siempre has carecido. —Deborah ante esas palabras soltó un sollozo, a Luna le dio pena—. Nunca me has gustado y lo sabes, así que ahora, te pido que me devuelvas las llaves y te marches.

—Ni en sueños —arremetió ella.

Luna sin moverse, oyó cómo los tacones trastabillaban, la estaba obligando a bajar.

—¡Las llaves! —gritó furioso Noel—. Te puedo denunciar por esto, Deborah, has asaltado mi casa. ¡Las llaves!

De pronto, el golpeteo metálico sobre la madera llenó el ambiente hasta que la puerta se abrió y se cerró al mismo tiempo. Luna se levantó a la espera de que Noel subiera, aunque tardó lo suyo, lo oía hablar con alguien, ¿la estaba denunciando?

—¿Qué está haciendo este hombre? —Corrió escaleras abajo.

—Gracias, gracias, Antonio. —Colgó el teléfono—. He hablado con el portero.

—¿A estas horas? —protestó Luna—. La gente duerme, ¿no sé si lo sabes?

—Es el portero que está de guardia y le dije que diese aviso para que no permitiesen la entrada a Deborah —le respondió a todo.

Luna quedó de piedra, pero no se calló lo que dedujo que había pasado.

—Deborah está enamorada de ti. —No era del todo cierto, amaba a Melisa.

—Yo de ella no, lo sabe y no pienso estar con una persona que no me va ni me viene —le respondió cortante, aunque Luna no dio la conversación por terminada.

—Os merecéis una conversación —le dijo con seguridad.

—Ella me dejó sin decirme nada y apareció del brazo del Eduardo, que me hizo un gran favor.

—Estaba llamando tu atención —quiso hacerle comprender.

—Vale, me parece bien, pero no voy a ir detrás de ella para pedirle explicaciones ni para dárselas.

Luna se cruzó de brazos y se fijó en cómo Noel posaba sus ojos en el escote.

—Lo que digo es que tenéis que hablarlo —repitió.

—Mira, Luna, no voy a hablar con nadie, ni me voy a rebajar a ella, soy un hombre libre, quien lo quiera entender, que lo haga, pero que me dejen vivir en paz, como hago yo.

—¿Y tú no te das cuenta de que el contrato está haciendo daño a la gente? —Quería que comprendiese las dimensiones que estaba cobrando su experimento.

—No digas chorradas.

—Es cierto.

—Luna, esta situación ya estaba así mucho antes del contrato.

—Si no lo hubiese firmado nada de esto ocurriría —dio un paso hacia el frente con los que él volvió a posar sus ojos verdes en sus tetas.

—Tonterías. —Noel se apoyó en la mesa y cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra.

—Le debes dejar todo claro a Deborah, antes de que cometa otra tontería.

—¿¿Más todavía?! —Parecía que no daba crédito a lo que oía.

—Noel, si le dices que regrese contigo, la veo capaz de dejar a Edu por ti. —«Eso, sí, tendrás unos pedazos cuernos que no entrarás por la puerta», terminó la frase para sus adentros.

—Si hablo con ella será para decirle que no la quiero —giró el rostro hacia ella y le dedicó una mirada sesgada que la dejó sin aliento—, y que tengo un motivo de peso para no regresar con ella ni quererla a mi lado. —Esto último lo dijo mirándole otra vez las tetas.

Harta de sus miraditas, bajó los ojos y, de pronto, vio cómo sus pezones endurecidos asomaban entre los mechones de su melena como dos francotiradores a punto de dispararle a Noel

—¡¡¡Serás cochino!!! —le gritó—. Me podías avisar de que estaba desnuda.

—Creía que ya lo sabías —prorrumpió en risas.

—Guarro, pervertido, cerdo, esto no se le hace a una mujer. —Subió las escaleras a todo meter, notando el bamboleo de sus pequeños pechos, para recuperar la parte de arriba del pijama. Se la puso a toda prisa.

—No te enfades.

—Quién fue a hablar, don Piel fina, que va de atractivo y chenchual y se queda en mirón.

—Pensaba que ya lo sabías.

—A eso se le llaman disculpas baratas. —Una vez vestida se giró para encararlo, él estaba apoyado en el quicio de la puerta y su cuerpo destilaba despreocupación—. Pues lo que tus ojos han visto tus manos no lo tocarán.

Noel con pasos lentos y medidos se acercó a ella y el movimiento de las caderas logró que Luna se fijara en cómo colgaba el pantalón del pijama de un modo demasiado sexy. A escasos centímetros de ella, acercó la boca a su oreja y en el camino, Luna pudo percibir cómo su respiración se agitaba algunos pelos de la sien o cómo le recorría la mejilla, erizándole la piel. El corazón le palpitó contra las costillas al estar envuelta en una espiral de lujuria no resuelta.

—No sabes lo guapa que te pones cuando te enfadas —le soltó con una indolencia que perjudicó gravemente a Luna.

Al separarse un poco, ella miró fijamente sus labios que dibujaban una línea dura, pero el deseo fue más fuerte, de pronto, quiso sentir esa boca sobre la suya, saborearlo, ¡se moría por hacerlo! Alzó la vista y comprobó que él tenía sus ojos verdes clavados en ella, parecía estar esperando algo que Luna no supo descifrar, pues se habían tornado feroces como los de un tigre. La habitación desapareció, solo estaban ellos y su alma columpiándose en ese paraíso verde, en el que pretendió buscar dentro él lo que pretendía con todo eso, se halló a sí misma respirando su aroma fresco que siempre lo acompañaba, cuya nube le aceleró el pulso, la respiración se volvió errática y la atracción fluyó entre sus cuerpos como jamás lo había hecho durante ese tiempo. Era atracción sexual y... algo más que no pudo ponerle nombre.

No supo cuánto tiempo se miraron el uno al otro, con el corazón palpitante, sopesó como pudo sus opciones, ¿opciones? Ella ya estaba mojada por él y no iba a consentir caer en sus redes, por eso haciendo acopio de todas sus fuerzas, Luna le contestó:

—Somos una pareja más postiza que la dentadura de un anciano que debe pegarla con Corega, aunque hay una diferencia, nosotros no pegamos ni con cola.

Luna salió de allí hacia las escaleras sin darle la oportunidad a rebatir nada, no quería oír nada, pues flaquearía. Noel le estaba ganando terreno, no podía consentirlo al verse delante de él mirándolo con hambre, al igual que él había hecho (como si se estuviera muriendo de hambre y ella fuera un buen bistec), Luna se aferró a su sentido común: había un contrato de por medio, nada más.

No obstante, Luna supo ver lo evidente.

A veces, sucede que las palabras no hallan la forma adecuada de comunicación, entonces, es la mirada la que desvela los secretos más ocultos del alma. Cuando eso pasa, los amantes hablan un idioma distinto al del resto del mundo.

El aroma a café fue despertando poco a poco a Luna que se despertó en el interior de la manta para desentumecer todos los músculos que le dolían horrores, hasta aquellos de los que no sabía su existencia. ¡Le protestó hasta el esqueleto! No solo eso, sino que en la cabeza parecía tener un duende que le jugaba con el cerebro.

—Estoy cogiendo algo, normal, con los pies mojados ayer... —Miró los zapatos, cogió uno y se lo arrimó a la nariz—. ¡Uf! esto huele a gallinácea, hay que tirarlos. —Se sentó en el sofá y dejó caer la cabeza hacia delante, al respirar notaba algo raro en el pecho, lo mismo que le sucedió antes de quedarse dormida. No había descansado muy bien, los ataques de tos habían sido muy frecuentes y de madrugada se preparó un tazón de leche con miel, que le alivió un poco la garganta, a eso se le juntó que durante uno de los ataques vomitó por la sensación de tener una flema. Una asquerosidad, solo dio gracias que Noel no se había enterado. Se pasó la mano por la nariz, ¿le caía moquillo?—. Será un resfriado.

—¡Buenos días! —Noel apareció con dos tazas de café humeante.

—¡Hola! —Contuvo un bostezo.

—¿Dormiste bien? —Le entregó la taza y se sentó a su lado después de apartar el lío de sábanas y mantas.

—Sí, como un tronco al final, aunque estuve un poco pendiente por si regresaba. —Omitió los ataques de tos, si él no los sacaba ella se callaría.

—Ya no podrá entrar más. —Perdió la vista en la taza que sostenía con las dos manos—. Siento que hayas tenido que vivir algo tan patético como eso.

—No fue culpa tuya, no sabías que Deborah iba a actuar así —lo quiso animar—. No sé si te has dado cuenta, pero cuando estamos juntos suceden cosas muy surrealistas, me confunden con la chica de los lubricantes, ahora, Deborah.

—Sí, es cierto —se rio por la nariz—. Jamás pensé que actuaría así.

«Lo que no entiendo es que si se beneficia a Melisa y la quiere tanto, ¿por qué va detrás de ti?», meditó Luna para sus adentros. No quiso darle más vueltas, no estaba fina para elucubrar.

—¡Anda, la leche! —exclamó Luna al mirar su café con leche.

—Y con dos cucharitas de azúcar —afirmó Noel.

—¿Cómo lo sabes?

—Primero te lo he visto tomar varias veces en la oficina, luego, recuerda, que has venido aquí y te lo serví. —Le refrescó la memoria.

—Es verdad, estoy más espesa que una sopa de fideos. —Aquella comparación lo hizo reír.

Esa risa se cotizaba alto, pero cuando salía el alma de Luna pegaba brincos de felicidad, era sincera y las líneas de su rostro se relajaban hasta mostrar el hombre joven que había detrás de

aquellos trajes de corte clásico y de diseño que vestía. Al estar tan cerca vio cómo se le creaban unas arruguitas a los lados de los ojos.

—¿Hoy tienes algún plan? —le preguntó con el entusiasmo bailando en su rostro.

—Eh... No. —Luna movió los ojos hacia los lados, no tenía nada apuntado en su agenda mental—. Pero, oye, ¿no hay nada para comer?

—Sí, ven, ¿te gustan las tostadas? —Se levantó en dirección a la cocina.

—Con mantequilla y mermelada, ¿me hablas de esas tostadas?

—Sí, Luna, esas misma, no conozco otras.

—Están las tostadas con aceite, pero a las otras me apunto. —Luna se sentó en una de las sillas con una pierna flexionada y se preparó una tostada, el pan todavía estaba caliente—. Me encanta que se derrita la mantequilla en el pan, es mi éxtasis total.

—¿Están a tu gusto?

—Sí, sí. —Cogió la cucharita y echó la mermelada—. ¿Qué me propones para hoy? —Lo miró extrañada—. Estamos haciendo planes —afirmó asombrada.

—Sí, y no estamos discutiendo —apuntó con acierto Noel.

—Es verdad, esto de estar en el mismo techo no es bueno, haz algo y te monto una pirula.

Él se echó hacia delante con los brazos apoyados en la mesa para acercarse más a ella.

—No, por mi parte no va a pasar.

—Una pena.

—A ver, me gustaría ir a Rascafría contigo.

—¡A la sierra!

—¿Qué te parece comer de bocadillo en medio del campo aprovechando el sol y las horas de luz? —Él atacó su tostada con solo mermelada.

—Me encanta —dijo con la boca llena—, está buena. —Alzó la tostada.

—La mermelada la compro en una tienda en Londres.

—Irás mucho siendo inglés.

—Varias veces al año, tengo amigos y algún que otro contrato y negocios, pero voy menos de lo que me gustaría, todo lo tengo en España. —Bajó la mirada y la perdió en el plato.

—Echas menos aquello. —Luna no lo preguntó, lo afirmó, o al menos era lo que desprendía Noel.

—Tengo toda mi vida y mis recuerdos en esa ciudad, mis padre me dejaron allí y... —se encogió de hombros para regalarle una sonrisa oculta-tristezas, de esas con las que se pretendía ocultar cierta pena o dolor que acompañaba al alma—. Vamos a desayunar, quiero pasar un día de campo contigo.

—¿Te hace ilusión o qué? —Aquello era alucinante para ella, ¡estaba dispuesto a dedicarle un día! Luna no se lo podía creer, estaba contento por estar con ella y compartir un día juntos. Para colmo de males, al percibirlo en su espíritu, pues era más que evidente, Noel no lo podía esconder, las mejillas de Luna por decisión propia se pusieron al rojo vivo y el corazón se le agitó como una mariposa bajo los efectos de la cafeína—. El estirado Noel «Jamón», quiere un

día conmigo, pues te advierto una cosita: ¡la cabra siempre tira el monte! —exclamó entusiasmada.

—Eso tengo que comprobarlo.



A la hora, Noel condujo a cien kilómetros al norte de Madrid hacia el Valle del Lozoya, donde se asentaba la pintoresca villa serrana de Rascafría, allí, para sorpresa de Luna, un poco alejada del núcleo principal, Noel tenía una casa de planta baja, hecha toda de piedra, que le concedía un aspecto más rústico, y con tejado a dos aguas para evitar la acumulación de nieve en invierno. Aparcó el coche y con la mochila colgada al hombro, callejearon hasta llegar al centro, desde donde se apreciaban muy bien las laderas del valle, cuya vegetación era un espectáculo de color en esa época del año, cuando todo volvía a estar teñido de verde, pues abril había aparecido con un tiempo anticiclónico que permitía disfrutar de paseos como ese. Luna supo apreciar también como la vitalidad natural contrastaba con la monotonía de la vida humana, característica de ese tipo de poblaciones. En la plaza del ayuntamiento, Luna alucinó en colorines.

—¡Hala! —Luna de modo inconsciente por los nervios que le producía el edificio de la casa consistorial, cogió de la mano a Noel para acercarlo—. Es neomudéjar.

—¿El qué? —Noel no la seguía.

Ella lo miró poniendo de visera la mano derecha sobre la frente para evitar el sol.

—El estilo arquitectónico del edificio es Neomudéjar, estaba muy de moda a principios del s. XX, ¿no lo sabías?

—La verdad es que no.

—No te acostarás sin saber algo más, —le sonrió y sacó el móvil para immortalizarlo—. Solo lo había visto en libros, nunca en vivo y directo, ¡qué guay!

—Hay más —le guiñó un ojo cómplice, como si supiera que todo aquello la iba a sorprender y a alegrar todo a un tiempo. Desde allí, fueron paseando hasta una iglesia—. Esta es la iglesia de San Andrés Apóstol.

—Andrés se llamaba mi abuelo —dijo como quien no quiere la cosa—. Es una iglesia particular.

—Lo que sé, porque se lo pregunté al cura un día que lo vi, es que sufrió bastantes daños durante la guerra civil y fue reformada.

—Se nota, porque hay muchos estilos, se puede observar el renacentista, barroco, y gótico. —Tomó una foto—. ¿Pasas aquí mucho tiempo?

Se fueron alejando de allí a paso lento.

—Siempre que vengo es para alejarme de todo y de todos, cuando estoy agobiado o necesito pensar, me vengo a pasar unos cuantos días. También cuando tengo un proyecto de gran envergadura, Rascafría me ayuda a poner todo en orden y me hace ver las cosas de otro modo.

—Entiendo, es como tu refugio. —Noel asintió. Con cierto pesar, a Luna le hubiese gustado compartir algo nuevo con él, pero iba a ser difícil—. Este sitio no le pega nada a Deborah —no

se pudo callar.

—No sabe nada de este lugar. —Luna lo miró de inmediato con el corazón en la boca—. Eres la primera persona a la que traigo, es más, mis padres tampoco saben nada de esta casa.

—Y me traes a mí. —Su deseo se había hecho realidad y tenía el corazón a punto de salirle por boca.

—Eres la única persona que lo valoras en su conjunto, no por la casa que tengo, sino por el entorno en el que está y no me he equivocado al traerte. —Se acercó a ella y la cogió de la mano sin reparos, sin que nadie lo obligase, fue el típico acto que sale espontáneo del corazón y de las ganas de querer hacerlo. Le acarició los nudillos con la yema del pulgar—. Eso te hace especial Luna, te fijas en aquello que otros no hacen. A tu lado, cualquier lugar cobra otras dimensiones, otro color, no juzgas, solo disfrutas y es lo que más me gusta de ti.

Embargada por sentimientos que esa cercanía le producía, dijo lo primero que se le ocurrió:

—Fui estudiante de arte.

—A mí me gusta ver el mundo a través de tus ojos.

—No sabes lo que dices.

—Soy consciente de cada palabra que te digo, lo que pasa es que no quieres escucharme. — Noel no le permitió hablar—. Disfrutemos del hoy y de esta visita que no ha terminado.

Sin soltarla, caminaron durante un buen rato, demasiado, lo que a Luna le parecieron kilómetros, porque no estaba acostumbrada, ¡al día siguiente tendría unas estupendas agujetas! Le costaba un poco seguir el paso a Noel, pero no daba grandes zancadas como para que le costase respirar de esa forma, nunca se había fatigado tanto, estaba acostumbrada a andar rápido, en cambio, en esos instantes.... ¡estaba peor que su abuela! Debía ser culpa de los tenis de plataforma, no estaban hechos para rutas tan largas. A eso se le sumaba que no había descansado y el cuerpo le renqueaba con aquel ejercicio.

Aun así, prefería callar, para disfrutar del bello paisaje de pinos, rocas, hierba reverdecida, que proporcionaba una explosión de colores que en la ciudad no había y aquello era vida. Desde las partes más altas, pudo contemplar lo que había visto en alguna ocasión: el paso celestial de las sombras de las nubes sobre la tierra, que se reflejaban como un espejo. Aquello la fascinó, fue la imagen más bonita y mágica que había presenciado nunca, la manera en la que el cielo se unía con la tierra no solo en el horizonte, sino por esas caricias oscuras que solo ellos entendían y podían compartir. Su alma se expandió de un modo similar que en Galicia, era cierto que esa otra naturaleza era más salvaje, aunque a lo largo de ese trayecto pudo apreciar el olor a tierra mojada, a madera, sin embargo, los pulmones no se abrieron, al contrario, seguía sin poder respirar.

—Este es el camino del papel —le contó Noel sin estar fatigado.

—Vaya nombre, me imagino que tendrá que ver con algún tipo de vía antigua, ¿no? —Luna respiró por la boca.

—Sí, en el s. XIV en Rascafría se asentó la orden Cartuja y este camino se llama así por el uso que le daban a los árboles los monjes. —Giró el rostro con una sonrisa de oreja a oreja y los

pómulos un tanto tintados de rojo por el sol, estaba disfrutando al compartir todo eso con ella—. Ahora haremos un viaje al pasado.

—Ningún hombre me propuso nada igual. —Era muy cierto.

—No soy ningún hombre, —ladeó la cabeza—, soy más particular.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —Noel no respondió a eso, sino que continuó el camino y aparecieron algunas edificaciones antiguas, entre ellas, Luna pudo apreciar un antiguo molino

—Estas son las ruinas del Antiguo Molino de papel de los Batanes, desde donde salió el papel en el que se imprimió la primera edición de *Don Quijote de La Mancha*.

—¡Se hacía papel! —Volvió a fotografiarlo todo mientras oía a Noel, el guía turístico.

—Exacto, el antiguo molino se convirtió en una fábrica de papel. En siglo XIV su primera función fue el de serrar la madera para la construcción del monasterio, al que pronto llegaremos, luego, se convirtió en la fábrica de papel, de donde salieron los pliegos para *El Quijote*.

—¡Guau! Nunca sabes dónde te vas a encontrar con historias como esta. —Aquel lugar, si ya la había conquistado por sus parajes, ahora con aquella historia, la había enamorado.

—Sabía que te gustaría —dijo con un tono chulesco.

—Muy listo salió el niño —le dio un empujón cariñoso.

—Hay algo raro. —Se rascó el mentón pensativo.

—¿El qué? —Luna lo repasó, iba vestido con un chándal gris marengo que le favorecía tanto o más que los trajes y ese aspecto informal le sentaba tan bien, estaba el doble de guapo. Ella con su chándal rosa chicle, estaba normalita, sin más. Pero allí, parecía que el universo se había puesto en su contra para restregarle lo atractivo que era hasta en ropa sport.

—Me gusta sorprendente. —Mirando el espacio que los separaba, el corazón de Luna se le enroscó en el pecho a las vez que se unía a él su alma embargada por la felicidad que le produjo aquella frase y acabó derritiéndose por ese hombre al que debía odiar, aunque sabía que nunca lo había hecho del todo.

Como si no hubiese dicho nada transcendental o importante que los unía más allá del propio destino, ese que por narices los había unido, Noel echó a caminar, dejándola varios pasos atrás. Manteniendo el silencio y paseando entre nubes, pues eso era lo que había provocado Noel con su confesión, se pararon un pequeño puente que atravesaba las aguas del río Lozoya.

—Este es el puente del perdón, según se cuenta, los presos eran juzgados junto al puente, si recibían el perdón, podrían cruzar a la otra orilla, si no era así, se hacía justicia en la Casa de la Horca, que la veremos.

—¿Aquel monasterio es al que vamos? —Señaló con el dedo.

—Sí, es el monasterio de Santa María de El Paular que como puedes observar, preside Rascafría. —Desde el puente Luna tomó varias fotos, mientras lo escuchaba hablar—: Está formado por el monasterio, la iglesia y un palacio, pero este último, por lo que me enteré, está cerrado.

—¿Sigue habitado? —Se interesó.

—Sí, por los benedictinos que siguen elaborando quesos, licores, incluso miel.

—¿Es la miel que tienes en casa?

—¿Cómo lo sabes? —Frunció el ceño por culpa del sol.

—No te he cotilleado nada, antes de que pienses mal de mí.

—No he dicho eso, lo dices tú.

—Después de que se fuera Deborah, de madrugada, me prepare un poco de leche con miel —le contó la semi verdad, callándose que tenía frío, como esos momentos, porque con la emoción de la escapada se había olvidado del paracetamol y no tenía ninguno a mano, lo había dejado todo en el coche salvo móvil.

—Sí, normalmente es la que tengo en casa, todo lo que puedo lo compro en Rascafría.

Continuaron el trayecto y al poco tiempo, Luna se encontró delante del majestuoso complejo religioso.

—¿Qué me puedes contar? —le preguntó Noel sonriente.

—Parece un examen —fingió un tono de protesta.

—¡No, qué va! Quiero oírte hablar sobre arte, cuando lo haces tu alma cobra otro color distinto que no me permite separarme de ti.

Luna carraspeó, esas declaraciones convertidas en píldoras que Noel estaba soltando cada dos por tres la ponían nerviosa, por eso, lo más rápido que pudo se separó de él para que no percibiera lo que le afectaban sus palabras que le arrebataban el sentido y el aire de los pulmones. ¡¡El mismo hombre que un día le arrebató el corazón en el ascensor, le regalaba palabras bonitas que jamás se hubiese imaginado que pudieran salir por esa boca!! «A tomar por culo, a un paso de enamorarme de mi jefe», se dijo a sí misma haciendo frente a la realidad que nunca quiso ver.

—A ver, —era mejor centrarse en el edificio que no en Noel—, lo fecharía entre el siglo XIV o el XV, que bueno, viendo la portada de la iglesia, exquisito ejemplo de gótico flamígero, lo fecharía en el quince. —Luna sin darse cuenta, se perdió en las explicaciones, instante en que su alma revelaba su verdadera luz, como había dicho Noel. Era una amante del arte en todas sus expresiones. Al no prestarle atención al hombre que tenía al lado, se perdió en la manera en el que él se fascinaba con ella, si solo por un instante lo hubiese mirado, hubiese descubierto que en los ojos de quien amaba no había espacio para la mentira—. Al ser un monasterio en el s. XIX tuvo que sufrir bastante con la famosa desamortización.

—Lo que leí fue que la actual forma y conservación se la debemos en parte a Alfonso XII, quien a finales del siglo XIX lo declaró monumento nacional y pudo evitar así su total abandono.

—Sí, muchos monasterios quedaron abandonados —apuntó Luna sobre lo que había estudiado.

—Vamos, —comprobó la hora—, quiero que comamos en un sitio que sé que te va a maravillar. —Echó a caminar.

Aquel descanso no le sirvió para nada a Luna, que cada vez se sentía peor.

—Oye Noel, ¿esta es algún tipo de venganza por llamarte cayetano?

—¿Por qué lo dices? —Se paró y la repasó, parecía buscar algo—. ¿Estás cansada?

—No, —mintió—, nunca un hombre me ha hecho caminar tanto, de verdad.

—Déjate sorprender.

Noel la había vuelto a coger de la mano y acompasó sus pasos a los de ella, que no solo disfrutaba de los lugares que estaba conociendo, sino de la compañía, pues jamás pensó que él pudiera enseñarle sus lugares favoritos, pues Rascafría lo era. Así, como una pareja normal, llegaron a un inmenso bosque que nada dejaba de envidiar a los descritos en los cuentos clásicos. Absorta por la belleza que la rodeaba, lo soltó y se acercó al lago que había en el centro, donde el verde del bosque se juntaba al azul del del agua, que le proporcionaba una magia sin igual, ya que era la entrada a un mundo distinto, fuera de España, lejos de todo con ese encanto singular que solo la naturaleza proporcionaba. Su frondosidad se conseguía gracias a los abetos, chopos, abedules, álamos, que los rodearon, rememorando aquellos otros de los cuentos de Hans Christian Andersen.

—Noel, —Luna palpó el aire para buscarlo, cuando dio con él, lo sujetó del polar—, es como el bosque de la habitación infantil.

—¿Ahora entiendes por qué te traje? —Ella posó sus ojos marrones en él sin entender—, cuando vi tu dibujo me acordé de este sitio y supe que tenías que verlo.

—Es que... —no tenía palabras—, es como entrar en un cuento.

—Como pretendes que se sienta el bebé. —Noel solo tenía ojos para ella.

—Mira, es mágico.

—Luna, tú eres magia.

Ella no lo escuchó, sin embargo, se lanzó a su cuello en un abrazo espontáneo salido de los más profundo del alma, él la correspondió de inmediato, como si lo desease también. En cuanto, se dio cuenta, se separó.

—Lo siento. —Estaba avergonzada por su impulso.

—Yo no lo siento.

Luna se sorprendió que no le molestara.

—Tengo que modificar el dibujo.

—No lo hagas, está bien como está. —Se acercó a ella.

—Pero mira, el lago es como un espejo, sus aguas azules son verdes y seguro que por la noche se convierte en lago de estrellas, porque me imagino como el cielo se refleja. ¿Nos podemos quedar aquí a comer? —Le pidió con entusiasmo.

Él asintió con una amplia sonrisa.

—Es donde quería comer.

—¡Anda pensamos lo mismo!

Noel sacó una toalla que le tendió a Luna para que la colocase sobre la hierba y sacó los botellines y los bocatas que él mismo había preparado, muy completos, con un filete de pollo,

lechuga tomate y su buena ración de mayonesa. Cuando ya estaban acomodados y Luna le hincó el diente, alucinó.

—Eres una joyita, ¡qué bueno está! —Lo felicitó.

—Gracias, nunca me había llamado joyita.

—¡Pedazo bocadillo chico! y mira, siempre hay una primera vez contigo.

—Y para mí, contigo. —Le sonrió.

—Vamos, nunca trajiste a nadie.

—No, eres la primera persona con la que comparto este rincón.

Sus cejas casi se juntaron en el centro y le crearon tres surcos en la frente.

—Me gusta tener ese honor, pero...

—Antes de que preguntes por qué, te respondo. —Tragó antes de volver la mirada hacia él, y Luna se perdió en el verde de sus ojos que le hacía la competencia a la naturaleza, pero su corazón palpitaba por él y no sabía cómo frenarlo—: eres especial en muchos aspectos y uno de ellos, es que no rechazas nada, te gusta descubrir, ir, venir, te dejas sorprender.

—Tú me sorprendes, porque detrás del empresario estoy conociendo a un hombre que le gustan los placeres sencillos. —se acordó de la frase de Marisa.

—Los disfruto más a tu lado. —Dejó el bocata sobre la manta y se aproximó a ella apoyando el peso del cuerpo sobre una mano, la otra la fue acercando a la boca de Luna, quien, muy quieta permitió que hiciera lo que quisiera, se sorprendió que le acariciara la comisura de los labios con la yema del pulgar que, luego, se llevó a la boca—. Tenías mayonesa.

Luna parpadeó varias veces, pues el tiempo se había congelado con aquella liviana caricia que le había regalado. Cuando reaccionó, tarde, se limpió con una servilleta. Asentía a saber a qué y por qué, pero tenía que buscar algo o le pediría, más bien le rogaría, que lo volviese a hacer.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué tienes una relación tan distante con tus padres?

—Sabía que lo preguntarías.

—Si no quieres no respondas, comprendo que soy una extraña metiéndome en tu vida.

—Te pido que no vuelvas a decir que eres una extraña, no lo eres, —estaba molesto y añadió inspirado por algún sentimiento que se le escapaba a Luna—, no lo eres para mí, cuando estoy compartiendo mi vida contigo. —Aquella confesión provocó que tragase lo que tenía en la boca casi a la fuerza—. Bien, lo de mis padres. Nací cuando mi padre ya tenía un nombre en Londres y empezó a abrir sus clínicas en España, no solo eso, apenas paraba en casa. Mi madre ya se movía por la farándula, le gusta, jugar al tenis y al pádel, ir de aquí para allá, de fiesta en fiesta, lo que se le proponía en aquella época y aún hoy, ella lo acepta. Cuando tuve que ir al colegio, fui directo a un internado. Su vida social era más importante.

—Como hicieron con ella —razonó Luna al acordarse lo que él le había contado sobre su madre.

—Sí, lo imitó, y cuando mi padre se vino definitivamente a España, me dejaron allí con mis abuelos, con los que pasaba las vacaciones. Te voy a contar algo que te va a gustar.

—¿Qué?

—Nací un viernes tres, fecha por la que casi mis abuelos reniegan de mí —le confesó, metiendo los labios hacia dentro.

—¡El día de la mala suerte! —Noel asintió riendo—. Ya decía yo que desde que te conocí me pasan cosas raras.

—Muchas gracias —le hizo burla.

—Bueno, nací el día de los Santos Inocentes, así que estamos igualados. —Luna retomó el tema—. ¿Tus padres no iban a verte?

—Venía de vacaciones a España, pero todo lo tenía en Londres. Mi vida familiar se compone con mi soledad, no con ellos. Con mi padre mejoró la situación con el tiempo, —eso lo había comprobado Luna—, con mi madre, es todo apariencia, y no me va. No lo entiende y yo no la aguanto.

—Entiendo.

—Si tengo hijos, los criaré a mi lado, les enseñaré lo que sé de la vida y del mundo.

Luna puso su mano encima de la suya, más cálida.

—Vas a ser un buen padre, porque eres un buen hombre. —Luna levantó el trasero para acercarse más a él—. Te puedo bromear, podemos discutir, pero nunca jamás oirás de mi boca nada malo de ti. —Sopesó lo dicho—. Bueno, diría que tienes una ideas espantosas como el contrato.

—Lo firmaste.

—No me quedó más huevos, eres el jefe supremo, pero jamás te volveré a hacer caso. —Noel se echó a reír con el rostro girado hacia el lado contrario a Luna—. También te digo, alucino con Deborah...

—No hablemos de ella, ni de mis padres.

—Pero atiende, que se cela de mí —se señaló a sí misma—, ¿qué tengo?

—Mucho, más de lo que te imaginas.

—¿Cómo qué? —Él alzó las cejas asombrado—. Tengo a mi jefe piropeándome.

—Aquí soy Noel, no tu jefe. —Mordió el bocata pensativo y después de beber agua para aclarar la voz—: Lo importante es el hoy, este momento, no el pasado o los sueños, que son como las olas del mar, que van y vienen a veces sin dejar rastro. Pero el aquí y el ahora contigo compartiendo un nosotros que nunca viví, es lo tengo. Eso te diferencia del resto, que pierde importancia cuando estoy contigo.

Luna bajó la cabeza tímida, no porque lo atractivo que estaba bajo los rayos del sol, sino que no había esperado sentir ese tipo de conexión o familiaridad con él, tan típica de las parejas que empezaban a compartir el romanticismo y las primeras declaraciones de amor. Eso era lo que estaba ocurriendo en aquel bosque tan mágico que los rodeaba y los separaba del mundo para que la burbuja que creaban estando juntos los alejase de la realidad. Sabía por su propia experiencia que el corazón, cuando al amor se refería, no tenía capacidad de supervivencia, lo había experimentado en sus propias carnes, pero, en esos instantes, su mente le fue clara meridiana:

«No se puede llamar amistad a algo que quisiera ser amor», un pedazo de su corazón se desprendió y la intensidad de los sentimientos la abrumaron tanto que le golpearon el abdomen de modo fulminante, como si fuese una bofetada de realidad, pues él también los compartía.

—Noel... —Tragó en seco.

Él dejó a un lado el bocadillo para centrarse sólo en ella.

—No digas nada Luna. —Lo miró y sonrió al tiempo que él acariciaba un mechón de pelo que se le había soltado de la coleta con delicadeza para luego meterlo detrás de la oreja—. estás ardiendo.

—¿Cómo quieres que esté después de las palabras bonitas que me dijiste? Pues derretida —Abrió la boca al darse cuenta de que lo dijo en voz alta—. Bueno... —Noel le puso la mano en la frente.

—Luna

—¡Uuuy, vas a estropear el momento! —advirtió ella y no le gustó nada.

—Me importa una mierda, ¡tienes fiebre!

—La que me produces, ¡no soy de hielo, chico! —Tosió.

—¡Nos vamos! —Noel cual guepardo, se levantó.

—Pero no hemos terminado de comer.

—¿Qué parte de enferma no entiendes? —A Luna le dio un escalofrío—. Se acabó —Le tendió una mano para ayudarla a levantarse, ella la rechazó y seguía con el brazo estirado cuando ya lo tenía frente a él—. ¿Por qué? ¡Por eso estabas cansada!

—Es que a veces me falta el aire.

—¡Vámonos ya!

—¿Fumas? —le preguntó el médico.

Nada más llegar a casa, Noel llamó a su médico personal para asombro de Pepa y de Luna, que para no alarmar a nadie dijo que todo estaba bien. Pero no hubo manera, porque él sabía que tenía fiebre. El buen hombre, de una edad muy similar a la del padre Noel les pidió que se acercaran a su consulta bajo las protestas de Luna:

—¿A quién se le ocurre molestar a un médico el domingo? —Protestó ella.

—Estás enferma desde hace tiempo con esa tos tan fea que tienes —Noel se mordió la lengua a pesar de estar delante Pepa.

—Sé cuidarme sola.

—Por la fiebre que tienes en tu cara se puede freír un huevo —él no se callaba.

—Me quedaré más tranquila si te miran, niña. —Pepa que iba detrás la cogió por un hombro.

Una vez llegaron a la consulta particular, un hombre de media estatura, de pelo gris, ojos negros y gafas metálicas redondas, la atendió a conciencia: le tomó la temperatura, mientras le preguntaba por la sintomatología, para que Noel no se entrometiese, le habló de la fatiga tan grande que había notado ese día. La auscultó, luego, le hizo una espirometría.

A Luna le cogió de sorpresa esa pregunta, que la asustó de verdad.

—No, nunca ha fumado —respondió Pepa por ella.

—Pues hay que cortar esto —dijo el médico.

—¿Qué tiene Antonio? —Noel que en todo momento se había mantenido en un segundo plano, dio un paso al frente con las manos metidas en los bolsillos del chándal.

—Bronquitis de manual —sentenció y Luna dejó caer la cabeza hacia delante—, ¿no notabas sibilancias, pitidos?

—A veces, no siempre.

—Ese es uno de los síntomas —le explicó con amabilidad.

—¿Hay que ingresarla? —Pepa estaba muy alarmada. Luna le cogió la mano y Noel le rodeó los hombros con un brazo.

Luna le agradeció aquel gesto con su abuela.

—No lo creo a no ser que empeore. —Los miraba manteniendo el sosiego, para que su abuela no temblase más—. En unos siete días o catorce como mucho...

—¿Catorce?, ¿es una broma? —Luna no daba crédito a lo que decía.

—No, no es broma, en unos catorce días estarás recuperada, si vas a trabajar debes llevar mascarilla, pero por lo que me dijiste tienes malestar generalizado, así que te recomiendo que te quedes en casa.

—No puedo quedarme en casa tanto tiempo —alegó Luna—. Tengo que ir a trabajar.

—Hay que tramitar la baja.

—Me va a dar un soponcio —bufó Luna sin reprimirse.

—¡Calla niña! —le riño Pepa.

—Luna, cuando te des cuenta, todo habrá pasado —la animó el médico sin lograrlo.

«Como usted no es el que se queda en casa es muy fácil decirlo», le respondió entre cansada y enfadada como una niña pequeña a la que estaban dando ganas de irse de fiesta.

—Si después de los catorce días, la tos persiste, es normal, no te asustes, a mucha gente le dura un tiempito antes de curarse del todo, a otros no. —Sacó el taco de recetas—. Te voy a recetar varios medicamentos.

—¡Antibióticos no, me sientan como una patada en el culo! —se apuró en contarle al médico.

—No los necesitas.

Luna lo recordaba todo sentada en la cama como un indio. Tras haber llegado de la consulta de médico se dio una buena ducha y con el vapor del agua caliente, pudo expectorar pero muy poquito. Los huesos le dolían y cada vez que levantaba los brazos para aplicarse el champú o por para aclararse el pelo notaba cada hueso, era como si el esqueleto se asentase con un gran peso. ¡Jamás se había sentido así! Tras salir, se fue directa a la cama, era lo que más necesitaba. Desde allí recuperó el móvil y le escribió a Roy.

Roy, sálvame.

¿Qué?

Tengo bronquitis y debo estar 14 días en casa.

Nena cuídate. Pero que mal
te ha sentado tener novio.

Menudos ánimos, ¿qué voy a hacer?

¿Recuperarte? o.O
No pretenderás irte de fiesta?
Mañana empiezo a trabajar y cuando
la Maru termine con mi uniforme, bajo.

Es cierto!!! Si hay cotilleos cuenta

Te mantendré informado

—Voy a buscar los medicamentos a la farmacia. —Apareció Noel en la puerta de su cuarto.

—Espera. —Luna rebuscó en el bolso para coger la cartera.

—No —Noel puso una mano en las de ella para frenarla.

—Insisto. —Ella siguió sin mirarlo.

—Yo también, —se sentó al borde la cama—. Ya las traigo yo.

—Noel, ya has hecho suficiente, de verdad. —En el fondo, muy en el fondo le estaba agradecida.

—No me importa, Luna, mientras tú estés bien.

—Te invitaré a unas cañas... —enarcó una ceja—, mejor a unos vinitos, tú eres de vino que es más *fisno* —asintió ella, bromeando.

—Para tu información me gusta la cerveza, así que unas cañas están bien.

—Niña, no estás para beber —protestó su abuela.

—Necesitaría un chupito de vodka, a lo mejor, me lo cura todo —repuso Luna que se abrazó a la almohada.

—Lo que necesitas es abrigarte, no ir por ahí enseñando el culo —Pepa no se calló por la forma de vestir de su nieta.

—Tierra, trágame de una maldita vez —hundió la cara en la almohada.

—Vengo ahora. —Noel le frotó la espalda con cariño.

Luna asintió sin decir nada, ¡no podía! Estaba avergonzada tras el comentario de su abuela y notaba las mejillas ardiendo y no a causa de la fiebre, sino porque se habían convertido en dos enormes presas de sangre.

¿Por qué siempre le pasaban esas cosas delante de Noel?!

Noel estaba nervioso, pero no era un nerviosismo normal, se mezclaba con la preocupación y la ansiedad que le producía la salud de Luna. No era capaz de explicarlo con palabras, gritos o puñetazos, debido a que ese remolino de malas emociones, entre las que estaba la pérdida, procedían de lo más hondo de su alma y por eso lo dominaban. Era cierto que con cualquier cosita, se ponía nervioso, sin embargo, siempre había sido capaz de ocultar todos los sentimientos que en ese instante parecían convertirse en un tsunami que quería arramblar con él.

Miró a un lado y a otro de la sala recordando la primera vez que había estado allí, en una situación distendida, en cambio, la situación era otra. Cuando su alma clamaba por Luna, debía mantener una calma que no tenía para no preocupar a Pepa.

—Muchachito, gracias por preocuparte por mi nieta —le dio unos golpecitos en el brazo—, si no fuera por ti estoy segura de que no hubiese ido al médico. —Chasqueó la lengua—. ¿Y si hay que ingresarla? —Ese era el miedo de Pepa.

—Estaré aquí para lo que necesitéis. —Quiso tranquilizarla con una petición pendiendo entre la punta de la lengua y los labios.

—Te lo agradezco, muchachito —asintió Pepa, flaqueando.

—Pepa, puede ser un atrevimiento por mi parte, lo sé, pero, ¿qué te parece si me quedo unos días y te ayudo a cuidarla? Así en el caso que empeore tendré el coche dispuesto para salir en cualquier momento. —Noel sabía a la perfección que le iba a decir que no.

Había sido muy impulsivo en pedirle semejante cosa, cuando era un desconocido que parecía querer invadir el espacio de esa familia, a parte, no había confianza, en un día no se hacía y comprendería una rotunda negación por parte de esa mujer bajita, cuyos ojos, muy similares a los Luna, no lo escrutaban con maldad, sino entre el miedo y el respeto. Por mucho que su espíritu le obligase a quedarse con esas dos mujeres, había una realidad: no era el novio de Luna por mucho que se comportara como tal, aunque si ella se lo permitiese... Se pasó una mano por el pelo en un intento por mostrarse tranquilo sin estarlo.

—¿Quieres cuidar de mi nieta? —lo escudriñó con detenimiento, cual detective.

—Sí —suspiró, no iba a mentirle—. Estoy preocupado. No puedo estar sin ella, la verdad.

Con el silencio de la mujer, Noel comprendió que se podían hacer muchos planes, pero luego, la vida arrastraba a las personas por otros caminos que jamás se hubiese planteado, como a él, ahí plantado delante de una señora en la cual sin quererlo había puesto los sentimientos en sus manos y con el corazón palpitando, comenzó a frotarse los dedos de los pies en el interior de los tenis.

—No seré yo quien me interponga, pero ¿no te afectará en el trabajo? —le preguntó sin acritud

—Te tengo que contar algo que sé que Luna no lo hizo, pero no te enfades con ella.

—¿Qué es?

—Soy el jefe de Luna.

—¡Ah, eso!, ya lo sabía. —Hizo un aspaviento—. Estaba esperando cuál de los dos me lo contaba primero y resulta que tú fuiste más franco que mi nieta.

—No sabíamos cómo decirlo —se encogió de hombros.

—Vente, no hay problema.

—Entonces voy a casa, traigo la maleta y compro los medicamentos.

—Muy bien, te prepararé la habitación de mi hijo y mi nuera, porque la que tenemos libre, es una leonera, entrar, entra de todo, pero salir lo único que lo hace es la tabla de planchar. —Le sonrió un tanto aliviada, era como si saber qué él estuviera allí, la calmase.

—¿Qué estáis hablando? —preguntó Luna desde su habitación—. Os oigo.

—Del tiempo —le dijo Pepa por encima del hombro, negando la cabeza resignada.

—Vengo ahora.

—Cuidado en la carretera —le pidió Pepa.

Noel asintió, Pepa fue la primera persona, después de su propia abuela, que le decía lo mismo. Bajó las escaleras de dos en dos con el corazón tan lleno que temblaba por miedo a que le explotase en el pecho.

A veces solo se requiere de un pequeño arrebató para saber lo que realmente se quiere en la vida.

Y eso fue lo que le ocurrió a Noel en esos instantes en los que parecía no llegar al coche, no obstante, sabía que estaba haciendo lo correcto, tanto era así que su mente se puso de acuerdo con su corazón transformándose en uno.

Al arrancar el coche no dudó y con el manos libres llamó a Sebas para organizarlo todo. A los dos tonos, su amigo descolgó.

—¡Hola!, ¿qué tal?

—Sebas, a partir de mañana te encargas de la empresa —soltó a bocajarro sin pensar siquiera en decirle un «hola», ¿para qué gastar saliva en tonterías cuando se podía abreviar todo?

—¡Joder, menuda tarde de domingo! —exclamó su amigo—. ¿Qué coño dices?

—Ya me has oído.

—¿Cómo es eso de «hacerme cargo»? —Evidente, Sebas era desconocedor de todo.

—Luna tiene bronquitis y voy a cuidarla, vive con su abuela que es mayor y la verdad, está muy preocupada.

Sebas tardó unos segundos en responder y Noel tuvo que mirar el móvil para comprobar que la llamada no se había cortado.

—¡JO-DER! ¡¡¡OLE POR LUNA!!! —gritó eufórico al volver en sí.

—¿Qué tienes? —Sebas le producía más ansiedad.

—Felicitando a tu novia, te ha cambiado en poco tiempo.

—No es cierto. —Negó con la cabeza como si su amigo pudiese verlo.

—Noel, es la primera persona por la que te preocupas tanto.

—Cuando estás enfermo también te ayudo —aquel era un apunte importante, pues nunca dejó

tirado a Sebas.

—Pero soy tu amigo, huevón, no tu novio. ¿Tú te oyes?

Parpadeó varias veces con los ojos clavados en la carretera, claro que era consciente de todo lo que decía y de lo que le había pedido a Pepa, pero tenía, no, debía estar al lado de Luna, no podía verla tan mal, aunque el humor todavía la acompañase. Le empezaron a sudar las manos y el corazón se encabritó en su pecho y no se le ocurrió nada que decirle a su amigo, por primera vez en su vida, puesto que los sentimientos se habían hecho cargo de la situación y no sabía bregar con todas las emociones. Aun así, a él mismo le asombró, como si acabase de recibir una noticia impactante, porque Sebas tenía razón.

—No quiero dejarlas solas, tío. —Reconoció al fin.

—Haces bien, por mi parte contad conmigo para lo que sea, para lo que necesitéis, y por la empresa ni te preocupes, estará en pie cuando regreses.

—Trabajaré desde casa, —apuntilló—, sé que no hay reuniones, ni ninguna firma importante.

—Noel, tranquilo, respira. —La preocupación le estaba apretando el pecho y no le permitía coger aire.

¡Hasta le picaban los ojos de un modo extraño!

—Además, tienes mi firma digital, sabes que puedes utilizarla para lo que requieras, así que, por esa parte está todo bien. Si hay algo importante, estaré conectado y podremos hablar.

—Vale, tú solo debes centrarte en Luna, ella es tu prioridad, del resto me ocupo yo.

—Díselo a Marisa, pero intentad que no salga de ahí —pidió Noel, pensando en lo que Deborah había hecho—. Que no corra por los pasillos.

—El que no vengas, va a despertar alguna que otra pregunta. —Le advirtió Sebas con acierto.

—Pon alguna disculpa.

—De acuerdo.

—Te dejo, que acabo de encontrar una farmacia abierta. —Aparcó en doble fila.

—Venga tío, mantenme informado —le pidió su amigo.

—Sí. —No le permitió a Sebas despedirse, salió disparado.

Tras comprarlos, fue directo a su casa, donde dejó todo manga por hombro, se duchó para sacarse el sudor de la caminata y con la toalla enroscada en las caderas, cogió una bolsa de piel, donde metió mudas, ropa limpia, el pijama, las zapatillas, tenis, dejó los trajes a un lado, neceser todo para pasar los catorce días y no tener que volver a pasar por casa. Le escribo un WhatsApp a Yoli:

Yoli, voy a estar fuera unos días,

encontrarás la casa un poco revuelta,

te aviso para que no te asustes.

Miró la pantalla y el doble *check* azul apareció con rapidez.

Muy bien, Noel, sin problema.

Iré cada día como siempre.

Antes de salir, Noel, cogió un paquete de café que molería todas las mañana para el desayuno, era lo mínimo que podía hacer, para agradecerle la hospitalidad a Pepa y, por si acaso, se llevó

también té e infusiones. No quería quedar de caradura. En ese preciso momento, como si de una señal se tratase, oyó cómo el corazón le latía fuerte en el centro del pecho además de cierto revoloteó en el estómago. Debía controlarse.



Cuando Noel regresó a casa de Luna, con la ansiedad por las nubes y metido en su propio mundo, en la puerta se tropezó con Roy.

—¡Ey!, así que ahora eres mi *vecini-jefe* —Roy señaló maleta con un golpe de cabeza. Noel abrió mucho los ojos—. Tranquilo, me lo contó Pepa, Luna no sabe nada.

—Voy a ayudar a cuidarla —asintió a sus propias palabras.

—Sí que la quieres. —Sonrió amistoso—. ¡Guau!, no me esperaba esto de ti.

—Es lo que debo hacer. —Noel dejó la bolsa de la ropa en el suelo.

—Me alegro de que mi amiga, por fin, haya encontrado un hombre que merece la pena y vele por ella como se merece.

A Noel, aquella referencia a otros supuestos novios le pellizcó las entrañas, pues los celos revolotearon al imaginarse a Luna en brazos de otros, pero nada podía hacer, ella había tenido una vida antes de que él apareciese, al igual que él la había tenido con Deborah, aunque aquello supiera no iba a terminar bien, como al final sucedió. Pero había una diferencia, lo suyo con Luna lo sentía real y, otro impulso tomó las riendas: durante esos días se lo haría saber.

—No lo dudé ni un segundo, tampoco quiero dejar a Pepa sola, está muy preocupada —le contó algo que él ya podía saber.

—Sí, la he visto bastante afectada, y ya me dijo que si venía a verla, pusiera mascarilla.

—Efectivamente.

—Tranquilo, me comunicaré con ella por wass, aunque estoy vacunado de la gripe, siempre lo hago, porque mis padres ya tienen una edad y tal, pero ya veo que a ti no te importa.

Noel, tomó una bocanada de aire, intentando parecer despreocupado y relajado.

—No me contagio.

—¿Cómo?

—Mi sistema inmunitario, no suelo contagiarme y si pillo un catarro dura como mucho veinticuatro, cuarenta y ocho horas. Es raro que me enferme.

—¡Hostias! Eres un X-Men. —Esa comparación de Roy le hizo gracia.

—Conmigo los médicos no ganan un sueldo. —Se rio.

—Iremos hablando, ¿vale? —Roy le dio una palmada en el hombro—. Coge aire y respira hondo —le aconsejó.

Noel asintió.

—Sé que mañana comienzas, si necesitas algo, lo que quieras, díselo a Sebas —le dijo para que supiera que estaba al tanto de todo.

—El tipo que me llamó. —Quiso confirmar Roy.

—Ese mismo, te lo contará todo sobre lo que tienes que hacer y en la recepción...

—Tengo a Pat, ya la conozco.

—¡Ah!, estupendo.

—Gracias por darme trabajo. —Los ojos color canela de Roy se mostraron también agradecidos.

—No se dan.

Se despidieron y Noel empujó la puerta con el hombro, que estaba media abierta.

—Hola —saludó al no ver a nadie.

—Ya estás aquí. —Pepa salió de la habitación del fondo.

—Esto es de la farmacia. —Le dio un paquetito de papel.

—¿Cuánto es? —preguntó Pepa con disposición.

—Nada. —Negó con la cabeza—. Traje esto de casa, —levantó la bolsa—. ¿Tomas café?

—Por las mañanas. —Pepa la cogió.

—Entonces lo moleré todos los días.

—¡Me vas a mal acostumbrar! Pero estrenarás el molinillo que mi hijo nos trajo de América en las últimas Navidades.

—¿Qué haces con esa bolsa? —Luna apareció en la sala descalza y estaba con los brazos cruzados.

—¡Niña, pasa para la cama! —protestó Pepa.

—¿Qué es esto? —Luna no dio el brazo a torcer ni se movió.

—Tu novio se viene unos días para aquí, ¿algo más que saber? —Luna taladró con la mirada a Noel y él percibió la sensación de que ella se las iba a hacer pagar, pero estaba dispuesto—. ¡Se acabó!, —exclamó Pepa al ver que su nieta no tenía intención de regresar a la cama—, el médico te dijo que no te cogiera el frío y ahora vas descalza. —Pepa la fue empujando.

—Noel, estás invadiendo mi casa. —Reaccionó Luna.

—Oye, es mía antes que tuya —le encasquetó Pepa.

Noel las fue siguiendo y dejó la bolsa de la ropa en una esquina.

—Soy copropietaria —asestó Luna.

—Luna, no refunfuñes, aun encima que te quiere. —Noel entró tras ellas—. Me ayudará a aguantarte. —Pepa se giró y lo miró—. Si después de estos días sigues aquí, es para coronarte, porque no sabes lo inaguantable que es cuando enferma.

—Doy mucho por culo —Luna agito la mano en el aire para que él se fuera—. Así que será mejor que te vayas.

Noel por dentro se estaba partiendo de risa, debía disimularlo para no alterar a Luna, pero estaba preciosa con las mejillas arreboladas por ese enfado con él, su rostro ovalado cobraba una intensidad que lo fascinaba, no solo eso, sino que se pasaría toda la vida mirándola, contemplando los cambios que se producía en ella, pues cuando le sonreía su vida cobraba otros colores. Con una tranquilidad, que incluso a él le asombró, se sentó al borde de la cama, le cogió una mano, pese a que Pepa estaba mirando y sin saber muy bien cómo iba a reaccionar Luna, porque con ella nunca se sabía, era una caja de sorpresas, le habló con sinceridad.

—Quiero cuidarte, Luna, no podría estar tranquilo en casa o en la empresa sabiendo que estás

enferma.

—Pero...

—¿Le vas a impedir a tu novio que te cuide? —la interrumpió Pepa, chasqueando la lengua.

—Bueno abuela, eso de novio le viene un poco grande. —Noel se rio por la nariz.

—No he visto a un hombre tan preocupado, de verdad, que niña esta. —Pepa salió de la habitación cabeceando.

Noel esperó a que desapareciera por el pasillo para poder hablar con sinceridad.

—No quiero invadir tu espacio, solo quiero estar a tu lado mientras te recuperas y ayudar en lo que pueda a tu abuela. Está muy nerviosa, Luna, ella también necesita compañía. Creo que puedo ayudar.

«Por favor, no me alejes ahora que he decidido intentar amar», rogó a lo más sagrado y al alma de Luna.

—Solo por esta vez, —Lo apuntó con el dedo índice—. No te acostumbres, Noel «Jamón».

La serenidad con la que Noel estaba afrontando todo, pues creía que era lo mejor que podía hacer ella, estaba contagiando a Luna, que por una vez había dado el brazo a torcer sin discutir. Él no estaba impostando sus sentimientos, como en muchas otras situaciones que vivió a lo largo de su vida, era lo que sucedía cuando la tenía cerca, estar en paz consigo mismo, con el mundo, y experimentó una tranquilidad instantánea cuando acercó sus labios a la mejilla de Luna y sin moverse, tensa, le permitió darle un beso en la mejilla. En ese breve contacto ella relajó todos los músculos.

Noel en ese beso, que podía resultar lo más tonto de mundo, liberó las cadenas de su alma, esas que a veces se le clavaban en el corazón, pues era el único que sabía lo especial que era Luna.

Nadie más lo sabía.

Ni ella.

—¿Te gusta la sopa? —le pregunto Luna por fastidiarlo, sentados a la mesa.

—Sí, claro —afirmó él seguro—. ¿A quién no le gusta la sopa?

—Con lo pijo que eres un plato tan sencillo... No sé, te pega más un mouse de sopa.

—Estás perdiendo la cabeza —musitó su abuela antes de comer un trozo de pan.

—Abuela es que él es tan pijo y la sopa tan sencilla... —Luna señaló al plato, luego a Noel—. No pegan.

—Me gusta, como el cocido y cualquier plato de cuchara —contó él, que disfrutaba de ese manjar, como bien decía Luna, sencillo pero muy bueno.

—Tú dedícate a comer para tomar las pastillas, porque a quien parece que no le gusta es a ti —la regañó su abuela.

—Es que no tengo mucha hambre.

Noel comprobó que ella comía sin ganas y lo suficiente para llenar un poco el estómago y poco más, al haber decidido que tomaría el tratamiento después de cenar. Cuando terminaron, Noel acompañó a Luna hasta la habitación, ella se acostó rendida, como si hubiese hecho una maratón. Su estado le estrujó tanto las entrañas que deseó poderle cambiar el sitio, solo para verla bien, alegre y expresiva, no tan apagada.

—Ahora descansa, ¿vale? —Le acarició el pelo con cadencia.

—No necesito tu compasión. —Cerró los ojos, para volverlos a abrir un poco llorosos.

—No es compasión, Luna, estoy donde quiero estar y con quien quiero estar.

—Delante de mí no finjas.

—Piensa lo que quieras, pero ahora duerme. —Siguió acariciándole el pelo, ella no hizo ningún gesto para separarse o apartarlo.

Noel contempló como poco a poco, y como le había dicho Pepa, los medicamentos le daban sueño. Si se lo permitiesen, firmarían donde fuese para quedarse así al lado de ella toda la vida, ya que mientras la acariciaba, percibió la sensación de que había nacido para estar a su lado, que Luna era esa parte de él que le faltaba. Con una revolución entre el pecho y la boca del estómago, cuando Luna ya respiraba de modo acompasado, se levantó para ir a la sala donde estaba Pepa sentada en su sillón.

—Se ha quedado dormida. —Noel se sentó en el sofá aterciopelado de tres plazas.

—Tú cuando quieras acuéstate —le dijo Pepa con confianza.

—Estaré pendiente, por si necesita algo.

—Muchachito, descansa, también.

—Lo haré —le contó una mentirijilla piadosa, no podría mientras que Luna no mejorase.

—Pues tengo compañero para ver Tobogán. —Pepa entrelazó las manos sobre la bata, pues se había cambiado de ropa.

—¿Tobogán? —A Noel no le sonaba aquel nombre para nada, era cierto que no veía mucho la tele, pero en su memoria no había nada similar con ese nombre—. ¿Es un programa?

—¡No! —exclamó Pepa—, es una película.

—Qué raro, no me suena.

—Sí, hombre, esa de aviones con Tom Cruise —le explicó.

—¡Top Gun! —tradujo el título.

—Claro, Tobogán, hoy dan la nueva, ¿te gusta? —A Noel le dio la impresión de que Pepa disfrutaba de las películas de acción.

—Esa no la vi.

—La vemos juntos.

Después de varias horas tras terminar la película, Noel sonrió con la mirada fija en el bulto que era Luna debajo de las sábanas y no se podía creer cómo había dado con dos mujeres tan singulares. Pero por alguna razón, lo hacían sentirse en casa, no encontraba las palabras para esclarecerlo o entenderlo, era algo extraño al que no podía ponerle nombre. ¡Todo lo que estaba viviendo era nuevo en su vida! Sebas tenía razón, algo dentro de él había cambiado, no supo ni cuándo, ni cómo, ni dónde, pero ahí velando el sueño de Luna a la vez que la tenue luz del astro nocturno se filtraba por entre las cortinas, su alma se lo confirmó: no era el mismo. Desde que Luna había aparecido le había obligado a no quedarse impasible, lo azuzaba para que actuase cada vez que lo atacaba, al reprocharle lo que hacía mal o aquello que le dolía. Ella tenía razón, ya no estaba solo, sino que tenía al lado a una mujer que era un verdadero huracán, espontánea, a la que le importaba una mierda lo que pensaran de ella al decir lo primero que se le pasaba por la cabeza, pero con un lado tierno que estaba dispuesto a descubrir, le costase lo que le costase, porque su corazón estaba dispuesto a ello.

Eran las tres menos cuarto de la madrugada y levantándose, colocó la mano sobre la frente y el analgésico, que le había dado hacía menos de una hora, despertándola con cierto pesar por estar interrumpiendo su sueño, ya le estaba haciendo efecto, la siguiente sería por la mañana. Se dispuso a marcharse, pero una cálida mano se lo impidió.

—No me dejes —le rogó ella con miedo—. No.

—Tranquila. —La cama se hundió un poco al sentarse y, con cuidado, encendió la lamparilla de noche alejándola de la cama para que la luz no le molestase. Al volver los ojos sobre ella, descubrió que estaba dormida, hablando en sueño, sin saber cómo actuar le cubrió la mano con las suyas—. Estoy aquí.

—No me puedes dejar, Noel, tú no puedes dejarme también. —Aquella súplica le cruzó el pecho y salió por la espalda como una lanza.

—Luna no lo haré.

—No quiero que te pase como a él, tú te quedas. —Fue una orden desesperada.

—No va a pasar nada —le susurró, apoyando la frente sobre la sien.

—Quédate conmigo. —De pronto, un leve destello se desprendió de la cortina de sus pestañas,

Noel apreció cómo iba a romper a llorar.

—Estoy aquí preciosa. —Arrimó su mano a la boca y le dio un beso—. Si me lo permites estaré el resto de mis días a tu lado.

—No me dejes sola. —Le volvió a pedir con desesperación.

Noel se sacó las zapatillas, se acostó a su lado para luego acomodarla junto a él. Para su asombro, el cuerpo de Luna más estrecho y pequeño, se acoplaba al suyo a la perfección y aquello, por una vez en la vida, le calentó el corazón alejando las corrientes frías que en más de una ocasión lo recorrían. En un intento por sosegarla, le cantó en bajito una canción de Nickelback, Satellite, que le había vuelto a la cabeza después de muchos años y era el mejor resumen de lo que sentía por ella.

Pero, una duda flotaba a su alrededor, ¿qué había vivido Luna para sentir tanto miedo?

Una parte de él quería despertarla para que le contase a qué venía ese miedo que parecía estremecerla hasta que la abrazó, sin embargo, una vocecilla interior, le recomendó que tuviese paciencia, que algún día ella se lo contaría y lo entendería todo sobre Luna.

«El miedo es normal, tú también lo tienes, por eso no le muestras la verdad de tus sentimientos», habló consigo mismo a la vez que no dejaba de cantar.

Era cierto, le daba miedo su rechazo.

Le daba miedo perderla.

Le daba miedo que se deshiciera entre los dedos y descubrir que todo había sido una mera ilusión, cuando era lo máspreciado que tenía en su vida.

—¡Luna, inhala! —le ordenó Pepa con resignación.

Noel estaba descubriendo que Pepa no se había equivocado al definir a Luna como inaguantable cuando enfermaba, ¡era quedarse corto! En esos cuatro días lo había confirmado con creces. Si se trataba de tomar las pastillas o el jarabe no protestaba, con el inhalador todo cambiaba, se retorció cual culebrilla y se cerraba en banda. No había modo humano o sobrenatural que en esos momentos pudiera intervenir, porque Luna lo rechazaba de todas las formas posibles. Noel se frotó la frente con los dedos para solucionar aquello que se parecía más a una comedia de absurdos que a una superproducción.

—A ver, imagina que es plátano. —Noel le dio una idea con la que Luna abrió tanto la boca que se le veía la campanilla.

Ella reaccionó del modo menos inesperado: cogió el cojín que tenía en la espalda y se lo tiró a la cabeza, aunque gracias a sus reflejos lo pudo coger antes de que le impactara en toda cara y dejase su impronta en él.

—¡Qué cochino! —le gritó escandalizada—. Decir esas guarradas delante de mi abuela, ¡desvergonzado! —lo insultó sin miramientos.

—¡Niña, para quieta! —la amonestó su abuela—. ¿A ti qué te pasa? De verdad, Luna, parece que has desayunado espinacas como Popeye, deja al muchachito en paz.

—Abuela, no lo defiendas, ha dicho una asquerosidad —lo señaló con el dedo apuntador.

—No es cierto. —Noel tiró de las comisuras de los labios hacia abajo.

—Sí, disimula, nos conocemos —Luna desconfiaba de él.

—Chiquilla que es un plátano y ya te he visto comerlo más de una vez —Pepa resopló.

Luna se llevó las manos a las mejillas.

—Pero el cerdo este, no lo dice con esas connotaciones. —Se cruzó de brazos y asintió en dirección de Noel cómo diciéndole: «toma».

—¡Ah, no!, ¿y con cuáles? —La retó a hablar. Noel, que en un principio no sabía a qué se refería Luna, había caído en la cuenta: la connotación sexual.

—Eres un guarro, no se habla así delante de una mujer mayor —arremetió contra él.

—De los dos quién tiene la mente más sucia y calenturienta eres tú, por pensar en cosas que no dije —atacó Noel con una sonrisa que lo delataba.

—Te vas a acordar, Noel Hammond —lo amenazó.

—Te estoy esperando, Luna Placer —Noel entró en su juego de retarse con la mirada y ella fue la primera en apartarla. Noel la miraría todo los días de su vida, aunque de momento en ellos veía el rastro de la fiebre y eso lo hizo aflojar.

—¿Qué aire te ha dado, niña? Dar te dio para coger una bronquitis, pero él te está ayudando a sacarte el miedo con el inhalador.

—Claro, abuela pensando en un plátano. —Frunció los labios—. Entre el inhalador y estas monas me tienen harta.

—¡Maleducada! —la reprendió Pepa.

—Voy a coger miedo a los plátanos —musitó Luna.

—Piensa en una banana. —Le dio otra idea Noel.

—¿Te querrás callar? —Le dirigió una mirada encendida por el enfado.

—¿Querrás inhalar?

—Lo que tenga con el inhalador, no es asunto tuyo.

—Lo que te pasa con el inhalador es asunto de los dos. —Noel señaló a Pepa y a sí mismo, no entendía cómo le podía tener tanto miedo.

—Cuando me cure, este aparato del averno y tú haréis una parábola mortal para salir por la ventana. —Le aseguró antes de un ataque de tos.

—Nos hemos levantado agresivas —apuntilló Noel para llevar la última palabra.

—Cuando te cures juro que le pongo una vela a la Milagrosa. —Pepa estaba harta del comportamiento de Luna.

Noel le hizo un gesto a Pepa por encima de la cabeza de Luna y le guiñó un ojo para que le siguiera la broma.

—Pepa, creo que ya tengo la solución —le dijo muy tranquilo con los brazos cruzados, apostándose al lado de Luna.

—Ni que fueras un fontanero —Luna parecía estar dispuesta a sacarlo de sus casillas.

—A lo mejor es mi profesión oculta.

—Lo que tienes oculto es otra cosa —murmuró.

Noel obvió ese comentario y entrecerró los ojos con malicia.

—Verás, a noche mirando lo del inhalador, vi como algunas personas hacían lo siguiente: tú le sujetas la cabeza, yo le tapo la nariz y así la obligaremos a inhalar —expuso esa horrible teoría.

—¡De eso nada! —Luna se envaró alternando la mirada entre ambos—. Tú a mí no me torturas como la inquisición.

—Muchachito hagámoslo. —Pepa estaba dispuesta a todo.

—¡Abuela! —Con los labios y el ceño fruncidos taladró a Noel con esos bonitos ojos marrones—. ¿Qué has hecho con mi abuela?

—Nada. —Noel acercó las manos a su cara.

—A mí no me tocas. —Luna pegó el cuerpo al cabecero de la cama.

—Lo vamos a hacer si no claudicas —la amenazó Noel.

—Tus manos lejos, ¡eres capaz de asfixiarme!

—Sí que confías en tu novio —le dijo su abuela.

—Muchísimo, antes pongo mi vida en patas de un hipopótamo. —Le lanzó una sonrisa irónica a Noel.

Para él, que ella tuviese ese humor era buena señal y estando enferma como estaba, no había

perdido su encanto. Sin embargo, no se calló.

—Y tú eres más terca que una mula —la acusó.

—Quien fue a hablar, don cabezón. —Esa mujer siempre debía llevar las de ganar, pero eso le daba salsa a su vida, Noel lo sabía, por eso le gustaba Luna, era emocionante estar a su lado.

No obstante, en esa situación se debía imponer él.

—Te voy a tapar la nariz para terminar con todo esto. —Se acercó tanto a ella que pegó las rodillas al colchón.

—Me pones un dedo encima y te arranco la mano a mordiscos. —Lo quiso intimidar con su agresividad mañanera.

—Luna, o inhalas o te juro que te tapo la nariz. —Se puso serio para terminar con toda aquella tontería.

—El muchachito tiene razón, deja de comportarte como una niña —protestó Pepa—. Nada de esto pasaría si te vistieras como te tienes que vestir, en vez de enseñar el culo. Ves un rayito de sol y crees que estamos en verano, cuando aún es abril —su abuela lo soltó todo.

—Abuela, no hacía falta nada de esto —se moría de la vergüenza y fue en contra de Noel—. Esto es por tu culpa Noel Hammond, tú y este aparato sois mi peor pesadilla. —Luna cogió el inhalador de mala gana y cerró los ojos con fuerza. Noel le puso una mano en el hombro, ¡temblaba como una hoja! y él no podía verla sufrir tanto. Para su sorpresa, Luna se la cogió—. Vale, ya está, ya está, ¡arg! Qué sensación más rara.

—Luna, lo necesitas para abrir las vías... —le explicaba cómo siempre Noel.

—Ferrovias, sí, gracias. —Se dejó caer sobre la almohada.

—Te lagrimean los ojos —apuntó Pepa extrañada.

—Es el efecto que él tiene en mí con solo verle el careto. —Lo señaló con el dedo apuntador sin separar la cara de la almohada.

—Déjate de payasadas, bueno, ahora voy a comprar el pan y otras cositas —les informó Pepa dispuesta a salir de la habitación.

—Toca hacer la compra del mes, que la traigan a casa —le recordó Luna a su abuela.

—La podemos hacer por internet —propuso Noel.

—A mi abuela no le gusta. —Noel asintió a aquello.

—¿Se puede hacer? —Quiso saber Pepa.

—Abuela, después del confinamiento la hicimos durante un tiempo, acuérdate.

—¡Ah!, sí, bueno, no pasa nada, muchachito, voy con la Maru. —Le tocó el brazo con cariño.

—Luego, cuando la traigan te ayudo a colocar todo —se ofreció Noel.

—Vaya, ahora Noel Hammond es un amo de casa —lo bromeó Luna.

—Vivo solo y me las apaño, Luna —le respondió sin ningún tono de burla.

—Lo que yo decía, un hombre que se viste por los pies. —Ese comentario lo hizo sonreír—. Vengo ahora. —Pepa se colocó la pañoleta alrededor del cuello—. Me abres tú la puerta, ¿verdad, muchachito?

—Sí —asintió con un parpadeo.

Aquella señora lo había conquistado y habían creado una unión que sin ser su abuela, Noel la

apreciaba como si lo fuera. Cuando se oyó la puerta, Noel miró a Luna, desparramada en la cama.

—Ahora descansa. —Iba a marcharse, pero ella, como aquella noche, le cogió la mano.

—Espera. —Ella lo obligó a quedarse—. Gracias. —El corazón le dio un vuelco a Noel en el pecho, jamás pensaría que ella le pudiera estar agradecida. Desenterró la cara de la almohada y las mejillas las tenía tintadas de un suave color rojo—. Vamos, pregunta por qué, no te calles, cuando está bailando entre tus ojos y la boca.

—¿Por qué?

—Por estar aquí, por estar pendiente de mi abuela, os oigo hablar y tus conversaciones la entretienen —confesó Luna.

Noel se sentó en el suelo.

—Me ha horneado un bizcocho de naranja —soltó con orgullo—. Hace tiempo que nadie me hacía un dulce sin pedirlo.

—¡Ay! —suspiró y se tapó los ojos con un brazo—. Y no huelo nada, ni la comida me tiene sabor, con lo bueno que le sale.

—Te aseguro que está buenísimo.

—Muy amable por restregármelo.

—Estás enferma, Luna, date tiempo, lo peor que podemos hacer cuando estamos así es impacientarnos. Solo tienes que pensar en recuperarte.

—¿Y no tienes miedo de que te contagie?

—No, tengo un sistema inmunitario fuerte, todos te lo dirán, es raro que me contagie.

—Hasta para eso eres afortunado, ¡mecawentodo! —se quejó.

—No protestes. —Ella se giró sobre su brazo derecho y él se puso a jugar con sus dedos—. Pronto volverás a ser la misma Luna de siempre.

—Eso no me consuela y es fácil decirlo, porque no tienes un dolor de cuerpo que te llega a las puntas del pelo —bufó— me duele todo.

Noel la miró y sabía que cada vez que lo hacía la recogía como le gustaría hacer, entre sus brazos, solo conseguía hacerlo por las noches, mientras le cantaba para espantar a los fantasmas del pasado que la aterrorizaban. Apenas era nada, sin embargo, a él le servía para notarla cerca y que le acariciase el espíritu como solo ella sabía hacerlo. Estaba acostumbrado a guardarse todo para sí mismo, por eso no le preguntó si se enteraba lo que hacía, calmarle el alma, al estar prisionera de un dolor tan grande que la hundía y que bajo los efectos de los medicamentos salía para fuera. Pero él estaba ahí, agarrándola para que no se ahogara, aun así, cada noche se rompía al verla sufrir y se prometió que, si ella se lo permitiese, la salvaría de todo mal y recompondría el puzzle de su corazón para que su sonrisa nunca se apagase. Estaba dispuesto a todo.

A todo por ella.

—Es normal, Luna, no estás curada, han pasado cuatro días. —Cuatro días en los que él se había acostumbrado a la vida sencilla de aquella familia. Le metió el pelo por detrás de la oreja—. Mañana viene a verte Antonio y de parte de Sebas, Marisa y Patricia que te recuperes pronto.

—¿Estás en contacto con ellos? —Se asombró por ese hecho.

—Sí, Sebas le pasó mi móvil a Patricia y cada mañana me preguntan por ti, los tienes preocupados.

—Echo de menos ir a la oficina —reconoció—. Nunca me gustó estar postrada en cama.

—Y yo nuestras discusiones.

—Si no te llegan, cuando quieras empezamos a lo *heavy*, ¡lo de hace un rato eran precalentamientos! —exclamó animada, lo que lo hizo reír—. Chatín, dale tiempo a mi cerebro para que no esté cubierto de mocos, entonces te daré lo que te mereces.

Noel echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada. Disfrutaba de sus comentarios, de sus amenazas, sus caprichos sin sentido. «Ojalá pudiéramos estar siempre así, —quería decirle —, con tus dudas infundadas sin sentido, con tus alegrías inesperadas y esa risa que es la canción con la que baila mi corazón», pero sabía que debía amarla en secreto, pues no creía que sus sentimientos fueran correspondidos.

—Te seguiré el ritmo —dijo saliendo de su ensimismamiento, viendo cómo sus dedos finos y su mano estrecha se acomodaban a la suya como un guante.

—No esperaba menos —bostezó.

—Duerme un poco, anda —no le comentó que la noche la pasaba un poco alterada, prefirió guardarlo para él.

Luna cerró los ojos y Noel esperó a que su respiración se acompasara, para irse a la sala donde en la mesa había puesto el Mac. Delante de la pantalla negra, pues esa mañana todavía no lo había encendido, se perdió en la oscuridad, muy similar a la que lo rodeaba hasta la aparición de Luna. Estaba enamorado y no podía decírselo, quizás más adelante, pero al meditarlo, no supo cómo empezó aquello que había originado el contrato y las cláusulas en las que había encorsetado ese gustar que transcendía al amor. «Prohibido enamorarse», había escrito cuando su corazón ya palpitaba por esa mujer que conoció descalza en un ascensor. La había impuesto él como si se tratase de un código civil que había que cumplir a rajatabla, y no podía decírselo a Luna, ella no podía enterarse de las razones que lo empujaron a tomar la decisión de imponer un contrato entre los dos, debía quedar para él y si la tenía que amar en silencio, estaba dispuesto. No obstante, debía ser sincero consigo mismo, estaba rompiendo las cláusulas desde la primera a la última. Sus sentimientos no eran un golpe que uno se daba contra algo, si miraba atrás, donde todo había comenzado, no era capaz de hallar el segundo exacto en que se había enamorado.

—Puede que lleves enamorado mucho más tiempo del que crees. —Razonó consigo mismo en voz alta.

—Soy una masa mocosa, viscosa y no sé si contagio, pero me doy asco a mí misma. —Esa fue la explicación que les dio Luna a Sebas, Marisa, Roy y Patricia, que estaban al otro lado de la pantalla del móvil.

Ya habían pasado nueve días, tras ellos, Noel y ella ya llevaban juntos más de un mes. ¡Menudo mesecito! Le había sentado como una patada en el culo, más que nada porque la bronquitis no se quería marchar; el dolor generalizado del cuerpo había pasado, después de vivir la semana de la marmota: comía, dormía, se duchaba, poco más hacía, mientras su abuela y Noel cuidaban de ella. Al menos, ya sabía lo que era ir de la cama al sofá, donde se acostaba con la cabeza en las piernas de Noel, que le acariciaba el pelo, convirtiendo ese momento en el mejor de todo el día. Poco a poco había conseguido hablar sin fatigarse, aunque las flemas la mataban. Según su abuela: «¡Estás echando la mierda para fuera!».

—Tienes un novio que es una rara especie animal: una mezcla de pastor alemán y dóberman, por eso te escribo, porque teme que me puedas contagiar —le contó Roy un tanto perplejo por la actitud de Noel, algo que no cogía a Luna por sorpresa, pues él mismo se lo había dicho.

—Tienes puesta la vacuna de la gripe, pero parece ser que lo que tengo es un mierdi-virus de los huevos, de verdad —les explicó lo que le había dicho Antonio en su última visita—. Chicos os tengo que contar una cosa. —Luna no podía esperar más para compartir lo que había pasado en el restaurante.

—Y nosotros —añadió Sebas con cierto misterio.

—Primero vosotros —les pidió Luna, así buscaba las fuerzas y la manera de contarles lo que había vivido.

—Has cambiado a Noel, Luna —confesó Sebas con alegría contenida y una mirada de agradecimiento.

—¿Qué? —Se echó a temblar, de repente, tenía frío.

—Es la primera vez que lo veo dejar todo para cuidar a una persona, nunca lo he visto tan preocupado como por ti. —Él asentía a cada palabra que soltaba por la boca, como Marisa.

—Doy fe —asestó Marisa por si quedaba alguna duda—. Deborah ha estado enferma y pasó de ella.

—En cambio contigo no lo dudó por un segundo, quería cuidarte —continuó Sebas.

—Te quiere Lunita, y les doy la razón, este tipo está coladito por tus huesos —Roy había decidido no callarse.

Luna no lo veía tan claro, sobre todo, por el contrato.

—Sí, ya... —dudó ella, aunque su corazón revoloteó de alegría, pues era cierto que estaba siendo muy cariñoso. Si fuera tan frío o insensible no hubiese traído a su médico personal, solo

se importaría él mismo.

Pero en ese tiempo, en las conversaciones normales que habían tenido jamás habían cruzado el límite de lo íntimo y lo personal, por mucho que a ella le gustase lo que estaba viendo de Noel.

—Te digo la verdad, y soy su mejor amigo. —Sebas quiso hacerla entrar en razón, a él no podía ponerlo en duda, de los cuatro era el que más conocía a Noel—. Desde que apareciste en su vida, es el Noel que conocí en la universidad, no el de hace unos años atrás o el de hace unos meses.

Luna se mantuvo en silencio para no meter la pata y que no sospecharan que sus sentimientos por él habían cambiado.

—Bueno, y tú, ¿qué tienes que contar? —Pat estaba ansiosa.

—No sé si sabéis que fuimos a cenar con Deborah... —Luna se fijó en la decoración del fondo que no le resultaba familiar— ¿dónde estáis? —les preguntó.

—Estamos en mi despacho y tengo la puerta cerrada, así que nadie nos oirá. —Sebas ya estaba intrigado.

—Y sí, sabemos la cena con Deborah y su novio —quería aligerar las cosas Patricia, mientras que los otros estaban pendientes de lo que iba a decir.

—Bueno, pues en un momento fui al baño y mientras estaba allí, aparecieron Deborah con Melisa.

—¿Melisa también fue con vosotros? —Marisa frunció el ceño.

—No, era una cena de cuatro, y todavía no me explico de dónde salió, porque no la vi en el restaurante. —Todavía esa parte escapaba de la comprensión de Luna.

—A ver Lunita, sé que los mocos te pueden obturar el cerebro que tienes, pero no veo el cotilleo. —Le restó importancia Roy.

Luna apretó las muelas por esa intromisión de su amigo y su versión tocapelotas se activó para sacarle la razón a Roy:

—¡Se masturbaron! —exclamó en bajo.

—Grita un poco más —le pidió Marisa—. Con esa voccecita me haces sentir más vieja que mi madre.

Luna carraspeó para aclarar la voz y tragó para correr una puta flema.

—¡Se masturbaron! Melisa le hizo un cunnilingus y Deborah a ella un dedo, ¿ahora los habéis escuchado? —Les confesó a toda pastilla, mirando hacia la puerta por si aparecía Noel.

Las exclamaciones no se hicieron esperar.

—¿Le pone los cuernos a Eduardo con Melisa?, ¿y a Noel se lo hizo también? —aquellas preguntas que se hizo Patricia, en un intento de encajar todas las piezas, eran las mismas que le surgían a Luna cuando meditaba aquella situación.

—¡Sabía que estaban juntas! —Chasqueo los dedos Sebas nervioso.

Patricia le dio un empujón demasiado cariñoso para Luna, entrecerró los ojos con una sombra de sospecha.

—Ya puedes empezar a hablar —Patricia lo amenazó con ojitos de damisela enamorada.

«Entre estos dos hay tema que te quema», se dijo a sí misma.

—O te clavo tu propio boli en el cuello —Roy remató la frase de Patricia.

Marisa en cambio estaba blanca como una hoja de papel.

—Veréis, —Sebas se reclinó en la silla—, un día, cuando Deborah y Noel aún estaban juntos, resulta que pasé por delante del despacho de Deborah y oí lo que me sonaron unos gemidos. Lo primero que pensé era que estaba viendo algo, porque Noel no es el típico hombre que lo haría en la empresa, es demasiado pudoroso para eso, y al estar la puerta entreabierta...

—Cotilleaste —Roy estaba emocionado.

—Exacto y Deborah estaba sentada en la mesa y Melisa, a la que reconocí por el pelo, tenía la cara metida entre sus piernas —terminó su relato con los ojos tapados con una mano.

—¿Se lo dijiste a Noel? —Quiso saber Luna.

—Sí —suspiró Sebas.

—Esto es ser un buen colega —afirmó Roy de acuerdo con la decisión que había tomado Sebas.

—Pero, no como lo creéis, —todos permanecieron en silencio—. Se lo comenté una noche que salimos y cogimos un cebollón criminal, porque en situación normal no sabía cómo sacar un tema tan delicado y a la vez tan escabroso.

—¡Esas cosas no se dicen cuando tu amigo está borracho! —lo regaña Patricia con demasiado cariño.

«Entre estos dos hay algo, nota mental: preguntar a Noel», se apuntó Luna.

—Patricia, es lo mismo que me pasa a mí, no sé cómo decírselo, ¿vale? Puede que le moleste o incluso, aunque no la quiera, saber que le ha puesto los cuernos con una mujer no es sencillo de asumir. Es que no me atrevo. —Luna comprendía muy bien a Sebas, ¡estaban en la misma situación!

—No sé si se acuerda, aunque de algo se enteró, porque al principio, cuando terminé de contarle todo, se quedó callado y luego soltó: «¿has dicho que a Deborah le gustan las almejas peludas?».

Luna se quedó de piedra.

—¿Noel hizo esa pregunta? —Parpadeó varias veces—: No me lo imagino diciendo eso. —Esas palabras no eran muy maleducadas para él.

—Estaba borracho —apuntó Roy.

—A esta le gusta el salpicón —soltó Marisa entre risas que los hizo reír a todos.

—Pues vaya desgraciada, poner los cuernos al hombre que se supone que te gustaba con una mujer —meditó Patricia en voz alta—. Es que Deborah está demostrando que no es feliz.

—Lo es a su manera —le respondió Roy—, lo que no entiendo es ¿qué necesidad hay de esconder que te gustan las mujeres? —lanzó la pregunta—. Estamos en el siglo veintiuno, aunque seas bisexual, no te escondas, dilo.

—Ahora me siento mejor, porque tenía que hablar con alguien, es una carga muy pesada —suspiró Luna—. Sé que se lo tengo que decir, aunque es difícil.

—Pues tenemos que buscar otras evidencias —dijo Pat—, si encontramos alguna muestra, cuando vuelva a montarle alguna escenita de celos a Noel, por estar contigo, se lo

encasquetamos.

—Está muy celosa —esclareció Sebas, agitando el dedo índice delante de la pantalla. A Luna no le contaba nada nuevo—. No soporta la idea de que esté cuidándote.

—¡Dios!, se nota que es Devórame otra vez, y le pega que ni pintado, tuviste un buen acierto en bautizarla así, Luna —Pat alzó el dedo pulgar.

—Oye, guapa, no le echas flores a mi amigui, que fue este que está aquí, el que viste y calza, quien la bautizó con esa canción, no fue mi Lunita —corrigió la situación Roy.

—Es cierto —reconoció Luna.

—Muy bien hecho —Patricia le dio unos golpecitos en la espalda.

—¡Luna! —la llamó Noel antes de oír sus pasos por el pasillo.

—Os dejo, que viene Noel, besitos, besitos a todos. —Colgó la llamada.

Noel apareció en la puerta.

—¿Qué pasa? —Agitó la cabeza desconcertada, porque traía el móvil en la mano.

—Acabo de leer una noticia que me ha asombrado. —Contemplaba la pantalla un tanto serio.

—¿Cuál?

—La Nueva Cañada, el famoso restaurante de Boadilla del Monte, sufrió una inundación por la rotura de un váter —leyó Noel en voz alta.

Nada más oírlo, Luna reaccionó en cuestión de segundos arrodillándose en la cama.

—¿No aparecerá por ahí mi nombre? —Era lo único que le preocupaba.

—Reconoces abiertamente que has roto un váter —Noel abrió la boca de un modo anti-sexy—. Has roto un váter —repitió mentalizándose de eso.

—Bueno, tanto...

—¿Qué es eso de que has roto un váter? —Su abuela, que para su edad tenía muy buen oído, apareció con el delantal y trapo en mano—. Ahora mi nieta va rompiendo váteres por ahí.

—Abuela, lo puedo explicar...

—Lo pagas tú, —la interrumpió de nuevo Pepa—, a mí no me líes con tus tonterías.

—Pepa, tranquila, el nombre de tu nieta no aparece —le aseguró Noel en un intento por tranquilizarla.

—¡Qué bien! —suspiró Luna con una mano en el pecho.

—Lo que hay que oír —mascullaba Pepa de regreso a la cocina—. Romper un vate...

—No, no, no lo rompí, hay muchos matices de por medio. —Se quiso defender.

Noel se cruzó de brazos con un hombro apoyado en el quicio de la puerta y un tobillo cruzado sobre el otro.

—Pues explícate. —Esperaba una explicación por su parte.

—Vamos a ver, no tengo la fuerza de Sansón en las cachas, ¿vale?

—Quién lo diría.

—El váter ya se movía —deslizó la mano derecha en el aire.

—¿Y cómo terminó desencajado y con la tubería fuera? —la interrogó Noel que, nada más decirlo, se frotó los ojos con dos dedos como si no se lo creyera.

—Muy sencillo, me tuve que subir a la taza y cuando quise darme cuenta, colgaba de la puerta

como una salchicha —lo resumió todo Luna.

—¡Ahora la puerta también! —exclamó su abuela—, ¿es que has roto el mobiliario entero?

—No hagas caso —le dijo a Noel—, no rompí nada, se rompió solo. —Luna se calló lo de Melisa y Deborah, además de estropear sus zapatos de Christo Laputín, lo que más le dolió.

—Por eso me sacaste tan rápido y vinieron los bomberos. —Noel se acordaba de todo.

Luna lo estudió con atención, no estaba enfadado, su rostro tranquilo así lo mostraba, pero en el fondo, aunque al principio no se enterase de mucho, luego, ataba cabos de una manera muy sibilina y demasiado fina, además de tener un pedazo de memoria abismal.

—¡Eh! —alzó las manos—, había más gente, no estábamos los cuatro solos, te lo recuerdo, a lo mejor alguien prendió fuego a la techumbre vegetal.

—No salía humo, Luna.

—¡Ay!, es cierto. —Movié los ojos hacia los lados, no tenía escapatoria.

Noel se sentó a su lado y la cama bajo su peso se hundió un poco.

—Voy un momento a casa de la Maru, vengo ahora. —Los aviso a pleno pulmón Pepa.

—Está bien, abuela. —Noel inclinó la cabeza hacia abajo y tres surcos se le formaron en la frente, Luna sabía que estaba pensando algo, quizás la mayor tontería—. ¿Qué pasa? —Quería saber.

—Pasado mañana me iré —le dijo con voz queda—. Ya estás mejor y no quiero ser un incordio.

—No han pasado los 14 días —soltó ella lo más rápido que pudo, aquello la puso nerviosa, quería verlo todos los días, al despertar y al dormir. No podía irse todavía.

—Luna, debo hacerlo, pero vendré todos los días a cenar, si me invitas.

Ella tragó saliva para aflojar el nudo que se le había formado alrededor de la garganta que parecía querer ahorcarla, ¿tan pronto habían pasado los días?, ¿no había modo de parar el tiempo? Se fijó en la media luna que las líneas de su rostro creaban y en las que se perdía, mientras en su mente lo dibujaba. Aquel hombre que quería darse a la fuga, era el culpable de provocar aquella revolución en el corazón, pero no podía pararlo. O simplemente no sabía cómo decir: «¡Quédate!», el grito que su alma clamaba.

—Estás invitado siempre que quieras, pero no tienes que irte —insistió ella que comenzó a jugar con el borde de la sábana.

—Si no lo hago ahora, no lo haré nunca. —Luna advirtió que le costaba mirarla—. Me acostumbré aún más a tu presencia. —Esa declaración le paró el corazón a Luna y sin palabras dejó que continuara—: Tú llenas los espacios vacíos de mi vida y las corrientes gélidas que rodean mi corazón desaparecen cuando estás cerca. —Se encogió de hombros.

Ella movida por un impulso, que salió de lo más profundo de su ser, le acarició la mejilla y en cuanto él giró el rostro, le dio un dulce beso en la boca sin importarle lo que él pudiera pensar. Luego, le acarició el pómulos con la punta de la nariz.

—Gracias por estar a mi lado —le susurró para que se quedase entre ellos.

—Cualquiera la haría —se restó importancia.

—No, eso no es verdad, solo tú puedes hacer algo así. —Él asintió, mirándola con ternura y un

brillo de deseo, antes de que sus ojos verdes se posaran sobre los labios de Luna—. Hazlo —le ordenó sin aliento.

Él le cogió la nuca, se detuvo unos segundos para saborear la dulzura de su rostro, luego la besó. Sus labios firmes se abrieron sobre los de ella, que le respondió sin dudarle y Luna se perdió en el candor húmedo que desprendía su boca y que provocó que una espiral apretada de lujuria de bordes duros se retorciera en su bajo vientre. La besó como si conociera cada parte secreta de ella, exactamente como lo había imaginado, un beso hambriento y delicioso que llevaba palpitando desde que habían empezado con la tontería del contrato. El aire a su alrededor crepitó con un poder sobrenatural, misterioso, como si estuviera escrito en las estrellas y ellos dos fueran los peones del destino. Un fuego ardiente se encendió en la parte inferior de su vientre cuando sus lenguas bailaban en una seductora y amorosa danza que la dejó con un hormigueo por todas partes en cuanto Noel profundizó ese beso sin permitirle un momento para recuperar el aliento, como si no pudiera sobrevivir otra mañana sin besarla. Eso le gusto, le mostraba con sus labios que no había nadie más, nadie ni nada que se interpusiera entre ellos.

Su sabor, su calidez, su fuerza abrazándola. Ese era Noel.

Poco a poco, él fue rompiendo el beso, tirando un poco de su labio inferior y se sintió vacía de pronto.

—No sabes cuánto tiempo llevo deseándolo —habló él sobre sus labios.

—Y yo que lo hicieras. —Sonrió tímida, hacía años que no besaba a un hombre.

—No te molestó —dijo él con asombro.

—Creo que no y, desde luego, buscamos el mejor momento, vaya pinta que tengo.

Noel le rodeó el rostro con las manos, cuya calidez se filtró por los poros de su piel, calmándola.

—Estás más bonita que nunca.

Él volvió a besarla.

Esa misma noche, Luna estaba tumbada en el sofá con la cabeza apoyada en las piernas de Noel, que le acariciaba el pelo y eso la sosegaba como nunca nadie lo había conseguido. Jamás se hubiese imaginado que él lograría algo así, era un gesto simple, casi sin importancia, pero que para ella era un paraíso lleno de luz, color, un mundo donde la felicidad se respiraba y le tocaba el corazón. Era una sensación extraña estar así con él, aquello no era fingido por el contrato, transcendía todo aquello; traspasaba sus pieles; era como si dos almas gemelas se hubiesen encontrado después de una eternidad separadas y la una cuidase de la otra sin pedir nada a cambio, pues eso mismo era lo que hacía Noel, cuidarla en silencio, sin pedir nada de vuelta.

No estaba acostumbrada a ese Noel cariñoso, atento, y le gustaba demasiado, tanto como para desear estar mil vidas así con él.

Tras ese beso, que se habían dado y que a sus espíritus no cogió de sorpresa, pues parecía que llevaba latiendo entre sus bocas desde antiguo, llegaron algunos otros furtivos que se dieron a escondidas como dos adolescentes, y con él perdió el miedo de abrir sus sentimientos así como la pena que le daba que Noel se marchara, de la cual no lo había hecho partícipe. Aunque renegara de él, se había acostumbrado a su presencia, saber que la vida volvería a la rutina de siempre en parte la enfadaba, ¿porque no se podía quedar?

«Creo que estoy colgada por ti, pero me da miedo que me dejes», Luna temía caer de nuevo en los antros más oscuros de la tristeza y sabía que no lo soportaría, tras descubrir que entre Noel y ella había germinado la semilla de amor. ¡Ese fue el porrazo más inesperado!

El amor se atropellaba por ese miedo.

Ese miedo quedaba disipado a través de los sabrosos besos de Noel.

De pronto, unas campanillas sonaron y él se removió para sacar el móvil del bolsillo del chándal. Luna se irguió para dejarlo levantar.

—Disculpad. —Descolgó—. Dime, Sebas.

Luna, de inmediato, dejó de oír la tele, miró y vio el símbolo del mute. La mandíbula casi se le desplomó al suelo, ¡su abuela utilizando el mute! ¡ALUCINABA EN PEPINILLOS!

—Abuela, le has quitado el sonido. —Hecho nada frecuente en ella, de ahí el asombro de Luna.

—El muchachito tiene que trabajar —le respondió Pepa tan tranquila, como si fuese lo correcto.

—¡Hay que joderse! —exclamó Luna molesta.

—Niña esa boca — la amonestó Pepa.

Luna dobló las piernas como un indio.

—A él sí, pero cuando hablo con Roy la subes, porque no te dejo oír. ¡Muy bonito abuela! — Se cruzó de brazos, ofendida.

—Él está trabajando y tú y Roy no tenéis nada de lo que hablar.

—No lo sabes, abuela, esto es una discriminación. —Luna no se calló.

—Ponte en huelga general —asintió Pepa que no separaba la vista de tele como si entendiera lo que sucedía sin necesidad de oír.

—Que sepas que me parece fatal, ¡no hay derecho!

En el momento que Noel terminó de hablar y Pepa subió el volumen, ¡Luna no se lo podía creer!

—¿Qué le has hecho a mi abuela? —lo interrogó Luna.

—Nada. —Frunció el ceño sin comprender lo que sucedía entre ellas.

—Devuélvemela y cómprate una, gracias —le exigió.

—Ya tuve abuelas —le dijo, extrañado.

—No seas tonta niña, el muchachito trabaja y es serio. —Pepa describió la importancia de lo que hacía Noel.

—El muchachito del que hablas peina pelos en el sobaco —le recordó Luna que empezaba a enfadarse. Para terminar con ese tema de «Cómo embaucar a una abuela para expertos», lo que había hecho Noel delante de sus narices, se interesó por la llamada—: ¿qué te contó Sebas?

—Mañana, después de comer, me tengo que ir, porque el martes salgo para Galicia —las informó Noel, sentándose de nuevo.

—¡Llévatela! —le dijo Pepa de modo espontáneo.

—Abuela, va por negocios, no es un viaje de placer —le explicó la diferencia.

—¿Y qué? —respondió Pepa a la gallega, con una pregunta—. Es tu novio, te puede llevar.

—No abuela, no puedo, no estoy repuesta. —¿Qué mosca le había picado a esa mujer?

—Para lo que te conviene no estás enferma, para protestar sí —le asestó su abuela—. Puedes ir con él, no veo el inconveniente.

—Que no, abuela y no insistas.

—Luna, tu abuela en parte tiene razón —intervino Noel, que había permanecido en silencio.

—¿Qué dices? Ya empiezas tú también, veo que os lleváis a las mil maravillas. —Alternó la mirada entre ellos, ni que se pusieran de acuerdo para llevarle la contraria.

—Eres mi ayudante, puedes venir. —Noel no se había olvidado de su situación laboral.

—¡Ves! Más a mi favor, ve con él y así el muchachito no paga hotel, abrís la casa y la aireáis un poco —les planificó Pepa el viaje.

—Me estas echando —leyó Luna las intenciones de su abuela con un ceja enarcada.

—Ahora que lo dices, necesito unas vacaciones después de esta bronquitis —asintió firme.

—No me importa que vengas, al contrario, me gustaría —habló con sinceridad Noel.

—Anímate, niña, y aprovecha, así te llevas esa cazadora de borreguillo naranja que no has estrenado. —Lo de su abuela no tenía fin.

—¿Me estás preparando la maleta? —Aquello pasaba de castaño a castaño oscuro en un abrir y cerrar de ojos.

—Sí —no dudó Pepa en afirmarlo.

—Muy bonito, abuela, te estás deshaciendo de mí.

—Yo no, te estoy animando y el muchachito también, mira que carita de felicidad tiene. — Luna al mirarlo tenía una sonrisa bobalicona—. Mirad qué bien, un viajecito os irá de gloria y tú te recuperarás en Galicia. ¡Vendrás nueva!



Tumbados en la cama de Luna, no paraban de besarse. Noel le mordisqueó el labio superior antes de romper el beso, le dio tanto gusto a ella que se le escapó un pequeño gemido, debido a que la había besado con tal ansia ardiente que no se parecía a nada que ella hubiera experimentado en el pasado.

—¡Shhh...! —le mandó callar—. Tu abuela puede escucharnos.

—Está durmiendo. —Luna se giró y miró el despertador—. A estas horas se puede caer el mundo que a mi abuela nadie la despierta.

—Da igual —la riñó, pellizcándole el pómulo. Luna se levantó para asombro de Noel—. ¿A dónde vas? —Se apoyó sobre los codos.

Ella desapareció en el pasillo, al regresar cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido y caminaba sobre las puntas de sus pies.

—Está roque, no se entera de nada —lo informó de la situación.

—Pero no hagas ruido —insistió él.

Luna alzó las cejas.

—Pareces un adolescente que está cometiendo la mayor travesura que haya hecho en su vida. —Se rio de él.

—No quiero que piense que me beneficio a su nieta estando en su casa.

—Bueno, más o menos es lo que pasa.

—No es cierto, solo te beso, nada más.

—Lo que yo decía, un calienta bragas.

—Oye un respeto —se tensó por esa acusación.

—No me tocas.

—Por supuesto que me muero por tocarte, pero no con tu abuela al lado —le explicó lo que le echaba hacia atrás—. Le tengo respeto a la casa y a ella.

—Eres pudoroso. —Luna descubrió que Sebas tenía razón, por lo tanto, podría decir la verdad que Noel había cambiado estando con ella, ¿podría ser?

—Sí, lo soy, quiero estar a solas contigo cuando pase lo que tenga pasar.

—Acostarnos. —Le dio un beso en la punta de la nariz. Lo cogió del brazo para que se girara y así quedar frente a frente—. Nunca pensé que llegaríamos a estar así.

—Ni yo. —Ella le acarició la mejilla pasando la yema del pulgar por la ojera—. Pero te aseguro que si tu abuela no estuviera, los botones habrían saltado, los zapatos habrían volado junto con la ropa.

—¡Vaya, qué descriptivo! Te veo escribiendo novela erótica. —Se rio por lo bajito.

—No me van ese tipo de lecturas, me gusta llevarlo a cabo. —Le colocó un brazo en la cintura.

—Espero que no seas el típico que la fuerza se le va por la boca. —Él negó con la cabeza por ese comentario.

—Pararía las agujas del tiempo para estar así el resto de mi vida, respirando tu aroma, que me volvió loco desde principio, abrazarte sabiendo que estás bien, —parpadeó con cadencia y Luna volvió a notar como sus pestañas le regalaban esas caricias que tenía miedo a dar—. Me perdería en tus besos hasta el fin de mis días.

Ella admiró la luna reflejada en sus ojos y se enamoró más y su alma brincó alegre al saber que pasarían unos días solos en Galicia, sin nadie, sin interferencias.

—Sabes, es la primera vez que hago un viaje de negocios con una pareja.

Nada más oírlo decir eso, la realidad volvió a ella, era su novia falsa, ¿hasta qué punto se podría revertir eso? No hizo ningún comentario al respecto, prefirió dejarlo estar.

—Nunca fuiste con Deborah. —aquel nombre se le atragantó un poco.

—No, no me acompañó a nada —aseguró llevándose la mano a sus labios—. Nunca la quise, ya te lo dije alguna vez, tampoco la quería cerca. No sé, era como si una parte de mí rechazara todo eso.

Luna bajó los ojos y sonrió tímida.

—¿Qué tienes?

—Me acabo de acordar, que entre tú y yo sin haber nada, hay muchas primeras veces.

—Y no me arrepiento, —esa confesión la puso colorada—. ¿Qué?

—Es que es raro, no sé, hemos estado mucho tiempo juntos y todo esto, estar así contigo, me siento...

—Extraña, pero al mismo tiempo sabes qué es lo correcto.

—Sí.

—Estamos en el mismo punto. —Le metió el pelo por detrás de la oreja, a la vez que con la yema de los dedos le delineó la línea de su rostro como si quisiera grabarlas—. Y me gusta.

—¿Te gusta? —Alzó las cejas.

—Sí, porque siempre, en todo momento, en cada minuto que pasa, en cada uno de mis silencios estás tú. —Ella bajó la cabeza escondiendo el rostro en su pecho y respirando ese aroma fresco con el que ya no podía vivir—. Ahora te avergüenza estar conmigo.

—Un poco —dijo con la voz amortiguada.

—Vaya, te he dejado sin palabras. —Ella asintió con la cabeza—. No quiero que te calles, quiero oírte, oír tus dudas, tus alegrías inmotivadas, las angustias que llegan en el peor momento o los gritos que me merezco.

—No te los mereces. —Poco a poco subió los ojos hasta que tropezó con esas dos esmeraldas que la recogían con un amor infinito que le daba miedo experimentar.

—Prefiero oírte gritar, que sé que te he producido algún tipo de sentimiento, que luchar contra ese silencio tuyo que no sé cómo interpretar. —Le dio un beso en medio de las cejas—. Lo que sé es que eres la única mujer que con tus labios tranquilizas mi espíritu.

Noel selló esas palabras con un beso en el que sus almas quedaron enredadas para siempre.

Ninguno pronunció «te quiero», pero ya lo habían confesado, aunque comprendieron una

verdad indisoluble: *por mucho tiempo que se tarde, cada uno tiene una única persona especial.*
Porque solo hay un verdadero amor.

«Llevad ropa de abrigo, que en estas fechas puede que haga sol y a eso del mediodía os llueve a cántaros, a veces, ni las previsiones aciertan con el tiempo», les aconsejó Pepa para que lo tuviesen en cuenta a la hora de hacer la maleta y, sobre todo, para Luna hubo muchos «por si acaso», para incluir un chubasquero o la gabardina o chaquetas. Pero nada de eso importaba con el hecho que Noel y ella iban a pasar unos cuantos días solos y podría enseñarle sus rincones más especiales, aquellos donde se podía relajar como disfrutar del silencio. Eso le dio tal chute de energía que lo malo de la bronquitis quedó en un segundo plano, como el hecho de que llevaba bolsas de la compra, pues Pepa se había empeñado en que llevasen algo de casa para que no tuvieran que hacer una compra muy grande.

Noel, que había pasado la noche en su casa para poder hacer la maleta, iba muy ligero de equipaje, una maleta de mano y dos portatrajés, nada más, en cambio ella una maleta grande y otra de mano.

—¿Dos maletas? —preguntó él extrañado, colocándolas en el maletero—, ¿has traído la casa entera?

—No preguntes —bufó Luna que entró de inmediato en el coche.

—¿Por?

Luna esperó a que Noel se montase para responderle:

—Llevamos comida incluida.

—¿Qué? —Frunció el ceño arrancando el coche.

—Mi abuela nos trae algunos productos para que solo tengamos que comprar lo esencial. No sé, creo que tiene miedo de que pasemos hambre o cree que nos vamos a la guerra, no estoy dentro de su cabeza.

—Entonces si es cosa de Pepa está bien —dijo Noel con una sonrisa.

—Si lo hago yo no.

—Te llamaría exagerada.

—¡¡¡Tendrás jeta!!!, pues te informo que en la maleta de mano van zapatos y las bolsas de mi abuela —le informó.

—¿Necesitas tantos zapatos? la miró con una ceja enarcada.

—Ya oíste a mi abuela: «por si acaso».

—Nos vamos cuatro días no un mes —apuntó Noel un tanto asombrado.

—Fue hablar el hombre de los zapatos de charol.

—No tengo zapatos de charol —meditó él en voz alta.

—Ya claro, y ahora me chupo el dedo —le contestó fastidiada por esa respuesta.

—Te lo digo en serio, no tengo.

—El día que nos conocimos...

—Cuando ibas descalza. —Luna no dijo nada, el corazón le iba a mil por hora, ¿se acordaba!

—Sí, ese mismo. —Le costó unos segundos continuar.

—Nunca lo olvidaré —Le regaló una sonrisa que era un delito en sí misma, habría que definirla como: «quemar-rompecorazones» con la que su rostro rejuvenecía años, como si hiciera algún tipo de pacto oscuro con la belleza de su rostro, que consiguió alejarla de la realidad y dejarla sin aire.

—Ese día tenías unos zapatos acharolados y no me digas que no.

—No —negó con contundencia.

—¡Oh, qué feo Noel «jamón»!, ¡¡¡qué feo!!! Me estas mintiendo en todo el careto.

—Los zapatos de los que hablas, son de piel, y para tu información, los he traído.

—¡POR. FAVOR! Me voy a arrancar los ojos, brillan más que un diamante. —Estiró los brazos hacia delante—. ¡Son muy horteras! —Volvió a exclamar sin reprimirse en sus calificaciones.

—Todos somos horteros, Luna, —afirmó exponiendo su parecer sobre el extraño caso de los zapatos de charol—, por unas cosas o por otras, lo somos, porque todo está en el gusto de la persona. Tú, por ejemplo.

—¡Oye, relaja la raja!, no soy hortera.

—No te he llamado hortera, pero eres muy valiente en juntar un vaquero rojo, con una camiseta verde y una cazadora naranja, esta combinación hay a mucha gente que no le gusta, pero no por eso eres hortera.

—Y tú eres un hortero que viste de Hugo Boss y llevas zapatos de charol —se la devolvió. Escondió las manos dentro de las mangas de la cazadora de borreguillo.

—Son de piel —repitió lo que había dicho en su momento Patricia. ¡Los había comprado a todos!

—Ahora a todo se le llama piel —musito por lo bajo y Noel se rio.

Sus carcajadas hicieron que el alma le brincase de felicidad, en tan poco tiempo las había echado de menos, pues al marcharse Luna percibió como si su casa se hubiese quedado vacía o le faltase algo, un pedazo de esencia que Noel se hubiese llevado con él. Pero allí, en el coche, la felicidad asomaba traviesa a través de sus ojos, volvían a estar juntos y eso la colmaba. Se había acostumbrado a él de un modo que no era capaz de comprender, sin él saberlo le reportaba una tranquilidad y una seguridad que nadie le había dado, disfrutaba de lo que un día rehuyó, de miradas, de besos a escondidas, de caricias que decían más de lo que se podía percibir desde fuera, de sonrisas tímidas que detrás de las cuales se hallaba ese «te quiero» que no se atrevan a decir y que parecía la meta a conseguir.

Luna colocó la mano encima de la de él, que estaba en la palanca de cambios.

—Te eché de menos —confesó y había sido agradable darle voz a los sentimientos sin miedo después de tanto tiempo.

A sus treinta comprendió al fin, tras un camino duro en la vida, que el amor se componía de esas frases directas que calaban en lo más hondo de una persona cuando se hablaba desde el

corazón, también de gotas minúsculas formadas por gestos que sustituían a las palabras cuando estas fallaban y que transmitían mucho más.

—Yo también, preciosa. —Le besó los nudillos—. Ojalá pudiera parar y besarte. —Noel no se cortó.

—¡Ay, Dios, qué vergüenza! —Se llevó la mano libre a la mejilla.

—¿Por? —Entornó un poco los ojos hacia ella.

—No me acostumbro a que me digas estas cosas. —Se abanicó.

—Acostúmbrate, —los dos giraron el rostro a la vez—, te las diré, aunque me digas vasta. No voy a callarme, Luna.

—No quiero que lo hagas. —Apoyó la cabeza en el cabezal del asiento, completamente enamorada.

Noel parpadeó con los ojos fijos en sus labios y sus pestañas sustituyeron a su boca. Fue el beso silencioso más dulce que había percibido jamás.

Continuaron en un mutismo cómodo, con alguna que otra conversación que lo rompía y con la que se echaban unas risas, hasta que a mitad del camino pararon a desayunar en un área de servicio, por eso habían salido tan temprano. Para ella resultó maravilloso, pues tomó uno de sus desayunos favoritos.

—Te has comido de una sentada siete churros. —Noel estaba anonadado.

—Cogerían más, te lo aseguro. —Luna se limpió con una servilleta.

—Te creo. —Miró el plato vacío.

—Desde niña este es mi desayuno favorito, pero he descubierto otro.

—¿Cuál? —Se interesó él con toda su atención puesta en ella como si fuese a relatarle su fantasía más oculta.

—Tus tostadas. —Noel se rio por la nariz—. No te rías, tuestas el pan como me gusta, en su punto y contigo descubrí que una tostada ya no es tan sosa.

—Del tuyo me quedo con la taza del chocolate —la apuntó con uno de esos dedos largos.

—A Noel Hammond le gusta el sustituto del sexo. —Aquello era mejor que una exclusiva del Hola—. ¡No me lo creo!

—Sí, me encanta el chocolate.

—Ahora dirás el puro.

—No, no lo soporto, chocolate con leche, el puro es demasiado amargo. Todo para Sebas. —Hizo un gesto con la mano como si lo tirase.

—A mí me gusta el blanco y el con leche. —Ella apoyó el codo en la mesa y hundió la mejilla en el interior de la palma—. Cuéntale a Luna, ¿por qué no pediste una taza de chocolate caliente?

—Me adormece —esa respuesta no era la que esperaba.

Su cara se encogió en una mueca de horror.

—¿Te adormece? Pero si he sido testigo de que no duermes, entras en coma profundo. —Se acordó de la noche que lo despertó. Ni con un trompetín militar se despertaría.

—Normalmente, duermo poco, aunque los fines de semana me permito dormir más aunque lleve trabajo para casa. Hubo alguna vez que me quedé dormido en la silla del despacho y Sebas

me tuvo que despertar.

«¡Madre del amor hermoso! Menudo espectáculo de hombre», pensó para sus adentros.

—Ahora, cuéntame tú, ¿es tu sustituto del sexo?

—Como chocolate cuando se me apetece mucho, no soy una chocoadicta, que quieres te diga. En esos días que mato por un onza, tengo unos orgasmos mentales de cágate lorito.

—A mí lo que no me gustan son los churros —le contó sin reparos. Esa mañana estaba descubriendo mucho de ese hombre que se estaba abriendo a ella como el libro abierto de Petete, lo peor, aunque no coincidiesen, le gustaba el modo en el que estaba relajado.

—¿De verdad?

—Sí, no me van mucho, a mis padres les encantan.

—Espera, espera, ¿a la señora Hammond le gusta un buen chocolate con churros?

—Lo disfruta como tú —asintió él.

—¡Arg! —exclamó Luna, asqueada—. He cambiado de opinión.

—No seas tonta. —Entrelazó sus dedos con los de ella.

Luna se inclinó hacia delante.

—Oye, tener algo en común con tu madre no es bueno, te recuerdo que durante la cena me miraba para hacerme desaparecer del mapa. —Noel se rio—. No me hace gracia, tú saliste ganando, mi abuela te aceptó desde el principio y te trató como uno más, pero para tu madre soy la peste.

—No te lo niego.

—Es que no puedes por mucho que seas el niño de sus ojos, ¿sabes?, me odia. Con lo que me quedo es que le caí bien a tu padre, de dos, me llevo la mitad.

—Ellos no deben importarte. —Le pellizcó la mejilla con un cariño que iba más allá del amor banal—. Me gustas a mí, lo demás da igual.

—Estas frases tan temprano por la mañana son matadoras. —Tenía el corazón en la boca.

—Quédate con esto: poder estar así contigo es mi regalo. —Sus ojos verdes la recogieron con una felicidad chispeante que la embargó por completo—. ¿Terminaste?

Ella asintió con una sonrisa bobalicona en los labios, ¿cómo era posible que tuviese una parte tan romántica? La derretía hasta dejarle los huesos hechos papilla. Mientras lo esperaba fuera, Luna supo que aquel viaje iba a marcar un antes y un después entre ellos. Fueron al coche cogidos de la mano y nada más montarse, Noel la cogió por la nuca, dejando caer su boca sobre la de ella, fuerte, rápida, y cuando Luna abrió los labios con sorpresa, la invadió con la lengua profundamente. La besó con avidez, a fondo, sin delicadeza ni moderación, salvaje, dominante, provocando que con ese baile erótico de sus lenguas ronronease contra su boca a la vez que la pasión se descontrolaba en el cuerpo de Luna y, por unos instantes, anheló desnudarlo para navegar sobre las olas de la lujuria. Era una necesidad cruda, sin disfraz, que la estremeció mientras Noel tomaba de ella todo. La devoró en esos primeros segundos desesperados, abriendo su mandíbula y acariciándola; pero pronto se retiró para explorar suavemente su boca. Trazando con su lengua los labios, hasta que lo rompió.

—Llevo toda la mañana deseando besarte —confesó con la frente apoyada a la suya.

—Cómo es posible que beses tan bien. —Noel la había lanzado a otra dimensión.

—Son los besos que han estado esperando por ti en el cajón más recóndito de mi alma y ahora quieren salir todos.

Luna suspiró embriagada por él, por ese amor que salía poco a poco a la luz de su escondite, que se hallaba entre sus corazones. Aquel hombre la estaba conquistando a fuego lento y ella caía con todo el equipaje, asimismo una parte de ella quería gritar a los cuatro vientos que se había enamorado; quería preguntarle si él también sentía lo mismo, ya que cierto temor a que fueran palabras vacías a veces la enfriaba con sus corrientes frías; preguntarle en qué momento sucedió esa magia que los unía a través de las miradas, las caricias y esos besos, porque ella le respondía con las ganas de esa chica que quería ser conquistada, pero tenía miedo que ocurriera, como afirmar en voz alta que estaba enamorada del hombre del que un día renegó a causa del contrato.

Con la cara escondida en su cuello, su alma habló:

—No pares nunca de hacerlo. —Con la punta de la lengua rozó esa zona y saboreó su piel un tanto salada o picante por el perfume.

—Te los daré todos —le prometió.

Luna al percibir que se le había erizado la piel con ese toque húmero, no se pudo resistir a besarle esa zona y él, inclinó la cabeza para dejarla hacer. Ella no paró hasta oírlo gemir, sin embargo, con lo que no contaba fue que le cogiera una mano y la pusiera en su entrepierna, endurecida debajo de los vaqueros negros que llevaba puestos.

—Para o te haré el amor.

—Me parece estupendo —habló sobre su piel.

—Pretendo que sea de otro modo. —Se separó de ella, sonriente, para besarla en la boca—. Quiero que sea inolvidable.

Retomaron el trayecto hacia Galicia, pues el plan era llegar lo más pronto posible. Al contrario que cuando salieron de Madrid, la pasión chisporroteaba en el ambiente que los rodeaba en el espacio del coche, y Luna confesó algo que siempre le había querido decir.

—Me gusta como hueles, ¿te lo dije alguna vez? —Aquel aroma que envolvía el coche, que había permanecido en su almohada y donde se quedaba dormida, le revolucionaba todas las terminaciones nerviosas.

—No —le sonrió de vuelta.

—Lo olí antes. —Aspiró el aire como un sabueso.

—No creo que lo conozcas, no es muy conocido —le contestó sin apartar la vista de la carretera.

—Sí que lo es —le rebatió ella.

—Es imposible, no tiene ningún tipo de anuncio televisivo.

—Imperio Irmani es conocida, la he oído en más de una ocasión.

—¿Cuál?! —Giró el rostro hacia ella con una ceja enarcada.

—Imperio Irmani.

—¿Qué marca es esa? —Noel no podía disimular su asombro ante aquel nombre—. Bueno, después de ver en tu escritorio nombres tan raros como Parda, Chinel, Delco Gabbarna o Tor Fordi...

—¿Has cotilleado mis cosas? —Luna abrió la boca a la vez que alzaba las cejas tanto que casi le rozaba el cuero cabelludo.

—No, no he cotilleado, he mirado por encima lo que tenías en tu escritorio, mientras dormías, pero no toqué nada —confirmó su delito.

—¡Qué morro!, luego dicen que los hombres no son cotillas, estás enferma, llena de mocos y a tu novio postizo le interesan más los objetos personales que tu bienestar.

—He estado muy preocupado por ti y lo sabes.

—Y cotilleando también.

—¿Quién es Tor Fordi? —preguntó intrigado.

—No intentes entretenerme, porque has estado revolviendo entre mis cosas.

—Ojeé por encima sin tocar nada, era una manera de conocerte mejor.

—Claro, lobo de Caperucita, para verte mejor.

—Piensa lo que quieras, pero sé que no te toqué nada, ni rebusqué en tu armario.

—Si lo llegaras a hacer, en estos momentos estarías manco.

—No lo harías, porque no te podría tocar, sin manos no hay caricias que te arreboleen las mejillas o te erizan la piel. —¡Hala! Venga confesión calenturienta que pretendía dejarla sin palabras.

—No me vas a convencer con tus frases demoledoras —le respondió—. No voy a caer en tus entretenimientos.

—Una pregunta, ¿por qué escondes un frasco de Christian Dior? Antes de que digas nada, estaba en tu escritorio, detrás de un montón de frascos, así también demuestro que no toqueteé, ¡mal pensada!

—Piensa mal y acertarás, a veces contigo me pasa eso y para sacarte de tus dudas existenciales...

—Lo cual agradezco —la interrumpió.

—Fue un regalo de mi madre por mi último cumpleaños, ¡cotilla chismoso!

—Y tú estás equivocada con mi perfume, no es de ninguna de esas marcas extrañas.

—¡Oye!, conmigo no te hagas el tonto de narices, porque no cuela, lo puedo reconocer, es de Imperio Irmani, lo sé.

—Querrás decir Emporio Armani —la corrigió.

—No, Imperio Irmani, y a mi nariz no la engañas. —No le gustaba que le llevaran la contraria cuando sabía que tenía razón. Además, ese hombre la sacaba de sus casillas hiciese lo que hiciese—. Te demostraré que tengo razón.

—No hace falta que gastes tantos euros.

«Cutre», gritó su mente. Luna giró el rostro hacia él debía reflejar la conclusión a la que acababa de llegar.

—Estamos hablando de un perfume barato que no alcanza los seis euros.

Noel fue alzando las cejas, no entendía su reacción, más preocupada tenía que estar ella que se hacía pasar por la novia de un tío más agarrado que un chotis.

—Eso es una colonia de supermercado.

—No, ¿y si lo fuera qué? —arremetió molesta con su comentario de chico de clase alta—. ¿Es que esas colonias te provocan sarpullido o algo similar?

—No me meto con lo que compra la gente, pero, por favor, abre la guantera. —La señaló un dedo.

—¿Para qué? —Luna no entendía ese jueguito.

—Tú ábrela, hazme caso. —Ella le obedeció y se encontró con un frasco de perfume elegante, mitad transparente, mitad oscuro, igual que el tapón y el logo, un jinete montado a caballo, ¡no lo había visto nunca! Durante un minuto bien largo alternó la mirada entre el frasco y él—. Ese es mi perfume.

—Encantada de conocerte —le habló a la pequeña botella. Agitó la cabeza con los ojos cerrados, y que había algo mucho más sangrante a su modo de ver—. ¿En serio tienes un frasco de perfume en el coche? Deberías tener preservativos.

—Esos los tengo escondidos en otra parte. —Luna se quedó boquiabierta—. Y sí, lo tengo ahí porque no sabes cuándo lo vas a necesitar.

—¡Los condones! —exclamó sin reprimir la respuesta que le había puesto a huevo—. ¡Qué fuerte!, hablas del perfume como si se tratara de una caja de preservativos —Lo dejó en su sitio lo más rápido que pudo y se quedaron en silencio de nuevo—. A veces creo que no tenemos nada en común, somos como la liebre y la tortuga —suspiró Luna que se pellizcó el brazo para confirmar lo que estaba viviendo.

—Nos parecemos más de lo que crees —apuntilló él.

—Sí, somos el claro ejemplo del pijo y la chonija —soltó una carcajada sarcástica, aunque lo decía bien en serio.

Por el rabillo del ojo vio que él también sonreía.

—No eres choni, eres singular y es lo que más me gusta de ti —le cogió la mano para besarla—. ¿Pongo música?

—Estaría bien, sí.

Al encender el equipo musical, sonó una canción que ella no conocía, pero era muy bonita, romántica a más no poder, sin embargo, después de haber conocido la otra cara de Noel, esa por la que se desvivía por las personas que le importaban, aquella balada le pegaba muy bien.

—Esta canción creo que nos representa bien, porque si me dejaras sería tu satélite. —Compartió con ella esa otra confesión.

Luna la escuchó atentamente y no se equivocaba, había estrofas que parecían escritas para ellos.

—Lo eres, aunque por el nombre, debería ser yo el satélite de Papá Noel. —Los dos se rieron por las referencias a sus nombres. Luna entrecerró los ojos con la sensación de que la había escuchado en algún lugar—. Este estribillo me suena.

—Te lo canté todas las noches desde que enfermaste.

—¿Qué? —Se giró en el asiento, aquello era nuevo para ella.

—Tenías pesadillas y hablando en sueños me pediste que no te abandonara y no te dejé sola hasta que empezaste a descansar mejor. Eso no se me olvidará nunca, Luna, me acosté a tu lado y te canté esta canción, que te relajaba. —Noel se mordió el labio inferior—. Te lo debí contar antes, lo siento, pero te vi con tanto miedo a perderme, tan asustada, que a partir de esa noche te canté siempre y lo volvería a hacer.

Luna dio un respingo en el asiento, de inmediato, se encerró en su caparazón para protegerse, para proteger a su corazón, al descubrir por una simple canción había hecho partícipe a Noel de una parte importante de su pasado. Agradecida de que no preguntase nada, se dio cuenta en el silencio roto por la música que escuchaba de lejos que esa historia creaba un abismo en su corazón, el cual anhelaba estar con Noel. Cuanto más intentaba alejar los recuerdos, con más fuerza y prepotencia regresaban, como un bumerán.

Encerrada en sí misma, marcando las distancias con Noel, quien no tenía culpa de nada, vio la verdad de su existencia: esa historia, que la había arrojado a los antros más oscuros del dolor y la tristeza, debía salir a la luz más pronto que tarde, y se tendría que enfrentar al pasado al lado Noel, por mucho que pusiera resistencia.

El pasado cuando vuelve, nos obliga a encararlo por mucho que lo enterremos.

—¡Luna! —la saludó Esperanza, la vecina de toda la vida de la aldea en la que había vivido su abuela y en la que veraneaban cada año. La mujer de pelo gris, cardado, se acercó a ella y le dio dos besos.

—¡Hola! —Luna también saludó a su marido, Gumersindo, un hombre de unos setenta y nueve años, alto con pelo más oscuro que su esposa, apenas tenía canas para su edad.

—Hola, neniña, ¿qué tal el viaje? —se interesó el hombre.

—Bien, muy tranquilo. —Se giró hacia Noel que se había quedado unos pasos atrás—. Él es Noel.

—Sí, tu novio, ya nos dijo tu abuela —contó Esperanza.

—Las noticias vuelan —se rio tímida Luna con ganas de gritar «tierra trágame».

—Encantado de conocerlos. —A Gumersindo le estrechó la mano y a Esperanza le dio dos besos.

—¡Ay, Lunita! —El rostro redondo de Esperanza se iluminó de la ilusión—. Era hora que te enamoraras otra vez y fueras feliz después de todo lo que sufriste. —La mujer miró sonriente a Noel—. Me alegro por los dos.

Luna recordó ese pedazo de conversación mientras se arrebujaba en la manta con la que se tapaba los hombros. Ese día había sido muy veraniego, con unas temperaturas muy cálidas para el mes de abril en Galicia, aun así, a esas horas, cuando el sol destellaba bautizando el punto en el que la tierra y el mar se besaban sempiternos, comenzaba a caer la helada, cuyo frescor notaba en las mejillas. Muchas veces había contemplado esa imagen, de la que se había celado, otras disfrutaba del vacío metal que le permitía abstraerse del mundo donde desaparecían los gritos de frustración, o dolor.

No obstante, a pesar del tiempo transcurrido, ahí estaba, siendo una espectadora de cómo el pasado se encaraba a ese presente en el que estaba Noel, quien la había respetado en todo momento, dado que desde que le confesó que le había cantado para tranquilizar su sueño, para sosiego de su alma atormentada, ella había marcado las distancias. Había puesto un muro infranqueable entre los dos, ya que hasta ese momento su pasado era suyo y no se vio nunca obligada a compartirlo con nadie, pero en esos instantes asomaba la cabeza para relatárselo a un hombre que no sabía que pasaría con él, ¿qué sucedería después del contrato?, ¿sus sentimientos eran fruto de esa cercanía que estaban compartiendo o, por el contrario, eran duraderos? No quería abrirse con Noel, porque desde el principio lo suyo tenía fecha de caducidad.

Era cierto que durante lo que restó de viaje respetó su silencio y su espacio, no había hecho preguntas y tampoco sabía cómo tomárselo, ¿no le importaba o estaba siendo educado esperando

que ella diese el paso a hablar? Pero había otra pregunta más fundamental todavía: ¿estaba preparada para contarle? Quizás no, aunque en el fondo de su ser sabía que la situación era inaceptable, no en el modo en el que había convivido con ella, sino cómo lo estaba afrontando en aquellos instantes, alejando a Noel cuando él no había hecho nada.

«Lo que has sufrido y tu caída a los infiernos del dolor te ha hecho más fuerte», se dijo, pese a que no era consuelo.

De pronto, unos brazos le rodearon por detrás la cintura y una boca, que sabía que era cálida, le dio un beso en el pelo antes de respirar su aroma.

—Son impresionantes estas vistas, nunca vi un atardecer tan bonito. —Reconoció Noel, pegándola a su cuerpo.

—Siempre lo he tenido y, a veces, necesitaría perderme en él, —Luna suspiró—. Solo puedo disfrutar de ella en verano.

—Me vendría a vivir aquí sin problema, aunque contigo —la giró entre sus brazos. Le separó unos mechones de la cara para luego rodearle el rostro con las manos—. Nada tiene sentido si tú no estás.

—Exagerado. —Notó un calor en las mejillas

—No miento, Luna, cada vez que me regalas una mirada me pierdo en tus ojos, por el cariño con el que miras.

—Alucinas —lo bromeó.

—No, sabes que tengo razón —le dio un beso en la frente y la abrazó. Estuvieron una rato sintiéndose, encontrando ese punto que Luna había congelado para que su alma retornase al lado de él, el lugar donde quería estar.

En poco tiempo, se vio abrazada por su presente y quiso echar un vistazo hacia atrás, para decirle al pasado: «no te celes, tú y yo vivimos momentos inolvidables».

—Y si te queda alguna duda, espera lo que te he preparado.

—¿El qué? —preguntó con una ilusión renovada.

—Verás. —Entrelazó sus dedos con los de ella y la llevó al interior de la casa, donde en el salón comedor, por donde se entraba a la casa, Noel había preparado un picnic frente a la chimenea.

—¡Hala! —exclamó Luna, boquiabierta. Él, después de colocar la compra y deshacer las maletas, le dijo que le prepararía la cena, ¡caray!, lo había hecho superando las nulas expectativas que Luna tenía, pues estaba tan sumergida en sus pensamientos que casi se había olvidado—. ¿Y esto? —No había escatimado en detalles: sobre la mesita que había delante del sofá, había puesto una tabla de embutidos, rebanadas de pan, con mantequilla y perejil acompañadas de salmón ahumado, ella se volvió hacia él en el instante que le quitaba la manta de los hombros.

—Como no pudimos terminar nuestro picnic en Rascafría, lo podemos hacer aquí, delante de la chimenea. —Se encogió de hombros, tímido.

—Me gusta esta faceta tuya tan romántica, Noel Hammond, y me está conquistando.

Él le sonrió.

—Me alegra saberlo. —Le depositó un beso dulce en los labios—. Porque creo que...

—¿Qué?

—Quiero hacerte feliz. —Sus ojos brillaron como si afirmaran aquellas palabras.

Luna le acarició la mejilla y lo besó.

—Eres el primero... ¡joder! —bufó un tanto frustrada al darse cuenta de una cosa.

—Las primeras veces —Se rio Noel.

—Sí, siempre somos la primera vez del otro —descifró lo que ya era normal para ellos.

—Entonces lo que debemos hacer es disfrutar de ellas, ¿no te parece?

Luna asintió y se sentaron en una manta de cuadros que su abuela utilizaba para taparse las piernas, cuando notaba las rodillas frías. Los dos dieron buena cuenta de la cena delante de la chimenea que chisporroteaba contenta.

—Y mira, acompañada de vinito —lo volvió a bromear.

—Las cervezas no estaban frías, estarán mejor mañana —le guiñó un ojo y miró a su alrededor—. Me gusta la casa.

—Es muy vieja, es del último tercio del siglo diecinueve por lo que vi en las escrituras, aunque la finca a lo largo de ese tiempo se fue haciendo más grande al comparar tierras colindantes —le contó Luna, bebió un sorbo del espumoso que había abierto Noel y que acompañaba muy bien a esa cena—. La construyeron mis tatarabuelos, y llegó hasta mi abuela, aquí creció mi padre y yo también lo haría si no nosuviésemos que trasladar a Madrid.

—Siendo egoísta, me alegro de que ocurriese, sino no te hubiese conocido.

Ella asintió y, como no se sentía segura para hablar, cambió de tema.

—Cómo diseñador de interiores, ¿cambiarías algo?

—No —dijo con firmeza—. No porque la casa sea de tu abuela, si viese que pudiera hacer algo muy bueno, lo diría. Pero, este tipo de construcciones tiene una vida propia y tocarlo o reconstruirlo conseguiríamos lo contrario, es decir, que perdiese la esencia de la antigüedad, que es lo que le proporciona ese encanto. —Se comió un trozo de salmón antes de comer el pan con la mantequilla solo—. Aparte, con el paso del tiempo, aprendí que cada edificio, sobre todo, los que llevan siglos contruidos, tienen muchos secretos que contar. ¿La decoraste tú?

—No, fue cosa de mi abuela, aunque los sofás los compró mi padre, porque se necesitaban otros, pero muy poco se ha tocado.

—¿Y ese matrimonio? —Señaló con la cabeza a una foto antigua.

—Son mis abuelos, Pepa y Andrés, al que no conocí, tampoco mi padre.

—¿Qué le pasó? —Trago con el puño en la boca—. Si quieres compartirlo.

—Trabajaba en la antigua Bazán, subiendo del dique seco, en la escalera, se mareó y al caer se dio un golpetazo en la cabeza y...

—Entiendo. —Noel le dio a entender que no necesitaba entrar en detalles para saber lo sucedido—. Tu padre fue póstumo.

—Con la ayuda de su madre y de su hermana, mi abuela salió adelante y trabajó en todo lo que le salía, no sé, te habla de esa época muy por encima.

—Tiene mucho mérito, además, es una mujer con carácter.

—Mucho, no viste nada —asintió Luna con una sonrisa—. La admiró por todo lo que consiguió.

—No se volvió a casar, entiendo.

—No, no quiso ningún hombre más, mi abuelo siempre ha sido insustituible. Se dedicó a la familia en cuerpo y alma. —Masticó más lento.

—Físicamente te pareces mucho a ella de joven —dijo Noel mirando la foto.

—Ojalá tuviese su fortaleza para coger la vida por los cuernos.

Noel dejó la copa de vino en la mesa para arrimarse a ella.

—Eres fuerte. —Le rodeó los hombros con un brazo.

—Créeme que no.

—Arremetes con vitalidad a cualquiera que se ponga delante de ti, tienes la fuerza de un huracán allí por donde pasas.

—No me viste en mis peores momentos. —Bajó la mirada hacia sus dedos que jugueteaban con un pedazo de miga de pan.

—No quiero ni pretendo que regreses a ellos, pero no digas que no eres fuerte, porque sí lo eres. Y sí eres la luz de mis ojos, porque te adoran y te veneran. —Le dio un beso en la mejilla.

«El pasado hay que afrontarlo aunque te haga caer de la nube en la que vives», le aconsejó su voz interior.

El momento había llegado, debía exponer ante Noel su mundo lleno de fantasmas que a veces la azotaban hasta la extenuación sin permitirle olvidarse de lo vivido. Las espinas de su corazón se hundieron un poco más.

—Tengo que contarte algo —soltó a bocajarro.

—Luna, —al comprobar que ella no lo miraría, Noel le puso dos dedos debajo del mentón para obligarla—, no cuentes nada si no quieres, jamás te obligaré a hacer algo que no quieras.

—Debo hacerlo, te lo debo, me lo debo, Noel, o no podré estar contigo al cien por cien sabiendo que hay una barrera que nos separa. —Tomó una bocanada de aire y se alejó un poco de él para coger un poco de brío, ese que le faltaba y que provocaba que no supiera cómo empezar—. Además, te hizo partícipe de ello en el Prado y esta tarde Esperanza, no merece la pena ocultarlo por más tiempo.

—Vale. —Noel se cambió de posición y se sentó a su lado, dándole espacio y acariciándole la espalda—. Estoy aquí y te escucho. —Le dio un beso en la sien que le calentó el alma.

Con Noel sosteniéndola para no hundirse, Luna se dispuso a soltar sus fantasmas.

—Sabes que estudié en Santiago historia del arte —comenzó por el principio.

—Sí. —Noel no añadió nada más.

—Ese primer año, conocí a un chico, Iago, éramos compañeros, en él se concentraba lo que siempre había querido en un hombre, —notó como Noel se tensaba—: era simpático, amable, disfrutaba de los museos, era casero, aunque a veces salíamos con la pandilla que se formó con otros compañeros. No sé, era perfecto. Ese primer verano nos presentamos a las familias, vino aquí, fue el primer chico que conoció mi abuela. Era todo lo que había pedido y, al final, lo tenía, pero con fecha de caducidad. En segundo de carrera, nos fuimos con otra pareja amiga a

compartir un piso, pero le comenzó a flaquear la salud, los catarros le costaba curarlos y su madre, que vive en Pontevedra, lo obligó a hacerse unos análisis y le detectaron un cáncer en estado bastante avanzado, fue un golpe duro, pero muy pronto le dieron tratamiento. Me mantuve a su lado, él nunca me permitió perderme una clase o un examen, a algunos se presentó cuando no tenía ni fuerzas para sostenerse por culpa de la quimio. En tercero, tras una operación, todo iba bien, al fin, podíamos hacer planes de futuro, ¡planes! —Soltó aire por la nariz, brusca—. Recayó y fue la definitiva, no lo superó, yo tampoco. Con él mi mundo se convirtió en un pozo oscuro donde estaba rodeada por el sonido del silencio, por lágrimas que me escocían la piel, era una mujer sin corazón, porque la muerte me lo había arrebatado y, aún hoy no sé cómo me pude licenciar, porque caí en una depresión que me comía desde dentro. Era un fantasma viviente. —Se limpió una lágrima—. En ese estado de cabreo con el mundo entero, me prometí no volverme a enamorar, porque el amor era la mayor putada que le podía pasar a una persona. —Noel la pegó a su cuerpo y posó sus labios en la sien, Luna le rodeó la cintura con los brazos, dejando una mano sobre su vientre—. Estuve muy mal, en más de una ocasión rogué por irme con él, tanto es así que estuve varios años sin venir a Galicia, porque era el recuerdo vivo de aquella historia que no se me permitió terminar y Madrid me permitía estar a solas con mis pensamientos, había muy pocos recuerdos. Cuando al fin salí de esa tristeza, gracias a la ayuda de una psicóloga, de Roy y su familia, como de la mía, lo primero que hice fue ponerme a prueba y salí al Prado.

—A ver Las Meninas.

—Sí, y aunque lloré, supe que una parte de mí lo había dejado ir, mientras otra, se aferra a él. Con el paso del tiempo, su fantasma se convirtió en mi refugio, el cual solo me permitía tener rolletes que no me complicasen la vida, es más, no pasaba de unos cuantos besos, hasta que apareciste. —Se frotó la cara para evitar que las lágrimas se deslizaran por las mejillas, Noel le dio un suave apretón en el hombro—. Es cierto que firmé el contrato, no me obligaste a nada, lo acepté y no sé por qué. —Él no dijo nada para que continuase—. Quería matarte, eras el ser más repelente... a veces me sacas de mis casillas —reconoció con una sonrisa triste.

—Eso me encanta. —Le dio un beso en el hombro—. No lo puedo evitar, me gusta picarte.

—No sé cuándo, ni cómo, ni porqué te veo con otros ojos. —Se irguió para encararlo—. Todo ha cobrado otro sentido, y quizás Iago haya cumplido su promesa

—¿Qué? —Noel frunció el ceño.

—Antes de morir me dijo que estuviera donde estuviera, buscaría a esa persona que me hiciera feliz como él no pudo hacerlo. —Se encogió de hombros—. Por mucho que me piques o me molestes, —negó con la cabeza y bajó la mirada—, todo ha cambiado y entre sueños pude haberte dicho la verdad, no quiero que te marches de mi lado.

—Nunca lo haré.

—Pero puede ser.

—Luna, no quiero pensar que una persona que ya no está, fue quien nos ha unido. —Le metió unos mechones de su melena suelta detrás de la oreja y con los índices le delineó la forma ovalada de su rostro para luego rodearlo con sus manos—. Soy un hombre que no cree en el

destino o en las casualidades, pero sé que te tenía que conocer en ese ascensor, a lo mejor estaba escrito en las estrellas que una chica que nació el día de los Santos Inocentes sacase de su caparazón a un hombre que nació el día de la mala suerte para mostrarle la cara buena y amable del amor.

—Fue el destino —dijo con voz queda y perdida en su mirada.

—Llámallo como quieras, pero si algo tengo claro es que no quiero verte sufrir como te he visto, quiero que compartas conmigo las penas —apoyó la frente en la suya—, pondré todo de mi parte para que la alegría no se borre de tus ojos y tu risa no se apague, porque son la fuente de mi vida. Si tuve que vivir una relación falsa fue porque al final de ese angosto túnel estabas tú y volvería a pasar por todo ello, para encontrarte mil veces más.

Luna se sujetó a sus muñecas en cuanto sintió que todo le daba vueltas.

—No puede ser que me ames —susurró, inclinando su rostro hacia él, permitiéndole rozar sus labios contra los de ella.

—Siento diferir, amarte es el mayor regalo que me ha ofrecido la vida.

Ofrecer una refutación u objeción la abandonó junto con su ingenio. Sus labios se posaron contra los de ella, y Luna abrió la boca con entusiasmo, gimiendo cuando su lengua presionó contra la de ella. Ella aspiró su aliento, su calidez como propia, y dentro de ella se sintió natural y correcto, como si hubieran estado destinados a unirse así. La pasión entrelazada al amor, palpitaba libre, al fin, entre ellos, sin barreras ni historias que la atenazasen para darle a ese hombre lo mejor de ella misma, convirtiendo la necesidad de entregarse a él en un delirio apretado que convirtió ese beso en caminos ardientes de lava. Pinchazos de anticipación se deslizaron a lo largo de su piel al notar como las manos de Noel se introducían por su camiseta y le recorría la espalda con dedos abiertos, mientras, ese beso con sabor a vino, se deleitaba como si fuera un dulce, mordisqueando su labio inferior. Él jugó y complació su boca hasta que un gemido tembloroso salió de su garganta. Tras unos instantes, Noel la apretó contra él para hacerla partícipe de su firme longitud.

Nunca había imaginado besos como esas tiernas caricias, que hacían que el espacio solitario alrededor de su corazón se llenara de gozosa urgencia. Al separarse vio en los iris verdes de Noel arder el deseo y no lo dudó:

—Hazme el amor —no era un ruego, no era una orden, era la lujuria en sí misma.

—No me lo pidas dos veces...

—Y tres veces te lo pido. —Podía sentir su corazón latiendo rápidamente contra su pecho. Luna metió la mano entre sus cuerpo y le agarró la cinturilla de los vaqueros colando tres dedos que tropezaron con su erección, que palpitó al sentirla. Noel exhaló ruidosamente—. Noel, lo estamos deseando desde que nos besamos por primera vez.

—¿Estás segura?

—Sí —afirmó con una certeza que nunca había tenido.

Una ola enorme de deseo los arrastró y con ella en brazos, Noel subió las escaleras. Nadie podía salvarlos de la cruda pasión que en esos instantes flameaba entre ellos dispuesta a desintegrarlos si no la soltaban.

Dispuesta a borrar los fantasmas del pasado para dibujar las líneas del futuro.

Cruzaron el umbral de la habitación entre caricias y con las bocas enredadas en un beso sabroso que enaltecía los sentidos de Luna, convirtiéndola en esclava de esa atracción que había tenido desde el principio con Noel y que la ataba a él de modo irremediable, como si se tratase de una cadena anclada entre sus corazones. Prendida en llamas le molestaba el vaquero, que se interponía entre las manos de Noel y su cuerpo, pues al tener las piernas alrededor de sus caderas, las caricias con las que delineaba la redondez de sus nalgas quedaban perdidas en la gruesa tela.

Luna solo quería ahogarse en Noel.

La posó sobre sus pies y nada más cruzaron una mirada llena de intenciones y esa anticipación de lo que estaba a punto de suceder, los empujaron a desnudarse con ansias a la vez que se devoraban la boca desesperados, abriendo la mandíbula y acariciando profundamente con su lengua, en otro tentador beso. Eran solo labios, manos temblorosas, ávidas por tocarse. Se desprendieron de la ropa quedando expuestos, pero para Luna fue algo más:

A veces una mirada dice más que mil palabras. Cuando un hombre ama a una mujer la desnuda con los ojos y es algo que queda entre ellos. Estás desnuda solo para él.

—Quiero hacerte el amor y que me hagas tuyo. —Paseó sus manos por encima de sus pechos todavía escondidos en el sujetador, aunque coló los índices en cada copa y a su roce se endurecieron—. Quiero perderme en las curvas de tu cuerpo, besar cada recodo de tu piel para quedarme grabado en ella. —Las yemas de sus dedos rodaron por su cintura cayendo hasta la cadera—. Quiero oírte gritar de placer. —Le pasó la yema del pulgar por los labios. Sus palabras la hicieron sentir acalorada y nerviosa.

Una sensación de calor líquido ardió en su sexo, que amenazaba con consumirla, la impulsó, frenética a arañar su torso. Quería sentir el calor de su carne, pasar la lengua por los desnudos planos de su musculoso pecho, saborear la dorada perfección de su piel. Poniéndose de puntillas, levantó la boca hacia él, dándole la bienvenida a la firmeza de sus labios, al empuje de su lengua. Probó el vino, las tostadas, el salmón, de la cena, no había nada sutil o dulce en su beso. Fue una fusión salvaje de calor, necesidad y deseo que habían mantenido al margen y que en esos instintos de íntima lujuria, se abrió cual presa para hundirlos en un mar de sensaciones desconocidas.

Noel la izó. Luna por instinto le rodeó la cintura con las piernas y él se sentó con ella a horcajadas en el borde la cama. Aprovechándose de su posición de poder, Luna coló la mano por su ropa interior al mismo tiempo que separaba la boca de él para tomar una bocana de aire caliente, pues le ambiente de la habitación se había tornado más denso, caldeado, donde el sexo

ya chisporroteaba sobre sus cabezas. Su miembro tembló al cruzarse con sus dedos que, perdiendo la timidez inicial, le acariciaron con cadencia la corona rosada de su pene, hasta que se humedeció. Así, inició esos movimientos ascendentes y descendentes que volvieron loco a Noel, quien perdiendo el sentido, como la dulzura del principio, le rompió el sujetador dejando al aire libre sus pequeños pechos. Desde hacía rato los notaba pesados, sensibles, y los pezones se le endurecieron más, deseosos por sus reclamos.

Como si pudiera leer sus necesidades más profundas y sexuales, tras observarlos unos segundos, Noel curvó la boca en una sonrisa carnal que le prendió aún más la sangre, dejando al descubierto sus dientes blancos y rectos que le gustaban. Hundió la nariz en el valle de sus pechos, antes de que comenzar a torturarlos con su aterciopelada lengua, mordiéndolos, succionándolos, mientras Luna se retorció entre sus brazos por esos tentáculos de placer que le llegaban a cada rincón del cuerpo. Con la mano libre, Noel le separó la braga y rodó las yemas de los dedos por sus jugosos pliegues. Soltó un gemido de asombro al encontrarla húmeda, tan preparada para él.

Luna se estremeció de pies a cabeza.

Él se detuvo en sentir ese tacto sedoso antes de colar un dedo en su interior. Le gustó tanto que en pocos segundos comenzó a cimbrar las caderas, echando la cabeza hacia atrás en busca de aire fresco, aunque solo podía gemir, por los latigazos de placer que le cruzaban el cuerpo, las múltiples sensaciones que le despertaba Noel y movida por todo ello, su mano también se movió más rápido. Esa parte sensual desconocida de él, la convertía en un río de lava entre sus brazos, que la hacía olvidarse de todo, del pasado o del futuro, solo centrándose en el presente, en él, su fuente inagotable de un anhelo que no sabía que llevaba dormido tanto tiempo.

Noel paró cuando los músculos de su sexo se apretaron alrededor del dedo.

—Para... —habló con la boca pegada a uno de sus pechos—. Para o no terminaré lo que hemos empezado.

Con una agilidad asombrosa la obligó a ponerse en pie, al igual que él, para quitarle las braguitas y ella hacía lo propio con él, para deshacerse de esa última barrera que los separaba. Para Luna era imposible ignorar el cuerpo masculino que tenía pegado, Noel le rodeó el rostro y volvió a dejar caer la boca sobre sus labios antes de separarse.

—¿Estás segura? —Quiso confirmarlo.

—Sí —afirmó con seguridad.

—No hay vuelta atrás, ya no.

—No quiero que la haya.

Con ella brazos, la tumbó en la cama y antes de cubrirla el cuerpo con el suyo, la observó sin reparos, sin ambages, comiéndola con los ojos. La dura cresta de su excitación presionó la unión de sus muslos, Luna respiró de modo entrecortado, los fuertes latidos de su corazón se posicionaron en el centro de su pecho, la estaba adorando sin tocarla.

Después, de unos segundos eternos, él buscó en su pantalón un condón. En esos momentos, desde su baja posición en la cama, por una vez en su vida, disfrutó del cuerpo masculino, que estaba hecho para admirar como con movimientos medidos se colocaba el preservativo. Ella

disfruto de las vistas como lo había hecho al tocarlo descubriendo la maravillosa textura de su cuerpo igual que sus músculos tan duros, jamás se había imaginado que el cuerpo de Noel fuera así.

Poco a poco, con cuidado, con miedo a que no se rompiera o que en cualquier momento fuera a desaparecer, cubrió su estrecho cuerpo con el suyo y de una embestida, se hundió en ella. Los dos se deshicieron en los brazos del otro, suspendidos en el tiempo, que transcendía más allá de la realidad, de lo real o de lo sobrenatural, era como si el destino los hubiese arrastrado hasta ese instante del cual no les era permitido escapar. Noel se movió con la intención de continuar, pero Luna le apretó las caderas con los muslos y él entreabrió los ojos.

—¿Te hice daño? —Alzó un poco las cejas.

—No, no te muevas. —Con las yemas de los dedos le recorrió los pómulos, luego, acercó la boca a su oído—: Quiero sentirte. —Eso era lo que quería, saborear el placer y la satisfacción de tenerlo dentro.

—Estoy aquí, Luna, soy tuyo —murmuró sobre su mejilla. Luna volvía a estar en el mismo sitio, en la misma cama que un día estuvo con otro, y el atrevido universo eligió por ella y la había llevado allí con otro hombre completamente distinto. Uno que le hacía temblar cada cimiento de su mundo, el suelo por donde pisaba, desde la primera vez que se habían tropezado en el ascensor—. Estas preciosa con las mejillas arboladas y saber que es por mí... —Dejó la frase sin terminar.

—Tú también —jadeo al percibir el temblor del miembro de Noel en su interior.

—Nunca antes me habían llamado «preciosa». —Los dos se echaron a reír y Luna gimió al contraer los músculos de su vagina. Las risas murieron, dando paso a un gemido largo y gutural por parte de Noel—. Tengo que continuar o me moriré.

—Tú me matas a mí, pero de placer.

—Eso es lo que quiero y pretendo.

Noel empezó a deslizar su miembro dentro de ella con un gemido de rendición, con cada nueva embestida la conexión entre sus cuerpos se acrecentaba, creando una red de sentimientos compartidos que nunca habían expresado con palabras; una red indisoluble que los mantendría cautivos para siempre.

Siervos del placer, ninguno de los dos fue consciente de que cuando el destino entraba en juego, no servía de nada esconderse. Rendidos a una ferviente pasión que nunca habían vivido, ninguno de los dos cerró los ojos, salvo Luna, que sujeta a los hombros de Noel, en más de una ocasión arqueó la espalda, hasta que cegada por el deseo movió las caderas al brutal ritmo que marcaba Noel.

Sin darle tregua con sus implacables embestidas, a Luna se le tensaron las piernas, los músculos internos se aferraron a su miembro, tan pronto como el cuerpo se le estremeció y un torbellino la precipitó a una espiral apretada al alcanzar un clímax demoledor, que arrasó todo a su paso, dejándola desmadejada entre los brazos de Noel a la vez que él se dejó ir con un gruñido que la excitó y un calor que nunca había experimentado se le extendió por la piel como la fiebre.

Noel la estrechó entre sus brazos para absorber con su cuerpo todos los espasmos sin permitirle que se marchara, ella no lo haría, pues al fin, había encontrado su verdadero hogar: Noel.

Como si los dos lo descubrieran en ese mismo segundo anclados en su propio mundo, en su propio tiempo, se miraron sorprendidos y sobrepasados por el tremendo deseo que los unía y no lo sabían. Noel se giró para colocarse sobre la espalda y arrastró a Luna con él, la aferró fuerte contra su cuerpo y ella se maravilló de lo bien que se acoplaban sus cuerpos.

Luna aprendió rápidamente lo que le proporcionaba la mayor cantidad de placer: el amor que sentía por él.

El aire viciado por el sexo llenaba cada rincón de la habitación y condensaba el ambiente sobre sus cabezas, aunque ellos permanecían en su burbuja especial abrazados, satisfechos, con sus pieles sudorosas pegadas, originando que fuesen una sola. En ese sopor, Luna con la melodía de los fuertes latidos del corazón de Noel debajo de su oreja y la cadencia de sus dedos, que le recorrían la espalda, se iba adormeciendo en tanto, jugueteaba con el poco vello que le salpicaba el torso. En esa intimidad que era nueva para ella miles de preguntas le surgieron y la realidad le golpeó al verse enredada a Noel

—¡Dios! —Se llevó una mano a los ojos.

—¿Qué tienes, preciosa? —Hizo la pregunta de un modo tan natural que a Luna se le paró el corazón.

—Creo que he hecho realidad mi fantasía sexual de los últimos días.

—¡No! —Noel estaba asombrado por eso.

Luna cerró una mano en puño en el que apoyó la barbilla para mirarlo.

—¿No pensaste en esto? —Estaba alucinando con él.

—Sí, también fue la mía desde que te besé por primera vez, y fue jodido controlarme, y no lo volveré a hacer, he aprendido que a veces debemos dejarnos arrastrar por el amor y el deseo, sino seremos máquinas, pero te aseguró que no creí poder sentir algo tan fuerte. —Le sonrió y le pasó el dedo índice por el puente de la nariz—. Ahora que he estado contigo, compartiendo este...

—Este momento mágico —terminó ella por él.

—Mágico y real, no quiero nada más, Luna, quiero que sigas acariciando mi corazón como lo haces.

Ella tragó saliva, moviendo inquietamente la pierna que tenía sobre su miembro y él le puso una mano encima, como si no quisiera que la quitase.

—¿Y las cláusulas de tu amor? —Sus ojos se encontraron, se sostuvieron la mirada, pero el contrato chocaba de frente con lo sucedido entre ellos. Las sensaciones que Noel despertaba en ella eran nuevas, extrañas por lo fuertes que eran y, de repente, se sintió perdida, insegura.

—¿El contrato? —Le devolvió la pregunta

—Sí. Fuiste el primero que impuso sus cláusulas, me decías que no podía mirarte...

—Porque cuando me miras me pierdo.

—¿Qué? —Ella se sentó en la cama, no se lo podía creer.

—Destruye ese contrato, —aseguró con firmeza—, quemémoslo, rompámoslo o lo echamos a una trituradora, porque lo que no voy a consentir es que mis sentimientos por ti estén supeditados

a un pedazo de papel.

—Prohibido enamorarse —le recordó.

—Ahora te pregunto: ¿sirvió de algo el contrato?

—No.

—Exacto, lo que he aprendido a tu lado es que los sentimientos no hay que ponerles un corsé para frenarlos y me niego a no amarte con el alma, cuando todo mi ser súplica que te quedes a mi lado.

—Queda roto —repitió en voz alta.

—Lo hemos roto desde el principio, no podía dejar de mirarte y te lo dije, los días que teletrabajaste, te eché de menos y no sabía cómo hacer para retenerte. No quiero perderte, Luna.

—Es verdad, lo hemos roto —no podía negarlo, sería una hipocresía como un templo—. Aunque, más tú que yo.

—¿Seguro? —Enarcó una ceja, divertido.

—Lo dicho, eres un Ferrero Roché, durito por fuera, blandito por dentro —lo bromeó—. Pero tan dulce que me derrites.

Noel soló una carcajada.

—Los dos a un mismo tiempo lo rompimos. —La cogió por la nuca para acercar su boca a la de él—. El amor no es una jaula formada por unas cláusulas, es libertad, la que me proporcionas para descubrir lo que es el amor de verdad, ese que inconscientemente te hace sonreír. —Le dio un suave beso en los labios.

—Vaya mierdola, ya no te puedo llamar novio postizo. —Se rio escondiendo el rostro en su pecho y aspirando su fresco aroma.

—Lo has dicho en alguna ocasión y me callé la boca, ¿todavía me ves así?

Ella alzó la vista, en esa semipenumbra, sus ojos verdes destellaron.

—No.

—No lo somos, y sé la razón. —Noel al erguirse, la sentó sobre sus piernas—. Lo que sentimos es infinito, sin un principio y un final y haré todo lo que esté en mis manos para que nunca termine.

—Nunca pensé que pudieras ser tan romántico —confesó con un suspiro—. Me gusta que me digas estas cosas, aunque me muera de la vergüenza.

—Delante de mí, después de haber hecho el amor, no hay timidez que valga.

—No estoy acostumbrada a tu amor.

—Y lo que te queda por descubrir, preciosa, —le susurró al oído.

—¿Hay más?

—Mucho más.

Noel presionó sus labios contra los de ella, suave, gentilmente. Con un gemido de frustración, Luna le metió la lengua en la boca, no necesitaba besos dulces, quería el empuje duro y lujurioso de su lengua, su presión firme. Ella, sintiéndose una valquiria, guió la erección, que palpitaba entre ellos lujuriosa, hacia la entrada de su sexo y se dejó caer, para cimbrear sus caderas, esa vez, con cadencia, saboreando el amor a la vez que sus corazones dominaban la pasión.

Luna despegó las pestañas poco a poco, la claridad casi veraniega que entraba por la ventana le arañó tanto los ojos, lo que la obligó a cerrarlos de nuevo. Los frotó en un intento por aclarar también la visión y cuando al fin pudo fijar la vista, vio que Noel desde su lado de la cama la observaba en silencio, como si no quisiera perderse ningún cambio que pudiera sufrir su rostro.

La contemplaba con el corazón, eso era lo que se había tornado en más íntimo y personal.

Ella respondió a sus parpadeos con una sonrisa que él le devolvió. A medida que tomó conciencia de todo lo que había sucedido la noche anterior, el corazón casi le explotó en el pecho, ya que, un aluvión de sensaciones y emociones que él le había producido con cada caricia, con cada movimiento de su cuerpo, recibía el amor que no era capaz de expresar con palabras. Las continuas sesiones de sexo las vivió como algo antiguo y salvaje, debido más que nada, a la manera que se había entregado a él con una necesidad descarnada a través de la cual le había permitido llegar a esos espacios vacíos que tenía su alma y Noel, de un modo misterioso, supo llenarlos. También, alcanzó sitios de su cuerpo que desconocía, por eso al moverse notaba músculos que antes no sabía ni que existían.

¿Cómo decirle que le estaba curando todo su ser?, ¿cómo decirle que la estaba despojando de todas sus espinas? Debía hallar el modo, porque sintió la necesidad de confesarlo.

—¡Buenos días! —la saludó

—¡Hola! —Se desperezó. Mal, muy mal, ¡tenía el cuerpo dolorido! Notaba hasta el tendón más recóndito del cuerpo—. Tanto sexo no me sentó bien. —Noel soltó una sonora carcajada que a ella le hizo reírse—. Me duele todo, por favor.

En un impulso, que la dejó sin aliento, él se puso encima de ella. La besó en el cuello

—Todavía no me he saciado de ti.

—¡La madre del cordero, eres un asesino a polvo! Me vas a matar.

Él le dio otro beso, en esa ocasión en la mejilla.

—«Te quiero matar de amor», como dice la canción —le dijo al oído.

—Me gusta esta versión tuya dos punto cero, tan romántica.

—Y a mí me gusta serlo contigo. —La besó en los labios, depositando uno de esos besos que aligeran los miedos y besaban el alma para despejar las dudas que se pudieran albergar en ella. Le acarició la nariz con la punta de la suya, al separarse—. No me arrepiento de nada de lo que ha pasado.

—Ni yo, —ella le rodeó el cuello con sus brazos—. Nadie me ha hecho sentir como tú has logrado hacerlo.

—Estamos hechos el uno para el otro aunque nos cueste reconocerlo —sonrió como si sus propias palabras le hicieran gracias.

—No podía ser de otro modo. —En esa ocasión ella lo besó.

—¿Tienes hambre?

—Sí, hambre de ti y de comida —confesó, perdida en Noel por medio de sus ojos que le acunaban el alma.

Noel la cogió de las manos, entrelazó los dedos y las colocó al lado de la cabeza de Luna.

—Eso lo dejamos para más tarde o no saldremos de la cama, te lo aseguro. —Frunció el ceño, pensándolo mejor—. Aunque no es mal plan.

—Quiero enseñarte algunos lugares que deberías ver.

—Entonces, a levantarse y a comenzar el día.

—Me parece bien. —Ella alzó la cabeza y lo besó.

Luna cogió algo de ropa que tenía guardada en los cajones y bajaron para preparar el desayuno entre arrumacos, risas y miradas. Luna se sentía libre para hacer cualquier cosa, para decir aquello que su corazón había guardado durante años. Haber compartido con Noel aquella historia que la había marcado y la había convertido en la mujer que era, consiguió soltar las cadenas que la ataban al pasado, su corazón ya no era presa de una corona de espinas, Noel, ese hombre con el que no había comenzado con buen pie, el más extraños de todos especímenes masculinos que conoció, fue quien la había salvado de sí misma, y le proporcionaba la esperanza de un presente y un futuro donde ya no estaba sola con sus recuerdos.

Desayunaron con las manos entrelazadas, no querían separarse, era como si una fuerza superior no les permitiese soltarse, era la manera que sus manos mostraban el nudo que el destino había hecho con ellos. Luna, una de las veces que lo miró, lo vio revisando el móvil.

—¿Alguna noticia de la empresa? —Se interesó.

—No, todo debe ir bien, Sebas no me ha escrito, solo Marisa, recordando que mañana debo verme con el cliente.

—Mientras vas a verlo...

—Me acompañas —ordenó.

—¡Qué marimandón! —exclamó fingiendo malestar.

—Te recuerdo que eres mi novia barra ayudante, así que vienes conmigo.

—No se te escapa una.

—No.

—¡Porras!

—Están muy buenas —dijo él, haciendo alusión al dulce.

—Pero si los churros no te gustan. —Luna le recordó lo que había dicho.

Él la miró con una sonrisa sesgada.

—Todavía te acuerdas.

—Sí, para descubrir que eres el claro ejemplo de la contradicción en persona. —Luna bajó la vista—. Me acuerdo de todo lo que haces o dices.

—No te pongas tímida conmigo. —Él le acarició la mejilla.

—Sé que hemos pasado tiempo juntos, pero, a veces no sé cómo comportarme.

—Quiero que seas tú, Luna, me gusta como eres, no cambies. —Le pidió en un susurro. Sin

separar la mano de la mejilla.

Ella asintió.

—Estuve pensando...

—¿Piensas mientras duermes? —la bromeó y escondió la risa al darle un sorbo al café.

—Creo que sí.

—Por eso no parabas de darme patadas.

—Siento decirte que soy muy tranquila, durmiendo. —Eso la molestó—. ¡¿De qué vas?!

—Entonces querías lanzarme por la ventana.

—Alguna vez te amenacé con el *puenting ventana*, otras estrangularte hasta que me quedase con tu cabeza entre las manos, —Luna ladeó la cabeza—. Esos días han pasado.

—¡Dios, menuda vena más agresiva que tienes! —Imitó un escalofrío.

—No exageres, y sí, tienes razón.

—Repítelo. —Su afirmación lo había emocionado más que una piruleta a un niño.

—Tienes razón, si en algo nos parecemos es que no tenemos mucha paciencia —había que reconocerlo, la perdía con facilidad.

—Contigo es diferente, tú me proporcionas todo y tu corazón un lugar donde refugiarme. —La cogió y la sentó en sus rodillas.

Luna pegó un grito de felicidad.

—¿Qué haces? —Le rodeó el cuello enlazando brazos.

—Con tu sola presencia consigues que todo cambie, puedo estar muy enfadado, que alegras esos malos sentimientos. Si es cierto que cada uno de nosotros tenemos un pedazo de alma rodando por el mundo, yo he encontrado el mío. —Luna sin dudarlo lo besó—. Ahora, dime preciosa, ¿qué pensó tu cabecita loca?

—Como el viaje fue largo, para que no cojas el coche, hoy te enseñaré los alrededores —compartió con él su plan.

—Me parece bien —lo aceptó sin dudarlo.

Ella se acomodó entre sus piernas y percibió su erección.

—¡Uy!, alguien quiere fiesta con fuegos artificiales incluidos. —Se movió sobre la erección que palpitó debajo de los pantalones.

Él sonrió de un modo lobuno que la encendió y sin decir nada, la subió a la mesa, ella se sacó las bragas, luego, le ayudó a bajarse los pantalones junto con los bóxer y su miembro saltó contento al verse liberado de la ropa que lo retenía, tras ponerse un condón, Luna se empaló en él y vio las estrellas.

—No me cansaré de hacer el amor contigo —jadeó Noel rendido.

—Nunca... Nunca lo haré —le respondió ella entregada al placer.

Escuchar los sonidos de su placer conseguía reducir a cenizas hasta el último de sus pensamientos y en esa posición, lo cabalgó hasta que enloquecieron de placer. La habitación entera vibraba con la pasión que los embargaba y los consumía convirtiéndolos en pura lava.



El sexo continuó en la ducha, ¡no podían separarse! Rendirse a esos arrebatos de lujuria febril que los envolvía no solo era un modo de satisfacer sus cuerpos, sino que se confesaban aquello que pendía entre sus bocas y que parecía que no hallaban el momento oportuno para salir. La eterna danza de sus cuerpos unidos acababa siempre del mismo modo: los arrojaba a ese clímax que se propagaba cual llamaradas por sus venas, deshaciéndolos. Noel con cada movimiento asaltaba los sentidos Luna con suma maestría, como si conociese cada recoveco de su piel, como si leyese la necesidad más inmediata de su estrecho cuerpo, que recorría con manos ardientes. Con cada nuevo orgasmo, Luna experimentaba lo que era la fusión de sus almas, mientras ella caía en unos estados de semiconsciencia acompañada de Noel. Lo que hacía que no solo fuera sexo, era mucho más que hacer el amor, era desnudar todas las emociones, sensaciones y sentimientos que, desde el primer día, albergaron el uno por el otro.

Pero el mayor esfuerzo fue salir de casa para pasear por el monte colindante a la casa. Ella lo llevó por un sendero pedregoso, serpenteante, bien marcado en dos surcos secos por el tiempo, rodeado de tojos y otra maleza entre las que había alguna zarzamora. El resto estaba formado por castaños, robles, aunque el árbol más abundante era eucalipto, que con la ligera brisa se esparcía ese aroma fresco que expandía los pulmones. El ruido de la civilización cambió por el trinar de los pájaros o el graznido de los cuervos que, de vez en cuando, sobrevolaban sus cabezas. En medio de esa explosión verde, propia de la primera, y el marrón de la tierra, Luna percibió que esa naturaleza, que la había abrazado cuando soltaba las penas más dolorosas, ocultándola del mundo, había cambiado, pues la frondosidad de las copas de los árboles se iba abriendo para permitir el paso del luz del sol, mostrando así la felicidad al verla de la mano de Noel. Entró en otra dimensión, un lugar por descubrir, donde los rayos del sol se colaban entre las ramas como si fuesen puentes de otro orbe que quisieran bautizar con su candor a esa pareja de amantes.

—¡Guau, cómo huelen los eucaliptos! —Inhaló profundamente.

—Nunca los oliste así —afirmó ella, no preguntó.

—Es que nunca había estado en un lugar como este. —La miró con una sonrisa de oreja a oreja—. Es nuevo para mí.

—En verano, cuando no vienen esas olas de calor que te abrasan y terminas con la lengua fuera, vengo a sentarme y a vaciar la mente para no pensar en nada. Siempre me acompañaban mis recuerdos, pero ahora observo otros detalles contigo a mi lado.

—Mira esos rayos. —Le señaló cómo el sol se colaba entre las grandes ramas de un roble—. Eso lo vi en documentales, pero verlo in situ es impresionante.

—Es un roble que los gallegos conocemos como *carballo*, —asintió Luna— siempre lo recuerdo, debe ser muy antiguo.

—El tronco así lo muestra —apuntó Noel que estaba maravillado—, esta naturaleza es mágica, Luna. —Tiró por ella para pegarla a su cuerpo—. Este será nuestro lugar mágico en la tierra.

—¿Qué? —soltó una risilla nerviosa.

—Será nuestro lugar y gracias por compartirlo —habló sobre la sien. Su aliento le movió algunos mechones de pelo, antes de darle un beso.

—No ha terminado, vamos.

Camino abajo, acompañados por más árboles, que entre sus ramas vieron alguna que otra sorpresa en forma de nido, llegaron a una pequeña iglesia.

—Esta es la iglesia parroquial, se abre los domingos y cuando hay algún entierro y también por el patrón, que es el quince de agosto.

—Es más pequeña que otras iglesias —se fijó Noel.

—Sí, por dentro es muy bonita, una pena que esté cerrada, —suspiró—. Siempre pensé que se debía abrir más.

Bajaron por una cuesta bastante empinada, asfaltada con un cemento bastante rudimentario, cuyas piedras abomban las suelas de los zapatos si los pisabas. Pasaron por un viejo arco de piedra, donde las enredaderas y otra vegetación se habían adueñado de él, siguieron por un camino más estrecho y terminaron en una preciosa cala. Luna nunca había ido en abril, a eso se le añadía que hacía tiempo que no iba a ella durante el verano, por eso al igual que le pasaba a Noel, se quedó atónita, por cómo la vegetación caía salvaje sobre el acantilado, con algún que otro árbol tumbado en el aire como si tuviese ganas de apoderarse de él, frente a ellos, el mar tranquilo, lamía suave la arena, aunque también había dejado muestras de su furia al esparcir algas que salpicaban algunas partes de la playa. Luna sonrió al ver cómo Noel, con los ojos muy abiertos, giraba sobre sus pies para no perderse nada.

—Esto es espectacular. No deja nada que envidiar a ninguna playa paradisíaca, porque esto es el paraíso.

—Lo es, hay más playa separada por el acantilado, pero no es mi playa favorita —matizó generando cierta expectación en Noel.

—¿En serio? —La miró como si hubiese dicho un sacrilegio—. No es posible, esto es como encontrar una playa perdida en mitad de un paraje exótico sin salir de España.

—Pues te digo la verdad, no es mi favorita. Esta es una playa de ría, no es la típica de mar abierto y batido, donde la fuerza del mar es tal que sabes que no eres nada en comparación con él.

—Es precioso. Juraría que si me quedo aquí puedo rebuscar en mi memoria por esas ideas un día perdí. —Se giró hacia ella—. ¿Dices que tienes una playa favorita?

—Sí, mañana iremos, aprovechando que vamos a ver al cliente, y verás la diferencia, pero esta es muy tranquila, aunque no haga buen tiempo, puedes nadar porque no hay banderas rojas o amarillas que te prohíban el baño.

—Quiero venir contigo en verano —afirmó tajante para que no hubiese lugar a dudas.

—Noel Hammond, ¿estás haciendo planes de futuro conmigo?

Él se acercó con la alegría de un niño que acababa de descubrir mundo.

—Sí.

—Entonces, ¿estarás dispuesto a conocer a mis padres?

—Sí y les diré lo maravillosa que es su hija. —La rodeó por la cintura.

Con las yemas de los pulgares, perfiló esos labios ni muy gruesos ni muy finos que la hacían delirar y, allí, no se pudo callar por más tiempo lo que su corazón llevaba guardando:

—No hay nada más dulce que tus besos inesperados; nada más íntimo que mi alma unida a la

tuya por nuestros labios, nada más secreto que mi amor por ti que crece entre las espinas de mi corazón, pero que con tu cariño consigues que desaparezcan.

—Eso significa que, ¿te apuntas a mis planes?

Sus ojos no tenían nada que envidiar a la naturaleza que los rodeaba, al contrario, captaban su esencia.

—Sí.

—Bien, porque mi mejor plan eres tú.

Luna se derritió entre sus brazos, ¿cómo podía decirle palabras tan bonitas?

Noel sin decir nada, inclinó la cabeza, aunque se detuvo un momento para saborear la entrañable dulzura de su expresión. Luego, la besó profundamente, entrelazando sus dedos en su cabello y presionando su cuerpo contra el suyo, con ganas de fundirse con ella.

El rumor del mar estuvo en medio de ese beso como el eco de una promesa

—Eres encantadora. —Noel resiguió la línea de su mandíbula como si la estuviera retratando en su mente—. Quiero verte, —dijo, bajando la manta que los tapaba. Después de haber llegado de la playa, terminaron enredados frente a la chimenea haciendo el amor, compartiendo esos segundos de pasión, de amor, en los que surcaban los mares de un deseo que era imposible de satisfacer. Para Luna era más que eso, la necesidad y la entrega se entretejían entre sus cuerpos y los rodeaban en una telaraña, que los mantenía siervos de placeres más sensuales, que solo podían liberar a través de sus cuerpo, del sexo más descarnado. Tenerlo empalado entre sus piernas era la forma en la que Luna se desprendía de penas y del pasado para caer rendida en el presente que Noel dibujaba al rodar sus caderas, con cada nueva embestida, de ahí que ambos terminasen pidiendo más, pues nunca se saciaban. En esos instantes, él la contemplaba como si fuese la única mujer en el mundo. Era su mujer y así se lo hacía sentir—: Tus pechos, tus piernas, tu pelo suelto, extendido sobre la almohada. —Él tocó cada parte que nombró, erizándole el vello a su paso, ya que tenía la mano entrelazada a la suya con los dedos curvados en un agarre similar a un tornillo imposible de romper—. Tienes la piel tan blanca como la luna. —La besó encima del ombligo.

Luna lo recordaba con una sonrisa y el corazón palpitante de camino al encuentro con el cliente. Cada hora que pasaba a su lado, ella aprendió a hacer las paces con Galicia, con su propio corazón al que siempre maldijo por haberse metido otra vez en problemas, al enamorarse de él o cuando empezó a sentirse atraída por Noel, pero era inútil tomarla con quien no conocía el instinto de supervivencia: su corazón. No obstante, todo había cambiado, se había tornado más fácil, pues Noel había encontrado la llave de la puerta de su amor y ya no había vuelta atrás, ya no quería a nadie más, en él lo tenía todo.

A veces aprender a escuchar el corazón cambia el curso de los acontecimientos.

Al poco tiempo, llegaron a una impresionante finca con una casa de dos plantas hecha en piedra muy gruesa, que mostraba su antigüedad por la negrura en algunas partes, aunque bajo los rayos del sol, las décadas en pie brillaban a pesar de los andamios que la rodeaban.

—¿La están reconstruyendo? —Luna se echó hacia delante.

—Sí, del exterior se encarga un arquitecto con el que ya trabajé más veces, por dentro lo hago yo, para hacer un interior más moderno.

—Dijiste que casas como estas no las tocarías. —Recordó sus palabras, mientras observaba como los andamios la envolvían en su estructura metálica, que llegaba al tejado.

—Hay una diferencia, preciosa, la casa de tu abuela está en pie, esta estaba en ruinas, parte del techo se había derrumbado, no tenía ventanas, algunas estaban tapiadas. Su estado era deplorable —le contó al aparcar el coche detrás de una furgoneta gris.

—¡Uy!, entiendo. —A Luna no le sorprendió, ya había visto muchas en ese mismo estado y peor—. Hay construcciones así a lo largo de Galicia también por otras partes de España, aldeas abandonadas por el éxodo a las ciudades.

De la casa salió un hombre de mediana edad, que Luna conocía, ¡por supuesto que lo conocía! Se mordió el labio inferior para no abrir la boca, estaba claro que alguien de las esferas superiores estaba jugando con ella o se quería reír de ella, no había término medio. De hecho, se puso tan nerviosa que el cuerpo se le enfrió, de pronto, miró hacia los lados buscando una escapatoria y deseó ser una mutante para poder desaparecer. Al salir del coche, el hombre nada más verla se quedó tan planchado que comenzó un extraño baile, dando un paso hacia delante, otro hacia atrás, como si estuviera bailando la famosa canción de Ricky Martin, *María*. No le extrañó que se acordase de ella, pues había pagado su frustración a causa del primer encuentro con Noel en el ascensor, sí, el famoso día en que iba descalza al trabajo.

Su mente retrocedió a aquellas horas posteriores.



Varias semanas atrás.

—¡Hala, te encontrarse con el jefe! —Patricia seguía asombrada por lo ocurrido—. Esto no es una casualidad.

—Llámallo como quieras, iba descalza —apuntó ese dato a tener en cuenta, aunque a ella le provocaba un bochorno como para esconderse debajo de las baldosas del suelo y no levantar cabeza.

—Todavía no me lo creo, pero seguro que lo has impresionado, eres guapa.

—Sí, guapísima.

—Luna, es un hombre y no te sacó ojo de encima. —Volvió a repetir por milésima vez Pat.

—Es un fetichista de los pies, no paraba de mirármelos.

—Exageras, ojalá os volváis a ver.

—Ojalá...

—Buenos días, soy Gabriel Suñero Becerra, tengo una cita con el señor Hammond —se presentó un hombre de mediana edad, que interrumpió la conversación.

Luna levantó la vista hacia el trajeado que tenía enfrente, con su famosa cara de culo con la que recibía todos los clientes o quienes fuesen que viniera a ver el jefe y era un claro aviso de «me molestas», aunque esa mañana iba a aprovechar la coyuntura.

—¿Utiliza zapatos de charol? —le encasquetó la pregunta sin venir a cuento.

—¿Qué? —El hombre alzó las cejas y unos surcos como tsunamis se le formaron en la piel rojiza de su frente.

—¿Utiliza zapatos de charol? —le repitió la cuestión.

—Luna —la regañó Patricia que tironeó del brazo.

—Eh... No, la última vez que vi unos fue cuando mi hija pequeña los llevó puestos para una boda y no sé si era charol.

—¡Ves! —Luna se volvió hacia Patricia—, los hombres no los utilizan.

—Aunque hay un tipo de piel que brilla bastante y que normalmente se ponen con el esmoquin.

—Ante aquella respuesta del hombre, Luna clavó sus ojos marrones en él, que los tenía más saltones que un sapo.

—Podría mantener el pico cerrado —le echó en cara, dejándolo de piedra—. A ver, dígame, ¿qué quiere?

—Ver al señor Hammond.

Luna cogió el teléfono y marcó la extensión de Marisa, la secretaria del jefe supremo.

—¿Sí?

—Hola, Marisa.

—¿Qué tal, Luna?

—Con dudas existenciales, pero no te llamo por eso, aquí hay un hombre que se llama... —Levantó la vista hacia él.

—Gabriel Suñero Becerra.

—Sí, —dijo Marisa—, el señor Hammond tiene una reunión con él, pero por favor, dile que espere, que está con Sebastián ultimando unas cosillas.

—Vale.

—Luego hablamos —Se despidió Marisa antes de colgar.

—Debe esperar, por favor, le avisaremos cuando esté libre.

Él miró el reloj un tanto inquieto.

—En hora y media debo estar en otro lugar...

—Teletraspórtese —le contestó Luna.

—Oiga, señorita, no estoy para perder el tiempo, debo ver ya al señor Hammond.

—Hasta que su secretaria no nos dé luz verde para que suba no podemos hacer nada. —Luna abrió las aletas de la nariz, la paciencia la estaba perdiendo en cuestión de nanosegundos.

—No sabe con quién está hablando, daré quejas...

—Si no me hace caso le aseguro que pegaré un salto por encima del mostrador y me montaré en su chepa ¡qué se siente, hombre ya!, ¿es que me expreso mal o qué? —Luna se levantó—. Ve ese sofá, ponga ahí sus cachas.

El hombre colorado y asombrado a partes iguales, le hizo caso, hasta que Marisa dio luz verde para que subiese.



De vuelta a Galicia.

—¿Qué le pasa? —Noel estaba extrañado por el comportamiento del hombre.

—Ni idea. —Luna tenía la boca seca.

Fueron hacia él y el Señor Suñero fue abriendo los ojos que se convirtieron en los de un camaleón en busca de algo, quizás el modo de salir corriendo.

—¡Hola, Gabriel! —Noel le estrechó la mano.

—Sí, hola, hola. —Su sonrisa era asustadiza.

—Le presento a Luna, mi ayudante.

—Vaya por Dios.

—¿Cómo dice? —A Noel le sentó como una sorpresa más grande que un aerolito caído del cielo.

—Tengo la inmensa fatalidad de conocerla, ¿qué tal señorita? —No hizo el amago, ni gesto alguno para saludarla, lo cual Luna agradeció.

—Hola —tragó con fuerza— bien.

—¿Ya solucionó el problema de los zapatos de charol de su novio?

«¿Por qué se tiene que acordar de eso, ¡mecawento!», protestó para sus adentros.

Noel, como si tuviese un ataque de artrosis en el cuello, lo giró a cámara lenta para encararla con una inexpressión en la cara que a Luna le cortó el aliento, porque no sabía cómo descifrarla.

—Yo soy su novio —especificó Noel.

—Me imagino quien lleva los pantalones. —Ante ese comentario a Luna se le desencajó la mandíbula—. ¿Y no tiene miedo de ella?

—No, es una rosa delicada —sonrió Noel irónico.

—Me sorprende. —Miró a los pies de Noel—. ¿Son esos los zapatos? —A Luna le comenzaron a arder las mejillas de la vergüenza y no pudo más que asentir en completo silencio—. Es piel, tengo un par.

«Podéis decir lo que queráis, eso es charol de toda la vida», farfulló su mente.

—Hay que conocer a Luna para saber qué no es peligrosa, Gabriel. —Noel quería zanjar el tema.

—Entonces, la cogí en un mal día —explicó el señor Suñero.

—Sí, seguro —Luna debía disimular su cara de «tierra trágame».

—¿Cómo van las obras? —le preguntó Noel, tomando las riendas de la conversación.

Algo que Luna aprovechó para llenar los pulmones de aire, después de haberlo retenido. Se puso un casco de obra, con el que se sintió la seta de David de Gnomos, para recorrer la casa de la que el señor Suñero, orgulloso, les fue mostrando cómo estaban quedando los espacios que Noel había diseñado y con los que estaba encantadísimo. Le explicó a Luna que esa remodelación era una sorpresa de cumpleaños para su esposa, que siempre había soñado con tener una casa en Galicia, más que nada por su clima, pues no le gustaban los agobios de la playa. A Luna le gustó mucho lo que Noel había logrado con esas gruesas paredes antiquísimas, típicas de las casas gallegas: había creado espacios amplios, luminosos y se alegró por tener a un hombre tan brillante a su lado, allí, recorriendo los pasillos, entendió por qué tenía tanto éxito, pues parecía que la casa no estaba sufriendo una remodelación.

—Este salón le va a gustar mucho —afirmó el señor Suñero.

—En verano las noches gallegas son largas y con esta enorme cristalera aprovecharán todas las

horas de luz, en julio, a veces, a las diez de la noche aún es de día o está comenzando a anochecer —explicó Luna.

—¿Le gusta, señorita? —le preguntó con curiosidad.

—Está quedando muy bien.

Tras charlar un poco más con él y agradecerle a Noel mil y unas veces el buen trabajo que había hecho, montados ya en el coche de camino a la playa, Luna no se pudo callar:

—Habías estado en Galicia, me mentiste.

—Sí, cierto, pero volvía en el día a Madrid —le expuso.

—Me mentiste —repitió ella.

—No, nunca visité Galicia, es mi primera vez, iba a la casa y una vez terminado mi trabajo, me iba, hasta he comido en el aeropuerto. —Le dio un suave apretón en el muslo—. Nunca pasé tantos días en Galicia.

—Te creeré.

—Jamás te mentaría. —Cogió aire por la nariz haciendo ruido—. Ahora cuéntame tú, ¿por qué estaba tan asustado Gabriel? —Estaba muy tenso, Luna pudo apreciarlo en el modo en qué cogía el volante.

Apretó las cachas, no sabía cómo empezar.

—Ni idea —Mintió con descaro.

—Luna. —Utilizó su nombre como una advertencia.

—A ver, como me explico.

—Soy todo orejas, cariño. —Se acomodó en el asiento.

A ella ese «cariño» era como la última palabra antes de desencadenar la guerra.

—Hay clientes que son muy pesados —apuntilló antes que nada.

—Sí, es verdad, no te quito la razón.

—¿Ves?, nos vamos entendiendo, pues uno de ellos es él.

—¿Qué le hiciste?

—Lo violé.

—Si lo hicieses te miraría con otros ojos, no con esa expresión de querer salir corriendo.

—Porque lo torturé en plan inquisición española o Torquemada, llámalo como quieras.

—¿Qué?! —Con esa exclamación Noel abrió tanto la boca, que las líneas alrededor se profundizaron, a eso se le unía que al alzar las cejas los surcos de la frente aparecieron.

—Sí, le vacié una caja de chinchetas por los calzoncillos, eso duele que no te imaginas.

—Bien, después de tu sesión de «pongo cualquier disculpa a ver si se calla y me deja paz»...

—Eso mismo estaba pensando —lo interrumpió, pidiendo que lo que decía fuera cierto y se callara.

—Dime, la verdad, ¿qué pasó entre vosotros? —Noel estaba más relajado, ya era curiosidad.

—¿Te acuerdas de nuestro primer encuentro en el ascensor? —Debía ganar un poco de tiempo, por eso realizó esa pregunta, no era que Noel tuviese el cerebro seco como una pasa.

—Sí, nunca lo olvidaré, estabas descalza.

—No hacía falta dar tantos detalles, —resopló—. Bueno, pues esa mañana, este señor apareció

y Marisa me dijo que no podía subir a verte, pero insistía, insistía y le dije que pegara las cachas en el sofá de la recepción.

—¿Qué?!

—Claro, ahora saldrás en su defensa, porque los que utilizan zapatos acharolados, son de la misma condición y sus reuniones son un Miguel Bosé: seré tu amante bandido, corazón malherido. ¡Venga, hombre!

—Le gritaste —afirmó Noel.

Luna, muy quieta en el asiento, entornó los ojos hacia él, no sabía cómo iba a reaccionar por eso se adelantó.

—Vale, venga, te pica el culo por decirlo Noel, no te cortes: Luna, ¿cómo lo hiciste? Has tratado mal a uno de nuestros mejores clientes, lo podemos perder por tus arrebatos...

De pronto, Noel prorrumpió en risas, pero era un buen ataque de risa que aligeró el ambiente, pues creía que le iban a llover bastantes reproches.

—¡Dios, cómo me gustaría verte en acción! —le cogió la mano y se la besó.

—¿No estás enfadado? —Eso sí que no se lo esperaba de él.

—Te entiendo que perdieras la paciencia, porque como cliente es bastante... —se lo pensó—, es absorbente y tú eres única. —Le dio otro suave apretón antes de sujetar el volante—. Ya me había contado Sebas, que con los clientes eres un poco peligrosa.

—¡Vaya, soy famosa en la empresa! —No quería sonar tan irónica.

—Para mí, fue el primer comentario sobre tu persona.

—Bueno, pues si les preguntas a tus clientes, te dirán que tengo cara de culo, y sí, es mi aspecto normal en la recepción.

—Lo dicho, una pena no verte en acción. —Se volvió a reír.

—¿Y cuando te habló Sebas de mí? —La curiosidad fue más fuerte que la voluntad.

—Cuando vino a verme al despacho, después de haberte abrazado —la puso en contexto.

—¡Ah sí!

—Fue un acontecimiento global en la empresa.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —giro el rostro hacia él—. De repente, te habías convertido en un pulpo abrazando al calamar que ansiaba comerte.

—Cuándo besaste al pulpo, ¿en qué se convirtió?

—En un oso amoroso. —Luna vio la decepción reflejada en su rostro—. Creías que iba a decir en un príncipe.

—Bueno...

—Los príncipes no existen, pero los hombres increíbles sí. —Él sonrió lleno de satisfacción.

Al rato, llegaron a una enorme playa. Noel aparcó el coche en una gran explanada de tierra que estaba dividida en secciones marcadas por una pequeña fila de árboles y nada más salir la brisa del mar, con ese olor característico al salitre del agua batida, le golpeó los sentidos a Luna y su alma respiró tranquila.

—Huele a marisco —comentó Noel asombrado.

«El pollito se está echado a perder», Luna negó con la cabeza. Noel era incorregible.

—No es marisco, hombre de Dios, es el salitre. Este aire te abre los pulmones, es el más sano de todos.

Cogidos de la mano, ella lo condujo hasta la parte más alta del paseo, hecho a partir de unos tablones que los separaban de la arena y del campo que había al otro lado, donde se habían construido algunas cafeterías.

—Mira —señaló Noel—. Parece que el mar está pintado con distintos tonos de azules.

—Sí, lo sé, en verano se ve mucho mejor que en esta época, los rayos del sol parece que se entretienen saltando en el agua.

—Vendremos en verano —ella sonrió por esos planes que él forjaba en su cabeza—. Gracias por enseñarme tus lugares favoritos.

Él dejó caer la boca lentamente sobre la de ella, quien lo recibió encantada.

Con Noel las actividades más mundanas emanaban una tremenda sensualidad y su amor por él no hacía más que aumentar.

Luna estaba sufriendo un caso grave de enamoramiento.

Esa tarde pasearon por la playa, subieron hasta los enormes acantilados, desde donde se podía observar cómo el mar se adueñaba de la roca al golpearla con su bravura sobrenatural. Aunque lo más fascinante para ella, fue contemplar la expresión de Noel, que lo poco que conocía la tierra natal de Luna, se enamoraba más de las dos. Tanto fue así que para su sorpresa confesó que ese año tomaría unas buenas vacaciones para irse con ella a Galicia.

Después de una cena muy tranquila y romántica en casa se tumbaron en el sofá a ver una película a la que no prestaban mucha atención entretenidos como estaban en besos, caricias y otros arrumacos. Pero con una escena, Luna se acordó de algo que no había preguntado a Noel en su momento

—Noel, te voy a hacer una pregunta muy seria y quiero que me respondas. —Rompió la quietud que los rodeaba.

—¿Me vas a pedir matrimonio? —la bromeó.

Ella alzó la vista, Noel estaba un poco más alto que ella, que tenía la cabeza en su pecho.

—No tenía pensado.

—Una pena, ya no sabrás que te diría.

—Céntrate.

—¿Qué es eso tan importante? —Le devolvió la pregunta.

—¿A Sebas le gusta Patricia? —Soltó lo que debería haber soltado el día de la videollamada, pero que por culpa de lo sucedido con el váter se olvidó.

—Entiendo que esa es tu pregunta tan importante —quiso confirmar con una ceja enarcada.

—Sí.

—No te puedo responder, no lo sé. —Dejó a Luna de piedra.

Agitó la cabeza desconcertada.

—¿No lo sabes o tus sospechas las mandaste a tomar por culo? —lo interrogó con un atisbo de desconfianza en la mirada que le lanzó.

—Luna, no lo sé. A ver, Sebas es majo con todo el mundo y cae bien con mucha facilidad.

—No me estas respondiendo.

—Lo que te puedo decir es que tiene buena relación con Patricia, pero si tienen algo no lo sé.

—Tiró de las comisuras de los labios hacia abajo y alzó las cejas—. Hace tiempo que no tiene pareja y tampoco me ha contado si está interesado en alguien o en concreto en Patricia.

—Noel, hay algo que se llama interesarse por los amigos —le reprochó su pasividad con respecto a Sebas.

—Tú lo que quieres es que cotillee.

Luna bufó, ¡ese hombre era imposible!

—¿Es cultura general sobre tus amigos, Noel! —exclamó desesperada.

—Lo dicho, cotillear, pero ¿por qué te interesa?

Luna terminó sentada en el sofá.

—El día que hice una videollamada con ellos, vi que compartían gestos y miraditas que no eran de amigos o de compañeros de trabajo, había mucha química entre ellos. La típica de una pareja enamorada.

—Entiendo. —Asentía lentamente.

—¿Lo entiendes o quieres que me calle?

—Lo entiendo y tú trabajando con ella en la recepción, ¿no te fijaste?

—No, se sonreían y él se acercaba a nosotras a charlar un poco, siempre me pasó desapercibido, pero en la videollamada estaban distintos.

—Los gestos nos delatan cuando las palabras no sirven o estamos intentando disimular nuestros sentimientos —Luna no se había imaginado que Noel llegase a esas conclusiones.

—Noel Hammond, el nuevo gurú del amor. Si la empresa va al tacho, ya sabes, puedes montar un consultorio.

—Luna, era lo que hacía contigo, por eso sé de lo que hablas.

Ella dejó de respirar en los siguientes minutos.

—¿En serio? —expulsó el aire que retenía en los pulmones, mientras que miles de mariposas revoloteaban entre su corazón y su barriga.

—Con respecto a ti no miento. Y si Sebas tiene una relación con Patricia, pues me alegro por él, se merece a una buena chica y ella lo es.

—Vamos, no eres de los que prohíben las relaciones extraprofesionales.

—Me parece una chorrada, te soy sincero, además, míranos a nosotros.

—Bueno, atiende, es que aparte de gurú eres ¡¡¡ROMPE-REGLAS!!!

—Las normas están para romperlas. —Él se colocó mejor para besarla en la frente.

Luna se estaba acostumbrando a esos gestos de amor con una facilidad asombrosa.

—Sí, es cierto, recuerdo eso de : PROHIBIDO ENAMORARSE, y, ¡tachan! aquí estamos.

—Basta que digas que no o que prohibas algo para que suceda... —El sonido del móvil sobre la mesa interrumpió la conversación. Noel descolgó sin mirar quién era—. ¿Sebas?

Luna le empezó a clavar el dedo índice en el hombro él a base de golpecitos continuos. Él la miró.

—Manos libres. —Movió los labios.

Noel le hizo caso.

—No te cabrees, Noel —Sebas titubeaba bastante.

Luna estaba sorprendida por aquella petición.

—Joder, Sebas, habla. —Noel tampoco entendía nada.

—Verás, el mes que viene presentaríamos el proyecto del hotel.

—Sí —afirmó Noel que adoptó la postura de dueño de una empresa.

—¿El sostenible? —le preguntó al oído.

Noel separó el teléfono tapándolo para que Sebas no la oyera.

—No, es para una cadena hotelera importante. —Luna asintió, no sabía cuál era, él volvió a hablar Sebas—. ¿Qué pasó?

—Se ha adelantado —confesó Sebas lo más rápido que pudo.

—¿Estás hablando con él? —Se oyó la voz de Patricia por detrás.

Noel giró de inmediato el rostro hacia Luna con la boca abierta y las cejas alzadas, que se confundían con el mechón del flequillo que le caía sobre la frente. En ese tiempo le había crecido bastante.

—¡Están juntos! —exclamó, murmurando y dejó el móvil encima de la mesa—. ¡Están juntos!

—¡Te lo dije! —Luna movió los labios para no delatarse.

—Sí, estoy con él —le respondió Sebas—. ¿Estás ahí, Noel?

—Eh... —Todavía seguía consternado por la noticia y Luna le dio un golpecito en el hombro para que reaccionase—. Sí, pero ¿por qué cambiaste el día?

—No fui yo.

—Díselo, Sebastián —lo obligó Patricia.

Noel y Luna compartieron la misma sonrisa pícara, ¡los habían pillado con las manos en la masa!

—Fue Deborah —finalizó Sebas.

El ambiente sobre sus cabezas se congeló, en general el de toda la casa, que pareció que se acomodaba entre las piedras que la sostenían.

—¡¿Qué?! —El gesto de Noel se volvió adusto, abrió las aletas de la nariz y apretó la mandíbula.

—Lo acordó ella con el cliente —explicó Sebas—. Cuando me enteré estaba todo hecho y planificado, no pude hacer nada.

—¿Para cuándo?

—El Martes por la mañana, vendrá la prensa y todos.

Noel se frotó la frente con una mano y se puso en pie con brusquedad. Todo su cuerpo desprendía un enorme cabreo.

—¡¿Quién cojones es ella para cambiar mi agenda y los planes?! —bramó fuera de sí.

Luna se levantó para abrazarlo por la cintura, Noel tenía todos los músculos del cuerpo en tensión y bajo sus manos se fueron relajando poco a poco, como si necesitara de su tacto para tomar las cosas de otro modo.

—No lo sé, tío, no lo sé.

—Sebas, cuéntale todo —le pidió Patricia.

—Pat, ¿qué ha sucedido? —intervino Luna sin aguantar por más tiempo.

—Solo os diré que vais a alucinar, no sé qué bicho le ha picado pero ha saltado varios puntos hasta coronarse como la dueña de la empresa —explicó un tanto disgustada y enfadada.

—¿Sebas? —Noel le obligó a hablar.

—Desde hace unos días está más rara de lo normal y hoy por la tarde me dijo que te iba a desenmascarar y cuando lo haga te verás obligado a dejar la empresa. Nos amenazó a Marisa y a mí.

—¿Qué?! —Noel se soltó del agarre Luna.

Luna se quedó de piedra, ¿qué estaba haciendo esa mujer? Aparte de que no entendía nada, no sabía por qué Deborah los había amenazado, ¿quién era ella, la reina de Saba? Se estremeció de miedo, después de haber vivido su aparición en casa de Noel, no quería imaginarse de lo que era capaz por culpa de los celos.

—Vale, no te preocupes, el martes, quizás antes, allí estaré. —Nada más colgar, Noel lanzó el móvil contra el sofá—. ¡Joder!

—Tranquilo...

—No, Luna, te iba a proponer que nos quedásemos unos días más, te quiero dedicar tiempo, no solo las tarde o con una cena de mierda, me los puedo permitir, porque como ves puedo trabajar igual.

—Eso me vale, Noel, compartimos despacho, nos veremos todos los días, además, sabíamos que más tarde o temprano, debíamos volver a nuestros puestos de trabajo, esto fue un kit kat, no te enfades. —Le dio un beso en los labios en un intento por sosegarlo.

—Quiero estar contigo.

—Estoy aquí —le recorrió las mejillas con las puntas de los dedos—. Pero no podemos actuar como si no hubiese obligaciones, las tenemos, pero no influenciarán para mal porque estamos juntos en todo.

Como un animal enjaulado, la soltó.

—Separa. —Movido por un arrebato se acercó al sofá y cogió el móvil.

—¿Qué haces? —Él no le respondió y ella no fue capaz de frenarlo—. ¿Noel?

—¡Deborah!, ¿qué coño has hecho? —La furia se desprendía de todo su cuerpo—. Te grito si me da la gana, ¿por qué has adelantado una presentación que ya estaba programada? —No la dejó hablar o eso le pareció a Luna—. ¡Había una fecha! —Jamás lo había visto tan furioso. Luna se cubrió la cara con las manos después de pegar un brinco del susto que le había dado Noel—. Cuando nos veamos me vas a vender tus acciones, no te quiero cerca de mí ni de la empresa. —Colgó.

No era una amenaza, era un hecho y la voz oscura de él resonó por toda la casa.

—Noel.

—No la defiendas —la señaló con el dedo apuntador.

—No pretendía.

—Me siento frustrado, —enterró los dedos entres los mechones de pelo luego de tirar el móvil al sofá de nuevo—. ¡Pasa por encima de mí!

«¡Si tú supieras!», se acordó de la escena de los baños.

—Tendrás que comprar un vestido, quiero que vengas conmigo a la presentación. —Le pidió aún sin hallar un segundo de sosiego.

—Iré, piensa, aún nos quedan unos días para regresar y además... —Quiso animarlo con un abrazo.

—¿Qué? —Con ella entre sus brazos se fue calmando.

—El sábado vas a ver cómo una mujer se viste por menos de diez euros.

—¿Qué?!

Los días siguientes Noel no paraba de preguntarle qué tenía pensado, debido a esa insistencia, Luna sabía que había una parte de él que no se fiaba de lo que pudiera estar maquinando, pero ella no soltó prenda, quería verle la cara, puesto que estaba convencida de que no se imaginaba lo que iba a hacer.

En ese tiempo, Luna procuró hacer todo lo posible para que se olvidase de la jugarreta de Deborah, que no le daba una tregua. Por la noche le era fácil, haciendo el amor, Noel se entregaba sin importar nada, alejando el mundo mientras le veneraba el cuerpo; por el día era más complicado, a veces, lo veía con la mirada perdida y sabía que su alma estaba en Madrid no a su lado, otras lo pilló mirando el móvil o el ordenador con un gesto adusto y eso, a pesar de disimularlo, le molestaba, ¡no los dejaba tranquilos! Para colmo de males, Noel ya no disfrutaba del mismo modo desde aquella llamada. ¿Por qué Deborah no podía desaparecer de sus vidas? Ese era su mayor deseo, cuando las líneas sinuosas del bello rostro de Noel mostraban el lastre de una vida entera, cuya carga era demasiado pesada para él, ella se apenaba, debido a que le daba la sensación de que no quería que Noel fuese feliz, a lo mejor estaba equivocada, pero algo dentro de ella, quizás la intuición, se lo estaba advirtiendo. Deborah quería hundirlo y, en algunos momentos, Luna discernió que lo conseguiría. No obstante, allí estaba ella para darle la mano cuando Noel creía estar solo, ella podía salvarlo.

El sábado llegó como los días anteriores, un día soleado con el que condujeron a una pequeña villa pesquera que le gustaba mucho a Luna, no eso, sino que disfrutaba haciendo las compras en su feria, pues desde niña había acompañado a su abuela, donde encontraba de todo en los puestos.

—¿Qué coño es esto? —Noel levantó las gafas de sol para poder creer lo que estaba viendo.

—Es una feria —dijo espontánea, aunque la cara de horror de él era un poema y no de Bécquer.

Todos los sábados, a no ser que el tiempo lo impidiese, había un gran mercadillo en el que se podía adquirir de todo, carnes, pan, embutidos, frutas, dulces o ropa.

—¿Aquí era a dónde querías venir? —Noel miraba a todos lados con cara de «no», como si aquella marabunta, que recorría los puestos, fuese la cabeza de la misma Medusa.

—Sí, así aprovecho y compro algo de fruta para el viaje de mañana. —Luna notó un pinchazo de tristeza, no quería que esos días a su lado terminasen.

—Huele mal —le respondió Noel a su explicación.

Luna cerró los ojos con resignación, ¿qué iba a hacer con ese hombre?

—La madre del cordero, eres demasiado cayetano para estar aquí. —No pudo reprimir ese comentario.

—Huele a pulpo, a sudor, a carne, a humo, a fritanga, ¡bag! —Puso un gesto de asco.

—Lo que te pasa es que tienes un olfato demasiado *fisno* —le protestó.

—Te espero en el coche.

—De eso nada —se lo prohibió parándose en mitad de la gente—. Tú a mi lado como novio que eres.

—¿Es que no percibes el olor?

—No.

—Esto no es sano.

—¡Uy, el señor cayetano está colapsando! —Abrió los ojos y puso morritos.

—Te aseguro que sí.

—Puedes dejar de quejarte, por favor —resopló.

—No, me voy al coche.

Luna lo agarró por el brazo.

—De eso nada, tú a mi lado.

Durante un buen rato, Luna caminó escuchando como Noel mascullaba a lo grande, y pasaron por un puesto de fruta.

—¡Hola, Luna! —la saludó el frutero.

—¡Hola, Pedro! —Luna lo saludó muy contenta—. ¡Menudas fresas!

—Tienen más sabor que las del año pasado —le dijo el hombre.

Cogió una y se la metió en la boca a Noel.

—Come, verás qué buena. —Se volvió hacia Pedro—. Ponme medio kilo. Noel, paga aquí, voy a mirar el puesto de enfrente.

Luna se metió entre la gente separándola con el codo para mirar, cual urraca, la bisutería que se exponía. Había varias piezas que le gustaban, en realidad, se quedaría con todo, pero había una pulsera de cuero rosa con tachuelas y abalorios que le encantó.

—¿No comprarás esta bisutería barata? —Noel habló a su espalda.

—Sí. —Le señaló la chica la pulsera y un juego de pendientes—. Los quiero también.

—Te pueden dar alergia —comentó entre dientes.

—No, ya lo tengo demostrado científicamente. —Pagó Luna el importe.

—Muchísimas gracias. —La chica le dio una pequeña bolsita.

Siguieron el camino y pasaron por puestos de ropa de todo tipo.

—¡Muchacho! —lo llamó una vendedora—. ¡Cinco calzoncillos por tres euros, venga es una ganga, chiquillo!, ¡guapo, a tres euros...!

—No gracias, se me caerán los huevos si me los pongo. —Luna se rio, estaba visto, Noel no estaba hecho para los mercadillos—. Esto no es sano.

—¿Nunca has estado en un mercadillo? —La pregunta era ridícula, solo se dio cuenta al formularla.

—Lo más parecido fue el mercado de Portobello Road, en Nottinhg Hill —respondió él.

—Pues esto es lo que se estila en España. —Miró hacia un lado y ahí estaban los vestidos largos, en un puesto al lado de otro de perfumería—. Imperio Irmani, —Luna señaló un frasco—,

¿mentía? —Lo cogió y se pulverizó la muñeca—. ¡Huele! —Él movió la nariz—. ¡Huele, Noel!
—Él claudicó

—No está mal.

—Es muy similar al tuyo.

—No. —Negó con una sonrisa de superioridad en los labios—. ¿Quién le diera a esta falsificación?

—Pijo, no es ninguna falsificación —le hizo burla, antes de acercarse a los vestidos, donde Chinel, Dori, Mike Kros o Tor Fordi eran las que más abundaban. Luna estaba en su salsa, porque había más modelos que en los mercadillos de Madrid a los que acudía, había de todo tipo: largos, cortos, años cincuenta, ¡le gustaban todos! Pero escogió uno de estilo vintage verde con grandes flores fucsia, que parecía iluminar como un semáforo—. Me lo llevo y fíjate, le enseñó la etiqueta, siete eurazos y es divino de la muerte.

—Ni se te ocurra —aquella respuesta por parte de él la enfadó.

—Por supuesto que me lo llevo.

—No.

Ella metió la mano en la bolsa de las fresas, le sacó las hojitas y se la metió en la boca.

—Come y calla.

—Es una guarrada lo que acabas de hacer, ¡no está lavada la fruta! —dijo con la boca llena.

—A joderse.

Noel, más cabezón que ella, le arrebató la percha para ponerla en la barra de hierro de la que colgaba y con seguridad dijo:

—De esto me encargo yo —se impuso sobre Luna.

—No.

—Ya te digo que sí.

Más cabreada que Chita con Tarzán, Noel la subió al coche y condujo hacía unos grandes almacenes a unos cuarenta y cinco minutos de donde estaban. En ese trayecto nadie habló, si Luna abría la boca se podría arrepentir de lo que pudiera decir, pero que él no le hubiese permitido coger aquel vestido tan bonito y llamativo, le dolió, porque al final tanto la madre como Devórame otra vez tenían razón: ella no lo dejaba en ridículo, pero lo peor de todo era que él con esa actitud lo confirmaba. Ahí estaban sus mundos tan diferentes que al conocerse chocaban con cualquier estupidez. Con esa pena que le producía al darse cuenta de que lo suyo con Noel no tenía mucho tiempo de duración, esa era la verdad a la que había llegado, se vio rodeada por grandes firmas de moda, cuyos productos costaban tanto como tres o cuatro meses de su sueldo de recepcionista.

—Buenos días, ¿puedo ayudarles en algo? —Una joven dependienta, muy sonriente, se acercó a ellos.

—No, gracias —soltó Luna sin morderse la lengua.

—Sí, —le apretó la mano Noel, pues no la había soltado desde que salieron del aparcamiento—. Queremos un vestido elegante, de día.

—Para él, es su primera vez con vestido y tacones, ¿sabes? Debe tener un traje femenino y sexy para sacar el hipo —le dijo a la joven, que puso cara de no entender nada.

—Luna.

—Va a empezar un espectáculo de travestismo y luego de comprar aquí, iremos a la sección de maquillaje, míralo —Luna se soltó de su agarre para obligar a la chica a que fijase en él—, tiene la tez tan pálida como la clara de un huevo escalfado, le haría muy bien, un pintalabios rojo putón para que resalte, ¿qué opinas? —Le preguntó a la chica.

—Le puede favorecer con ese pelo tan oscuro.

—¡No! Le compré una peluca rubia a lo Marilyn Monroe.

—El rojo perfecto —asintió la dependienta.

A esas alturas, Noel no sabía dónde esconderse, se moría de la vergüenza.

«Jódete y baila», se vengó de él.

—No le haga caso, hoy mi novia se ha levantado con una vena muy... —sonrió a Luna de un modo sarcástico— ...Muy lunática.

Si algo había que no le gustaba a Luna era que utilizasen su nombre como un calificativo. Arrugó el morro en una mueca de cabreo total.

—¿Qué es lo que buscan? —intervino la dependienta.

—Un vestido, un Dior, si puede ser, para que haga juego con el perfume que escondes, amor —Noel se hizo cargo de la situación, muy sabiendo.

—¡Tendrás jeta! —Luna se cruzó de brazos y confirmó lo que él ya debería saber—: Yo quería ese Chinel del mercado.

—Por aquí, por favor.

—¡Mierdola! —musitó Luna de morros.

A partir de ahí comenzó a ver unos vestidos que realmente eran muy bonitos, decir lo contrario era mentir como una cerda, pero aquello no era su estilo para nada, ella se conformaba con muy poco, no quería esos grandes lujos, nunca había vivido con ellos y no los necesitaba.

—No me lo puedo permitir —le dijo entre dientes a Noel.

—Es un regalo. —De pronto, ya no estaba Noel Hammond a su lado, sino Richard Gere en su versión joven y británica.

—¿No te cansas de dirigirme la vida? —le inquirió hirviendo por dentro de la furia.

—Me encanta —le respondió picajoso, metiéndose con ella—. Escoge el que más te guste.

Por gustar, le gustaban todos, pero eligió el que menos le gustaba a él: un vestido de corte muy sencillo con el corpiño ceñido y la falda caída en vuelo. Estaba confeccionado con lentejuelas que brillaban como la había descrito la madre de Noel, una bola de discoteca, ya que el color de fondo era un gris perla, casi blanco, pero de los bajos de la falda así como de la cintura, se habían cosido con lentejuelas de todos los colores del arco iris.

Pero la idea de Noel no quedó ahí, tras pagar un pastizal por ese vestido, le compró una pulsera de Bulgari.

Con todo aquello Luna no se sentía cómoda, se desdibujaba entre tanta riqueza, quizás otra mujer se sentiría como Julia Roberts en *Pretty Woman*. Ella no. Aquellos brillantes o diamantes, el ruido que hacía la tarjeta de crédito de Noel, la convertían en el patito feo que era a su lado.

Durante el regreso a casa se mantuvo en silencio, tragándose las lágrimas, debido a la sensación de superioridad de Noel que, lo que pretendía con ella, era tener a la mujer perfecta, a la Barbie a su lado, porque la realidad no le gustaba, ¡la quería cambiar! Era cierto que nunca le había dicho que se avergonzaba de ella pero volvió a notar que sus mundo chocaban como un meteorito contra un planeta.

—¿Dónde dejo todo? —le preguntó Noel al llegar a casa.

—En el coche, no me lo pondré hasta el martes.

Ella entró lo más rápido que pudo con ganas de romper todo a su paso por la impotencia de no poder haber impuesto su voluntad y dejar que él hiciese con ella lo que le daba la gana. Fue a la cocina a dejar lo que había comprado en el mercado y luego, a la habitación para guardar en la maleta las piezas de bisutería que había comprado. Eso era lo que la identificaba, no un vestido de miles de euros y una pulsera con la que se podría pagar unas veinte mariscadas. Pero esa chica era de la que Noel se avergonzaba.

—Luna, ¿qué te pasa? —Le acarició la nuca, ella se apartó de él.

—Nada.

—Te pasa algo, ¿qué? —insistió él un tanto preocupado, que no enfadado.

—Nada. —Cogió una camiseta que metió en la maleta de cualquier manera.

—No es cierto.

—Habló la voz de Freud, y yo te respondo: ¿a ti que te importa? —Se separó de él bruscamente.

—Me importas, ¿cómo dices eso? Sabes que no es verdad.

—Te importan otras cosas, que no cómo me sienta.

—¡Me importas! —Alzó la voz desconcertado.

—Porque grites no vas a llevar la razón —lo puso en duda.

—¿A qué juegas, Luna? —Estaba molesto el señorito—. No me gusta que pongan en duda mis hechos y mis palabras.

—¿Quién lo diría? —Lo encaró con el cuerpo inclinado hacia delante—. Me llevaste a comprar un vestido que no quería, quería otro, pero había que cumplir tu voluntad.

—No es lo que estás pensando.

—¡¿Ah no?! —Cerró las manos en puños tan apretados que se clavó las uñas en la palma de la mano—. Dilo de una maldita vez, ¡te avergüenzas de cómo me visto!

—No pongas en mi boca algo que jamás te dije, porque me gusta como vistes.

—¡Mentiroso! Reconócelo de una maldita vez, ¡un Dior!, ¿a eso cómo se le llama? —Dio un paso al frente por la ira que desprendía su cuerpo—. Disfrazar a una choni de pija.

—Lo que quiero es que la gente te vea brillar como yo te veo, que te admiren...

—Con mi estilo no con el tuyo, pero no, no te servía lo que me gustaba.

—Te mereces lo mejor, Luna. —Noel transmitía la tranquilidad del que amaba la verdad y se agarraba a ella.

—Te crees Richard Gere y no llegas a Papá Noel.

—No, no es como lo ves.

—¿Y cómo lo veo?

—No te quiero cambiar, me encanta como eres. —Se encogió de hombros—. Ojalá lo entiendas y pudieras verte como yo lo hago.

—Lo dices porque está en el contrato.

—¿Qué? —Aquello lo cogió de sorpresa.

—¡Noel no se meterá con la forma de vestirse de Luna! —le echó en cara la cláusula que ella misma marcó.

—Me da igual el contrato, ¿es que no te ha quedado claro? ¿Ahora no puedo regalarte nada?

—Un vestido y una pulsera de miles de euros —le restregó el dinero que se que había gastado.

—¿Y?

—No te gusta como visto, no te gusta como soy, —decirlo en voz alta le hizo picar los ojos por las lágrimas.

—No sabes lo que dices. —Se pellizcó el puente de la nariz, derrotado.

—Deborah y tu madre tienen razón, sabes que con ese vestido te puedo avergonzar de ahí las compras de hoy.

—Ellas no saben nada.

—Pero son más elegantes que yo, ¿verdad?

Noel también dio un paso al frente enfadado por esas palabras que Luna soltó.

—¿Por qué te comparas con ellas?

—Tienen razón —le gritó desesperada y furiosa con él.

—No es cierto, porque no te conocen.

—¡Ahora estoy loca y veo donde no hay! Reconócelo, te interesa que dé una buena imagen ese día.

—Odio que te subestimes, eres muchísimo mejor.

—¡No disimules, joder! No eres un caballero antiguo, eres un pijo que no aguanta nada que no sea de Chanel o Prada, así es como te enseñaron a vivir. Nuestros mundos son diferentes...

—¿Qué quieres decir Luna? —Noel se cruzó de brazos conteniendo el enorme cabreo.

A ella le cogió de sorpresa esa pregunta tan directa.

—Lo nuestro...

—¿No va a funcionar?

—Sí. —Aquella afirmación la rompió y tuvo que morderse el labio para no llorar.

—Me duele en el alma que creas eso, de verdad lo digo, porque si no me gustase como vistes te lo hubiese dicho, no me cortaría en hacer algún tipo de comentario al respecto, pero te veo guapa hasta con los harapos de los Picapiedra. —Alzó las manos en señal de agotamiento—. Piensa lo quieras, Luna, piensa mal de mí y de mis intenciones, pero no voy a discutir cuando crees que entre tú y yo no hay nada, de verdad que no. —Entristecido, salió y cerrando la puerta, la dejó sola.

Luna rompió a llorar, ¿por qué se lo había tomado tan mal? No tenía ni idea, le había sentado fatal todo aquello, se sentó al borde de la cama y lloró desconsoladamente.

Ese «te avergonzará» que Deborah e Isabel le dijeron a Noel, había regresado a ella como una bofetada que rompió la burbuja de esos días tan bonitos. Su cabeza rodaba en favor de la vergüenza. Cogió el móvil para enviarle una foto que había hecho del vestido a Roy.

Mira que vestido me compró Noel.

La respuesta no se hizo esperar.

Oooh! qué bonito detalle

Tú crees?

Qué va a ser si no?
quiere que le des por culo
a la «Devórame otra vez»

Me quiere cambiar.

Luna, por favor, Céntrate y
cuéntame, es para la prestación?

Sí

Quiere que brilles como si fueses la única

Tú crees?

Te lo aseguro, ese hombre
te quiere, no lo dudes
lo vi con mis ojitos, y estos no fallan.
Te dejo que hay trabajo.
Un besito, Lunita. Y no le des tantas vueltas.

A veces, solo tenemos que hablar con un amigo para descubrir la verdad, incluso, en nosotros mismos.

Roy pensaba lo mismo que Noel, ¿podía ser? Aquello la hizo meditar, quizás el cabreo inicial de no poder comprar lo que ella quería y cómo quería, la había empujado a tergiversar la situación; podía ser que Noel no lo hiciera con malas intenciones y su mal humor había estallado por nada. Era verdad, nunca le había dicho nada acerca de la ropa, era más, se asombró al verla tunearse con el uniforme de secretaria cuando fueron a cenar a la Ferretería y al ir a la Cañada, aún su piel recordaba la manera en que la recorrió de arriba abajo con ganas de comerla. Se había equivocado con él, con sus intenciones. Todo por culpa de su cabreo.

Bajó y lo encontró sentado a la mesa revisando algunos documentos en el portátil. Luna le puso una mano en el hombro.

—¿Te gusta como visto? —Ante esa pregunta Noel se giró en la silla.

—Claro. —No dudó al decirlo.

—Te pudiste callar por el contrato.

—Me da igual el contrato, Luna, ¿es que no te das cuenta? —Ella negó con la cabeza, cabizbaja—. Te lo digo y lo repito, si no me gustase te lo hubiese dicho y creo que jamás me metí contigo por la ropa. —Él se puso en pie frente a ella a escasa distancia—. Eres preciosa, te adoro con los ojos que te veo.

—No quieres que vista de mercadillo.

—El vestido que escogiste en la feria era muy bonito, pero no quiero que nadie te haga sombra ese día, quiero lo mejor para ti, no creo que sea un delito. —Chasqueó la lengua y cambió el peso del cuerpo a la otra pierna—. No soy el tipo de hombre que crees, no quiero una mujer florero a mi lado, te quiero a ti tal y como eres, sin ningún cambio, y si por comprar un vestido y una pulsera... Los devolveré.

—¿Para qué la pulsera?

—Nunca te hice un regalo del tiempo que llevamos juntos y desde que mis sentimientos por ti cambiaron, es un detalle.

—Sí que lo hiciste —bajó la cabeza.

—¿Cuáles? —Frunció el ceño desconcentrado.

—El detalle de comprarme las palmeritas de chocolate, el picnic en Rascafría, delante de la chimenea, que me cuidases, o querer que venga contigo a un viaje de negocios. Esos gestos son tus regalos para mí.

—Quería regalarte algo más, algo que te recordase a mí, cuando no estuviera a tu lado.

—¿Por qué?

—No hay ningún motivo para regalar, solo el impulso del corazón, pero en este caso quería confesarte: gracias por amarme. —Se encogió de hombros—. Gracias por estar conmigo.

Ella rompió la distancia que los separaba, el corazón le palpitaba como una mariposilla y le rodeó el cuello con los brazos. Él se lo devolvió estrechándola fuerte contra su cuerpo, como si necesitara de ese contacto entre ellos.

—Cogí el vestido que menos te gustaba.

—No, sabía que lo ibas a escoger —afirmó él.

Ella se separó para mirarlo a los ojos. Noel le echó esa sonrisa sesgada que le arrebatava el aire.

—¿Cómo? —Luna estaba que no se lo creía.

—Todos los vestidos que te enseñaron eran monocromáticos, ese, aunque predominase un color, sabía que lo cogerías, porque tiene más colores, como tú. —Le rodeó el rostro con sus manos—. No eres una mujer de un solo color o una sola cara, te gusta la alegría y era el que más entonaba contigo, te sienta bien y te hace brillar. —Con esa simple explicación se dio cuenta que Noel la conocía más de lo que aparentaba. La había calado tan hondo, que era capaz de describir su esencia.

—Lo siento por pensar mal de ti —Luna le pidió disculpas—. Estaba muy enfadada.

—Me gusta cómo eres, por eso odio que te hagas de menos, porque eres una mujer increíble y no quiero que cambies por nada del mundo —le repitió.

—No tenía pensado hacerlo.

—Pero sí te pediría una cosa.

—¿Qué?

—No vuelvas a dudar lo que hay entre nosotros, tú estás aquí —le cogió la mano y se la puso sobre el corazón—. Late solo por ti.

—No volverá a pasar. —Luna nunca había estado tan enamorada, no iba a esconderlo—. Sé que me pasé.

—Me alegro, porque —comprobó la hora—, aún nos da tiempo a volver a esa feria y comprar el vestido.

—¿En serio? —Aquello sí que era una sorpresa.

—Yo también me equivoqué en no permitirte comprarlo si es lo que te gusta, así que, vamos.

Luna se puso de puntillas enredó las manos en su cabello y lo besó con audacia.

Los dos habían cometido a lo largo de esa mañana muchos errores que quedaron diluidos en ese beso que los agitó por dentro hasta hacer desaparecer cualquier atisbo de suspicacia y que sólo quedase el amor que había entre ellos.

El regreso a Madrid les resultó difícil a los dos, él se fue a su casa y Luna subió a la suya donde la esperaban Pepa y Roy, muy ilusionados por ver en vivo y directo el vestido que Noel le había comprado. Una parte de ella, se había marchado con Noel, no tenerlo, era duro, extraño, había perdido una parte de ella, la mejor, esa que disfrutaba de la vida siempre que sus fuertes brazos la rodeasen o el simple hecho de despertarse y tropezarse con sus ojos verdes observándola. A veces ni uno mismo podía poner palabras a la pena que embargaba el alma. La única esperanza que tenía era verlo al día siguiente, sin embargo, notaba que el reloj se había puesto en su contra, las agujas no se movían, siempre estaban en la misma posición cada vez que lo ojeaba, ¿se había parado?!

—A ver, Lunita, enseña el modelito —le pidió Roy sentado a los pies de cama.

Ella abrió el porta trajes que había colgado de la lámpara y lo sacó entre exclamaciones de su abuela y aplausos de su amigo.

—Es el vestido más bonito que tienes —sentenció su abuela.

—Con lo que valió —apuntó Luna, que los miró boquiabierta señalando con un dedo el vestido—. Me arruinaría o tendría que pedir un préstamo. —Luego, les enseñó la pulsera.

—¡Me he quedado muerta en la bañera! Pero qué tío, qué buen gusto —exclamó Roy y alagó a Noel—. Dime dónde compraste a tu novio que me presento allí a primera hora.

—¡Qué detalle tuvo, el muchachito! —Su abuela no estaba enamorada de Noel, ¡lo siguiente!

—Todo en contra de mi voluntad —dijo Luna, por si no les había quedado claro.

—Niña, aprende esto y tú también: a veces hay que dejarse mimar, no por lo que cueste lo material, sino porque lo que se compra se hace desde el corazón y el muchachito así lo hizo, como el cuidarte, le salió de dentro —lo defendió Pepa.

—Pepa, hoy estás muy filosófica. —Roy le sonrió con cariño.

—Es la verdad, ya os acordaréis. —Pepa se cruzó de brazos.

—¿Y con qué lo vas a combinar? —le preguntó Roy.

—Mirad, con estos botines. —Cogió de encima del armario unos botines plateados con cristales de tacón fino.

—Ese vestido es para poner con zapatos —opinó Pepa.

—No abuela, le van que ni de coña. —Luna no se iba a romper más la cabeza.

—Todo es cuestión de probarlo, Pepa. —Roy siempre era más práctico, quería comprobarlo todo.

Al final Luna hizo lo que quiso, los combinó con el vestido el martes. Noel como cada mañana, aunque más tarde de lo normal la recogió para ir juntos a la empresa donde se estaba preparando

todo para la presentación. Ya en el ascensor, él la miró como un hombre miraba a una mujer cuando era tan feliz de abrazarla como de poseerla y así lo hizo, pero con su boca.

Agarrándola por las caderas, la aplastó contra la pared del ascensor y la besó con abandono, pero esa vez, no fue un beso normal como otros que se habían dado días atrás, ese beso comenzaba por el final. La devoró en esos primeros segundos desesperados, incitando a su lengua a enredarse con la suya en un baile sensual que despertaba los sentidos y los convertía en un puro volcán. La puta campana del ascensor sonó, no les quedó más remedio que salir, Noel caminaba tan rápido que no le dio tiempo a saludar a Marisa. Dentro la izó, por acto reflejo Luna le rodeó cintura con las piernas para terminar sentada en el escritorio y las manos se deslizaron hasta ahuecar sus pechos, mientras que su boca rodó por su garganta, su clavícula, el delicado borde de su escote. Su lengua se hundió entre sus pechos y ella lo apretó con fuerza, levantó las caderas hacia delante y a través de la ropa percibió la erección, él también quería hacerlo y qué morbo daría hacerlo en el despacho.

—Sí —dijo Luna en voz alta, temiendo que él se detuviera, ¡lo necesitaba entre sus piernas! Eso sucedería en sus sueños más húmedos, cuando la excitación estaba a punto de explotar, Noel se retiró para explorar suavemente su boca. Luego, adorando solo sus labios, trazándolos reverentemente con la lengua, los bendecía con los besos suaves como plumas, mientras le acariciaba el pelo recogido en un moño tirante y para que ningún pelo se moviera se echó gomina. Bastante.

—Te eché de menos y no pasaron ni veinticuatro horas —le habló con el rostro escondido en el hueco de su cuello.

—Y yo, pero aquí en la oficina... —Noel bajó la cabeza y ella cerró los ojos, se preparaba para otro beso, cuando fueron bruscamente interrumpidos por la puerta, que se abrió de repente dejando ver a una Deborah vestida con una vestido largo verde campo, con un pedazo escote en uve que mostraba más que tapaba.

Noel y Luna se separaron de inmediato y en la expresión de él leyó un malestar que rozaba el cabreo.

—Contigo quería hablar. —Noel se limpió los labios a la vez que ella lo recorría con la mirada, ¡lo devoraba! Noel pasaba de su presencia.

—Y yo con vosotros —canturreó y les sonrió con aires de superioridad.

—Quiero que me vendas tus acciones —Noel entró en tema, no perdió el tiempo.

—No te las voy a vender —aseguró como si en sus manos estuviese la verdad.

—Lo harás, Deborah, no quiero que sigas en la empresa. —Ella separó los labios, no contaba con eso, Luna menos aunque se lo oliera—. Quiero que dejes tu puesto de modo inmediato.

—Se lo puedo vender a otros, pero a ti, no dejaría nada en tus manos. —Luna se fijó en cómo Deborah movió la lengua en el interior de la boca, ¿tenía un caramelo? No, estaba haciendo bolitas de veneno para escupirlas.

—Soy el dueño —suspiró al recordárselo.

—Y gracias a mí levantaste tu imperio —le recriminó para que no se olvidase.

—Tú ayudaste, pero el trabajo es de Sebas y mío, no tuyo.

—Gracias a mi padre te hemos dado clientes.

Noel rodeó el escritorio y cogió un folio, que le entregó a ella.

—Fírmalo —le ordenó con voz monocorde.

—No —frunció los labios altiva y pasó por alto la presencia de Luna, que no debería estar presenciando eso.

—No eres quien mandas. —La tranquilidad de Noel transmitía la frialdad al igual que la calma que precedía a la tormenta.

—Creo que no lo entiendes Noel. —Deborah dejó su discurso sin terminar.

—¿El qué?

Luna se puso en alerta, sabía que Deborah no era de fiar y aquella era una de esas ocasiones en las que podía jugar con un as que sacaría de la manga. No obstante, algo sí captaba la atención de Luna, Deborah no se amilanaba ni montaba un pollo de celos, al contrario, su pasividad congelada mostraba que tenía todo a su favor. Un todo que se le escapaba y no era capaz de descifrar. De pronto, Deborah, que tenía las manos a la espalda, mostró un folio que Luna reconoció al instante por el título: *Contrato vinculante entre Noel Hammond y Luna Placer*.

—Tu relación falsa con Luna. —Posó sus ojos sobre Luna por primera vez desde que entró.

—No es ninguna relación falsa —le respondió Noel, que se colocó al lado de Luna y la cogió de la mano entrelazando los dedos.

—¿De dónde lo has quitado? —intervino Luna, ya no podía callarse más.

—Noel siempre ha sido muy descuidado y despreocupado, dejando todo a la vista de cualquiera, y aprovechando que no estabais, entré cuando Marisa se fue a tomar un café. No tuve que buscar mucho.

Noel soltó a Luna con la mandíbula apretada, dio dos zancadas para arrebatárselo, ella se separó.

—Dámelo —le dijo entre dientes Noel, estaba perdiendo la paciencia.

—No, ni en tus mejores sueños. —Se dirigió a Luna—. Siempre lo dije, no te quiere, y esto lo ha hecho para darme celos. —Se volvió a él—. Dime Noel, ¿me equivoco?

—Sí.

Desconcertada y repentinamente enfadada, Deborah dio un patada en el suelo.

—Lo dudo, porque sabes desde el principio que si me dices algo, estoy dispuesta a dejar a Eduardo. —Esa confesión dejó boquiabierto a Luna, ¡lo estaba utilizando!

—¿Tan poco orgullo de mujer tienes? —Luna o soltaba esa pregunta o reventaría a lo grande—. Qué falta de escrúpulos, no te interesan los sentimientos de Eduardo. —Aquella mujer, cada vez que la conocía un poco más, le daba más asco—. Te vendes como una fulana al mejor postor. —Aquella era la mejor definición de Deborah.

Deborah con el rostro contraído en una mueca de rabia, se iba a acercar a Luna, pero Noel se interpuso y fue quien recibió una bofetada.

—Noel... —dijo compungida, Luna ni se movió. Vio cómo él se llevaba la mano a la cara y movió la mandíbula de un lado a otro.

—Luna tiene razón —que Noel le diese la razón era un acontecimiento que celebrar—. Como

intentos hacerle algo, te denuncio.

—Ya veo, esta mujerzuela te importa, porque te echa unos polvos increíbles, cuando a mí no dejabas tocarte. —Ahí estaban los celos que la corroían por dentro y no la dejaban vivir.

—Sabes que nunca te quise, —Noel ya estaba cabreado de verdad—. ¡Firma esto de una puta vez para venderme tus acciones!

—No lo haré, porque os tengo cogidos por los huevos a los dos —escupió rabiosa con las mejillas muy rojas. Luna comenzó a sentir el corazón palpitando contra las costillas por culpa de los nervios—. ¿Sabes cuánto valdría esto? Un noviazgo falso de Noel Hammond. —Soltó una malvada carcajada—. Por cierto, se lo iba a contar a tu madre, pero no me cogió el teléfono.

—Aplaudo a mi madre —afirmó Noel con satisfacción.

—¿Y eso? Siempre te has llevado mal...

—La amenacé, —interrumpió a Deborah—: si habla contigo no volverá a verme —le contó la verdad, una que ella sintió como si le diese una patada en la barriga.

Aquello no solo enfureció a Devórame otra vez, sino que el ruido del folio al estrujarlo rasgó el ambiente, que se había quedado suspendido sobre cabezas debido a la tensión entre ellos.

—Entonces, me obligarás a hacerlo, —levantó el folio—, me forraré a tu costa Noel Hammoond, venderé tu falsa relación con una vulgar recepcionista y cuando consiga que Edu te quite todos tus clientes, te remataré, no sabes con quien estas jugando —los intimidó.

Luna se quedó pensando: si eso era lo que pretendía, entonces eso significaba que conocía a más de un periodista. La bombilla se iluminó al atar cabos.

—Tú fuiste la que llamaste a la prensa aquella noche que nos acechaban a la salida de la empresa —afirmó Luna sin pelos en la lengua.

—No te confundas, doña cualquiera, era yo la que os seguía, y vendí vuestras fotos —reconoció su delito.

La frialdad y la indiferencia, como su gusto por recrearse en la maldad, provocaron que dentro de Luna se desprendiera esa versión de sí misma que había crecido del dolor más descarnado y que salía cuando los suyos o su propio orgullo estaban en peligro. Viendo como Noel no pudo arrebatare el folio de nuevo, ya que ella se giró sobre sus zapatos de diseño para salir triunfante del despacho, la ira se apoderó de Luna, primero la percibió al respirar hondo, empujada por el aire, se filtró en segundos por la sangre, que le cabalgó hasta que su corazón le palpitó irradiándola por todo su cuerpo. Abrió las aletas de la nariz, apretó las muelas hasta hacerlas rechinar y un fiero impulso la empujó a abalanzarse sobre ella y de un salto, como si del pequeño saltamontes se tratara, subió a la espalda de Deborah.

—Luna —gritó Noel.

Su nombre resonó en la lejanía, tampoco se fijó en cómo la puerta se abrió y entraron Marisa, Sebas, Patricia y Roy.

—¡PELEA DE GATAS! —exclamó Roy.

Luna escuchó su nombre repetidas veces en el despacho que, de repente, se había convertido en un ring de boxeo, no atendía a nada, ni a las manos que la intentaban apartarla de Deborah.

—¡Cerde! Eso es lo que quieres a Noel, pensando en vender su vida, ¡bruja! —Fuera de sí, ya

no podía controlar el aluvión de emociones que se había desbordado en ese espacio que separaba el corazón de la mente, aunque por una vez estaban de acuerdo.

—¡Sacádmela, gilipollas! —pidió Deborah gritando con voz de gallina clueca.

—No te soltaré, voy a ser tu peor pesadilla, Devórame otra vez, eres una petarda a la que hay que linchar.

—¡Socorro, socorro, Noel, Noel, cariño! —Empezó a dar vueltas sobre sí misma.

—¡No lo nombres! Ensucias su nombre con tu lengua viperina. ¡Eres tan mala como la peste!, ¡todo lo que tocas lo destruyes!

—¡Eres una salvaje! —Le quitó un zapato a Luna e intentó pegarle con él, pero ella era más rápida, los esquivaba con mucha agilidad.

—No me conoces —lo dijo con tal tono oscuro que ella misma se asustó—. ¡Te voy a arrancar esas canicas que tienes por ojos y me los comeré! Sí, soy salvaje como una loba que ataca cuando dañan a los suyos. —Luna le apretó tanto los ojos, que le arrancó las pestañas postizas.

—¡Ay, ay, me ha dejado sin pelos en las pestañas! —Deborah ya no podía sostener el peso de Luna, se tambaleaba, aun así, pudo agarrarla del pelo.

A ella no le dolió a causa de lo nerviosa que estaba.

—¡Jódete, rata de alcantarilla! —Le echó la cabeza hacia atrás.

—¡Arráncasela! —la animó Roy—. Piensa que es una gamba, ¡toma lo tuyo, bicha!

—Te mereces todo lo malo que te pase, ¡eres muy mala persona! —le gritó Luna.

Al final, entre Noel y Sebas consiguieron separarla de Deborah, pero Luna pataleaba y braceaba para soltarse de ellos y volver al ataque, no había terminado con ella. Deborah los miró a todos con el dedo apuntador tieso.

—¡Os voy a denunciar, a todos! —bramó fuera de sí, con el maquillaje corrido y enseñando las tetas.

—Tápate la pechonalidad, se notan las pelotas de silicona. ¡Perra mentirosa! —le escupió Roy cruzándose de brazos.

—Llevaos a Luna de aquí, pero tú te quedas Deborah. —La voz de Noel era amenazante.

Roy, Marisa y Patricia se la llevaron al despacho de Sebas, que Luna había visto por la videollamada. Estaba agitada, fuera sí y con un de ansiedad que iba haciendo mella en ella que temblaba de pies a cabeza. Jamás se había sentido así, ni había hecho nada parecido a eso, no era agresiva, aunque a veces por la boca soltase lo más grande. La situación era distinta, los estaba chantajeando. Además, el dolor que le producía que Deborah hubiese amenazado a Noel le sentó fatal, era lo que más rabia le había dado, ya que con eso, Deborah mostraba que no albergaba ningún sentimiento por ese hombre al que ella sí que amaba de verdad. Al fin, entendía por qué Noel no podía soportarla, era superficial y mala. Se miró las manos y vio las pestañas enganchadas en el interior de las uñas.

—¡Qué ascazo, qué ascazo! —Sacudió las manos a la vez que se ponía a saltar con un zapato, para deshacerse de ellas—. ¡Qué asco! —Roy la sujetó y Marisa se las quitó.

—Toma, tu zapato —se lo devolvió Patricia—. Vamos a arreglarte un poco para que vuelvas a deslumbrar.

—Así la joderás un poco más —Marisa mostró la antipatía que sentía hacia Deborah.

Luna miraba a sus amigos con el contrato bailando en su mente.

—Os tengo que contar algo —hablaba de modo agitado al costarle respirar—, Noel y yo empezamos...

—Nos da igual, Luna —dijo Patricia que le frotaba la espalda para reconfortarla.

—Es vuestra relación —añadió Marisa—, y cada uno hace lo que le da la gana.

—Lunita, él te quiere, no hagas caso a las mamarrachadas de Devórame otra vez. —Roy no se calló la boca y le soltó lo que pensaba.

—Pero... pero amenazó a Noel —recordó Luna con un pinchazo que le traspasó el pecho y salió por la espalda, que la envaró.

—Luna, la que juega con fuego se acaba quemando —le advirtió Roy muy firme—. Ahora, tranquilízate y sal ahí con tu hombre, ya me encargo yo de darle lo que se merece.

Los tres la abrazaron, ella se dejó, no tenía fuerzas para nada, ni para sostenerse en pie. Estuvieron con ella hasta que se tranquilizó, lo cual era difícil y una vez que se vio obligada a salir, solo quería irse corriendo de allí.

—¿Estás bien? —Noel deslizaba las manos por sus brazos.

—Sí, aunque podía estar mejor. —Miró hacia los lados, antes de fijar los ojos en Noel.

—Luna, estás temblando.

Sí, no podía evitarlo, su cuerpo aún era víctima de la frustración y del crisol de emociones que la embargaban, ¡ni la tila doble que tomó había hecho efecto!

—Ya pasó, preciosa, no nos va a volver a molestar. —Noel la abrazó y le susurró palabras tranquilizadoras que combinaba con besos en el pelo. Sentirlo fue casi un antídoto para ella.

—¿Cómo lo sabes? —No estaba tan segura como él.

—Yo me encargaré. —La separó para mirarla. No vio resquemor o enfado en esos iris verdes, al contrario, sus ojos transmitían tranquilidad e irradiaban estrellitas a los cuatro vientos que le decía: «¡eres mi Catwoman preferida!».

Noel no había reaccionado de modo brusco o dramático a la escena que había dado en su despacho. Agradeció que no fuera un drama queen.

—Lo siento. —Se sentía mal por él.

Noel le dio un suave beso en la frente.

—No tienes nada de qué arrepentirte, porque reaccionaste a sus amenazas, aunque...

—Dilo, no te cortes. —Se pasó las manos por las mejillas, las notó frías como un témpano—. Me propasé.

—No, no es eso, contigo me he sentido como una damisela en apuros. —Ella levantó los ojos hacia él y se quedó boquiabierta, él frunció el ceño—. No me mires así, eres más combativa que todos los caballeros de la tabla redonda.

—¿Damisela en apuros?

Noel estaba bromeando en esos instantes.

—Sí y tú, mi bella Luna, mi caballero.

—¡Oh, Noel! —Se rio soltando un poco la tensión.

—Te hice reír, con eso me conformo. —Le dio un dulce beso en los labios.

La sonrisa de Luna era un tanto culpable.

—Sé que va a ir a por mí. —Sabía que Deborah no se quedaría quieta.

—Nadie irá a por ti, te lo aseguro.

El ascensor se abrió en la planta cero donde había un gran revuelo, muchos iban y venían, pues todo se había preparado en la sala de juntas, que se parecía más al aula magna de una facultad, y en la que se había preparado un escenario para la ocasión.

Noel no la soltó ni cuando se colocó a un lado del escenario donde estaban sus padres. Si el día había comenzado mal, verle la cara a Isabel Hammond, fue el remate final que, la señora muy en

su estilo, pasó de ella para darle dos grandes y sonoros besos a su hijo en la mejilla. Lo bueno, la presencia de Henry.

—¡Hola, Luna! —Se acordaba de su nombre, un bonito detalle por su parte.

—Hola, señor hache —lo bromeó sin ganas, pero debía disimular por Noel y le guiñó un ojo divertida, aunque cabía la posibilidad de que Deborah les hubiese ido con el cuento.

—Henry —matizó él cómplice.

—Vale, Henry, ¿qué tal?

—Pues aquí estamos, apoyando el nuevo proyecto, lo que no entiendo —le contó el hombre en confianza.

—¿Por qué lo dice? —Aquella respuesta le sonó extraña, por eso quería indagar.

—Nunca tuvimos que estar aquí apoyando a Noel en la presentación de un proyecto. Él sabe perfectamente que estamos a su lado, además, a él no le gusta, pero Deborah insistió.

—Y aquí estamos —intervino Isabel terminando por su marido—, con mi Noel, no íbamos a dejarte solo.

—Si no vinieseis no pasaría nada —le respondió Noel a su madre, que movía la cabeza buscando a alguien—. Luna, ¿y Sebas? —le preguntó contrariado por la ausencia de su amigo.

—No lo sé. —se alzó sobre las puntas de los pies—. No lo veo.

—Papá, ¿lo viste?

—Sí, nos acompañó hasta aquí, pero luego se fue a toda prisa, tenía algo que hacer —le contó.

—Que oportuno —musitó Noel entre nervioso y un tanto molesto.

De pronto, los flashes se dispararon cuando Deborah, repuesta como si nada hubiese pasado, apareció en la tarima con unos folios, entre ellos estaba el papel arrugado del contrato. Luna puso los ojos en blanco, ¡no podía creérselo!

«Hace buena a la boa constrictor», pensó para sí.

No se movió, se quedó quieta, mientras observaba cómo la gente la atendía, y ella hablaba con una sonrisa orgullosa, ¡estaba en su salsa! En un momento, miró hacia dónde Deborah clavaba la vista, ahí estaba su amante, la Melisa, que le devolvía la sonrisa desde la lejanía y con los brazos cruzados.

—Hoy, os vamos a mostrar el nuevo resort hotelero que *Ham & Co* ha diseñado y equipado con la última tecnología. —Deborah pulsó el botón de un tipo mando a distancia y de pronto, en vez de aparecer en la pantalla el susodicho hotel, se vio a dos mujeres desnudas en los baños que Luna reconoció al instante: ¡eran los de la recepción! Cuando la imagen enfocó los rostros desveló los de Melisa y Deborah. Quedaron retratadas delante de todo el mundo.

—¡Ah! —gritó Isabel. De la sorpresa, se agarró al brazo de Luna—. ¿Estoy viendo lo que creo que estoy viendo?

—Sí, es Deborah, dándolo todo con Melisa —le respondió Luna que separó los ojos de la imagen.

Las exclamaciones empezaron a oírse más fuertes que las palabras de Deborah que, al darse la vuelta, se quedó hierática, fría, en el sitio sin dar crédito.

—¡Dios mío! —Isabel, nerviosa, se aferró más a Luna—. No mires, chiquilla, esto es una

película porno.

—No se podía ocultar lo que a todas leguas era una mentira, —dijo Henry. Luna no contaba con eso—. No eran normales algunos comportamientos.

—Te debí escuchar, querido. —Isabel se volvió a Luna—¿Tú lo sabías? —le preguntó Isabel que era evidente que había estado ajena a todo eso en un principio, no como Henry.

—Sí, las vi en vivo en directo, pero eso —señaló a la pantalla— ha ocurrido aquí, en la empresa.

—Sebas, llévate a mis padres a mi despacho. —Le pidió a su amigo—. Luna, —los ojos de Noel ardían en furia por lo que estaba pasando a su alrededor, pues una nube de periodistas rodeaba a Deborah que no paraba de vociferar.

—Dime. —Era consciente que ya no se podía callar más

—¿Has dicho que las viste?

—Sí, en La Cañada, por eso me subí a la taza y el váter cedió, lo vi todo.

—Señor Hammond, ¿qué es todo esto?, ¿por qué mi hotel se ha visto empañado por esta mierda? —El cliente le exigía una explicación—. Han manchado mi nombre...

—Luna vete —le ordenó cabreado, aunque echando mano a su autocontrol.

—Iré a ver a tus padres.

—No, Luna. —Esa negación la frenó.

—Te puedo ayudar.

—Vete, por una vez haz lo que te pido y desaparece. —la cogió por el hombro y la giró hacia la puerta.

Con el corazón roto y agotada por ese día, con las lágrimas apunto de desprenderse de sus ojos, se marchó como él le pidió.

Para no volver.

—Gracias. —Luna pagó el taxi y sacó del bolso de mano las llaves.

Al encontrarse en el frescor del portal se sentó en una escalera, agotada, con el alma desfallecida por el dolor que le causó que Noel la echara igual que si fuera la culpable de que todo reventase. A saber quién fue la persona que puso esas imágenes, pero ¡olé por sus huevos! Deborah había quedado desenmascarada delante de todo el mundo y en ese tiempo, se había convertido en noticia junto a su inseparable Melisa. ¡Estaban en todas las noticias! Luna lo supo por las notificaciones del móvil y, por un instante, la alegría volvió a ella, aunque fue efímera. Con algunos ruidos domésticos procedentes de las casas, su rostro dibujó una mueca de dolor y lloró. Los nervios se apoderaron de ella al tiempo que su estrecho cuerpo comenzó a convulsionar, nada ni nadie la habían preparado para sucumbir a un dolor tan grande que en nada se parecía al que había experimentado en el pasado, era distinto, más vívido debido al rechazo que vio en Noel y aquello no era una mala interpretación, era la verdad.

«Desaparece», oyó su voz en el fondo del oído.

Un escalofrío la envolvió y se tapó la boca con las manos para enmudecer un gran sollozo que le produjo un insoportable dolor físico, por él y por sí misma. Aquella petición la había lanzado al infierno, a unos antros oscuros de tristeza que eran nuevos, al comprender que él había sido quien, al final, rompió todo. Estaba tan ahogada en su propio dolor que no percibía los lentos latidos de su corazón. Le ardía la cara por esforzarse para no hacer ruido, así nadie se enteraría que estaba allí tirada como un trapo llorando por un hombre que cortó con ella sin motivo aparente. Con esa pulsera y ese vestido de diseño, se vio cómo la cenicienta que vivió su propio cuento, más bien, un culebrón turco que, al despertarse, de su maravilloso sueño descubrió que su mundo se había hecho mil añicos.

Una vez más, la pena le arrebató el alma y le arrancó el corazón, pero, había una diferencia con el pasado, Noel no estaba muerto, estaba muy vivo y la había roto por culpa de la traición, cuando ella no había hecho nada, cuando ella solo quería ayudarlo como muchas otras veces. ¿Qué era lo que cambiaba?, ¿era por Deborah? o ¿era la mala imagen que se había dado de la empresa? Muchas preguntas para ninguna respuesta, aunque la crisis que había provocado Deborah no tenía nada que ver con lo suyo con Noel, en medio de la niebla que cubría su masa cerebral, se formuló otra: ¿estaba dolido por no contarle lo que vio en La Cañada? No debía preocuparse por eso, ya no era asunto suyo.

Ya nada importaba, Noel había decidido quedarse solo cuando su mundo se estaba destruyendo sin pensar en ella, sin pensar en lo que tenían. El orgullo la levantó.

—¿Quieres que desaparezca? No te permitiré que lo repitas, lo haré, no por ti sino por mí, porque debí mandarte a la mierda desde el principio —dijo en voz alta para quien quisiera

escucharla: el Destino o el universo.

Se arrastró escaleras arriba y al llegar rodapiés se limpió los ojos con el dorso de la mano que quedó embadurnada por el maquillaje. Cuando encontró las fuerzas suficientes, entró en casa para enfrentarse a todas las preguntas que su aparición suscitarían en su abuela.

—Luna, que pronto has... —Su abuela quedó en mitad de la sala con cara de no entender nada al principio, de seguido, Luna sin mirarla supo que se asustó, ya que al cerrar la puerta con el peso de su cuerpo este cedió y la espalda se le fue escurriendo hacia abajo—. Cariño, cariño, ¿qué tienes? —La sujetó antes de que su trasero se pegara al suelo. Su abuela la sentó en el sofá—. Luna, habla, ¿qué ha pasado?

—No preguntes. —No se oyó, tenía los oídos taponados por el pulso, sólo percibía el bombeo de la sangre.

—¿Tú te ves?

—Nunca tuve que ir a ese evento — se dijo a sí misma.

—¿Qué dices?

—Abuela... —Con los ojos llenos de lágrimas y el alma desfallecida, apaleada por la actitud de Noel, que la había tratado como si fuese algo desechable, negó con la cabeza.

Las palabras no le salían, solo tenía ganas de llorar y su abuela le dio esos instantes de desahogo, en los que el tiempo que había estado con Noel pasó por delante de sus ojos como si se tratase de una película. No supo escoger qué había sido mentira y que no, Noel era como un mago o un ilusionista, engañaba, embaucaba hasta que estabas envuelta en su red sin escapatoria. De pronto, el presente se cubrió de oscuras nubes procedentes del pasado al verse a sí misma abrazada a su abuela llorando por amor y aguantando un dolor que era más grande que ella.

—¿Y el muchachito? —preguntó Pepa.

Luna se separó de ella.

—Ese al que llamas muchachito me echó, me dijo que desapareciera —resumió.

—¿Qué hiciste?

Esa desconfianza por parte de su abuela, terminó por rematarla y el orgullo habló por Luna:

—¿Por qué siempre tengo que ser yo la culpable?! No soy la única persona a su alrededor, hay más gente, pero no, siempre debe ser Luna la que ha hecho algo. —Se levantó para alejarse de ella—. Para que lo sepas, fue su exnovia.

—¿Qué hizo esa mala pécora?

—Liarse con su mejor amiga. —Su abuela parpadeó sin entender—. Se acuesta con su mejor amiga, que trabaja con Noel, tu muchachito, cortó conmigo al enterarse.

—Vaya... —Pepa lo meditaba todo, hasta que reaccionó después de un rato en silencio que hundía a Luna como un agujero negro, el mismo que se había abierto en su pecho y engullía su corazón—. Venga, quítate ese vestido y metete en la ducha, te cojo un pijama limpio, vamos, cariño.



La carga de dolor y la vergüenza por haber sido tan idiota de caer en brazos de un hombre más falso que una moneda de cinco euros, por haber sucumbido a su atractivo, se hizo tan pesada bajo el chorro de agua caliente que notó como todo su espíritu se quebró. El líquido caliente, que otras veces la había relajado, le recorría la piel y no sentía cómo le enrojecía, ya que con las manos empujaba con todas sus fuerzas la pared donde estaba enganchada la ducha para empujarla, necesitaba romper algo para que su alma se deshiciera de toda aquella ira que se entremezclaba con el sufrimiento. Volvía a cruzar las puertas del dolor sola y en mitad de su propia oscuridad supo que el amor le estaba mostrando que no tenía sitio para ella. Había una seria incompatibilidad entre ellos y comprendió que esa grandísima putada llamada amor la había expulsado para que recorriese la vida en soledad. Así lo haría.

Luna terminó sentada en la bañera, abrazada a sus piernas a modo de escudo que protegía lo poco que había quedado de su corazón, regresando a un punto de partida muy conocido para ella: alejar a una persona era fácil, cuando no se trataba de expulsarla de la mente, pues Noel todavía rondaba en su memoria.

Cuando llega el dolor, todo lo demás y los que te rodean pierden importancia.

Lloró desconsolada para salir del baño sin apenas lágrimas, pues iba siendo hora que le contase la verdad a su abuela. Debía enterarse de todo y qué mejor momento que ese. Aunque debía tranquilizarse, ya no servían de nada los lamentos, o los gritos o los gemidos de pena. Salió tras una nube espesa de vapor y su abuela le había preparado una infusión esperándola en la mesa de la sala.

—¿A dónde vas? —le preguntó Pepa.

Luna fue a su habitación y del cajón de las bragas sacó el contrato. Volverlo a tener entre sus manos le causó un dolor tan lacerante que una vez más creyó que iba a morir. Sin embargo, por algún extraño motivo, estaba sobreviviendo, quizás sin darse cuenta había hecho un cursillo acelerado de «El desamor para Dummies».

—Toma, —Luna se sentó a la mesa tras darle esa mierda de papel a su abuela—. Esta es mi verdadera relación con Noel.

Mientras ella tomaba la infusión que ardía —su abuela tenía la clara intención de quemarle la lengua al no poder utilizar la hoguera—, Pepa leía con atención aquella líneas.

—¿Qué es esta patochada de «prohibido enamorarse»? —preguntó con las cejas alzadas por encima de las gafas bifocales que Pepa utilizaba para leer.

—Pregúntale a tu querido muchachito, esas son las cláusulas de su amor, supuestamente por mí, que nunca hubo semejante cosa, porque según deduje en su momento, montó todo este tinglado para no ir solo a la boda de Deborah con su actual novio, que bueno, a estas horas, dudo que lo conserve —apuntilló Luna.

—Te quiere —lo defendió su abuela.

Eso le repateó en el culo a Luna.

—Mucho, como la trucha al trucho, abuela. —sopló sobre la infusión que creó onditas redondas—. Por eso dijo, desaparece, como si fuese una rata.

—Cuando uno está enfadado dice muchas barbaridades. —La quiso hacer razonar su abuela que volvió a leer—: «No mirarse fijamente», si no os quitáis el ojo de encima.

—Abro comillas, el protocolo del muchachito indica que mirarse fijamente es de maleducados, cierro comillas —le explicó lo que Noel le había contado—. Todo está mierda surgió de un abrazo espontáneo por parte de él en el ascensor y me pidió que firmara esto porque ya se había corrido la voz en la empresa de que éramos novios. —A sus palabras, Pepa sentía—. Así que, reclamaciones al gran empresario, no a mí.

—Tus cláusulas no se quedan atrás, más tontas no pueden ser —la acusó su abuela.

—No te falta razón, soy tonta por haber firmado, pero seguí los pasos de tu querido Noel.

—Tú sola no, lo que habéis escrito los dos y a los dos os faltan varios telediarios, porque esto es la mayor burrada que se ha escrito jamás. Ni en las *turcadas* hacen esto.

—Abuela, salió de su prodigiosa mente, no de la mía, él fue quien me lo dio a firmar.

—Y de la tuya. —Pepa no la exculpó, por lo que Luna torció la boca, pero su abuela tenía razón. Pepa se quitó las gafas—. Esto no fue lo que vi cuando estuvo aquí, era un hombre que te amaba.

—Eso mismo vi en Galicia —le confesó.

—El amor es el único sentimiento que no se puede fingir. Déjate de cabezonerías, ve a hablar con él.

—No. —Luna se había cerrado en banda con respecto a Noel.

—A ver, Luna, el amor duele, el amor son enfados y reconciliaciones, no es un golpetazo en la cabeza y hala ya estás enamorada. No hace ruido, llega sin avisar. El amor es un tren descarrilado al principio, luego, toma rumbo y se lo lleva todo por delante, porque lo que creías queda en agua de borrajas.

—El mío llegó a su estación.

—No lo ha hecho, Luna, todavía no.

—Abuela, mi relación con él fue más falsa que el agua de fregar, él lo sabía y jugó muy bien sus cartas haciendo creer a todos, incluida yo, que era más real que una noche estrellada, ¡es un hipócrita!

—Creo que por lo que hizo su ex estaba sobrepasado.

—No me vengas tú también con ese cuento, ya en su momento me lo dijo.

—A lo mejor es verdad.

—Esto es verdad, mira, lo firmamos, ¿ves? Esto no es amor, son las cláusulas de su falso amor que yo rompo ahora. —Cogió el folio y lo rompió en todos los pedazos que pudo, se levantó y los tiró en el cubo de la basura.

—¿Y qué vas a hacer? —Se interesó su abuela.

—Lo que tuve que haber hecho. —Su abuela esperó en silencio—. Me voy con papá y mamá a San Francisco.

—¡¿Qué?! —Pepa estaba asombrada por la decisión.

—Eso mismo, mi vida estará en San Francisco.

—Nunca quisiste irte.

—Nunca es tarde si la dicha es buena.

—Luna por mucho que escapes del dolor que sientes ahora, te seguirá allá adonde vayas.

—Pero cuánto más lejos de él mejor, antes lo olvidaré. Además, ya escuchaste a mamá, puede que tenga trabajo.

—Luna piensa bien lo que haces, porque en esta vida hay un único amor verdadero, y puede que cometas el mayor error de tu vida —le advirtió su abuela que ya no intentaría convencerla más.

—No me vas a convencer abuela, la decisión está tomada, hoy dejo el trabajo.

Dicho y hecho, llamó a un compañero de recursos humanos y le pidió el finiquito. El buen hombre le dijo que en cuanto lo tuviera, la avisaría. Nada más colgar, guardó el vestido en el portatrajes y la pulsera la colocó en la caja. Mientras que esperaba a que su abuela terminase de cocinar, escribo una nota a Noel.

De vuelta a la actualidad.

A media tarde, cuando creía que ya nadie estaría en la empresa, condujo hasta allí por última vez y cogió el ascensor de Noel para que nadie la viese. Cuando llegó a la planta, vio que Marisa no estaba, lo que le dio más brío para acercarse a ese jodido despacho, en el que Luna entró con el corazón palpitante de la cantidad de recuerdos que le llenaron la mente, las reminiscencias de un amor que estaba ardiendo en la hoguera de los condenados al oler el perfume de Noel. Con una actitud firme, la típica de las personas que no tienen nada que perder en la vida, pues estaban solas ante el peligro; para ocultar que por dentro estaba rota de dolor y acompañada de una sensación que no sabía describirla, pues era más intensa que la soledad, —quizás fuera la sensación de pérdida—, respiró hondo. El dolor que soportaba desde esa mañana era más de lo que podía aguantar, de ahí, la decisión drástica que había tomado sin contar con nadie, ni con su abuela, ni con Roy. Debía salvarse a sí misma, no quería que nadie la convenciera de lo contrario, quería hacerlo todo por amor propio y no había vuelta atrás.

Todo tenía un comienzo y un final.

El final había llegado.

Se fijó en que su silla estaba vacía, aunque no tardó en dar con él: estaba en la terraza con Sebas. Lo que la sorprendió fue que, desde esa distancia, parecía un hombre cansado de sostener el peso del mundo sobre sus hombros, nunca había visto una imagen que fuese de derrota total, a saber qué había pasado para que estuviera así.

—Tío, ¿qué pasa? —le preguntó Sebas.

—Si te lo cuento me mandarás a cagar. —Noel estaba apoyado en la baranda de cristal con la cabeza hundida entre los hombros. Nunca lo había visto tan derrotado.

—Prueba. —Vio cómo Noel giró el rostro hacia su amigo—. No sabes si te mandaré a la mierda si no hablas.

—Está bien.

—Adelante.

—Todo lo referente a Luna es un juego —le confesó Noel.

El mundo de Luna se rajó más de lo que ya lo había hecho y, por fin, ahí tenía la respuesta a sus preguntas: todo era un juego. Una parte de ella, la más fría, aplaudía por haber decidido lo correcto a pesar de que su corazón, al escucharle decir eso, se terminase por romper en minúsculos pedazos imposibles de pegar. Tragó con fuerza y la saliva desprendió un sabor ácido, el del dolor. Cerró los ojos inconsciente, permitiendo que las últimas lágrimas por él, que amenazaban con ahogarla, aunque ya lo estaba por culpa de Noel, se desprendieran de sus ojos.

No, la culpa no había sido de él, sino de ella, por ser la ingenua de la historia.

Arrastrando los pies dejó el sobre junto con la cajita que sostenía en la mano derecha sobre la mesa y el portatrajes en la silla. Así se fue sin hacer ruido.

Para siempre.

—Explícate, ¿qué es eso de que vuestra relación es un juego? —Sebas no entendía nada.

Noel sujetando con fuerza la baranda de cristal que lo separaba de caer por un empinado valle del que jamás saldría, pero que lo esperaba con los brazos abiertos, no observaba el ir y venir de los coches, de los transeúntes o lo que se moviera, así como de los ruidos que apenas los oía a los lejos, solo oía la voz de los reproches contra sí mismo por haber echado a Luna, cuando lo único que pretendía era quedarse a su lado como la novia que era: estar para lo bueno y lo malo como él había hecho con ella, ¿por qué lo que hacía Luna estaba mal? No tenía disculpa, no valía que estuviera sobrepasado por los acontecimientos o tener que dar la cara por una mujer como era Deborah, no, tuvo que decirle: «desaparece».

«Es natural que no lo entienda», dijo la voz de su conciencia que le permitía un segundo de respiro, ya que todo era culpa suya, como que Luna no le cogiese las llamadas, ¡parecía mentira que no la conociera! Era visceral y se tomaba todo al pie de la letra. «Las has perdido, ahora, jódete», volvieron los remordimientos.

—Noel, habla, joder —lo azuzó Sebas.

Bajo el sonido del silencio, Noel puso voz a toda la historia.

—Antes de que me vieras abrazado a ella en el ascensor, ya nos habíamos tropezado antes, también en el ascensor.

—Sí, parece que son peligrosos —quiso bromear.

—Ella iba descalza, con los zapatos en la mano, me impresionó como nunca antes lo había hecho una mujer, su energía, su naturalidad, fue todo de ella y por el uniforme me di cuenta de que era una de las recepcionistas, aunque me fijé en él, en cuanto salió, no en el momento. Jamás me costó tanto apartar la mirada de una mujer —meditó en alto como si se diese cuenta en ese instante—. La segunda vez que nos encontramos fue cuando la abracé, fue un impulso que no pude controlar. Al principio creía que era para joder a Deborah, ya que no paraba de decirme que con una palabra mía dejaría a Eduardo. Se llegó a desnudar delante de mí, ese día la pude haber despedido, pero aproveché el momento con Luna. Ya me gustaba, caí en la cuenta tiempo después.

—Yo ya lo sabía —afirmó Sebas, Noel lo miró por encima del hombro—. Se os notaba a los dos —dijo lo que era más lógico visto los toros desde la barrera.

—Me gustaba porque me trataba no como al jefe, sino como un empleado más y, de pronto, me vi dando explicaciones a todo el mundo, hasta me llamó mi madre, por culpa de las fotos —bufó cabreado.

—Era tu novia.

—No, eso os hicimos creer, cuando la cité una tarde a última hora, cuando la oficina quedó desierta y le hice firmar un contrato, mediante el cual nos haríamos pasar por pareja durante dos meses. Le hice creer que era para no ir solo a la boda de Deborah a la que no tenía pensado ir, esa no era la verdad.

—Por eso al principio discutíais tanto, estabais pasando la fase de conocimiento —dedujo Sebas—. ¿Pero?, en estos casos siempre hay un pero.

—Esto no lo sabe Luna, no lo hice para joder a Deborah o a mi madre, sino que lo hice por mí. Monté la pantomima del contrato, porque sabía que si le pedía para salir...

—Tío eso no se pide, deberías saberlo, ni que acabases de salir de Atapuerca. —Sebas podía hablarle con la mayor franqueza, necesitaba oír verdades como puños.

—Lo hice para estar cerca de ella, porque si la invitaba a tomar algo sabía que me diría que no por el hecho de ser el jefe, si el jefe le pide algo a una de sus empleadas es para beneficiarse de ella o para echar un polvo, yo no iba a hacer eso, quería conocerla. —Noel, al fin, cogió las fuerzas necesarias para mirar a su amigo y mostrarle lo roto que estaba por dentro—. Nadie sabe lo que supuso para mí que ella me correspondiera a ese abrazo, no se lo dije, pero me tocó el alma.

—Joder, Noel, sufriste un flechazo de los gordos. —Sebas le había puesto nombre a lo que le había pasado.

—Me encantaba su frescura, sus momentos tímidos, su presencia me relajaba, me gusta todo de ella. Me gustó desde que la vi descalza.

—Ahora comprendo por qué lo dejaste todo en mis manos para cuidarla.

Noel asintió a las palabras de su amigo. Se frotó los ojos con los dedos de una mano para evitar que las lágrimas se desprendiera, por eso tragó varias veces con fuerza para correr el nudo que le atenazaba la garganta.

—No quiero que nada malo le pase, pero cuando la oí decirle a mi madre que sabía lo de Deborah y Melisa... Me cabré el doble.

—Sí, me lo contó a mí.

—¿Qué? —Noel se quedó de piedra.

—También a Marisa, a Patricia y a Roy y antes de que preguntes nada, a ti quería contártelo, no sabía cómo decírtelo, porque sabía que te podría causar dolor —le explicó la situación Sebas—. Pero yo ya te lo había dicho una noche de borrachera.

—Y no quise creerlo —reconoció Noel.

—¿Te acuerdas?

—Sí.

—¡Serás cabronazo!

—Desde que me lo contaste, intenté muchas veces tirarle de la lengua a Deborah, le pregunté a las claras y siempre lo negaba, pero nunca te puse en duda y esa es una de las razones que me alejaron de ella, la mentira y su supuesta doble vida. Ahora ella que haga lo que quiera, la que me importa y siempre fue así, desde que la conocí, es Luna.

—Llámalas —le aconsejó Sebas poniéndole una mano sobre el hombro.

Noel negó con la cabeza.

—No, no me lo coge, porque le dije «desaparece» cuando te llevaste a mis padres.

—Escríbele, pídele disculpas.

—No la conoces, no es tan fácil.

—Noel, empezamos a tener razón cuando reconocemos nuestros errores y tú lo estás haciendo, estás asumiendo tu culpa. Tienes que hacer algo para recuperarla.

Sabía que Sebas tenía razón, pero no sabía cómo hacerlo, Luna era visceral y sabía que esa vez lo iba a tener más fácil que cuando la fue a buscar al museo. Entró en el despacho y se fijó como colgaba de la silla el porta trajes del vestido que le había comprado, ¿había estado allí? Su corazón, desbocado como un caballo salvaje en el pecho, lo empujó hacia el pasillo, pero no había rastro de nadie, ni de Luna. Al girarse sobre sus pies, pues ya notaba como ella se le había escurrido entre los dedos y no podía hacer nada por retenerla, vio la caja de la pulsera encima de un sobre blanco.

—¿Y este portatrajes? —Sebas enarcó una ceja.

—Es de Luna.

—¡Ve a buscarla, merluzo! —lo azuzó Sebas.

—¿Por qué crees que salí al pasillo, para airear el pelo? —Se acercó al escritorio y cogió el sobre. Respiró hondo antes de leerlo.

Noel,

Te devuelvo todo lo que me compraste, a estas alturas, no quiero nada tuyo. Pero debo darte las gracias, porque al final sé qué es lo que necesito en la vida y lo voy a cumplir. Me voy a San Francisco con mis padres. Tienes suerte, eres la segunda persona a la que se lo cuento, pero te pido encarecidamente que no vengas a buscarme. Entre nosotros nunca habrá nada y nunca tuvo que haberlo, somos dos mundos aparte, que no se pueden mezclar, te lo dije muchas veces.

Espero que seas muy feliz.

Luna.

«San Francisco», repitió su mente a la vez que por la columna le subió un frío procedente de los huesos, sin embargo, era la indiferencia que se percibía en las palabras de Luna lo que más lo asustó. La firmeza de su decisión era el machete que acababa de rematarlo, ahí tenía la sentencia por parte de ella: todo se había terminado. Por si no le quedaba claro, su mente le repetía que Luna se iría al otro lado del mundo para darle carpetazo a su historia.

Una garra invisible le pegó un zarpazo a su corazón hasta clavarle hondo las zarpas. Se tuvo que sentar, las rodillas y el cuerpo en general comenzó a flaquear, la había cagado a lo grande y entre sus manos estaba la prueba de ello.

Sebas le arrebató la nota para leerla.

—¡¡Se marcha a San Francisco!! —exclamó escandalizado.

—Eso parece —No fue consciente de que había hablado.

—¡Haz algo! —le gritó su amigo.

—Tengo que dejarla marchar, Sebas, la culpa fue mía...

—La amas, debes recuperarla —Quería hacerlo reaccionar.

—No. —Dejó caer la cabeza en las palmas de la mano.

—Cobarde —lo acusó Sebas con todas las letras—. Ve a su casa y bésala como si no hubiese un mañana, como si te fuese la vida sin ella, y declárale tu amor

—Luna no es así, es más cabezona que yo.

—Me da igual. —Giró la silla para encararlo—. Estás hasta las trancas por ella ¿a qué esperas?

—Hoy está demasiado cabreada y puede que me corte las pelotas.

—Lo hago yo por ella, así reaccionas.

Hay momentos que ni tu mejor amigo sabe ponerle un nombre a esa tristeza que fluye del corazón.

Cuatro días.

Cuatro putos días habían pasado desde que le ordenara que desapareciera y Luna lo había cumplido. No le respondía a las llamadas ni a los mensajes.

Había aparecido en su vida como un ángel caído del cielo y había desaparecido cumpliendo su deseo.

Cuatro días en los que trabajar no era su refugio, hacía todo como un autómata, no se podía concentrar, su vida, su existencia en general habían perdido sentido, porque al perder a esa persona tan especial que era Luna, se dio cuenta que nunca le había dicho «te quiero», aunque lo había hecho con otras palabras, pero eso no valía cuando el corazón estaba de por medio, pues esa frase decía todo. Un te amo a tiempo curaba y demostraba lo que uno guardaba dentro de sí mismo.

Luna lo hacía diferente, quería gritarle: «no te marches, no te marches ahora cuando a tu lado estoy dispuesto a amarte más allá de la eternidad, hasta que mis fuerzas me abandonen, y aun así, mi amor por ti no se apagará jamás».

Espatarrado en el sofá como siempre que llegaba a casa, dejando las horas del maldito reloj pasar, se recreaba en los *selfies* y en los vídeos que se habían hecho durante el viaje a Galicia. Oír su risa a través del teléfono se había convertido en un mero placebo que durante escasos segundos le aliviaban el dolor del amor, eso que por su falta de tacto había echado a perder. Era lo único que le quedaba de ella.

Recuerdos encajonados en el móvil.

En esas horas había conducido hasta su barrio y aparcado el coche, pero no había hallado las fuerzas para timbrar en su casa, el corazón le temblaba tanto que los miedos le inundaban por dentro, llenándole pecho que había quedado yermo desde que pronunció aquella maldita palabra.

Él también le había escrito una carta que nunca le había enviado: «No soy el único viajero de la vida quien ha pagado su deuda buscando el camino para continuar y que me llevase de vuelta a tu lado. ¿Qué se supone que debo hacer?, ¿perseguir todas las noches a tu fantasma? En sueños veo tus preciosos ojos marrones anegados en lágrimas por mi culpa y cuando quiero limpiártelas desapareces sin dejar nada a tu paso. Lo tenía todo y sin ti no tengo nada».

La vibración del móvil, le advirtió de la entrada de un mensaje.

Tío, estamos en casa de Luna, mañana se marcha
y la estamos despidiendo.

Vente, te esperamos.

Le escribió Sebas.

Al releerlo varias veces se irguió cómo un resorte y de la mano que tenía cerrada en un puño bien apretado, extrajo la nota que Luna le había escrito. Alternó la mirada entre ellos, estaba a un tris de perderla, no obstante, su corazón y su mente en una alianza irrompible ya habían decidido por él mucho antes de que tomase conciencia de ello: ¡Ahora o nunca!

—Luna Placer, te marcharás por encima de mi cadáver.

Se levantó, cogió las llaves del coche y salió de casa decidió como nunca antes en su vida lo había estado.

«No hay nada más gilipollas y ridículo que el ser humano, lucha por todo, pierde amistades por el camino, pero el amor, que duele más que arrancarse una muela, no deja nunca de enamorarse. ¿Tontería o masoquismo», se dijo Luna sentada en el sofá como un indio mientras veía sin verla la *turcada* con su abuela, porque no le prestaba atención, más que nada por esas escenas moñas de amor que le patearon el culo.

Puso los ojos en blanco y bufó, cuando no querías saber nada de esa palabra formada por cuatro letras, todo eran amoríos televisivos, ¿no había nada más importante en la vida que esa chorrada que la había dejado sin corazón? No, parecía que no y Roy no bajaba cuando se suponía que lo iba a hacer.

En esos días, le prohibió a su amigo cualquier comentario de la empresa o que tuviese como protagonista al que había sido jefe barra novio. ¡No quería saber nada de él! Ya podía meterse sus llamadas y sus mensajes, los cuales no había leído por orgullo, no porque no tuviese ganas, por donde le cupieran. Ella por el contrario se había mantenido firme y fría en su decisión, su habitación parecía una leonera, estaba recogiendo lo más importante, ya tenía el vuelo reservado para dentro de dos semanas, no encontró otro, y con el Atlántico de por medio, su vida volvería a cambiar de nuevo. ¡Lo cambios eran buenos! Pese a que estaba dejando su alma por los suelos y llorando lágrimas de sangre, pues una parte de ella quería que Noel regresase. Ella no iba a mover un dedo, no había hecho nada para bajarse las bragas y pedir perdón, era él. Otra vez.

El orgullo y el rencor que le tenía era superior a sus fuerzas.

Su móvil sonó.

Estoy abajo, ábreme.

Luna enarcó una ceja releendo una y otra vez el mensaje de Noel hasta que la pantalla se apagó. «¿Qué dice este mamarracho?», se preguntó mirando para su abuela que ni se inmutaba. Tragando saliva, demasiado líquida, que le había llenado la boca, dejó el móvil, pero, de pronto, su abuela y ella pegaron un brinco en sus asientos, por culpa del sonido del telefonillo.

—¡Por favor!, ¿qué horas de llamar son estás? —protestó Pepa.

Luna fue a preguntar.

—¿Quién?

—Luna, abre —escuchó la voz de Noel. Por acto reflejo colgó de forma tan brusca que su corazón se paró, así como la vida, ¡Noel estaba abajo!

—¿Quién es? —le preguntó su abuela sin despegar la vista de la tele.

—Un tonto del culo que se equivocó.

Su abuela no dijo nada, el que lo hizo fue el móvil que le volvió a sonar. A toda prisa lo cogió para leer un nuevo mensaje en el WhatsApp:

Tú lo has querido

Luna frunció el ceño. «¿De qué va este tío?, aun encima que me echa, me amenaza», chasqueó la lengua. Cuando iba a sentarse:

—¡Luna placer, asómate a la ventana! —gritó Noel a pleno pulmón en mitad de la calle. Su abuela la miró—. ¡No me moveré de aquí hasta que no te asomes!

El corazón le iba a explotar de vergüenza, de alegría, de rabia, un conglomerado que no le permitía respirar con normalidad.

—¿Ese es el muchachito? —Pepa se levantó con intención de ir a la ventana.

—No, no...

—¡Luna, asómate! —Le volvió a ordenar Noel.

De pronto se oyó un claxon.

—¡Tío, sepárate de la carretera, que la gente quiere llegar a casa! —le protestó un conductor.

—Es que a quien se le ocurre —protestó Luna por el numerito que estaba dando Noel.

—¡Luna! —la llamó.

—¡Qué se asome, qué asome, que se asome! —gritaron varias personas a la vez desde el piso de arriba, la casa de Roy, a los que se unieron otros vecinos.

—Déjame pasar —Pepa la empujó hacia un lado mientras a ella le costaba reaccionar.

—Hola, muchachito, ¿qué haces ahí? —Su abuela hablaba con él como si nada hubiese pasado.

—Intentando conquistar a tu nieta, pero es más dura que La Mole de Los Cuatro Fantásticos —le respondió Noel.

—¡Puñetas, Lunita! No seas tan terca —oyó la voz de Roy.

Empujada por una mano invisible y sin que los pies tocasen el suelo, voló hacia la ventana, no solo para comprobar que Noel estaba realmente allí, sino para encarar al entrometido de su amigo. Se había equipado, Roy no había bajado como los días anteriores porque Sebas, Marisa y Patricia estaban en su casa. Abrió la boca de un modo muy poco femenino.

—¡¡Al fin, me haces caso!! —suspiró Noel desde abajo.

—Tú calla, Romeo de pacotilla, —Luna apoyó las costillas en los raíles de la ventana para encarar a sus amigos—. ¿Y vosotros qué hacéis ahí? —les riñó delante de todo el vecindario—. No os da vergüenza meteros en asuntos ajenos como cuatro cotillas aburridas.

—Hemos perdido la vergüenza al tiempo que la virginidad —le contestó Roy.

—Luna, escucha —intervino Noel.

—¡Cállate, que no he terminado! —Volvió a estirar el cuello para mirar hacia arriba—. Me las vas a pagar.

—Ya nos darás las gracias —le respondió Patricia con una carcajada.

—Mientras ese día llega, si es que llega, ¡VAMOS, TODOS A UNA!, ¡QUÉ BAJE, QUÉ BAJE! —animó Roy a todo el mundo que se uniera a él.

El muy cabronazo era mejor animador social que los del imsero, su profesión oculta.

Al oír a todos los vecinos canturrear lo mismo, se metió hacia dentro de la vergüenza.

—Baja, niña —le dijo su abuela.

—No, ¡la madre del cordero, me muero! Ahora todo el mundo me conoce.

—Luna, no me moveré de aquí —la amenazó Noel que provocó que ella mirase al hueco de la ventana.

—¡Baja!

—Abuela me conocerán todos los barrios a la redonda o toda la Comunidad de Madrid.

—¡Por favor, espabila de una vez!

—¡Qué bochorno! —Luna se movía como si saltase, aunque no despegaba los pies del suelo.

—¡Se acabó! —exclamó su abuela a lo María Jiménez—. Ya está bien de tanta tontería. Espera, muchachito, va ahora. —Todos aplaudieron y sin tener tiempo de reacción, Pepa cogió a su nieta por el brazo, abriendo la puerta para echarla fuera—. Ahora, hazme el favor y baja.

Luna abrió la boca para protestar, pero su abuela fue más contundente: le cerró la puerta en las narices. Ella la aporreó.

—Abuela, abre, si no abres, te vas a enterar, no te hablaré en lo que me quede de vida.

—Y tú vas a consumir la mía por tus patochadas, ¡baja ya! —la obligó.

—Todos están en mi contra, muy bonito, os vais a acordar de lo que vale un peine —los previno a todos.

Enfurrugada cual una niña pequeña a la que le había entrado un capricho tremendo, se sentó en la escalera, a cabezona, cabezona y media, ¡por sus ovarios que no iba a bajar! No tenía nada de qué hablar con Noel, él ya lo había dicho todo y ella había actuado en consecuencia por su orgullo herido. Tampoco iba a ceder porque él estuviera dando un espectáculo público, ¿a quién se le ocurría? A la brillante mente de Noel Hammond.

—¡Muchachito, ya está bajando! —lo avisó Pepa.

—Veo luz en el portal, pero no la veo a ella.

—¿Se lo estará pensando? —Oyó la duda de Patricia.

—Me cago en todo, qué bien me conoce la puñetera —se dijo a sí misma.

—No baja —les advirtió Noel.

El ruido de una cerradura al abrirse puso en pie a Luna, ¿algún vecino entrometido iba a inspeccionar las escaleras para vigilarla? Ese fue el empuje final que la apremió a bajar escalón a escalón con la lentitud no de un caracol, sino de esa persona que tiene graves problemas de cadera. Cuando llegó, con resignación y nervios, que se le clavaban en las costillas y le traspasaba los costados, abrió la puerta para salir al encuentro del hombre que en los últimos días se había convertido en su enemigo público número uno. Para su sorpresa, en las aceras había gente esperando y observando lo que ocurría. «¡Qué aburrido está el personal!», se dijo y no se calló.

—¿Qué hacen ustedes mirando, es que no tienen vida? —Con esa reacción de su parte algunos se fueron, o eso parecía, mientras otros se quedaron y a Noel no parecía importarle tener público.

—¿Qué quieres?, rapidito, que hace frío. —Se acercó a él muerta de la vergüenza aunque lo disimulaba con el cabreo.

—Mentirosa —dijo Roy.

—A ti ya te cogeré por ser un chaquetitas, muy amigo mío, pero a la hora de defender, te cambias de equipo —levantó el brazo con el dedo índice estirado hacia él.

—Somos los guardias de seguridad de vuestro amor —le replicó Roy.

Noel inclinó la cabeza sonriente.

—Los ayudantes de cupido —descifró él.

Luna hasta esos instantes no se había parado a observarlo, ¡hasta la luz de las farolas le favorecían al muy cabronazo! Estaba guapísimo, se había cortado el pelo, estaba en vaqueros azules y una camiseta negra que se ajustaba en los bíceps, ¡estaba para comerlo! Ella se relamió con disimulo. Él respiró hondo en el silencio de la calle, era como si Madrid, de repente, se hubiera vaciado.

—Lo siento, Luna.

—Vale, perdonado, ya te puedes marchar. —Se giró para irse, pero él la cogió por el brazo. Aquel tacto volvió a producir la descarga eléctrica que despertó el amor por él que había retenido esos días y que al abrir las compuertas salió disparado, fluyendo entre sus cuerpos como la atracción que los envolvía de nuevo, pero si algo tenía claro, era que no se lo iba a poner fácil.

—Siento haberte hablado como lo hice; siento haberte separado de mí cuando con buenas intenciones querías ayudarme. —Reconoció a corazón abierto su error.

Luna pegó un tirón para recuperar su brazo, así su cercanía y su tacto no la harían flaquear.

—Perdonado. —Se giró para irse.

De camino al portal que había dejado abierto, Noel confesó:

—Siento no haberte dicho antes, «te quiero».

Luna no lo esperaba. El pulso se le aceleró impresionada por la declaración de Noel, las manos le sudaban y se quedó quieta al notar el hormigueo de sus dedos impreso en su piel como si fueran mariposas inquietas.

—Te amo, Luna.

—Lo dices a la desesperada para que me quede contigo —soltó de repente, sin pensarlo ni meditarlo.

—Te amo desde el momento que apareciste en el ascensor descalza, delante de mí, como un huracán derribaste todas mis barreras —bajó la voz para que solo ella escuchase— y me quedé desnudo ante ti. —Luna se llevó una mano al pecho, le costaba respirar, se dio cuenta que Noel no lo decía por decir, lo conocía bien, lo cual originó que el abismo entre sus almas fuera desapareciendo—. Y quiero seguir amándote en todas sus versiones de amor que encuentre; amo cada mueca de tu cara cuando algo te gusta o lo odias; amo la forma en la que me miras, en tu mirada está mi hogar; adoro tu piel blanca como la luna; adoro las maneras en las que me riñes; amo la forma en la que ves el mundo.

—¡Hablad más alto que no se oye! —les pidió Marisa.

Noel, rompiendo la distancia que había entre ellos, acercó la boca a su oído para formular la confesión más íntima que guardaba dentro:

—Adoro hacer el amor contigo y como tu rostro es reflejó de mi propia pasión por ti; amo la

manera en la que te desnudas solo para mí.

Luna percibió que el corazón le había crecido tanto en el pecho que hasta le había cambiado la cara y al girarse se tropezó con un hombre rendido al amor. No había máscaras, ni disfraces, simplemente era Noel.

A veces, solo hace falta un segundo para recordar que estamos enamorados de verdad.

—¿Has leído la carta? —le preguntó ella.

Él asintió en silencio.

—Sí y...

—Noel, nuestros mundos son muy distintos, lo mejor es dejarlo aquí —lo estaba diciendo y se hacía daño a sí misma, por eso se apartó de él—. Lo tenéis todo preparado para hacer el mural de la habitación infantil como su decoración.

—Luna...

—Es lo mejor para todos, Noel, tú seguirás con tu vida. —Él negó con la cabeza—. Y yo comenzaré una nueva etapa en San Francisco.

—¡Cabezona! —le gritó Roy al que no prestó atención.

—Me voy contigo —soltó Noel, lo que dejó a Luna anonadada, era como si no tuviera la necesidad de meditarlo.

—¿Qué?

—Me voy contigo.

—¡Olé, tus huevazos! —gritaron Roy y Marisa.

—Callad, que no me entero —les riñó Pepa.

—Me voy contigo, me voy a San Francisco, a dónde quiera vayas iré contigo, no te dejaré, iremos juntos. —Noel seguía en sus trece.

—Noel, tu trabajo, tu vida, todo lo tienes aquí. —Luna era incapaz de creerse que lo dejase todo por ella.

—¿Y? —Se encogió de hombros—. Estaré contigo.

Esa reacción por parte de él, de las veces que se imaginó esa situación, nunca la había sopesado, era más, la descartó y estaba visto que con Noel Hammond toda probabilidad o posibilidad no se podía dar por hecha.

—Vas a estar al otro lado del mundo. —Debía desmontarlo, debía hacer ese viaje ella sola, sin billete de vuelta, ¡era cómo lo tenía planificado!

—Sebas se quedará a cargo aquí...

—¿Por qué siempre aparezco yo? —Se quejó su amigo desde la ventana.

—Sabe que nunca le fallarás —le recordó Patricia.

—Sebas se quedará aquí —repitió Noel tras la interrupción—, y yo abriré una filial en América y si alguna vez se necesita que venga, cogeré un vuelo o haré una vídeo conferencia.

—No sabes lo que dices.

—Lo sé. —Con una decisión y firmeza que dejaron a Luna sin aire en los pulmones, acortó la escasa distancia que los separaba—. Estoy loca y perdidamente enamorado de ti, deberías saberlo ya. Te quiero y si hice la locura del contrato fue para tener la oportunidad de conocerte,

antes de que me rechazaras por ser tu jefe, porque sabía que si te pedía salir o simplemente tomar algo, me mandarías al cuerno.

—Pues sí, pero te mandé igual muchas veces —le recordó ella con una sonrisa tímida, en aquellos primeros días tras la firma del contrato.

—Pensarías mal, creerías que quería algo de ti, que me quería aprovechar.

—También.

—El contrato me permitió conocer a una mujer increíble que resquebrajó la soledad que siempre me había acompañado y su amor me ilumina como los rayos de luna en una oscura noche y no quiero perderte por nada del mundo. Sí, soy culpable de muchísimas cosas que han pasado, pero jamás me sentiré culpable de haberme enamorado como lo estoy o por amarte. Tú eres el mejor regalo que la vida me tenía deparado. —Aprovechó para rodearle el rostro con las manos—. Estos días sin ti fueron un puto infierno.

—Lo sé —le dio la razón.

—Y estoy decidido a seguirte a donde sea, mientras estemos juntos. No me prohíbas verte —él negó con la cabeza—, no me prohíbas estar contigo.

Luna lo había escuchado con el corazón en un puño, pues todo lo que Noel exponía era lo mismo que ella quería confesarle a él. El nudo que se enlazaba en su garganta era tan intenso que le costaba tragar y no fue capaz de reprimir sus propias emociones y dos lágrimas rodaron por sus mejillas, ya que su ser entero había escogido por ella: se quedaba con Noel, pues la duda que se había asentado en el espacio que había entre su cabeza y su corazón, ¿con él o sin él?, él con sus palabras de amor la había despejado. Jamás se imaginó que Noel Hammond, un hombre serio y tenaz en los negocios, tímido en su vida personal, pudiera estar en mitad de la calle declarándole su amor.

Noel las recogió con las yemas de los pulgares.

—No pretendía esto, yo... —Ella le tapó la boca con una mano, enferma de amor.

—Yo también te quiero, no sé en qué momento me pasó, puede incluso esté enamorada hace más tiempo del que creo, pero cuando me cuidaste supe que entre nosotros el contrato no tenía validez, aunque me lo pusiera en duda y creí que si me marchaba a San Francisco facilitaría las cosas.

—Las complicas, —Noel ladeó la cabeza hacia un lado—, o no, porque estoy dispuesto a seguirte.

—Prométeme una cosa —le pidió casi por favor.

—Lo que quieras.

—Jamás, en lo que te reste de vida, pongas más cláusulas a tu amor.

Noel echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada que retumbó entre los edificios y bajo el cielo estrellado, sus almas se liberaron de las cadenas del dolor antes de que él hablara.

—Nunca las tuvo.

—Y otra.

—Dime.

Ella acercó la boca a su oído.

—Cántame todas las noches.

—Será mi mejor plan hasta mi último aliento.

Cuando Noel iba a dejar caer su boca contra la de ella, Luna se perdió en la exuberante fragancia masculina que tanto había añorado, fresca, con notas amaderadas, elegante y atrevida, era el despertar de los sentidos más sombríos y sensuales. En esos días en los que había vivido en una montaña rusa emocional, tenerlo de vuelta era un regalo que no debía dejar escapar. Una exclamación y miles de aplausos atronaron por toda la calle, antes de que sus labios se pegasen, solo pudo sonreír.

—¡¡¡LO HEMOS CONSEGUIDO!!! —gritaron exultantes de ilusión Roy, Marisa, Sebas y Patricia.

—¿Qué es eso de que lo han conseguido? —le preguntó Noel sin haberla besado, a lo que Luna se encogió de hombros, además de prohibirle mirar hacia arriba.

—Creo que ellos lo han liado todo esto, pero espera, abuela, ¿estabas al tanto? —Al oír la pregunta, Noel alzó las cejas y dejó caer tanto la mandíbula que las mejillas se le hundieron.

—Por supuesto, soy la cabecilla del grupo, porque si vosotros no os uníais algo tenía que hacer y ¿quién creéis que ha llamado a estos? Son muy buenos ayudantes. —Los dos sonrieron al mismo tiempo—. Es una alegría tenerte de vuelta, muchachito.

—Tenemos un cupido con bata de boatiné —apuntó Luna que se reía de la salida de su abuela—. La tienes enamorada.

—Pero, hay un pequeño problema, a quién amo es a su nieta —y añadió—, sin quererlo tengo una tercera abuela. —Le regaló una caricia—. Agradezco que me avisaran para evitar que mañana te marcharas. —Noel levantó la mano agradecido a Pepa.

—Mañana no me voy —contestó Luna que no sabía de dónde había sacado aquello.

—¿Cómo que no?

—Hasta dentro de dos semanas no me subiría al avión.

—Te mentimos para que movieras el culo —expuso Sebas lo que había detrás del mensaje que le había mandado.

De pronto, las notas de la famosa canción de *Titanic* sonaron.

—¡Quita, eso! —protestó Roy—. Aquí nadie se va a hundir.

De pronto, la canción *Thank you for loving me* de Bon Jovi llenó la calle.

Noel arrastrado por el romanticismo de la letra y del momento más bonito de sus vidas, le recorrió con los dedos los pómulos antes de dejar caer con lentitud sus labios sobre los de Luna, que se abrió por acto reflejo para reencontrarse y saludar a su lengua con la suya, para darle la bienvenida que estaba anhelando más que el aire que respiraba. No se separaron a pesar de los miles de aplausos y vítores de todos los que estaban mirando, pero solo una cosa que nadie percibió, quedó entre ellos: el dolor de los últimos días desapareció por la unión de sus labios y comenzaron una nueva etapa.

El baile de estrellas que los había juntado, volvió a danzar en el universo, lugar donde sus almas se refugiaron para siempre.

Epílogo

Un mes más tarde.

—Abuela, ¿has llamado a la empresa de fumigación? —le preguntó.

Tras la reconciliación, la cual se había hecho tan viral en las redes sociales que hasta habían salido por la tele, pero como era de noche nadie supo las identidades de aquella pareja de enamorados que delante de un barrio entero se prometieron amor verdadero. En ese tiempo, todo había cambiado entre ellos, no se escondían de nadie, Noel, tras haber echado a Deborah y a Melisa estaba más tranquilo, mientras que Luna había hecho magia intentado que él se acercara más a su madre, porque no quería que un día él pudiera arrepentirse. Por eso, Noel y ella estaban preparando la mesa para recibir en su casa a sus suegros. Oyó que Noel se reía por la nariz.

—¿A qué viene eso? —Pepa salió de la cocina.

—Hay que fumigar la casa en cuanto se marche Isabel, no le va a gustar nada de esto, si no le gusto ni yo —reconoció Luna.

—Creo que ha cambiado —intervino Noel tras terminar de poner los cubiertos.

—Eso hay que verlo.

—Son los padres de tu novio, un respeto.

—Qué no me puede ver delante —soltó lo que ya sabía de su suegra.

El timbre sonó y fue Pepa quien abrió la puerta dejando pasar a Henry e Isabel, que estaba muy contenta, demasiado.

—Tu madre se ha tomado varios chupitos antes de venir —le dijo por lo bajini a Noel.

—No, qué va.

—Ingenuo.

—Pepa, ¡cuánto tiempo! —Isabel estaba encantada con ese reencuentro que dejó a la pareja patidifusa.

Noel y Luna compartieron la misma mirada contrariada.

—¿Se conocen? —le preguntó Luna a Noel que se rascó el mentón.

—Sí, pero no sé cuándo ocurrió.

Luna se acercó a ellos que los saludó con su naturalidad no fingida, igual que Isabel.

—Me alegro de verte. —Isabel no parecía fingir.

—¡Ah! —Luna estaba anonadada por todos los acontecimientos y no se pudo callar—. ¿Os conocéis?

—Sí, —afirmó Henry—, aquellos días que estuvisteis separados, Sebas nos hizo llamar para contarnos lo que iba a pasar y allí estaba Pepa.

—Estabais todos confabulados —leyó Noel entre líneas.

—Sí, —respondió su madre feliz—, y enhorabuena por tu trabajo.

—¿Perdón? —Luna no entendía nada, pues no había cambiado de puesto, seguía trabajando con Noel como decoradora.

—Tu proyecto de habitación infantil. —Luna asintió, tras regresar al trabajo y reconciliarse con Noel, se puso todo en marcha, de hecho, ya se había concluido—. Me gustó mucho.

—Mamá, ¿cuándo lo viste?

—El día que sucedió todo con Deborah y estuvimos en vuestro despacho, lo vi sobre tu escritorio, has hecho un gran trabajo —la elogió Isabel.

—Bueno, vuelvo a la cocina antes de que se me queme todo, poneros cómodos y Luna, lleva sus cosas a tu habitación —le indicó su abuela que fue seguida por Noel y Henry, que había traído el vino, dejándola a solas con Isabe.

—Dame el bolso y la chaqueta.

Isabel se los dio, pero antes de que Luna fuese a su habitación, la paró.

—Gracias por devolverme a mi hijo, gracias por quererlo.

Luna no supo qué decir, solo asintió en silencio. Lo que agradeció fue que en pocos minutos estuvieran los cinco alrededor de la mesa compartiendo una agradable conversación. Luna se quedaba perpleja por la buena relación que había entre Isabel y Pepa, aunque, por otro lado, estaba esperando alguna fresca por parte de la madre de Noel.

—Tranquila —le puso una mano en el muslo para que dejara de mover la pierna.

—No lo puedo evitar.

—Por cierto, —su abuela se dirigió a ella—, este verano estaremos muy bien acompañados.

—Sí, viene Noel —lo miró con una sonrisa y él le guiñó un ojo.

—Vendrán ellos. —Pepa se refirió a los padres de Noel.

—¿Estaréis en Galicia? —A Luna se le había atragantado todo.

—Sí, no he estado nunca, porque por lo general, subimos a Reino Unido, pero este año, nos quedamos con vosotros —le explicó Henry.

Luna se volvió hacia su abuela.

—Los invité yo.

—Qué bien, estará la familia al completo —musitó haciendo que Noel se riera.

—¿Tan malo es? —se interesó él.

—Me da la impresión de que nos quieren casar ya —explicó aquello que le resultaba una encerrona.

—Por mí lo hacemos mañana —Noel no se cortó ni estando sus padres delante.

—No es mala idea —reconoció Pepa.

—Hace mucho que no voy a una boda. —Isabel unió fuerzas con Pepa.

—Así veré la carita de mis bisnietos —concluyó Pepa.

—¡Eh...! No —les respondió—. ¡Ay, por Dios... un mini cayetano! —dijo en bajito, lo que agradeció fue que Noel no la escuchara.

Antes de los cafés, de los cuales se encargaba Noel, Luna recogió la mesa con la ayuda de Henry. En la cocina al fin solos, Noel la abrazó.

—¿Estás mejor?

—No lo sé, eso de pasar el verano con nuestras familias juntas, es demasiado pronto.

—Mis padres no quieren dejarte escapar —Noel dejó caer algo que a ella se le escapaba.

—¿Qué?

—Saben que mi acercamiento es por ti, por eso mi madre ha cambiado. Haces magia, Luna.

—Ya, ¿qué más?

—Piensa —acercó los labios a su oído—, este verano estaremos juntos, tú y yo, que se una quien quiera.

—Me gusta cómo suena eso de tú y yo.

—Desde que te vi supe que siempre habría un tú y yo.

—¡Anda, eres futurólogo!

—Mientras tú permanezcas a mi lado, el resto me da igual, porque mi mejor plan eres tú. Solo tú.

Noel se inclinó y le dio un dulce beso en los labios para sellar la promesa que había entre sus corazones.

Índice

[Prólogo 7](#)

[1 9](#)

[2 13](#)

[3 19](#)

[4 27](#)

[5 37](#)

[6 43](#)

[7 51](#)

[8 59](#)

[9 67](#)

[10 77](#)

[11 81](#)

[12 91](#)

[13 97](#)

[14 103](#)

[15 109](#)

[16 115](#)

[17 123](#)

[18 131](#)

[19 135](#)

[20 147](#)

[21 155](#)

[22 165](#)

[23 171](#)

[24 179](#)

[25 185](#)

[26 191](#)

[27 197](#)

[28 207](#)

[29 217](#)

[30 227](#)

[31 237](#)

<u>32</u>	<u>249</u>
<u>33</u>	<u>255</u>
<u>34</u>	<u>259</u>
<u>35</u>	<u>269</u>
<u>36</u>	<u>275</u>
<u>37</u>	<u>285</u>
<u>38</u>	<u>295</u>
<u>39</u>	<u>303</u>
<u>40</u>	<u>311</u>
<u>41</u>	<u>317</u>
<u>42</u>	<u>329</u>
<u>43</u>	<u>339</u>
<u>44</u>	<u>349</u>
<u>45</u>	<u>361</u>
<u>46</u>	<u>369</u>
<u>47</u>	<u>375</u>
<u>48</u>	<u>385</u>
<u>49</u>	<u>395</u>
<u>50</u>	<u>401</u>
<u>51</u>	<u>409</u>
<u>52</u>	<u>411</u>
<u>53</u>	<u>417</u>
<u>54</u>	<u>421</u>
<u>Epílogo</u>	<u>433</u>